



Retrato de Yolanda Oreamuno del pintor Gonzalo Morales Sáurez.

**La ruta
de su evasión**

Yolanda Oreamuno



La ruta de su evasión

EDEL

Versión 1.0 EDEL – Editorial Electrónica
<http://guiascostarica.info/edel/>

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>



El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.



Obra "Yolanda (retrato de Yolanda Oreamuno)" de la artista Margarita Bertheau. Acuarela. 67,5 x 54,7 cm. Año 1943. Exhibida en el Museo de Arte Costarricense.

ÍNDICE

Sobre la autora y sus obras

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XII

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

Sobre la autora y sus obras

Yolanda Oreamuno Unger es considerada una de las más importantes de la literatura latinoamericana del siglo XX. Su obra, caracterizada por su exploración de los temas de la identidad, la sexualidad y la condición femenina, ha tenido una gran influencia en las generaciones posteriores de escritoras.

Oreamuno nació en San José, el 8 de abril de 1916. Desde temprana edad mostró un gran interés por la literatura y la música.

A los 20 años de edad, en 1936, publicó su primer cuento *La lagartija de la panza blanca*, y también *Para Revenar*, no para Max Jiménez.

En la embajada de Chile, donde trabajaba, conoció al diplomático Jorge Molina Wood, con quien se casó y se va a vivir a ese país. En Chile escribe los relatos *Las mareas vuelven de noche* y *Don Juvencio*, que no sería publicadas hasta 1971. A fines de 1936 enviuda y regresa a Costa Rica.

En 1937 contrajo matrimonio con Óscar Barahona Streber.

El 21 de septiembre de 1942 nace su único hijo, Sergio Barahona Oreamuno, y ese mismo año comienza a deteriorarse la relación con su marido, que terminaría en divorcio.

Literariamente, inicia su período más prolífico: sus obras aparecen en *Repertorio Americano*, revista que publica Joaquín García Monge, quien se convertirá en su maestro, editor y amigo. Entre los cuentos que vieron la luz entonces figura *40° sobre cero*, *18 de setiembre*, *Misa de ocho*, *Vela urbana*, *El espíritu de mi tierra*, *Insomnio* y *El negro*, sentido de la alegría.

En 1948 publica su obra más importante, la novela *La ruta de su evasión*. Esta novela, considerada una obra maestra de la literatura latinoamericana, narra la historia de una joven mujer que se rebela contra las convenciones sociales de su época.

Viaja a México, después se traslada a vivir a Guatemala, donde adquiere la nacionalidad.

En 1949, gravemente enferma, permaneció cuatro meses en un hospital de Washington. Posteriormente, se retira a México y en casa de la poetiza costarricense Eunice Odio muere en 1956 a la edad de 39 años.

Oreamuno también escribió cuentos, ensayos y poesía. Su obra se caracteriza por su exploración de los temas de la identidad, la sexualidad y la condición femenina. Su escritura es rica en metáforas y simbolismos, y su estilo es a menudo experimental.

Su obra ha sido traducida a varios idiomas y ha sido objeto de numerosos estudios académicos.

La obra de Yolanda Oreamuno es importante por varias razones. En primer lugar, es una de las primeras obras de literatura latinoamericana que explora los temas de la identidad, la sexualidad y la condición femenina. En segundo lugar, su escritura es innovadora y experimental, lo que la convierte en una figura importante en la historia de la literatura latinoamericana. En tercer lugar, su obra ha tenido una gran influencia en las generaciones posteriores de escritoras, quienes han reconocido en ella una precursora y una fuente de inspiración.

Algunos de los temas más importantes de la obra de Yolanda Oreamuno

- **La identidad:** Oreamuno explora la búsqueda de la identidad individual en un mundo que a menudo impone roles y estereotipos.
- **La sexualidad:** Oreamuno aborda temas como la sexualidad femenina, la represión sexual y la liberación sexual.
- **La condición femenina:** Oreamuno denuncia la desigualdad y la discriminación que sufren las mujeres en la sociedad.

Algunas de las obras más destacadas de Yolanda Oreamuno

- *Por tierra firme* (novela, texto extraviado)
- *La ruta de su evasión* (novela), premio en el concurso Centroamericano de Novela convocado por el Ministerio de Educación Pública de Guatemala en 1948. Esta novela fue editada en 1970 por EDUCA, posteriormente, por editorial Legado y en la década de los 1980 por la Editorial Costa Rica.
- *A lo largo del corto camino* (recopilación de ensayos, críticas y cuentos, más cuatro capítulos de *La ruta de su evasión*). Editorial Costa Rica, colección Biblioteca de Autores Costarricenses, 1961

A través de su pensamiento, dejó un legado literario que exploró las complejidades de la condición humana, desafió las normas sociales y exploró temas tabú en la sociedad costarricense de su tiempo. A través de su escritura, abordó temas como la opresión de la mujer, la desigualdad social y el exilio. Su obra se caracteriza por una voz fuerte y directa que cuestiona las injusticias y desafía las estructuras establecidas.

Oreamuno creía en el poder de la palabra escrita como una forma de resistencia y liberación. Sus escritos reflejan una profunda comprensión de la condición humana y revelan la lucha interna y externa que experimentan las personas en situaciones de opresión. Su estilo literario es introspectivo, emotivo y cautivador, lo que permite al lector sumergirse en las emociones y reflexiones más íntimas de los personajes.

Retratada en vida por diversos artistas —entre los que destacan Margarita Bertheau, Manuel de la Cruz González Luján, Teodorico Quirós o Francisco Amighetti—, el 2 de diciembre de 1997 una escultura suya, obra de Marisel Jiménez, fue inaugurada en el Paseo de los Artistas del jardín del Teatro Nacional, en San José, junto al busto de su amiga y poetisa Eunice Odio.



Escultura de la escritora costarricense Yolanda Oreamuno en el jardín del Teatro Nacional, obra de Marisel Jiménez (WikiCommons)

I

Cuando Roberto le llamó no tuvo, de momento, idea de la misión que se le iba a confiar.

—Gabriel, ve a buscar a papá.

—¿A buscarlo...? -repitió como idiota.

—Y a traerlo -ordenó escuetamente su hermano.

Hacía dos días que don Vasco faltaba de casa. No era esta la primera vez; sí la primera que el hermano mayor adoptaba la decidida actitud de enviarlo a buscar. Sabía por un secreto instinto que ahora su padre no regresaría por sí mismo, con la cara abotagada, la corbata torcida, el traje sucio, aguardentoso, el mechón de pelo en la frente y la mirada extraviada. No volvería como otras veces, derrotado físicamente, pero simulando arrogancia después de la caída. De esas ausencias don Vasco regresaba desintegrado, pero temeroso de rebajar su severa como despótica posición familiar, esforzándose por parecer más hosco y huraño. Las violencias con que evitaba toda pregunta eran visiblemente más crueles. Siempre volvió duro, deshecho por fuera, intacto en su terrible soledad, en la horrenda soledad de la soberbia.

"Gabriel, ve a buscar a papá", eso fue todo. "¿Por qué yo y no él?". Tiene su voz una nota y su gesto una intención que parecen señalar crudamente el camino sin mencionarlo. "¿Por qué pienso esto? ¿Por qué pienso que es eso? No quiero ir. Que vaya él".

Sin embargo, no se atrevió a preguntar adonde, ni Roberto hizo la menor alusión al sitio. Simplemente ordenó. Puso en la mano de Gabriel una suma de dinero que a este le pareció excesiva. Seguro no necesitaría tanto para recoger a su padre, subir a un automóvil y traerlo a casa. Tomó el dinero y salió silencioso.

En la puerta mira la noche y la observa como aquel que antes de salir, trata de adivinar el tiempo para saber si llevará paraguas. No piensa adonde va. Con la desatención inerte de nerviosismo interno, mira al cielo obscuro, encapotado en lluvia, palpa el aire frío y aspira el viento cortante de intermitentes rachas. Camina mucho rato. Vacío de pensamientos. En las esquinas se detiene sin prisa hasta que el tráfico interrumpe normalmente. Cruza entonces despacio la avenida. No se da cuenta, pero sus pasos, obedientes a un ritmo mecánico, repiten el único camino familiar: el de su Facultad. Cruza. Va recto. Vuelve a cruzar. Se detiene en un sitio en

donde cotidianamente cambia de acera para mirar un escaparate luminoso con álbumes de discos. Lee los títulos de los libros con la avidez del que desea adquirirlos. Sigue andando. Frente a la plaza una iglesia contrasta su grácil figura de encaje con las arcadas macizas de un viejo edificio colonial. Advierte la diferencia de calidades y sonríe satisfecho del hallazgo. Dobla en otra esquina. "Es mejor que tomes por aquí, te economizarás cuatro minutos", había dicho Roberto en cierta ocasión mientras hacían el viaje juntos. ¿Sería este el motivo? Él dobla, siguiendo aquella ruta, porque temprano en la mañana, todos los días, una criada rolliza lava las gradas de una casa lujosa y el sol de esa hora, pelando contra las desnudas piernas de la muchacha, contra sus gordos brazos morenos, da a esa piel cálidos tonos de pan, de ostrita dorada, de superficie que va a estallar por contener a tensión una carne joven y esponjosa llena de ansiedad por manifestarse afuera, aun más afuera de la piel. Esas tonalidades le hacen sufrir un extraño hormigueo en las articulaciones, y luego en la noche, cuando lee libros, tuercen su atención, martirizan su mente. Le hacen desear que esa carne morena esté a su alcance alguna vez para limpiar con la mano, suavemente las gotitas que el agua al ser vertida prende sobre ella; y anhelar hasta el martirio ver las gotitas convertirse en chorro y resbalar de las pantorrillas de la muchacha a sus manos que las recogerán cuidadosamente; esas tonalidades le hacen hambrear todos sus oros en un momento que siempre ha de ser aquel, en una hora que no puede ser otra, porque en otra no estarían las piernas mojadas ni brillaría sobre las gotas y dentro de estas, como en un mundo pequeño, toda la alegría de la mañana, ni estaría, es seguro, en hora distinta, tan tensa aquella piel, tan frutal aquella muchacha. Camina. ¿Y si encontrara a la criadita? ¿Si hoy, que él pasa de noche, estuviera esperándolo? Esperándolo porque ella ha visto el ávido deseo de sus ojos; porque tal vez la criadita esté sola; y quizás, como él en la cama, ella lo sueña; lo piense deseándolo; porque las miradas furtivas le revelaron su ansia y haya decidido, esta noche, dejarle recoger las gotas de agua de sus piernas, prolijamente, en el hueco de la mano. Pero ahora es de noche, la muchacha no tendrá ni las piernas desnudas, ni los pies descalzos, ni por ellos correrá el agua. Y al imaginarla con medias, con toscos zapatos, seca, velada por la sombra de la noche, ayuna de sus oros matinales, sobre la mujer de antes surge en su mente otra que la suplanta, mata el sortilegio y lo vuelve del sueño a la realidad sin consideraciones. "Es de noche. Salgo de casa para traer a mi padre; voy sin saberlo camino de la Facultad. ¡Qué estúpido!".

Recapacita su miedo inicial, su congoja. Es necesario que ordene sus pensamientos como sus pasos y haga una lista de los sitios que deberá recorrer. Esto resulta Imposible. Nunca ha estado en esos lugares, ¿cuáles lugares?, a veces sus compañeros hablaron de ellos, pero sin mencionar localización; hablaron como los cristianos hablan del Paraíso, sin saber dónde está. ¿Cuáles lugares estaba pensando? Pensamiento de fondo, fondo de pensamiento, pensamiento de pensamiento. "¿Cuáles lugares? Equivalía a tugurio, a prostíbulo, a lupanar; conceptos por él desconocidos, ajenos a su experiencia personal; por su contenido real aún no habían pasado a sus sentidos, sino mediante las palabras de los otros. En cierto modo conceptos inexistentes, y sin embargo, dueños de mayor relieve en su conciencia.

Parado en una esquina medita su problema, al que su mente de hombre normal da, de súbito, la única solución posible. Toma un coche y cuando el chofer pregunta la dirección, su turbada cara es para el experto la mejor respuesta. Lo mira. Repite la pregunta.

—No. No quiero ir allí -dice Gabriel.

—Entonces... ¿a qué lugar lo llevo?

—Dije mal. Sí quiero ir ahí; pero no soy yo el que quiere. -¡Maldita sea! Ya me pierdo, estoy diciendo lo que no entiende nadie. Y siento que diré cosas peores. ¿Por qué las voy a decir?—. Es decir, no soy yo el que va...

El chofer se vuelve francamente alarmado.

—Mejor dicho, voy, pero no por mi gusto. No soy yo el que va... o no soy yo el que quiere ir... pero el que va. Yo no iría por mí mismo, pero voy... No iría, pero debo ir...

—Usted dirá si va o no va. O a dónde quiere ir.

—Sí. Sí voy. Adonde usted dijo: voy a buscar allí a mi padre -ya dije lo que no quería ni debería decir. Era inevitable. Por más que quiera esconderlo tiene que salir. ¿Por qué tengo que enterarlo de esto?

—¿Y dónde está su padre?

—Eso es lo que no sé. Deberé buscarlo en todos los sitios como ese que usted mencionó y traerlo.

—¿Y usted tiene que buscarlo en esta ciudad sin una dirección? ¡Se da cuenta! En una ciudad de casi tres millones de habitantes. ¿Pero se da cuenta?

—Sí. Me doy cuenta. Pero tengo que encontrarlo esta misma noche. Hace ya dos días que no vuelve a casa -otra vez estoy diciendo más de lo necesario-. No regresaré sin él. Mi hermano me envía a buscarlo -mis palabras salen por sí solas. Esto es lo que menos quería decir y lo he dicho.

El chofer puso en marcha el motor. "Si envían el chico a buscarlo, es porque el buen señor no estará en condiciones de volver por sus propios medios. ¡Valiente juerga de dos días! ¡El buen señor! Un señor respetable, desde luego... Después de todo, si el joven tiene dinero es un buen negocio; toda la noche rodar. No es tan fácil. Pero lo hallaremos. Lo llevaré primero allí en donde seguramente no está. Si lo conociera... Si me lo pudiera pintar... Cada viejo de estos tiene su rincón. Se buscan el que les queda bien. Según el pie, así el zapato".

—¿Tiene usted dinero?

—Sí, por supuesto.

—¿Suficiente?

"¿Suficiente? Seguro que es suficiente. Es demasiado; nunca había visto tanto dinero junto. A mamá le hará falta. ¿Cómo se las arreglará después?". —Sí, es muy eficiente.

—¿Cómo es su padre?

—¿Que cómo es mi padre?

—Sí. Quiero saber cómo es. Qué edad tiene; qué tipo de persona es. Dígame si bebe mucho. Dígame todo lo que pueda sobre su padre.

Gabriel no entiende. Es la primera vez que para algo tan extraño como saber dónde se encuentra don Vasco tiene que describirlo. "¿Que cómo es? ¿Qué tendrá que ver esto con que lo encontremos? Nunca había pensado antes cómo es él. Lo he sentido. Algo así como un peso encima. Pero no lo recuerdo. Veo la casa, a mamá sentada remendando en el comedor cuando estaba sana, o tendida enferma en su cama como ahora... ¿Para qué sirve esto? Roberto. Álvaro. Pero no él. Muebles, cosas, pedazos de caras ajenas, pescados, agua, gotitas, dorado. Pero no él. Sé cómo es. Veo las palabras con letras que corresponden a su fisonomía. Pero no puedo ver su cara. Si muriera, no tendría para recordarlo una sola imagen. Tendré que verlo bien cuando lo vea. Tendré que verlo...".

—Dígame -insiste el chofer-, porque no vamos a estar toda la noche aquí parados. El tiempo, no lo olvide, está corriendo desde que subió a mi coche a las diez y siete minutos. Es por usted. Si no sé cómo es, no podré llevarlo al sitio donde puede estar.

—Es alto. Tiene cuarenta y ocho años -palabras, palabras de consonantes y vocales, sonidos, oídas dentro, formuladas afuera-. Tiene el pelo un poco canoso. Es grueso. Viste bien. Parece mayor que su edad. Bebe mucho.

El chofer repite:

—Tiene cuarenta y ocho años, viste bien, bebe mucho. Bueno, pero ahora necesito saber cómo es, más o menos, su carácter.

Gabriel se encoge casi ofendido. "Para qué querrá saber tanto...".

—Mire, jovencito, si no me dice lo que le pregunto, no podré dar con la casa que frecuenta. Vea que según es el modo de cada quien, así es la mujer que le gusta, el licor que traga y el sitio a que va. ¿No se da cuenta de que si usted es poquito no va a

un sitio abierto, y que si es fanfarrón o peleador va a donde lo vean mucho? ¿No se da cuenta de que si un hombre viste bien tiene plata para beber, y que si tiene cuarenta y ocho años le gustarán las putas nuevas?

Gabriel se rinde. "¡Pero qué palabra tan fea! Putas. ¿Por qué no había entendido? Comienza la peor parte del retrato. Recuerdo menos; pero siento más. Se va haciendo fácil decirlo. Las palabras vienen, pero esta vez no son solo palabras; son conceptos".

—Es arrogante, violento, le gusta que le obedezcan. Se hace obedecer. Es... ¿cómo le dijera...? Es vanidoso. Se preocupa mucho de su propia persona. No se preocupa nada de los demás. Nunca ha dicho a qué sitios va ni nadie se atrevería en la casa a preguntárselo. Ni cuándo regresa. Creo que le preocupa mucho, muchísimo, lo que los demás, quienes no son de la familia, piensan de él. Me parece que siempre está tratando de aparentar lo que no tiene, lo que no es. Con los extraños es muy generoso, muy cortés; con nosotros es duro, implacable. No tiene compasión de nosotros. Nunca demuestra nada. ¡Es cruel! ¡Oh! ¡Es muy cruel!

El chofer se vuelve porque no esperaba ese aluvión de palabras apasionadas. Él pidió mucho menos, ¿pero al cabo qué le importa? Gabriel queda exhausto y mira para adentro de sí mismo. "¿Pero es que no tengo ni un concepto amable de mi padre? No debería haber dicho lo que dije. Hubiera bastado con: es violento de carácter, silencioso, reservado, nada tímido, personalista. ¡Mucho más decoroso! Todo lo dicho es demasiado... íntimo. He estado esperando muchos años para decir de mi padre lo que pienso. ¿Pero es que para hacer una pintura realista de él debo recurrir a ideas tan desagradables, debo calificarlo tan duramente? ¿Es así mi padre? Así es. Tanto tiempo para tener una oportunidad de decirlo. Y frente a un extraño a quien no le interesa saberlo. Pero estoy raramente aliviado. En esta confesión forzada salen amarguras. Y verdades. Nunca me las hubiera dicho ni a mí mismo, pero si hubiera de recordarlo de nuevo, volverían mis palabras: violento, egoísta, indiferente, vanidoso, duro, implacable, cruel. Hay que quitar algo. No, no puedo quitarlas. Nada sobra. Es así. Si cualquiera, Roberto o Álvaro, estuvieran como yo en el caso de describirlo, dirían lo mismo. Tal vez no tendrían... no es cuestión de valor; uno se ve obligado, lo dice... Les daría miedo. Si él estuviera delante les daría miedo. ¿Pero solos? Lo dirían... Para un extraño pensarían así. No pueden pensar distinto. Le tememos. Es ¿a él? Es a su desamor y su indiferencia. Aunque Roberto no quiera... quisiera... reconocerlo; él lo dijo un día -no puede pedir más, es su culpa-: no quiero que me quieran, exijo que me respeten. Roberto diría lo que yo dije con palabras menos duras, o tal vez más duras. ¿Agregaría algo? Ya veo. Sí. Todos agregaríamos... yo también... En descargo de lo demás. Que por otra parte es verdad también. Sin remordimientos...".

—Me olvidaba decirle, es muy inteligente.

El chofer que ya comienza a hacer andar su coche, contesta:

—Eso no ayuda a encontrarlo.

Nunca vio correr así la ciudad ante su vista. Jamás salió sino para ir a la Universidad, o a donde algún compañero que estudiara con él en época de exámenes. Tampoco visitó esas casas ajenas por diversión, como lo hacían los otros compañeros. Si alguno de ellos salía era con objetivo definido, hacer algo, comprar una cosa, estudiar. Si de noche asistía a clases, iba demasiado absorto en preocupaciones para observar algo, y de estas regresaba directamente a la hora de salida. Al llegar, don Vasco miraría el reloj:

—Te has demorado.

—Me costó encontrar sitio en el camión. Había demasiada gente.

—Está bien; pero procura no retrasarte de nuevo. Nada tienes que hacer a estas horas en la calle.

Don Vasco siempre estaba en casa. Cierto que le gustaba beber, pero tenía su forma particular de hacerlo: irse varios días inusitadamente y no volver hasta que había agotado por completo su capacidad de embriaguez. Después pasaba tiempo. A veces semanas o meses enteros, sin que don Vasco rompiera con nada la rutina familiar; y durante esas épocas tranquilas, si tranquilas podían llamarse, iba a su trabajo, no hablaba, repetía hasta el cansancio las mismas fórmulas de vida, se paseaba constantemente por el salón, amonestaba a sus hijos cuando era necesario y restringía al mínimo las expresiones humanas de los demás. Casi era una liberación si don Vasco, cansado de retener su naturaleza viciosa, se iba de la casa para beber. Ahora, últimamente, las partidas habían sido más frecuentes y los regresos más lentos.

Nunca vio pasar las luces nocturnas de la ciudad a la velocidad de un automóvil, porque casi nunca tampoco usó un coche; solo para emergencias. Todos esos lujos les estaban vedados. ¡Qué linda hacen a la ciudad los anuncios luminosos! ¡Con qué mecánico regocijo se encienden y apagan! ¡Cómo de distinto se mueven las gentes bajo esta claridad espasmódica! Casi todas las mujeres son bellas; parecen más jóvenes, y sus gestos íntimos al recoger el abrigo, al amoldarlo a la curva de las piernas, al cruzar los brazos porque hace frío, al esquivar la cara al viento, aseguran en cada una distintos placeres. ¡Cómo quisiera para él una de esas preciosas mujeres que pasan remotas en un mundo de elegancia y buen vivir! Desearía verlas despojarse de sus abrigos; mirar de cerca los extraños peinados; oler, junto a su piel, los perfumes que apenas han llegado hasta él al pasar, mezclados con los ofensivos olores de la gente vulgar. "Mamá no huele. Al menos no huele así. ¡Qué desagradable ambiente el de su cuarto cargado con el tufo de las medicinas! En verdad que la prefería oliendo a cocina, o a jabón barato en las mañanas, recién salida del baño. Cuando se arreglaba para salir, antes de caer enferma, olía a brillantina de la que se compra por libra en la farmacia. ¡Pobre mamá!". Es extraordinariamente cómodo moverse rápido, doblado en la ideal posición impuesta por el automóvil, con todo

propicio: una ventana que gira para quitar y ofrecer el viento; un silencio que viaja en el coche y es lo bastante fuerte para mantenerse como unidad intocable dentro de los infinitos ruidos de la ciudad despierta; un espectáculo cambiante que quisiera retener, pero que escapa y es substituido por otro de igual atracción; un calor también viajero dentro del frío de la noche lluviosa. Todo. Todo en el reducido espacio de un automóvil: intimidad, tibieza, silencio, ruidos externos, paisajes movibles, aire, luz, rapidez. Nunca ha reunido él, un muchacho que se llama Gabriel, en una sola hora, tantas gratas emociones, tan inusitadas experiencias. Quisiera que las calles se prolongaran por siempre; el coche corriera y corriera, deteniéndose solo en las esquinas para esperar la orden del semáforo; y siguiera rodando luego incansable, eternamente, con él adentro, sentado contra la piel del asiento, con los ojos en la ciudad movable, con la atención embriagada, ajeno, feliz, en un mundo de ventura inevitable. Que todo se fuera para siempre en este viaje sin fin.

El coche se detiene. Gabriel vuelve en sí y se encuentra frente a una puerta oscura. "¿Estará aquí?". El chofer se instala cómodamente para una larga espera. Gabriel no se mueve.

"Aquí está. Debo entrar". El coche continúa estacionado mientras él se aferra a su comfortable posición...

—Bueno joven, entre a buscarlo -y el chofer agrega maliciosamente—; no se deje coger.

Gabriel deja el automóvil. "Burlón, joven, nuevo, ridículo, desconocido. Hay que hacer algo. ¿Qué hay que hacer para entrar a este sitio? Lo primero, abrir la puerta. La puerta se volverá y no tendré tiempo de hacer una entrada lenta; antes de eso (los resortes) me golpearán la cara. Hay que entrar, pues, de un solo impulso. De una vez o las maderas me pescarán. Así". Atraviesa la acera. Se detiene ante la puerta. Esta tiene dos hojitas de madera de esas que abren a la sola presión de la mano y regresan a la sola presión de un resorte. El muchacho no se atreve a moverlas. De nuevo el chofer lo impulsa burlón:

—¡Entre! ¿Tiene miedo? Nada le va a pasar. Lo más que puede ocurrirle es que no salga pronto. Eso sí, cuide su dinero... Y no me diga que es la primera vez.

Gabriel empuja, y sincronizando sus movimientos con el regreso, entra. "Entrada de una vez, no se puede abrir y mirar; mirar ya significará estar adentro; por dicha no. Habrá un salón. Hay un salón. Pero esto es un pasillo y puedo ir despacio, poco a poco, mirando mientras camino, no perdiendo detalle para localizarlo antes de poner un pie en este maldito ruido, para tenerlo situado antes de entrar; caminar rápido, tomarlo y traerlo afuera".

Hasta allí llega el ruido de música, voces, vasos, gritos. Hace un esfuerzo y comienza a avanzar por el zaguán. Se queda plantado, al borde del salón, al borde del espanto.

No puede caminar más. El lugar es vulgar "tan oscuro. ¿Cómo hacen para verse en estas tinieblas? Mesas, botellas, manteles, flores; ya veo, ¡cómo se acostumbra el ojo! Creí no ver nunca". Las gentes se mueven inciertamente; navegan en un ambiente denso de humo, olores y ruidos. Algunos anclan sobre las mesas, y mientras todos los hombres están casi derrotados, o diabólicamente frenéticos, las mujeres caminan lentas, con una especie de seguridad torpe, aquella de quien repite una senda conocida que abruma; si todo en ellas es triste, lo es, los ojos son ávidos, listos, despiertos, intensos, voraces y más que todo "cubiertos por una niebla de algo ¿cómo podría llamarla? una... sí, una niebla de odio". Ha visto él esa niebla otras veces en los ojos de los perros cuando se les golpea atados, cuando quisieran morder la mano castigadora y no pueden. Algo se esconde en Gabriel como herido al mirar esto. "Yo no vengo a golpear, vengo a buscar a mi padre, debieran saberlo, no quiero que estas mujeres piensen que vengo a golpearlas; no le pegaría a alguien atado, no le pegué a los perros nunca así; ellas están atadas, aunque pudiera golpear no lo haría, que cesen de mirarme así, yo no voy a golpearlas, que quiten esa niebla de odio, yo sé que están amarradas, que tienen ira, que han sido latigadas, que no me miren como a todos, yo soy diferente, que hagan para mí otra mirada, que limpien de rencor sus ojos empañados, que cuando los limpien (han de tener otra mirada debajo de esa de odio) no quede un destello triste, ni uno de cólera, porque yo soy el hombre que no va a golpear".

Una mujer se levanta de una mesa y camina hacia él con ese paso arrastrado que esta noche las caracteriza. "Tal vez es solo esta noche, porque en la calle, con el sol, caminarán diferente; nunca he podido distinguir las de las otras; caminan igual". Circula entre las mesas dibujándolas con el movimiento de sus caderas, cual si con estas hubiera de acariciarlo todo, hasta las cosas inanimadas. Al pasar resbala la mano sobre las espaldas de los hombres inertes; idéntico el gesto mudo al posarlas sobre las sillas, o al tocarse ella misma sus muslos descarnados y vacíos. "Son comunidad, se tactan unos a los otros, ella no estaba con ese, y lo tocó al pasar, es... debe ser lo mismo que tentar un mueble, es como para hacer constar sus derechos sobre todos y los derechos de todos sobre ella; ese puede hacerlo, lo mismo que cualquiera, lo mismo que yo; están pegados en una sola masa, gestos muertos, manos que no dicen nada, pies que no caminan, de humo de olor acre, de oscuridad, de miseria, parecen peces". La mujer camina, camina, camina. Desde el fondo del salón, sin prisas, viene hasta él. Camina. Mirándole desde allá. Desde el remoto fondo de ese salón de techo corrugado, como gruta, camina, extraño mundo submarino en que los movimientos son curvos, el aire pierde su transparencia, camina, y la luz llega en rayos, en haz, geométrica y parcelada. Camina. Ya está muy cerca. Viste un traje de noche muy escotado, muy corto, muy ceñido "se peina igual que las lindas mujeres de abrigo ¿igual? no, no es igual, aunque su cabello está alto sobre la cabeza, aunque la adornen peinetas, no es el mismo cabello de las otras mujeres, hay en esta cabeza algo desacomodado, opaco, como que ha sido arreglado de prisa, sin poner en el tocado más que una mecánica intención". La mujer ya va a llegar adonde Gabriel, al borde del salón, tiene gesto de salir corriendo.

"Hace muchos años, yo estaba chico, yo nunca pude pronunciar el nombre, se llamaba, ahora tampoco puedo, Frau Schneider —vas a pedirle a la señora Lisolette que me dé razón de la criada, que digo yo, que la que tenía se fue, que me avise-; yo fui al mandado. La casita de madera con panecillo al frente y verja de ciprés cortado, tres graditas, un corredor con algunas tablas desfondadas, no alcanzo el timbre. — Voy -y en la puerta abierta, con la boca de luz de otra puerta al final del largo zaguán, Frau Shneider en una bata roja abierta hasta la cintura y dos pechos enormes, con el pezón negro, tumefacto, casi violeta; pechos cruzados por hinchadas venas azules; de una carne que no parecía carne, formada por materias redondas y duras colocadas una junto a la otra sin dar uniformidad, por horribles corpúsculos tensos agrupándose para formar esos otros dos corpúsculos tensos, más grandes, más tumefactos, más pictóricos; de un peso tal que toda la masa hacia la extremidad colgaba, estallaba, pendiente de un trozo de piel vacía partiendo de su robusto cuello y dejando traslucir el hueso inmenso de la clavícula. Junto a uno de esos pechos estaba la carita rosa de Gretel con la boca húmeda de una leche azulina; sonriendo, indiferente y satisfecha, mientras el agudo pezón negro le tocaba la mejilla; más grande que sus ojos, material, extraño, caído, rodeado de aquella negra, violeta, negrísima aureola con más bultos e irregularidades que el resto. Los dos pechos se dirigían por sus extremos hacia los costados y dejaban en medio un camino blanco y plano, más inusitado entre tanta materia colgante". Gabriel miró aquello y volvió la cara a otro lado, su corazón saltó con miedo. Era miedo de ver otras cosas como esa en la vida; miedo de chocar con el espectáculo. Obscuras cosas se revolvieron dentro de sí: asco, deseo de tender la mano y apretar hasta hacer daño, urgencia de mirar más, terror, vómito, ¡esa leche!, los ojos otra vez prendidos allí, buscando todo lo horrible, urgándolo con insano desagrado. —¿Qué quieres tú?

No pudo dar el recado. Salió corriendo estremecido mientras Frau Schneider quedaba en la puerta con sus pechos al viento, mirándolo sorprendida.

"Igual que hoy, horror y necesidad de mirar, gana de tocar, hasta los muebles, rara sensación de vacío en el piso, rara pesantez de mis manos, sus pechos, también como aquellos, pendientes, solo que blandos y vacíos, también mirando hacia los costados, también casi (no como aquellos del todo) desnudos. Voy a ver cuando esté cerca, voy a romper el vestido para sentir otra vez el horror de aquel día, pechos, necesito verlos ¡necesito tocarlos!". La mujer tiene los ojos muy pintados, la boca muy pintada, las mejillas muy pintadas. Sobre esa boca vaga una sonrisa fría, de asentimiento vil. Va a morder. Pero está atada. Gabriel se impacta contra la pared. Dirige una mirada general sobre los hombres que bailan, sobre los vencidos en las mesas, sobre quienes gesticulan y gritan "no está él", prende instintivamente la mirada en los pechos que se van acercando. El no avanza. Él retrocede. Ya siente la pared contra la espalda "pegué con el pasillo, estoy en paralela con la salida"; más atrás él, más adelante su mirada, más profunda hurgando detalles "el traje tiene un borde de grasa y polvos, los pechos son más pequeños, no tienen pezón ¿por qué no tienen? un camino plano como aquel en medio, pero con pelillos negros, los pelillos con polvos también, dos bultitos extraños, blandos, dos, "¿son solo dos?" y cuando la mujer extiende, siempre burlona,

una mano obscenamente maternal para aprisionar la barbilla de Gabriel, cuando está tan cerca que casi lo va a tocar, este da una vuelta violenta y sale corriendo por el pasillo, empuja las hojas de madera que se quedan haciendo así, así, así, y mecendo el viento frío de la calle, y arrojándolo adentro, y tomando el viento sucio de adentro, y arrojándolo afuera, y logrando un batido con ambos vientos. Se tira en el asiento del automóvil hecho un nudo de ascos y deseos. —No está allí.

—No hemos visto todos los sitios en que puede estar. No se desanime.

Gabriel está agotado. Ya no encuentra confortable el automóvil. Está definitivamente exhausto en sus resistencias. Como aquella noche que le hurtara miradas a su madre para que no notara su desconcierto. Hoy no quiere mirar al chofer, ni ser mirado. Como aquella noche cuando se dio vuelta y vuelta en la cama buscando el lado cómodo, encontrándolo todo caliente. Soñó despierto con pechos dirigidos hacia abajo y hacia los costados que se le acercaban dejando un sitio en medio para que se metiera él. Luego soñó, soñando, que los oprimía, y después de refugiarse entre ellos, sintiendo en las mejillas y las orejas el contacto de sus corpúsculos duros, los pechos se cerraban sobre su nuca, hacían un raro lazo de pezones y comenzaban a apretar como dos brazos hasta ahogarlo. Se despertó gritando con la almohada sobre la cara y sus propios brazos apretando la almohada. "Escurrirse en el asiento, escurrirse hasta no tocar la espalda en el espaldar sino la espalda en el asiento, las piernas soportando el peso, no ver la ciudad, que la luz no me dé en la cara, que no me mire el chofer, va a ver en mi cara el deseo de tocar los pechos, y de maltratar; hacer calor, ¿dónde estamos?, escurrirse, calor en la cara, sangre hirviendo en las orejas, hormigueo en las extremidades, gotitas en los ojos, pechos...". No cree tener valor para afrontar otra escena así. El corazón le golpea loco. No sabe si podrá contenerlo, o si saldrá por sus sienes de tanto presionar. ¿Pero es posible, pero es creíble que cuando su padre sale de casa, en son de buscar divertimento vaya a esos sitios a encontrarlo? "Pero... ¿es posible que un hombre, cualquiera, aunque no sea mi padre, pueda hallar en eso regocijo? Pero yo también quiero ver... y también quiero tocar. Quiero. Yo también. Urgencias. No dormiré mañana. Ni en la noche de mañana. No dormiré más. Debe haber una clase de placer que es el placer que mi padre busca. Placer de tocar. ¿Es ese el placer? Cuestión de tacto, simplemente de tacto. ¿Es eso placer? Este tormento que ahoga. Mirar y comprobar que es desagradable, y desearlo así desagradable, y pasar las manos por los pechos y sentir los corpúsculos duros, desearlo así. Tal vez los ojos de él se nublen como los de esas mujeres, cuando sea él el golpeado, como ellas, y no como siempre, el que golpea; ver de cerca, sentir eso en las manos, aunque dé asco, aunque provoque vómito, aunque después en la noche sueñe con un lazo de pezones, aunque recuerde a -no puedo decir el nombre- a la mujer de la leche azul; ver, tocar, el placer de hurgar en todo lo sucio, y en todo lo repelente, y en todo lo hediondo, y en todo lo vulgar, yo también quiero tocar, como él cuando golpea yo también quiero golpear, como él cuando mira yo también quiero mirar".

Don Vasco tiene el traje desarreglado, la cara descompuesta, pero conserva siempre el gesto olímpico. Le cuesta un poco sostenerse erguido, aunque todavía tiene el control

de su palabra y su pensamiento. Gabriel no. El muchacho naufragó hace muchas horas. Desde un fondo espantoso de sí mismo en que está sumido, mira hacia arriba a su padre y no ve el traje desarreglado, ni la cara descompuesta, solo el gesto olímpico. Gabriel quiere razonar, regañarse y formularse preguntas tan curiosas como "¿en qué gasté el dinero que me dio Roberto? ¿Era eso tocar? ¿Era eso golpear? Yo he golpeado... y he mirado... y he tocado... ¿era eso?" pero solo tiene de su propia persona una noción terriblemente física, desvinculada de toda premisa moral, tan física, que ni la admonitoria voz de don Vasco, ni su gesto magnífico logran alterar. —¡Tú aquí!

Perdido a una distancia inconcebible está el rostro de su padre. Desde tan lejos no puede llegar hasta él. Gabriel sonríe y no contesta.

—¡Tú aquí! ¡Y ebrio! ¡Miserable! ¿Quién te trajo?

—¿Trajo? Vine... a traerte, a ti, me mandó... mandó Roberto. ¡Ah! No te me escapas... por fin voy... a llevarte. Porque... me ha costado un mundo... dar contigo... ¿Sabrás tú por qué... me... mandó Roberto en vez de venir él? ¡Ah! Te cogí, viejo... te cogí por fin...

—Te has embriagado y te has revolcado con estas... mujeres. Y no te da vergüenza mirarme frente a frente. ¡Miserable!

—Como tú... lo mismo que tú... Pero te cogí, viejo, y no te... me... vas a escapar...

Gabriel, con esa torpeza de los ebrios que ejecutan dos movimientos en uno sin armonizarlos, se pone en pie al mismo tiempo que se vuelve frente a su padre. Se tambalea. Está a punto de caerse. Saca el pecho. Mira a don Vasco con la cabeza muy echada hacia atrás, con los párpados caídos, como lee un miope. Sacude a la mujer con una mano y le habla a ella mientras ve a su padre.

—Escucha, mujer. Yo les digo que... me respeten... Atención... Prefiero que me respeten... Aunque no me quieran... Atención. ¿Te enteras? ¿Para... qué sirve el cariño? Que se me... odie... y... respete... Así es mejor... Siempre se los digo... Como a ti... Es... una idea... mía. ¿Te enteras? Mía... Tú... después... tú me aborreces... ¡Ah!... pero me respetas... ¿Sabes... por qué? Porque soy...

—¡Vamos, Gabriel! ¡Basta ya! ¡Vamos!

—¡Que vamos... ni que... nada...! Tú te tomas... una copa con nosotros... Yo invito...

—¡He dicho que te vienes!

—¿Ir? No... Tú... tú que... haces lo mismo que yo... exacta...mente lo mismo... ¡Ah! Atención... Lo he des... cubierto... esta noche... ¡¿Querías presumir?! ¡Pues ahí...

está! ¡Presumir con...migo! Tú... mi padre... tú... con todo y que... Atención... pues... como iba diciendo... Como iba diciendo... tú... el del gesto así... haces lo mismo... que... yo... exacta... mente lo mismo... —¡Imbécil!

—Lo mismo... no te atufes... lo mismo... Y ahora que lo sabes... que... yo hice eso como tú... exactamente como tú... tú también como esta... mírame, preciosa... ¿Es bonitilla? ¿No te parece? Como iba diciendo... tú... me respetas ahora también... Aunque no me quieras... El cariño... viejo... apréndelo, no tiene importancia... Como iba diciendo... el respeto... el respeto sí tiene... importancia... Mucha... mucha... mucha... mucha... importancia. Tú... y esta... me respetan ambos... porque yo...

Don Vasco lo sacude por los hombros. Está realmente enfurecido. Su propia ebriedad le impide pegarle... pero lo haría, o lo hará cuando lleguen a casa. Pero un sentimiento equívoco, algo así como cierta vergüenza. ¿Vergüenza él? ¡Bah! Como unidad de culpa. ¡Su hijo y él! ¡Nunca! Cierta unidad de culpa estorba sus movimientos. Siente que ha perdido autoridad. No obstante estar Gabriel más ebrio, los dos han... ¡eso es estúpido! ¡los dos...! ¡Muchacho del demonio! Debe recobrar la dignidad. ¡Y ese imbécil se permite exponer como suya la idea del respeto!

Gabriel mira todavía a su padre desde una unidad perentoria, pero fuerte. Lo mira orgulloso. Nada fuera de esa sensación de desconcierto físico puede molestarlo ahora porque "el vómito no lo dan ciertas cosas... que uno piensa que dan vómito... la leche azulina... el vómito lo da...". Avanza un paso todavía cogido de la mesa. Don Vasco aprieta los puños siniestramente.

—¡Borracho asqueroso! ¡Y te has revolcado...!

—¡Como tú! ¡E...xac...ta...men...te...como tú!

Gabriel se tambalea de nuevo y para sostenerse se prende del pelo de la hembra. "El vómito lo da... puede que el licor, o el olor de estos cabellos... mantecosos... o... el vómito lo da... yo he tocado... y ahora que... he tocado... no me importa que me mire... así como... me... mira, somos iguales... por primera vez... ya que he... golpeado... tam... bien".

—¡Vamos! ¡Imbécil! ¡Te voy a arreglar cuentas! ¿No te da vergüenza?

Gabriel se sonríe insolentemente, luego contesta con la lógica valentía que da lo incuestionable:

—¿No te da... vergüenza... a ti? Tú... ¡Ja!... ¡Ja!... !Ja!... Me río... ¿Ves... cómo me río? Tú me... respetas como esta... Pero... vamos... si quieres... hombre...

II

Si en verdad al morir toda nuestra vida regresa merced a un violento recobrar de la memoria, aquello que estaba recordando era su vida, y lo que estaba viviendo era su muerte.

No tenía algo a qué asirse para reconocer en todo aquel fugaz desfile de imágenes, momentos y situaciones vividas la realidad de su existencia; pero estaba consciente, tenía, sí, la certeza de que moría. Aunque lo dudara, los rostros torturados, las penas sufridas de nuevo intensamente, la discontinuidad de todo el conjunto, el realismo de las visiones, su falta de localización en el tiempo y el espacio, toda esa loca cinta proyectada por su memoria, era su vida.

No obstante tener la boca convertida en trágica "o", la respiración apenas visible en una convulsión espasmódica del cuello y el color violeta de la postrera lucha, ya los terribles tormentos físicos estaban casi terminados. Demasiado débil para sentirlos, si es que se producían. Moría porque nunca viviera a expensas de su cuerpo magro, ni de su corta estatura; vivió gracias a una secreta energía vital, energía que se manifestara, bien poco, en la mujercita que fuera Teresa. Hoy esa precaria armadura agonizante encerraba la más tenaz, hambrienta y sufriente de las persistencias vitales.

La que moría era mucho más Teresa que la que viviera. Ahora el cuerpo exhausto ponía en juego, con libertad, su fuerza de lucha, y el espíritu se expandía, en un cuerpo así liberado, con absoluta soltura. Era mejor tal vez ahora. O era mejor por vez primera. La sensibilidad embotada para expresarse en el dolor se encontraba en los oídos. Oía la voz dominante de don Vasco llamar: —¡Juliana!

Prolongación de la primera "a", larga prolongación, como si con esta se fuera a estirar desmesuradamente la criada. —¡Señor!...

Acentuación en la "o" para poner más énfasis a la sumisión. Los pasos de Juliana y luego otra vez la voz de su marido.

—No es necesario que te quedes esta noche. Yo velaré solo el cadáver. -¿Yo cadáver? ¿Tan pronto? ¿Cuántas horas faltan para que todo lo mío quede rígido y se agoten la facultad de pensar y la pena de sentir? Pena de penar: ninguna. Lo mismo. Cadáver... —. Cuando llegue el ataúd, hazlo colocar en el salón -el sitio más desolado de la casa. No me gusta...-. Abre las ventanas que dan al jardín. -Eso sí está mejor... -. Y no olvides que no quiero flores. Los muertos no las necesitan. Es un gasto inútil -a mí

me gustan las flores. Me gustan mucho... y quisiera tenerlas de muerta. Tuve para nuestra boda flores blancas, ... aunque tal vez... ya a uno muerto le dé lo mismo... ¡Si pudiera decirlo...!

—Señor... -timbre de duda. Siempre tuvo Juliana tanto miedo de Vasco... Se contrae, levanta los ojos y vuelve a dejar caer los párpados para esconder lo que sigue de la frase. ¡Como si la pudiera ocultar! Ya se adivina en el tono de ese Señooooor con más acentos y dilataciones que el anterior. ¡Tonta Juliana!-. Podría avisarle al señor Roberto y llamar por teléfono al señor Álvaro... creo que al señor Gabriel le gustaría que le avisáramos. ¿No es cierto señora? -Ahora viene la explicación. No sé por que Juliana no puede pedir algo sin dar de inmediato una explicación que no tenga nada que ver con...-. La señora está muy mal... -¿Estoy muy mal? Pues ya se ve... Sí. Que llamen a mis hijos. Quiero verlos, los necesito. ¿Por qué antes no los necesité y sí ahora que Juliana los nombra? Los había olvidado...

—No intervengas, Juliana. Si los necesitara, yo mismo los habría llamado. -¡Claro que los habría llamado, si los necesitara él...! ¡Pero yo...! Ya eso es diferente- Para arreglar el entierro, estoy yo. Para cuidarla, el médico. Para llorar sin hacer nada, está Aurora. ¿No es cierto, señorita? —¿Aurora? ¿Está aquí llorando? Lágrimas colgando en las crespas pestañas. Después de pender un rato, mucho rato, cuando hacen más que una gota, caen. Ruedan por las mejillas y dejan un rastro de río chiquito. Me parece que es bastante con tantas personas para que una muera atendida.

—Señor... ¿No querrá la señora un sacerdote? -No lo había pensado. ¿Qué tendría que confesar? Pero si yo no tengo miedo de morirme. Me gustaría el sacerdote porque mamá decía que se debe... Aceite de uno que no se prueba nunca. Aceite en la frente, en la boca. ¿A qué sabe? Que venga pues. Me gustaría que me hablara. Hace no sé cuántos años que no hablo con ellos y ya no recuerdo lo que dicen. Está bien, que venga. Lo voy a necesitar.

—La señora no desea ningún sacerdote -¡Pues es claro que lo deseo! Es una compañía, porque me hablará como si yo oyera y no se estará como Aurora, a quien no había sentido antes, ahí parada llorando. Y dirá cosas en latín. Sí que lo deseo.

Don Vasco afirmó con su tono más conminatorio:

—La señora ni antes, ni ahora, ha necesitado un sacerdote.

"Oigo los pasos de Vasco, paseando con las manos atrás. Oigo las manos atrás. ¡Eso no se oye! Siempre ha hecho lo mismo. Sonido familiar, angustiosamente familiar. ¡Cómo me molesta la manía de Vasco de pasear y pasear, aun cuando no teníamos salones grandes! Pasear y pasear en cuartos donde daba vuelta alrededor de los muebles una y otra vez. Algo me llama. ¿Quién puede llamarme a mí? Al fondo de un tubo ¿es un tubo? de un cono oscuro. Allá, muy al fondo. Suena a agua que corre. Rumor de río. Se repite el llamado. ¡Teresa! ¿Teresa soy yo? ¡Teresa! Voy entrando

en el cono negro. Es difícil avanzar aquí. ¡Teresa! Ahora Teresa soy yo. ¡Ya voy! Ya voy entrando, ya acudo al llamado... ¡Ya voy...!".

"Le diré sin esperar más tiempo lo que pienso del incidente. Debo decírselo. No puedo permitir que en mi casa los niños estén después de los perros. Debo decirle que si Yoka mordió a Alvaro -quien después de todo no se acercó a la perra más que para admirarla- no hay razón de castigar al niño, en vez de castigar al animal. Álvaro llevará de hoy en adelante una blanca cicatriz sobre la muñeca izquierda, ahí donde se clavaron fieros los dientes de la Yoka".

Yoka era ciertamente una bellísima perra, pero eso no justificaba el incidente. Don Vasco la pidió a Alemania, y con muchos títulos y papeles había llegado esa tarde. Yoka caminaba con la cola baja, como debe caminar toda perra decente; tenía los remos finos; los dientes blancos y afilados; y sobre el lomo un pelo negro intenso que devenía suavemente a gris. Los papeles en alemán decían que Yoka sabía saltar altas barreras, dar la mano, alcanzar las cosas, sentarse en dos patas, reconocer al amo — esto era dudoso- y decían también que Yoka solo podría comer tierna pulpa de carne roja cuidadosamente cocida con flor de avena. Yoka era linda y lujosa, y sería con el tiempo fiel e inteligente. Pero además de otros cuatro perros, tan grandes y distinguidos como ella, había en la casa varios niños menos grandes y mucho menos importantes. Y si Yoka era bella, Álvaro no lo era menos, con su carita fina, adelgazada, nerviosa, con sus suaves ojos tristes y su boca riente. Alvaro era un precioso niño. Y si sus ojos dulces habían contemplado a Yoka y pedido de ella una de las gracias que decía el papel en alemán, no había razón para que la perra se abalanzara sobre la manita del niño y la mordiera hasta casi quebrarle los huesos. Y todavía menos razón había de que don Vasco, enfurecido porque la emoción de la cólera, el cambio de clima y el viaje pudieran enfermar a la recién llegada, hubiera cruzado a golpes las exangües nalguitas de su hijo, quien lo miraba con ojos más grandes, aterrorizados e interrogantes que aquellos con que mirara a Yoka. "Cierto; es la primera vez que le pega. Pero ya es bastante desagradable verme obligada a cocer primero la comida de los cinco perrazos que la de mis hijos. Ya es demasiado tener a los chicos reducidos a jugar en el patio interior, porque el jardín les pertenece a los perros. Ya es el colmo que del poco dinero del gasto, una parte, la mayor, se deba invertir en pulpa tierna de carne roja y flor de avena. Y ahora había de venir esta intrusa a morder la mano de Alvaro, que está débil y necesita, más que Yoka, jugo de carne roja, flor de avena y sitio para correr por la casa".

Don Vasco no usaba látigo con sus hijos ni con sus perros, pero tenía, eso sí, una latigante mirada, una latigante palabra, un latigante gesto de poder. Y ante ello temblaban los niños y temblaban los perros. "Yo no tiemblo. Yo no tengo otras razones para doblegarme a su tiránica voluntad. Debo decidirme, de una vez por todas, a decirle mi protesta. Debo interrumpir sus tremendos paseos -se va a enfurecer porque le detengo-; tengo que suspender la costura para hablarle -pero esto precisa-: coseré hasta la una o dos de la mañana

...después de todo, eso ocurre todos los días. ¡Pero debo decírselo! ¡Es una injusticia! ¿Cuántas injusticias ocurren aquí todos los días? De paso debo reclamarle para mis hijos lo que derrocha en mujeres, en licores, perros y otras fantasías. Se pondrá furioso. Me gritará. Está bien que me grite. Pero debo hacerlo. Voy a interrumpir, como decía Esteban, el sacrosanto rito de su digestión. En bien de todos... ¡Es por el bien de todos!".

La figura de la agonizante casi se yergue, pero todo quedó en un estertor. Porque esto que relatamos pertenecía al penoso pasado. En la Teresa de entonces quedó también el proyecto, la voluntad de pararse frente a don Vasco y exigir.

Ella sabía, bien a conciencia, que ni en ese momento ni nunca se erguiría ante su marido. Don Vasco podía irse, con la frialdad ejecutiva con que siempre realizaba sus cosas, y de la amenaza al hecho no existiría, ciertamente, más que una traba: la inalterable sumisión suya a todos los despotismos. Vivía ¡cómo se daba cuenta ahora que debía tascar el freno! en una sociedad en la cual una mujer sin marido -cuando lo consiguiera y lo perdió- es ser que jamás se reconstruye, y cuando no ha podido lograrlo, es objeto de burla para todo el mundo. ¡La solterona! Ella vivía amargada la más amarga de las vidas, peleaba a diario el sustento de sus hijos, pero no concebía que lo mismo que estaba haciendo bajo los ojos desaprobadores de su marido, lo podría hacer sin él. No calculaba la tremenda fortaleza que derrochaba en comprimirse, en volverse nada, en bajar la frente, en soportar. Toda esa pujanza, libre de temores, autónoma, hubiera bastado y sobrado para alzar en los delgados hombros la casa, los hijos y el honor. Pero Teresa no entendía.

Hoy, la moribunda comenzaba a comprender por qué Teresa, la Teresa de antes, no se rebeló. Y comprendía poco a poco, con la lentitud con que la iba ganando la muerte. Pero se aferraba todavía a la última tenacidad, a la terquedad suprema que la llevara al desastre: la casa. Sí. Estaba la casa. La hipotética casa de sus sueños. Nada importaban los dolores presentes, ni el terror que ya hacía hondas marcas en las caras semi-infantiles de sus hijos, ni su propio tormento. Estaba la casa... "Yo sola no podría levantar la gran casa que se requiere para cobijar a tan gran familia. Bajo el amparo de un hombre sí. ¿Qué diría la gente de mí sola? Yo sola no. Me casé, y al hacerlo acepté todo, lo malo y lo bueno. ¿Hay algo de bueno en él? Puede haberlo... Me respaldará para hacer la casa. Algún día, cuando se canse del espantoso derroche, cuando entienda la necesidad de agrupar la familia en una casa propia -hecha por nosotros mismos, esto confiere dignidad— pondrá su energía para ayudarme. Ha de ser una casa enorme.

Con vastos aposentos. Con anchos corredores a un jardín lleno de árboles, de pájaros y flores. Tendrá, como los jardines de esas mujeres para quienes coso, praderas verdes, rincones con bancos de piedra, árboles frondosos, pájaros en jaulas, amplios caminos de grava blanca, una estatua de mármol con una fuente. La casa será -...ya lo veo- clara, con muchas habitaciones, un salón grande lleno de alfombras (para que sobre las alfombras no suenen huecos los pasos de Vasco); con una cocina llena de

ollas de cobre bruñido, amarillas, panzonas; y ollas de aluminio plateado, y raros implementos (tendré que averiguar para qué sirven todas esas extrañas cosas de madera y metal que usan en las cocinas) y tablas olorosas para amasar el pan, y un horno capaz de cocerlo en cantidades; y tendrá una despensa en la que se apilarán los sacos de granos y los tarros de conservas (que yo misma haré para los niños con las frutas del huerto); y colgarán las carnes secas del techo, y perfumarán la penumbra

del cuarto el aroma de la miel, la nata y la mantequilla. Cada niño tendrá su propia habitación; y para todos habrá en mi casa un aposento enorme, con ventanas al parque y espacio suficiente para jugar y hacer las labores de la escuela. Yo tendré una salita de costura para coser, por placer, las ropas de mis hijos. Y entonces todo será bueno. Las señoras que ahora me miran como asalariada, vendrán en las tardes a comer mis pasteles y conversar conmigo. Y podré entrar en sus propias casas, y formaré parte de círculos femeninos de bordado y beneficencia. Y Vasco traerá a sus amigos a tomar con él buen vino (el vino no es vicio, ni produce borrachera) y conversarán con él en las noches lluviosas, mientras yo me siento silenciosa en el rincón de la sala a escucharles. ¡Y yo seré feliz! ¡Y seré tan noble, rica y feliz como lo son, sin duda, las señoras para las que coso! Pero todo esto no podrá ser si riño con Vasco, si él no aporta nada, si no existe su respaldo de padre y señor (si no existiera, no vendrían las señoras a comer mis pasteles ni los amigos de Vasco a tomar el vino)".

Teresa soportaba paciente, hermética, indiferente, inalterable. Se iba distanciando poco a poco de sus hijos, de su marido. Pero casi ni se daba cuenta. Teresa se había olvidado de la mano triturada de Alvaro. Se sentó y siguió cosiendo, mientras en la casa pequeña resonaban despiadados los pasos de don Vasco.

Las mejillas de la agonizante dibujan bajo la piel las encías y el hueco de la boca. El estertor es sincrónico. Los ojos están abiertos, perdidos más allá del techo, de la casa; más allá del mundo. De pronto, la respiración se suspende. Para súbita y secamente. Aurora se inclina sobre ella buscando en ese gesto, siempre el mismo, una respuesta; tratando de sentir algún hálito que salga de la boca en "o". La respiración sigue ausente. Aurora avanza hacia la puerta con un grito a flor de labio.

Y entonces, casi como suspira un niño, vuelve a comenzar el horrible ronquido, y con idéntica angustia se reanuda la agonía. Teresa no se ha movido. Sin cerrar los ojos, sigue mirando más allá de todo.

III

No había algo deliberadamente agresivo; nada en contra. Don Vasco no decía una palabra dura. No hacía tampoco gestos ostensibles de desagrado. Pero a esa casa no se podía entrar.

En ella se desconocía la hospitalidad. Hubiera o no gente extraña, la vida proseguía ante los ojos del recién llegado, sin tomarlo en cuenta, sin incluirlo ni modificarse, como si este no existiera. Seguramente don Vasco, fiel a una costumbre de buenas maneras adquirida ya viejo, saludaría al entrar. Su cortesía, si todo él no hubiera sido tan imponente, habría resultado ridícula. Era, incuestionablemente, excesiva al principio, y como requería para manifestarse un deliberado esfuerzo físico y mental, no perduraba y desaparecía sin transiciones, para dar paso al más hosco de los gestos, a la más arrogante de las actitudes, al más ofensivo de los individualismos.

Para saludar don Vasco se doblaba materialmente en dos, acusando gruesas arrugas en el impecable chaleco, haciendo ondular el opulento vientre. Extendía una mano que presionaba violenta y seca. Ese apretón no significaba nada especial, solo parecía valorar la tensión muscular de la otra mano. La de don Vasco era como él gorda, como él reservada, como él lampiña, como él hiriente, como él escurridiza, como él agresiva. Su cortesía afloraba después de un proceso mental rápido, pero muy poco espontáneo, proceso mediante el cual hacía revisión de todos sus conocimientos en la materia; analizaba y discernía, hasta encontrar entre las múltiples reglas que aprendiera ya hombre la pose de buenas maneras por él considerada aplicable a la situación. Al cocinar, por así decirlo, el brebaje, después de hacerlo hervir en su interior, producía un amanerado gesto tan brusco como si se estuviera preparando para saltar encima del forastero.

Las buenas maneras se han de adquirir en la infancia, cuando todavía podemos imponer un sello personal a lo aprendido, y no nos cuesta ni adquirir ni dar. Entonces se vuelven fáciles, se incorporan medularmente a los gestos habituales; toman de estos la naturalidad, y le dan belleza a lo superfino; entonces la mecánica de la emoción se disciplina, obedece como el sistema nervioso, actúa eficazmente y se ejecuta sin esfuerzo.

En don Vasco, el gesto era duro, la actitud violenta, la palabra cortante, cuando actuaba sin pensar en las buenas maneras; es decir, cuando actuaba normalmente. Y el gesto era forzado, la actitud vil, la palabra melosa, si procedía impulsado por las buenas maneras: cuando accionaba anormalmente. Tan dividida estaba su naturaleza

en dos seres (uno que reaccionaba para sí y otro que procedía para los demás) que el esfuerzo requerido para ocultar con artificio transitorio su sequedad habitual hacía de su cortesía una pantomima y de su oratoria una memorización. Obligado a pensar para ser cordial, a razonar para conducirse afablemente, a castigarse para desviar su atención de sí mismo y colocarla en los otros, cualquier relajamiento de la tensión, como por ejemplo, la momentánea ausencia de su oyente o su propio cansancio en el esfuerzo, rompían el artificio, y allí, ante los ojos de la persona para quien representaba, se retrovertía nuestro hombre, daba la vuelta, y sin que hubiera la oportunidad del mutis, dejaba a su interlocutor con la palabra en la boca. Se acababa de golpe una amabilidad que por excesiva ya se hiciera sospechosa y comenzaba a pasear con las manos atrás, sin preocuparse de lo que a su alrededor sucediera.

En el ejercicio de una facultad, la cortesanía, que no le era natural (en el faso ejercicio de ella, por mejor decir) sus afectados modales habían permanecido fieles a cánones que rigieron cuando hacía muchos años se vio en la urgencia, por sus ambiciones, de preocuparse de cosas como las buenas maneras. Por lo tanto, si existiese una forma de actuar representativa de una generación, correspondiente a una época, esa era la de don Vasco. Había tomado lo formal, no lo medular de todo aquello; había memorizado palabras y estudiado actitudes, y las aplicaba incongruentemente cuando le parecía indispensable. Su florido discurso, su amplio gesto indulgente, su afectado interés procedían, sin duda, de fórmulas que fueron bellas hacía veinte años. Solo en las malas novelas de 1900, sobre 1850, un hombre se doblaba para saludar a una dama en aquella forma de bisagra o rebuscaba las expresiones con tan desafortunada intención de elogio. Todo aquello estaba fosilizado y se exhibía como en museo en el pensamiento, la palabra y el gesto de don Vasco.

Para el resto de la familia, las cosas diferían solo en que, por carecer de la ambición necesaria para acomodarse a los anticuados cánones de don Vasco, todos estaban muy mal educados. La sensibilidad hacía de Gabriel la única excepción: era fino y cortés involuntariamente.

Cuando un visitante llegaba solo, el problema para el infortunado era más grave porque la ignorancia de su persona era entonces general. Si se trataba, por otra parte, de algún estudiante a quien traía uno de los muchachos, quien lo llevara, participaba del frío recibimiento. Después del forzoso saludo falso y cortés de don Vasco, este reanudaba sus paseos y el extraño pasaba al más absoluto anonimato. La comida se servía frente a sus ojos sin que se le invitara; el que estudiaba apoltronado en un rincón silenciaba a gritos la conversación del visitante; otro lo desalojaba de su sitio sin preámbulos. Después de soportar aquellas impertinencias entre espantado y embrutecido, el forastero se marchaba decidido a no volver jamás.

Esto ocurría, puede decirse, en una forma objetiva. Porque para la misma circunstancia existía otro proceso menos visible aunque más desconcertante en aquella casa. Un proceso extraño de rechazo que el visitante no podría explicarse nunca y que, sin embargo, sentiría siempre cuando recordara la escena.

Al llegar, don Vasco no estaba: no había, pues, cortesía sorpresiva. Entraba a un salón vacío. Este salón ¿por qué había de ser diferente?; piso, techo, cuatro paredes, dos ventanas; en las ventanas, cortinas; sobre el piso, muebles; del techo, lámparas. ¿Por qué había de ser diferente? Y lo era. Las cortinas pesadas, oscuras, tenían la huella paralela que el sol deja en las arrugas; el piso, cubierto con una alfombra también oscura, parecía no haber sido hollado en muchos años por ningún pie; en los pelos de la alfombra los muebles, que nunca cambiaron de sitio, dejaron marca perdurable; la escoba peinó sus hebras en un solo sentido, pareja, neciamente, imprimiendo caminos geométricos; los muebles anchos, rígidos, estaban enfundados en cubiertas de manta blanca que revelaban aquí, un brazo acolchado ¿de qué color?; allá, un respaldo tallado ¿en qué madera? Las paredes, casi desnudas, tenían un cuadro con ninfas de largos velos; sobre el dorado marco pendía un crespón de flecos en los extremos. Nada más. Sí. Algo más: silencio; un silencio fuerte. Sombra; una sombra intensa. Frío; un frío agudo. Humedad; una humedad penetrante. Separando este salón del resto de la casa, de un resto impenetrable situado más allá, caía un cortinón de ese color extraño, que no se ensucia nunca, se parece a todos los colores, absorbe el polvo, la pelusa, el agua y se va poniendo duro, indescriptible, sordo. ¿Qué había después, en ese mundo hostil? Había ruidos incongruentes, palabras que caían solas, como si no fueran dirigidas a nadie porque nadie las contestaba. Un reloj grande (tenía que ser grande) daba las horas, los minutos y los segundos. Para las horas, graves campanadas; para los minutos, secos tintineos; para los segundos, el golpe de una cosa que se mueve sola y que sola, al llegar a determinado punto, se devuelve en el vacío. Esa cosa casi consciente era el péndulo. El visitante se sentaba en el sillón más cómodo "la sirvienta me hizo entrar; ya habrá avisado", y después de un rato de espera "nadie viene a saludarme" notaba, tal vez sin analizarlo, que el sitio era inhospitalario y que el forro blanco del mueble estaba húmedo, con esa humedad molesta y pegajosa del moho. Se movía para otro asiento "este estará más seco". El nuevo era de madera dura, sin un almohadón, rígido "¡qué duro está!"; bajo su espalda las tallas punzaban y el tacto no podía discernir si se trataba de una voluta, una flor o un agujero. Se cambiaba otra vez, y después de probar varios muebles, mirando los cortinones con temor a la presencia de los demás "parece que me miran", acababa por pararse "así estaré mejor". En aquella casa uno se sentía mirado. Mirado por la sombra o por unos ojos hostiles que debían reír de sus extraños temores, de su prisa al cambiar de sitio, de la rapidez con que giraba la cabeza, del gesto defensivo con que se volvía. Se paseaba escuchando, creciendo en impaciencia y angustia.

—Es hora de comer.

La frase llegaba sin haber intentado ser pregunta ni afirmación y nadie tampoco contestaba a ella. La voz metálica que la dijera seguía gravitando un rato sobre el silencio. Luego la misma voz:

—Te digo que mientras no entiendas que la comida debe ser de ácidos, vegetales y frutas, no llegarás a nada. No tiene objeto forzar la digestión a estas horas. En la

noche, cuando puedes reposar, está indicado que tomes cosas calientes: un poco de proteínas y féculas. Tu dieta es errónea. Por eso no dominas tus manos, que tiemblan; por eso no endurecen tus músculos; por eso te resfrías.

Se inició un nuevo silencio que parecía ser su propia respuesta. Y más tarde:

—Eres todavía capaz de creer que los resfríos se producen porque un viento entró por la ventana y salió por la puerta pillándote en medio. ¡Qué imbecilidad! Estás intoxicado, altamente intoxicado. Y casi debería decirte que para llegar a un equilibrio digestivo decente debes hacer un ayuno previo de unos ocho días. Agua bidestilada. Tú ya lo sabes, pero no te da la gana. Agua bidestilada, como lo hice yo.

La voz metálica se metía entre el vital sonido del péndulo para volver a contestarse:

—Mírame. Tengo rapidez, eficiencia, músculo. Puedo correr ya bastante sin cansarme. Estoy seguro de que no te atreves a correr conmigo en las mañanas por temor de quedarte atrás, porque te cansas, porque fumas. Mi mente trabaja rápida y segura. Tú te pasas nervioso; haces cosas raras, como quedarte horas mirando por la ventana. Me contestarás que eso se llama ensoñación e inteligencia. ¡Inteligencia! Acuérdate que las visiones de los santos, su presunta comunicación con Dios, no es, en síntesis, más que el resultado de un proceso agudo de avitaminosis. Tú no eres, como hemos sido todos en esta familia, el primero de tu clase. Te acuestas tarde. Tu modo de ser, tu actitud, tu indisciplina son el producto de la intoxicación que llevas dentro. ¡Disciplina! Eso es lo que te falta. ¡Disciplina!

Una voz cansada, respondía:

—¡Qué tono admonitorio, Roberto! ¿Cuándo entenderás que no tengo interés ninguno en ser el primero de la clase, ni en llenarme de músculos, ni en correr más que tú, ni en convertirme en un mecanismo perfecto? Prefiero mirar por la ventana, o salir. Es cierto... Mirar por la ventana y ver esa parte de la calle donde hay sol. ¿Te has fijado en lo alegre que es el sol? Yo no sé por qué el sol no entra a esta casa. Esta casa es triste.

El otro insistía:

—¡Estupideces! ¿Pero es que tú crees que una mente sana puede funcionar en un cuerpo enfermo? ¡Divino precepto! Y no me negarás que te interesa mucho tu mente, aun cuando no pretendas ser el primero de tu clase. Por algo te quedas embobado con la música. Estoy contigo de acuerdo en que los libros son necesarios si se quiere lograr un desarrollo intelectual elevado y que la música también sirve para cultivarse. Pero a sus horas; en disciplina con el cuerpo; no convirtiendo a este en parásito de aquella. Y, a ver... ¿para qué lees libros?

—Leo libros porque me gusta, no para estudiar. Oigo música sin intención de cultivarme, como tú dices. ¡Cultivarme! ¿Para qué? Eso es algo como de terreno, como de abono. ¡Vaya concepto vegetal que tienes de la cultura! Con los libros y con la música me evado de aquí. No estoy. Eso es todo. Me parece, ciertamente, que no estoy. Y después de todo... no sé por qué te contesto. ¡Maldita la importancia que tienen para ti mis razones!

—¿Razones...? ¡Y qué razones! Siempre dije que en esta familia tenía que salir un imbécil. ¡Claro, eres tú!

El otro rió suavemente, sin cólera. Y el silencio volvió a pesar sobre el salón y sobre el olvidado visitante. "¿Qué hago? La criada se olvidó de avisar. ¿Me voy? Después de oír eso debo irme. ¿O llamar? Es mejor irme. ¿Dónde hablaban que no se percibían las personas? Los cuerpos hacen ruido al moverse... No se movieron. Solo hablaron. ¿Estará toda la casa alfombrada? Hay nuevos ruidos. ¿Me voy?".

Agua que caía. Un llamado vertical desde el piso alto:

—¡Juliana!

—Señora...

—Sube.

—Voy, señora.

"Es mejor escapar. Si salgo, nadie se enterará de que he estado aquí. Gabriel no sabrá que vine a buscarlo. Necesito huir. Prefiero dejar para otra oportunidad lo del texto; lo veré en la Universidad. Después de todo, me siento tan incómodo que es mejor marcharme".

Nadie lo había hostilizado, y sin embargo, estaba seguro de que su presencia no era grata. Dio vuelta al salón, ahora silenciando sus pasos como si se oyeran sobre la alfombra. Se acercó al cortinón. Iba a abrirlo para mirar hacia adentro, hacia el resto de la casa, pero no se atrevió. Sabía que esas cosas inalterables del salón, intocadas por años, como la alfombra huérfana de huellas, como las telas en que el sol hiciera paralelas de luz, como los muebles húmedos, no podían ser turbados por ninguna curiosidad; sabía que tras ese cortinón estaba algo pesado, impenetrable, y él, seguramente, no deseaba introducirse en la intimidad terrible de esa familia. Sabía que algo respetable "no, no es respetable, es sórdido" ocurría en el resto de la casa.

Sabía que nadie, ni él, ni un accidente externo, podrían interferir más allá de la cortina divisoria. Sabía que todos los demás, los que estaban en el mundo de luz de la ventana, no eran allí bien recibidos.

Sabía que en la casa habitaba un descontento: Gabriel "confinado en una insensibilidad incomprensible, dominado por el embrujo siniestro de esta familia, y pese a toda su rebeldía, incapaz de escapar. Mira sin ver; oye sin escuchar; lleva un libro bajo el brazo y lee desaforadamente en todas partes para no hacer amistades, para que no se le busque luego en su casa, como lo hice yo. Huye del grupo, se aísla en clase, camina solo por la calle perdido en su libro. Se niega a las bromas. Evita a las muchachas. Gabriel está, no hay duda, separado de todo por esta sala de humedad y sombra, por la voz metálica de su hermano mayor y por todas las cosas que no se ven y ocurren más allá de la cortina divisoria".

IV

Ella lo oía todo. Oía las voces junto a su cama, cuanto ocurría en el piso bajo de la casa; oía pasear a don Vasco; oía el presente y también el pasado gelatinoso, que con toda clase de voces, las tiernas y las dolorosas, le estaba hablando.

"Tú eres bella. ¡Claro que eres bella! Ahora, en esta absurda posición de la que no te moverás más, maltratada por dolores y castigos, eres fea. Horriblemente fea. Pero tú eras bella. Siempre es satisfactorio haberlo sido. Recuerda. Tenías el pelo i tibio y abundante, los ojos azules, las cejas castaño doradas, anchas; hoy no serían bonitas - ¡cambian tanto los conceptos «le belleza!— pero entonces, de apretadas, casi parecían un trazo de raro terciopelo. Tenías la piel blanca, el cuello largo, la boca sonriente y los dientes pequeños. Te vestía tu madre 4a pobre cosió, como tú, atada por años a la máquina ¡cómo eran entonces de baratos los vestidos!— a pesar de tu pobreza estabas limpia. ¡Qué suave y alegre muchacha eras, Teresa, en ese tiempo! Tu madre te hacía rehuir los cortejos de todos aquellos muchachos que, por su posición social o su dinero, no le parecían venir provistos de buenas intenciones. Buenas intenciones, en el sencillo lenguaje de las madres: un traje blanco, dos anillos, voluntad y paciencia para llegar a eso, facilidad para soportarlo. —Teresa, no olvides tu pobreza; no tienes padre, no te engañes. Debes esperar un hombre como tú, pobre, bueno y honrado. Esos ("esos" eran todos los pretendientes) no se casarán contigo-. Tú esperabas, y al hombre ideal de tu madre, agregaste, completándolo, tus sueños de muchacha. Y llegó. ¡Claro, había de llegar! ¡Llevas tanto esperándolo, pensando que te estaba destinado como decía tu madre, un hombre pobre, bueno y honrado...! Cuando Vasco se acercó, tú le sonreíste porque tu madre lo había mirado con buenos ojos. Si ella lo encontraba a su medida, serviría también para colocar en él tus fantasías de niña que aún no empieza a ser mujer. Vasco era entonces un hombre bien parecido. Era violento. Siempre lo fue. Pero también por violento te conoció el domingo y el martes aseguró sin consultártelo: "Se casará conmigo mañana". Tu madre dijo entonces que era honrado. Esa abrumadora urgencia del afecto, ante tanto pretendiente que te perseguía por meses sin decir nada, la convenció.

"No te casaste tan pronto como él quiso, pero el noviazgo fue corto. Un mes, y tú con el vestido blanco, confeccionado de prisa por tu madre, subías la iglesia para ser su mujer de siempre. ¿Que cómo era don Vasco? No lo sabías. Solo que era honrado para complacer a tu madre, guapo para complacerte a ti. Eso bastaba. Ninguno, de todos los muchachos que ella alejara con tal cuidado, había hecho en tu vida huella capaz de marcarte. Estabas virgen de todo contacto masculino, de toda palabra, de

todo gesto, de toda mirada. También estabas virgen de cariño y no conocía tu alma de cristal una sola pasión que la turbara. Podías darte así, sin pensarlo, porque no tenías idea del abismal poder del amor, ni de ti misma tampoco sabías nada. Fuiste a él gozosa. Te entregaste con el temor sagrado de la mujer que no está enamorada y te asustaste del hombre en él, sin poder borrar nunca el miedo inicial que te produjo su violencia.

Allí comenzaste a temerle. Y tal vez a odiarle. Así como dijo: —Te casarás conmigo mañana —dijo-: Serás mía ahora —y no medió la voz de tu madre para detener su arrebató. Para lograrlo no dudó en maltratarte; para gozarse en ti necesitó ver tus lágrimas y oír tu voz pidiendo compasión al dolor que él te producía. Sí, Teresa, debes ver claro: ahí comenzaste a odiarle. Si se hubiera fijado en ti, como mujer, te habría hallado fría. Pero tu marido se gozaba en sí mismo. Ya tú sufrías. ¿De cuándo data tu desamor consciente? ¿No te acuerdas? Debes recordarlo. Es necesario, porque en este minuto inconmensurable en que rindes cuenta de ti misma a ti misma, has de revivirlo todo.

"Fue una tarde lluviosa. Una de esas adorables tardes de principio de invierno cuando todo está suavemente húmedo y como nuevo. Había caído una lluvia diáfana, de las que caen por gravedad, sin viento ni tormenta, solo porque las nubes están demasiado cargadas; de esas lluvias reclamadas con impaciencia por el buche y las alas de los pajaritos, que pidió la tierra y deseó la gente; de esas que dejan todo limpio. Limpio el aire, los colores, las hojas, el paisaje. Tú mirabas por la ventana abierta. Sentada, quieta. Con el pelo suelto, los ojos serenos y las manos castamente posadas en el regazo. Solo mirabas. Hasta ti llegaba un aroma vegetal cargado de todos los olores que despierta la humedad. Habías estado triste, silenciosa, y de pronto, te sentiste contenta. Un júbilo contagioso te poseía con esa lluvia. Te levantaste, y arrastrando un largo camisón de encaje, saliste al jardincillo. Al pasar por la cocina te llegó un perfume de pan. Dijiste una palabra a la criada, solo por el regocijo de hablar con alguien. Ella te sonrió. Tú le devolviste la sonrisa. En el jardín, sin pensar en el largo camisón, pusiste el pie en la hierba evitando los senderos; tendiste la mano buscando geranios, encontraste alguno, aspiraste su aroma, sin saber por qué ese áspero olor te producía tal turbación. Pero quisiste más. Metiste las manos en la tierra mojada y entre tus dedos deshiciste los terrones hasta volverlos barro maleable. Pero quisiste más. Tomaste las hojas del naranjo y bebiste las gotas temblorosas en su punta; mordiste los brotes tiernos que dejaron en tu boca un sabor picante y dulce. Pero quisiste más. Riendo como una niña, para ti sola, te tendiste en el suelo y sentiste gozosa la humedad pasar la tela y llegar a tu piel; empapaste tu pelo en el agua rezagada en el pasto. Pero quisiste más. Y así mojada, alegre, estremecida, corriste para adentro de la casa. Querías decirle a alguien tu insensato júbilo, querías transmitir la primera emoción de tu carne, que tú no entendías, y fuiste a decírselo a él. En muchos besos, en un río de besos que ignorabas pudieran salir de tu boca, besos que se iban humedeciendo en ella mientras te reblandecían toda, que suavizaban algo en tu cuerpo hasta ponerlo maduro; besos sin límite, derramándose espontáneos sobre él. Te dabas toda entera por primera vez. ¡Pero quisiste más!

Contra tu afecto irreflexivo él se ponía rígido; volvía la cara; hurtaba la boca; se esquivaba; y cuanto tú más suave, blanda, tibia, él más duro, inerte, distante. Tú no lo notabas. ¡Porque era la siembra! La vibración de la simiente que podría nacer en ti. Y luego él dijo: —"Estás loca... No me gusta que me besen en esa forma absurda. Me incomoda. Siempre me ha molestado que me besen. Debes saberlo de una vez. No quiero. ¿Entiendes? ¡No quiero! ¡Déjame en paz!". La risa en ti se cortó de golpe. Te erguiste humillada. Entonces comenzaste a odiar conscientemente. ¡Cómo le odiaste! Para siempre. En la noche él te tuvo silencioso, ausente, y estuviste como antes fría, como antes tus manos encontraron algo inanimado donde asirse, y nada del fuego de la tarde hubo ya en ti para responderle. Después lloraste tapando tu cara con la almohada, mordiéndola mientras él dormía. ¡Cómo aprendiste a odiar! ¡Con qué odio inmenso, llameante, le envolviste! Tu marido no se daba cuenta. Le bastaba con sentirse dueño. Tenerte a la hora que le placiera, dejarte a su arbitrio, mirarte seco para dar una orden terminante respecto de cualquier nimiedad, con tono grave, casi siniestro; o con tono suave, meloso, ofensivo, darte una orden humillante: —"Desnúdate, Teresa, y suéltate el pelo". Tú ya insensible a todos los castigos, odiándote a ti misma, te desnudabas, y hasta la suave curva de tus riñones llegaba el pelo dorado, inmenso, lacio. Él te miraba hosco, te miraba ávido. Un temblor de ira recorría tu cuerpo, pero seguías como vestida por la total indiferencia de tu odio. Cada día estabas, Teresa, más callada. Cada día era tu tez más porcelana y algo de cansado y feo ocurría en tu blanco, bello cuerpo. Era la pena, el dolor haciendo sombra aquello hasta entonces rosa y seda. Tú casi te complacías en tu propia decadencia. Ibas madurando sin placer como madura una fruta que se cortó verde y termina el proceso desvinculada de la dulce savia del árbol. Estabas amargada; tanto, que te empeñabas en aumentar tu dolor observándote. Y te decías a solas: "¿Ya no cantas, Teresa, verdad que ya no cantas? Para qué vas a hacerlo si tu música estorba el silencio de la casa. Y ya no ríes. Cansa reír sola. ¿Verdad, Teresa, que no reirás otra vez? ¿Para quién has de reír?".

"Cuando supiste, por la extraña desazón que te poseía, por el aspecto tenso de tu cuerpo, por el oleaje brutal de una turbación inesperada, que ibas a tener un hijo, tuviste miedo de decirlo. Habías de oír un reproche relacionado con la pobreza de tu casa o la destrucción de tu belleza. Nunca lo dijiste; lo dijo tu propia forma sin que el tierno aviso te hiciera merecedora a todos los cuidados, ni hubiera, para el esperado, sueños de gloria. Cuando tu marido lo notó, tampoco dijo nada. Y silenciosamente creció tu vientre, se endurecieron tus pechos y dolían como si el hijo que ibas a tener fuera un pecado. Solo una vez hablaron de él: —"¿Has pensado, Teresa en el dinero que cuesta un hijo? ¿Te das cuenta? No tendré con qué mantenerlo cuando ya me es tan difícil estudiar y sostenerte, a ti y a la casa". Era como si tu sola fueras a tener el hijo, como si se debiera a una culpa tuya con la cual tu marido hubiera de cargar. ¡Qué dura te fue esa época! Comenzaste a coser para tener dinero y dar a luz ese niño, tan indeseado. Constituía, sin tú saber por qué, un delito tuyo. Cuando más pesada podía serte, se inició la disciplina del trabajo, las horas sentada, la ausencia de sol, la activa inmovilidad de la máquina. Coser como tu madre. Coser siempre igual. Cada día era más difícil y cada día te empeñabas con sordo rencor en reunir, centavo

a centavo el dinero, para no temer el casi silencioso reproche de tu marido. ¡Y cómo crecía tu odio!

"¿Oyes, Teresa, su primer lloro junto a ti? Ese lloro solo te produjo lástima. ¿Recuerdas que únicamente tuviste para él una palabra -¡pobrecito!- y una mirada de dolor? Tu marido lo veía con el gesto reprobatorio con que mira a un cachorro quien no gusta de los animales, mientras adoptaba medidas disciplinarias referentes a los dos. El niño debería comer a tales horas, y dormir tantas otras, y evitarse de todo punto su llanto. En tu casa no se podía reír, pero tampoco se podía llorar. ¿Te ves, Teresa, el primer día que dejaste la cama? ¿Te ves como aquel día en el espejo? De la dulce muchacha salía una mujer espléndida; tú misma te sorprendiste de que la maternidad por sí sola, pese a tanto sufrimiento, hubiera devuelto a tu carne el color y a tu juventud la solidez que le restara la pena. Pero siempre quedaba en tu cara un gesto amargo, una risa fea que parecía decir: —¿Para qué soy bella? .Tara qué vuelve a brillar mi pelo? ¿Para qué tengo los ojos azules, los dientes pequeños y la piel blanca? ¿Para quién soy así si nadie me mira? Tu hijo lloró entonces y tú, con el primer destello de maternidad consciente, le respondiste: —Para ti, precioso. Para ti".

En aquella larga, lenta y repetida agonía de Teresa, la vida del recuerdo reclamaba sus fueros implacablemente. Aplazaba la muerte. De nuevo lo oía todo. Las voces junto a su cama, los pasos de don Vasco en el piso bajo y una que otra palabra perdiéndose en el ancho silencio de cuartos vacíos de la casa.

V

Roberto nunca tuvo conflictos, y si los tuvo, de ellos renació más seguro que antes. Jamás obedeció otras normas que las trazadas por su juicio autónomo. Lo que él hiciera estaba bien. Se cuidó siempre de seguir dictados que se fijó con rigor. Si para merecer su propia difícil aprobación fue menester doblegarse, Roberto se doblegó. Si para evitar dudas a su analítico cerebro hubo de decidir enérgicamente, Roberto decidió.

¿Qué imposible hubo para esa voluntad fría? Nada más las cosas que él, de antemano, señaló como imposibles. Su vida se ceñía a los más estrictos cánones. ¿Morales? No. Propios. Disciplinas llevadas a la intensidad del absurdo ocuparon periódicamente su atención. Cuando para hacer de su alto, altísimo cuerpo un arma obediente a su voluntad necesitó corregir fallas que la naturaleza había impreso, comenzó con el más riguroso de los métodos. Por orden. Primero, señalar esas fallas. Roberto, plantado desnudo frente a un espejo, con el tecnicismo frío de un médico que observa a un paciente, tocó todas y cada una de sus líneas, probó todos y cada uno de sus músculos. "Tengo la altura necesaria: un metro ochenta centímetros. La necesaria para convertirme en un atleta. Pero estoy demasiado flaco. Mis músculos son largos, pero flojos; mis tendones son fuertes, pero no flexibles. Los huesos se ven por todos lados, la piel se relaja, es pobre, tiene color insalubre. Debo controlar también los efectos de aquel antiguo paludismo". Roberto se vistió cuidadosamente, sin haber sentido por su propio cuerpo más que un interés puro y científico. Luego tomó un papel y apuntó con una letra que, por un raro contraste, era tan indefinida como la caligrafía de un niño de tercer grado, y tan dificultosa como la de un adulto que aprendiera a escribir: "Peso 132 libras. Debo alcanzar, de acuerdo con mi estatura y edad, las 170. Soy, por de pronto, un esqueleto. Tengo serias dificultades para alzar 50 libras; debo por lo menos, levantar mi propio peso (ahora, 132 libras). Los músculos de los brazos casi no existen, los de la pantorrilla tampoco; hay que ponerles especial atención. Tengo buena base en la musculatura del abdomen, en la del cuello, en la del tórax, en la de la espalda y en la de los muslos. Solo que no tienen suficiente desarrollo". Con estos preliminares, y siempre fiel al orden meticuloso con que acostumbraba proceder, Roberto estudió tratados de medicina, consultó especialistas y escribió distintas cartas a campeones americanos del músculo, pidiendo prospectos e instrucciones. El laborioso proceso requirió varios meses, pero Roberto, en el cumplimiento de un fin, nunca tuvo prisa. Al cabo de ellos llegó a la más sorprendente de las conclusiones: el naturismo era la única doctrina médica convincente capaz de producir seguros resultados, y el *bar-bell* la única gimnasia regularizada que desarrollaría a voluntad todos o cualquiera de los músculos

de un cuerpo. Ya en poder de estas dos verdades —verdades a las que una vez adquiridas se aferraría para toda la vida— comenzó a estudiar dietética y naturismo, y a ahorrar para adquirir un *bar-bell*. Al cabo de otra laboriosa y paciente espera consiguió como se lo propusiera las dos cosas. Fue un erudito y convencido naturista, y el orgulloso dueño de una serie de palos, pesos, ruedas y tornillos que en conjunto se llaman *bar-bell*. Y comenzó el proceso. Desde luego, por el extremo principio, como él todo lo hacía. Primero un horroroso ayuno de quince días a agua bidestilada, con fines de depuración, durante los cuales, en lucha con las toxinas acumuladas en su cuerpo por años, su madre y todos creyeron que moriría. Con la más terca y exangüe de las voces se negó a romper la tremenda disciplina y aguantó con valor digno de mejor causa las terribles consecuencias del ayuno. De aquella cama se paró (después de una gradual reintegración a la vida por medio de aguas mezcladas con jugos, y frutas más tarde) no como un esqueleto: se levantó como un cadáver saliendo de la tumba. Pero, según él, estaba transitoriamente desintoxicado y podía iniciarse en la alimentación naturista. Toda la casa se trastornó con el nuevo sistema. Roberto no desayunaba con café y pan como los demás: tomaba leche agria y frutas ácidas; no comía la comida regular; para él, frutas dulces, frutas proteicas, miel y leche; a la cena, ensaladas, verduras y unas pocas féculas. Juliana, la vieja cocinera, veía complicarse, entristecida, su ya de por sí laborioso programa culinario. Las horas de Roberto eran otras; sus alimentos, difíciles de conseguir; los procesos de cocción de esas viandas, distintos y sujetos a meticulosas rutinas de minutos, graduación de calores, etc. Un día la antigua sirvienta se animó a suplicar: —Don Roberto, ¿no podría cambiar usted un poco siquiera su modo para que sea por lo menos a las horas de los demás?

Roberto respondió:

—No, Juliana, son ellos los que deben alterar ese terrible sistema con que se destruyen, y tú la que debieras contribuir para que lo hagan.

—Pero es que tengo mucho trabajo... Fíjese, las medicinas y las comidas especiales de su mamá, el oficio de la casa...

—Lo siento, pero es imposible. He ganado varias libras.

Y conforme lo anunciara sucedió. Todos gradualmente fueron entrando al régimen naturista, convencidos por la poderosa palabra de Roberto. Hasta don Vasco, amigo íntimo de rigorismos de toda especie, se convenció. Roberto engordaba, se endurecía, ganaba en rapidez, en eficiencia, hasta en belleza. Pero era, hay que reconocerlo, un muro de incorruptibilidad. Álvaro, el más pequeño, avanzaba, retrocedía, y después de un éxito se apuntaba una claudicación, pues había llegado al punto, inevitable en todos los naturistas, en que cualquier alimento distinto del severo régimen, es capaz de producir trastornos digestivos tales, que por un chocolate diez minutos después de un jugo ácido pueden morir. El naturismo produce los más sanos inválidos que

concebirse pueda, llenos de una fortaleza física tan endeble que tal vez no pueda ser abatida por un golpe, pero sí por un sándwich.

Don Vasco adoraba aquella nueva disciplina que le ofrecía pretexto para regentar más duramente aún la existencia de sus hijos, y para reducir y sistematizar las entregas de dinero. Todos habían cedido voluntarios o forzados, excepto Gabriel. Con las mayores dificultades se las arreglaba para desordenar el orden de las comidas y para introducir toda clase de irregularidades en su propio estómago; al menos en esta forma interpretaban los demás su rebeldía. Con un argumento simplista contestaba los discursos de Roberto:

—Quiero ser capaz de digerir siempre los absurdos que mi imaginación me incita a comer. El día que me encuentre frente a un pan y una naranja, provisto de mucho apetito o de mucha necesidad, he de ser un individuo normal que pueda comerse las dos cosas juntas, sin tener que esperar dos horas después de la fécula o media hora después del ácido. Puede llegar el día en que no cuente con el dinero para seleccionar con tanto rigor mis alimentos. Además, me gustan demasiado la carne, el chile y los mariscos. Posiblemente, si me dejaran escoger mi género de muerte, preferiría el accidente, y de no ser este posible, me gustaría la intoxicación. Así que no te preocupes. Estás malbaratando tu energía en convencerme y debes reservarla para el bar-bell.

Si Roberto era el Apóstol de la nueva fe, don Vasco era el Sacerdote y Juliana la Víctima Expiatoria. Don Vasco rezumaba erudición naturista por todos los poros y con el apoyo de Roberto promovía el tema a cada plato durante la comida. Después de esta, en los restaurantes del centro, se servía bistecs, y en la calle comía toda clase de golosinas, y de preferencia aquellas que contradecían el régimen. Mientras hubiera puestos callejeros y restaurantes, él no tenía inconveniente en oficiar a domicilio. Se hicieron más hondas las tensiones, más ásperos los diálogos entre Gabriel y sus hermanos. Con la regularidad del alimento vino la del sueño, la del ejercicio y la del trabajo. El silencio creció como planta abonada en aquella casa de por sí silenciosa. Las íntimas diferencias que separaban al segundo hijo de los demás se intensificaron. Todo parecía apartarlo de ellos, hasta aquellas cosas que constituyen el último lazo entre los habitantes de un hogar, hasta aquellas cosas que los uniforman y los asemejan.

Si Roberto solucionaba drásticamente sus problemas elementales de comida y costumbres, también con la misma violencia ilógica era capaz de resolver sus conflictos emocionales. Cómo llegó a aquello es cosa que jamás le preguntó nadie, excepto su madre, y para la que ninguno halló respuesta. ¿Quién por otra parte se hubiera atrevido a formularle cuestiones? Quizás su arbitraria naturaleza y su despótica índole habían encontrado demasiado menor para su altura intelectual el reconocer la existencia de un asunto amoroso; pero como sí estaba dispuesto a admitir la necesidad de resolver sus problemas fisiológicos, y como no tenía para ello ni la preparación, ni la experiencia, ni el temperamento, su tiranía consigo mismo lo

puso, un día, en un vértice penoso. Aprovechando un estado de mejoría de la enferma, Roberto se acercó a la cama de su madre para comunicarle solemnemente:

—Me voy a casar mañana.

—¿Que te vas a casar? ¡Pero tú estás loco!

—Me voy a casar mañana.

—Pero, Roberto, ¿te das cuenta de que ni siquiera sabíamos que tuvieras novia?

—Y no la tengo, ni la he tenido.

—¿Entonces? ¿Qué pasa? No puedo entenderlo. ¿Con qué la vas a sostener? ¿Qué va a decir tu padre cuando lo sepa? ¡Eso no puede ser! ¿Por qué te casas? ¿Qué es este asunto tan complicado?

—No me formules tantas preguntas a la vez. Me caso con ella porque está embarazada; va a tener un hijo que supongo mío y es mi deber hacerlo. Hablaré con mi padre de ello y me dará la razón. Ninguno de nosotros puede hacer una cosa incorrecta. Es cuestión de honor y disciplina. Ya me voy a graduar de ingeniero, me falta poco, y este corto tiempo, tendrá mi padre que ayudarme.

—Pero ¿cuándo te enamoraste de ella? ¿Cómo se llama? ¿Quién es?

—Otra vez tus aluviones de preguntas. La prolongada cama te está haciendo demasiado inquisidora. Vamos por orden. No estoy enamorado de ella. Ni siquiera me gusta. Se llama Cristina. Y es una estudiante de mi facultad, bastante mala, por cierto.

—Pero entonces... ¿cómo sucedió eso si ni siquiera te gusta? Esto no cabe en mi cabeza.

—Ni cabrá nunca. Tú no tienes la sólida cabeza que se necesita para estos problemas, pero afortunadamente, en esta casa todos los demás -excepto Gabriel— no nos asustamos por conflictos tan mezquinos.

—Pero ¿por qué sucedió eso?

—Por otra cosa que tú no eres capaz de comprender. Los hombres tenemos urgentes problemas fisiológicos que hay que afrontar. La chica se prestó a resolvérmelos. Era un arreglo amistoso en que yo también resolvía los asuntos de ella. Luego ocurrió, bueno... lo que ocurrió -no me vayas a molestar con pormenorizaciones— y ella no me lo dijo hasta que era demasiado tarde, probablemente para colocarme en el inevitable caso de que me casara con ella. Sé que su proceder es deshonesto, pero también lo sería de mi parte no cumplir con esa obligación penosa. No me importa

que ella acepte quedar como una miserable criatura después de todo siempre lo ha sido- pero no permitiré que ella, ni un accidente fortuito y desagradable, ensucien mi honorabilidad y decoro personales. Voy a salvar un alto concepto de mí mismo, y lo voy a salvar a pesar de Cristina y a pesar de todos. Es inútil argumentarse, como es inútil que discutamos más este asunto que ya está resuelto. No vine a consultarte sino a ponerte en autos. Voy :i hablar con mi padre, y ordena la acomodación de ella en la casa. Lamento que no exista la posibilidad de tener un cuarto separado, porque la chica me es positivamente desagradable.

Así, con este preámbulo funesto, entró Cristina en la casa. Tenía ya cuatro meses de embarazo que le era difícil disimular, y un amor ferviente por Roberto que disimulaba menos todavía. Era una chiquilla de diecisiete años, gordita, blanca, de ojos reidores, dispuesta al regocijo y a la cólera, de torpe y vulnerable vocabulario, lista a convertirse en una buena mujer si tenía la fortuna de moverse bajo una mano generosa. Pero no tuvo la fortuna. Pronto surgieron los conflictos. Se hicieron frecuentes los choques por los tímidos reclamos de Cristina y las irónicas respuestas de su marido, cada vez que se encontraban solos en la intimidad del cuarto.

—Roberto...

—Sí.

—¿Por qué eres tan seco conmigo?

—No está en mi naturaleza ni en mi obligación convertirme en un ser tierno para complacerte. He cumplido. ¿No es así?

—Sí... ¡Pero yo te conocía tan poco...! Creí que al responder tan de inmediato al compromiso que habías adquirido conmigo lo hacías por afecto, porque eras bueno, porque pensabas que podíamos ser felices.

—Hiciste mal en casarte conmigo si me conocías tan poco. Yo, con el mismo tiempo, te conozco bastante y no creo necesario, ni me entusiasma, profundizar en tu naturaleza. No te hice ridículas declaraciones de amor, ni se necesita el amor para cubrir la reputación de una mujer, cosa que era, primordialmente, lo que entonces te interesaba.

—Si lo hubiera sabido, habría preferido tener mi hijo en la calle que compartir tu indiferencia y tener que soportar toda la vida el que me digas que has cubierto mi reputación.

—¿Y no lo he hecho?

—Sí, lo has hecho. Pero eso no es todo.

—Es todo y debes ir convenciéndote de ello para siempre. Si lo aprendes pronto será mejor; ni te quiero, ni me interesas.

—¡Eres un miserable!

—No le des suelta a tu lujoso vocabulario. Es mejor, por ni propio decoro, que te contengas.

—¡He dicho que eres un miserable!

—Soy una persona consciente y razonadora que ha pagado la deuda que contraí. Y la he pagado con creces porque la deuda fue mutua. Tanta es mi culpa como la tuya. Creo que es menester que terminemos inútiles discusiones. Si te propones llevarme a la violencia, házmelo saber de una vez.

—¡Quien me lleva a la violencia eres tú! Tú, que sabes cuánto te quiero...

—Tampoco entra en mi obligación escuchar tus declaraciones amorosas.

—¿No te importa que te quiera?

—No me importa.

—¡Infeliz! ¡Mezquino! ¡Miserable! ¡Monstruo! ¡Eres frío como una serpiente!

—¿No tienes más calificativos soeces para enjuiciarme? —¡Tengo este...!

Y Cristina cruzó la cara de su marido con un golpe. Roberto tomó la mano y la retorció con una llave bien hecha de luchador entrenado. El cuerpo voluminoso de Cristina fue a dar contra el suelo, y allí, con uñas y dientes se prendió de las piernas de él, mientras acosaba histéricamente. Al ruido se quejó la enferma en la habitación vecina y en voz débil reclamó la presencia de alguien. Don Vasco se precipitó en el cuarto de los recién casados.

—¿Qué pasa? ¿Qué le has hecho?

Cristina se explicaba desde el suelo convulsa y enfurecida. Roberto la miró olímpicamente desde su metro ochenta y le dijo lleno de grave majestad:

—Avísame si crees suficiente esto para desahogar tu ira. Si no es bastante, podemos repetir la escena hasta que lo creas conveniente, con la desventaja para ti de que estarás más tiempo en el suelo. Piénsalo y lo resuelves. En la sala espero tu respuesta. Afortunadamente para ti, no tengo hoy pereza de reiniciar este ejercicio.

VI

¿Otra vez en la agonía? ¿Cuántas horas conservará ese cuerpo la fuerza suficiente para exhalar, uno tras otro, aquellos horrorosos ronquidos? ¿Cuánto tiempo va a resistir la tétrica inmovilidad?

Han salido muchos soles y desfilado muchos ponientes. El sol de la mañana llega tarde a la moribunda, demasiado tarde; cuando ya, invierno al fin, no tiene el calor suficiente para disminuir su frialdad; los ponientes se detienen en su cama sin querer irse, prendiéndose insistentes en su cara, en la blanca colcha, en la gastada alfombra, en los toscos muebles, y por último, en las dos puertas-balcones del oeste. Teresa está también, quizás para irse con alguno de ellos, cara al poniente. Sus ojos abiertos no ven, pero su tremenda sensibilidad adivina la esquiva caricia del sol y, sin juntar el concepto vespertino con el de otro día, vuelve en la remembranza a todos los ponientes de su vida.

Teresa, aquí está presente aquel atardecer de invierno, frío y ventoso como este. ¡Haz un esfuerzo, sígueme; todavía puedes remontarte! Todavía tienes mucho tiempo que rendir, todavía debes volver conmigo al pasado. Sígueme, Teresa, no mires este poniente de hoy, de tu agonía, ¡mira aquel de hace veinticinco años! ¡Vamos, ya tienes valor! Sé que es lo más duro, por ser lo más querido de tu existencia. Pero debes volver atrás. Tienes que retroceder. No te dejes tomar todavía en el viaje; has de rendir tu postrer reverencia a la vida. Veo que haces un esfuerzo; yo soy tu recuerdo. Teresa, ven conmigo. No te voy a ayudar, tienes que llegar sola hasta allá. Vuelve poco a poco, poniente por poniente, lucero por lucero. ¡Vuelve conmigo, Teresa! ¡Ya te acercas! ¡Sí, es el mismo invierno en que ahora piensas, aquel que llevó tan fríos vientos y tan metálicos soles! ¡Ese es! El que ya alcanzas. ¡Ese, el de los irisados atardeceres! ¡Sí, ese es tu atardecer! ¡Vamos ya, que se te permite ver, desde esa rara dimensión donde te encuentras, hasta la transparencia el pensamiento de aquellos hombres!

"¿Qué hay de milagroso en este poniente? No es, por cierto, un color más en la inaudita gama de sus rojos, que bañaron todos los días de este glorioso diciembre, hasta hoy, 21. No es que el viento, a diferencia de ayer tarde, sople con mayor júbilo, o sea, por la suma de un día más navideño. Ayer, inclusive, tan desatinado, loco y frío viento me molestó, porque temí no dejara crecer las lonjas de pan blanco, crudo todavía, que para henchirse necesitan calor. Hoy está el pan ya doradito -creció a pesar del frío—; hoy, ya guardado en el comedor, al amparo de las hormigas devoradoras, no tiene por qué molestarme el viento helado. Y no. Lo extraño es que

no me molesta. Parece más bien producirme una inquietud como si algo trajera en sus ráfagas festivas. Este viento de diciembre es, de verdad, loco y festivo. Roberto está bien; ya camina un poco por la casa; tengo trabajo, tal vez demasiado trabajo, para engalanar a muchas mujeres con motivo de Navidad; la criada es buena, yo estoy bien. Todo esto me produce júbilo. Sí, es todo esto. Además, tengo para Roberto un caballote de madera, una pelota y un vestido. Todo me debe regocijar. Y sin embargo, no procede de ahí mi regocijo. No puede ser el viento. Algo de nuevo detiene. No, no es que lo detenga, es más bien como si tuviera un regocijo sin causa pronto a encontrar esa causa. ¿Será el mío un regocijo legítimo pero oscurecido por algo? ¿Será ese algo que Vasco es siempre igual? ¿Será porque es duro y frío? No. Si ya estoy acostumbrada. Ya ni mis penas, ni mis alegrías vienen de él. En verdad todas esas cosas no me ocasionan júbilo. El júbilo ha de venir de mí, porque yo soy buena. Son mis hechos. Vasco debe pensar que soy muy tonta y él extraordinariamente inteligente. Y es verdad. ¡Qué raro! Ni es él la causa de mi alegría, ni nuevo motivo de pena. Y no puede ser el viento. Ni el pan. Ni la criada. Ni Roberto. Ni el caballote. Ni la pelota. Ni el vestido. ¿Por qué estoy contenta? Tal vez sea la Navidad; o mejor dicho, el recuerdo de otras Navidades lo que me regocija. Seguramente fui tan feliz en aquellas ocasiones, cuando el viento soplabla como hoy y mi madre escondía con cuidado un costoso juguete o un lujoso vestido para sorprenderme, que tanto gozo basta para alegrar también este fin de año. Alegre y nostálgico. Suena la llave; ya viene Vasco. En fin..."

—Teresa... Tenemos invitado.

"Yo casi digo: ¡Nosotros... invitados...!, pero solo digo:

—Ya voy, Vasco.

"Suenan feas voces de él y la de otro hombre, y luego el paso enérgico de mi marido y un paso quebrado por algo sordo. El invitado es cojo. Yo pienso con desagrado en ver a un cojo; siempre me han molestado las anormalidades físicas, casi no puedo soportarlas; pero haciendo un esfuerzo acudo al segundo llamado de Vasco.

"Esteban no es un anormal; Esteban es un mutilado. Yo, prevenida contra su defecto, me llevo la más grande sorpresa porque ese hombre cojo no me molesta, es más, me agrada con solo verlo. Es blanco y bello; no es frágil en absoluto; su robustez y su impotencia son casi inconcebibles juntas, como son inconcebibles juntos también, según observo más tarde, su impotencia al par de su sereno optimismo, su jugoso deseo de vivir, su bondadosa aceptación del martirio, su delicada y generosa concepción de las cosas. Poco basta para conocerlo. No hay duda que tiene esos modales contenidos, adiestrados, cariñosos, que son el encanto de toda mujer. ¿Por qué he simpatizado súbitamente con Esteban, yo, tan hostil a los extraños? No lo sé. Es posiblemente el injustificado júbilo tomando de momento cauce. El hecho solo de tener invitado, en esta casa adonde desde mi matrimonio no nos visita nadie, basta para alegrarme. Podré desplegar para él la elaborada mantelería, hecha por mis

manos, ociosas en la primera época, y que, entre raíces perfumadas de violeta, ha estado esperando una ocasión propicia. Oiré silenciosa conversar a los hombres mientras les sirvo el café y será grato enterarse así de los temas que a ellos les interesan y que están tan lejos de mis propios problemas. Verá el extraño mi casita, siempre limpia y lista para que cualquiera la vea, y desempeñaré por vez primera mi función de dueña. Todo esto, indudablemente, me hace simpático al cojo amigo de Vasco. Además está su cara pálida; sus claros ojos tan despiertos; su abundante y rizado cabello negro; su larga nariz alerta; su cuerpo fino y robusto; su arrogante modo, aunque la muleta lo fuerce a una posición anormal; sus manos recias, manos de hombre que trabajó con ellas sin que el trabajo las haya denigrado; su agradable voz. Después de unos pocos saludos corteses, me marchó a la cocina para dar órdenes a la sirvienta y para sacar, por fin, mis manteles bordados.

—Corre, Odilia, vas a traer huevos tomates para hacer una salsa, y una libra de ese lomito tan bueno que vende Toribio.

—La carnicería está ya cerrada, señora.

—No pongas dificultades, Odilia. Todo tiene que salir muy bien.

—¿Tiene invitado la señora?

—Sí. ¡Pero apúrate!

—Le digo que está cerrado.

—Pues compra algo, lo que se te ocurra, la comida está muy pobre. Lo que encuentres. —Todo está cerrado.

—¿Por qué no vas y miras en vez de discutir tanto? ¡Anda, apúrate!

—Todo está cerrado.

—¿Vas a ir de una vez?

—Sí, señora. Pero todo está cerrado.

—Llamarás para que te abran. No te olvides: huevos, tomate, lomito. ¡Vamos, date prisa...!

—¿El dinero, señora? Y le digo que todo está cerrado.

—¡Qué obstinación! Te harás atender. Por la puerta de la casa. ¡Ah! Es verdad ... El dinero...

"No puedo llamar a Vasco para pedirselo. Además no me lo dará. Está aquel dinero con que iba a comprarme un traje... ¡No importa! ¡Hoy estoy contenta! Lo del traje se dejará para después. Y además, ¿para qué quiero un traje si no salgo a ninguna parte? Hoy estoy contenta y mañana no importa.

—El dinero... Ven.

"¿Qué hablarán los hombres cuando conversan para ellos? Ha de ser bonito tener con quien hablar, tener quien lo escuche a uno. Y tener quien lo mire. Los cuchillos... ¿de qué lado se colocan? Nunca me enseñaron esas cosas... Mamá pensó que no había de servirme. Y casi no estaba equivocada. Pondré las servilletas como las ponen en los hoteles, dobladas en abanico. Fue hace mucho tiempo, cuando mamá me llevó al puerto. Pero mucho tiempo. Al desdoblarse se abrían por el medio. Primero deben plegarse, luego doblarlas en dos, luego se meten en el vaso, luego se toman por una punta y luego salen como acordeón. Así no se mirará el bordado que tanto trabajo me costó hacer... Sí, se mirará cuando se tomen para usarlas. Tienen que mirarlas. ¿El pan en un plato... en una bandeja, o sobre la mesa? Si alguien me hubiera invitado alguna vez a comer, ya sabría estas cosas por observarlas; pero como nunca nos han invitado... ¿Qué hablarán ellos solos? Espero que cuando llegue hayan terminado con el tema de la política. ¿De qué conversa Vasco con sus amigos? Nunca ha conversado conmigo. " —¿Me planchaste el vestido? —¿Hiciste la cuenta para sumarla? Tú sumas muy mal, nunca puedo tener confianza en tus matemáticas. —¿No crees que estás gastando mucho dinero? —¿Me arreglaste el cuello de la camisa gris? —¿Hablaste del asunto de la criada? —Un jardinero es un lujo que no podemos pagarnos; es bueno que en tus ratos de ocio te entretengas cuidando el jardín (¿cuáles ratos de ocio?), las mujeres no saben qué hacer cuando están solas, el jardín es un remedio. Eso son fantasías ¡un jardinero...! —Teresa, ¿pesaste al niño? Me parece que no engorda lo suficiente. —Teresa, es bueno que te preocupes de que haga menos ruido, los niños no necesitan chillar, pero si se les deja, no permiten vivir a los demás. —Teresa, esta cama está mal hecha. —Teresa, ¿apagaste la luz del corredor? No. ¡Claro! Te da miedo. No se puede dormir con ese reflejo en los ojos. Es ridículo que a tu edad le temas a la oscuridad. No eres una niña. —Teresa..., Teresa..., Teresa... desnúdate y suéltate el pelo". No voy a pensar en eso ahora. Ahora que estoy contenta... Es demasiado desagradable para hoy que estoy contenta... Una rabia loca que sube. Parece que viniera de los riñones y flagelara la espalda hacia arriba, y se metiera en el pelo, y saliera por la frente. Y luego la misma rabia pero más intensa: "—Teresa, vuélvete...". Ahora la rabia sube del vientre y sale por el pecho. La piel se ha de poner roja porque yo la siento roja. A modo de que yo fuera vaso con flores y se me diera vuelta para mirarme. Por todos lados. Como cosa de cosa. No pensaré en eso ahora... Se está quemando el aceite... ¡Cómo tarda Odilia...! ¿Le habrán abierto? ¿Qué hablarán ahora? ¿Cómo tengo el pelo? No lo he mirado en todo el día. Y si tengo la cara brillante... ¿Y si me salen pelitos de las trenzas peinadas descuidadamente en la mañana? No puedo repararlo porque habré de pasar por el salón y me preguntará Vasco que si la comida está lisa... Y con esta tardanza de Odilia... ¿Todos los hombres hacen lo mismo? " —Teresa, vuélvete...". No pensaré en

eso ahora, ahora estoy contenta. Después, cuando pase a sacar los manteles, me miraré al espejo. ¿Cuánto hace que no lo hago con el cuidado de antes, cuando me preocupaba de que mi pelo estuviera escrupulosamente partido en dos y de que Gas trenzas brillaran, o de que quedara algo sobre la cabeza y redondeado? ¿Cuánto hace? Es verdad... desde la primera vez, sí, desde la primera vez que dijo: "—Teresa, vuélvete...". No debo pensar eso ahora. ¿Cuánto hace? Uno no realiza esas cosas por uno mismo, sino para que lo miren. Y cuando no lo miran... Mucho quehacer... El niño, la costura, la comida, la plaza, la economía del centavo, tantas cosas... ¡Cómo tarda Odilia! ¡Cómo tarda!

—Usted hace bien en quedarse, al fin de todo, no le conviene ir de un lado para otro. Este país, digan lo que digan, es bonito -dijo don Vasco.

"El tamaño del mundo no depende de la relativa movilidad que proporcionan un par de piernas sanas. Si me quedara por sujetarme a eso, mi mundo sería muy chico. Y es deliciosamente grande; nunca acaba uno de conocerlo aunque permanezca siempre en el mismo sitio. Esto, lo de hoy, ya es un mundo. Su seca parsimonia. ¿Existe amistad entre este hombre y yo? Seguro no existe. La amistad está hecha de otras cosas, cosas que este hombre vanidoso no podrá nunca entender. Cosas como saber hacer un gesto a tiempo, como tener el sentido del silencio, como compartir una pena, como evitar un dolor, como hacer el sacrificio, no un sacrificio cualquiera, sino el sacrificio que exige la amistad. ¡Palabra que para aprenderla hay que aprenderla con la intensidad y devoción, con la fe con que se aprenden de niño las oraciones! ¿Pero es que yo le tengo amistad? Positivamente no. No podría ser su amigo; como él no puede serlo mío. Él me hace cortesías deliberadas que se miran sin siquiera abrir los ojos. No menciona nunca mi pierna y evita toda conversación en la que aparezca la palabra pierna. Su silencio es tan audible como si estuviera gritando -yo lo sé, pero por no hacerte sentir tu inferioridad, lo callo-. De repente se desliza hacia un tema peligroso, peligroso dentro de ese su punto de vista, y cambia con la brusquedad de un síntoma acusador en una enfermedad mortal. Hacer tantos esfuerzos por ignorar una cosa supone que se la tiene constantemente presente. Él no puede tener la cómoda naturalidad de mis amigos cuando me preguntan: "—¿Cómo sigue tu pierna, Esteban? ¿Todavía las usas como reloj de luna para registrar las crecientes y menguantes?". Broma humana simple que no molesta. Espontánea forma de ver las cosas naturales. Natural espontaneidad de mirar en natural lo que ya es natural. Natural situación que produce reacciones naturales. Reacción espontánea ante un hecho natural. Si hay que mencionarlo, se menciona. Si hay que ignorarlo, se ignora. No es la mención deliberada ni la deliberada ignorancia. Es mención lógica y normal ignorancia. No me molesta siempre mi pierna. A veces me molesta pensar que está así. Mi amigo, el que es mi amigo, hablará de mi molestia como hablará de mi conformidad. No habrá tema vedado que vede solamente la comprensión y ponga énfasis en la ignorancia. Como los niños cuando juegan a esconderse y el escondido grita al que le busca: "—¡Ya! ¡Búscame! ¡Estoy en el comedor! Detrás de la puerta". Para él yo hago bien en quedarme no por aquello por lo que me quedo sino porque, según él, yo vivo dependiendo de mi anormalidad, y la reclusión, la estabilidad y el

ostracismo harán ver menos todo lo que él ve porque quiere verlo. Yo me quedo porque me gusta esto, como me iría si me gustara más aquello. Hace mucho tiempo, y solo después de muchos dolores, pude incorporar mi anormalidad a mi vida, pude hacerla mía, sentirla de mi pertenencia, y tanto como pueden pertenecerme mis virtudes o mis defectos. Fue aquel día cuando comprendí que eliminando el hecho de mi anormalidad, tratando de excluirlo de mi vida, no hacía otra cosa sino vivir en función de él. Ahora es distinto. Aunque haya costado, y mucho. Mi pierna destrozada es parte de mí, asunto de mi vida, en igualdad de condiciones y derechos que mis brazos o mi otra pierna sana. Forma parte de mi ser. No se sacaba nada con exclusiones deliberadas. Recuerdo cómo me costó. Recuerdo con la herida susceptibilidad con que respondía a las palabras dichas sobre el hecho y a los silencios corteses. En ambas formas se tocaba el punto doloroso. Ahora no. Comencé por decirme yo mismo: "—Tengo una pierna destrozada. De ahí, de aceptarlo en esta forma, fue fácil agregar: Con una pierna destrozada no se puede hacer lo que con una pierna sana. Después, ya reconocido el hecho, más simple fue deducir: debo contar con mi pierna enferma para lo que no puedo hacer, como cuento con mi pierna buena para lo que puedo hacer. Y aún más tarde: el que esté destrozada no la elimina del número de mis extremidades, el hacer por no verla no me va a cegar y siempre caerá mi mirada con un disgusto que no debo sentir. Recuerdo luego, cómo aquel día la desnudé y la miré intensamente identificándome con sus peculiaridades, hasta que estas me fueron tan familiares como las de mi pierna sana. La rodilla está anquilosada, el hueso de la cadera sobresale y deforma la línea general del cuerpo; los músculos están muertos y se van secando gradualmente; el pie no es más que un muñón informe que no proporciona base para sustentar mi peso; está esa terrible herida que parece una boca abierta; para moverla debo arrastrarme de medio lado, penosamente, contorsionando la cintura y desequilibrando los hombros. En cambio la otra está perfecta. Tiene la piel tensa; bajo ella se dibujan los músculos fuertes; la rodilla tiene ese aspecto de raíz vital que poseen los huesos de los hombres; gira y se mueve con soltura; se balancea libremente; el pie está dispuesto a hacer lo que mis nervios le piden; conserva su arco alto, su larga línea fibrosa, es bueno para sostener, para propulsar y para obedecer. Después comencé a estudiar mis movimientos con cuidado hasta que la pierna destrozada llegó a rendirme, para realizarlos con perfección, tanta ayuda como la pierna sana. Si se arrastra hay que aprender a arrastrarla; si está rígida hay que buscar el ángulo cómodo de esa rigidez; si cuesta levantarla, hay que usar la otra para conseguirlo. Recuerdo qué inmensa satisfacción me proporcionaba cada éxito; recuerdo cómo me complacía en las limitadas habilidades de mi pierna enferma, como se complace una madre en los progresos de un hijo retrasado. Recuerdo cómo la miraba ya puramente, con una mirada pareja, igualitaria, con una mirada idéntica a la mirada que tenía para mi pierna sana. Y se iba curando mi alma del dolor de impotencia. Ahora nada me molesta. Mencionarla tiene calidad igual a la de mencionar la otra. Pensar en ella es lo mismo que pensar en la otra. No pensar en ella es la consecuencia de todo, como no se piensa en las manos perfectas, ni en los ojos sanos, ni en la espalda erguida. Ahora es igual. Pero costó mucho. El que adivina en mí ese proceso, el que lo presiente, el que actúa frente a mí con naturalidad, porque siento mi propia naturalidad, es mi amigo. Nada puede

molestarme; por consiguiente, nada hay que evitar, nada que ignorar, nada que pasar por alto. —Hace bien en quedarse -lo dijo su mirada, supone que haría mal en moverme. ¡Cómo le debe haber costado encontrar una frase tan sutil para decir, sin decir, lo que quiere decir! ¡Qué difícil y retorcido! ¡Qué trámites más largos y penosos lo hace realizar su falta de naturalidad! Cuando sería tan sencillo decir: —Usted está mejor quieto que moviéndose, porque no puede moverse con la soltura de un hombre sano. Y qué fácil me sería contestar: —Tiene razón, me es difícil moverme, y por eso, tal vez, me va gustando cada día más la quietud. En cambio ahora tengo que contestarle: —Sí, me dan una buena oportunidad de trabajo, no hay que desaprovechar las oportunidades porque tal vez no vuelven".

—Sí, me dan una buena oportunidad de trabajo, no hay que desaprovechar las oportunidades porque tal vez no vuelvan -respondió Esteban después del prolongado viaje de su pensamiento.

—¿Cómo la consiguió? —espetó don Vasco.

"Cómo la consiguió si no puede moverse. No me explico cómo pudo llegar a conseguirla. ¡Ese hombre tiene una suerte que no merece! ¡En cambio uno! Tampoco me explico cómo va a cumplirla y cómo va a realizar lo que se le pide con ese apéndice colgante de su pierna".

—Tengo suerte. Me han dado lo que yo buscaba sin que tuviera que pedirlo. Es como haberse adelantado a mis deseos.

"El se pone en pie porque yo entro. Nunca Vasco se ha puesto de pie por mí. Este hombre le hace a uno sentirse respetada y considerada. Y hace bien".

—Muchas gracias.

"Mujer torpe. ¡Vaya que es torpe Teresa! Entra ruidosamente, lo obliga a levantarse y ni siquiera le dice: —No se moleste. Está bien así -sino que da las gracias como si el otro no se viera ridículo al ponerse en pie".

—La comida está lista. Si les parece vamos al comedor.

"Esta señora ha dado las gracias simplemente. Casi no puedo creer en tan maravillosa simplicidad. No puedo creer que sea cierto en una mujer. Ha hecho algo que haría con cualquiera, y es mucha intuición certera hacer conmigo lo que con cualquiera y hacerlo con esa soltura. Muchas gracias. Pero muchas gracias. Hace bien que una mujer actúe así".

—Sigán hablando. Por mí no se molesten.

—Hablábamos de cosas que a ti no te interesan. Te aburrirías si continuáramos.

"¿Qué hablan los hombres cuando están solos? No debe existir una manera de saberlo. Yo no me aburriría porque estoy esperando esa conversación particular que no se produce porque estoy presente. Es como eliminarme por estúpida. Es como trazar una línea de la cual yo no debo pasar. Es como cercar mis alegrías y mis penas, y no dejarme tener más penas ni más alegrías que las encerradas en el límite por él trazado. Ninguna otra alegría, ni ninguna otra pena. Alegrías permitidas, penas aprobadas. ¿Qué hablan los hombres cuando están solos?".

—La señora no se aburriría porque a las mujeres les gusta escuchar. Y a los hombres nos gusta que nos escuchen. Hay algunas mujeres que pueden escuchar muy bien; tan bien, que hablar frente a ellas llega a ser un ejercicio privado para el cual ellas no son obstáculo, sino más bien aliciente.

—Amigo, se ve que usted no las conoce. Se aburren cuando los hombres hablamos como hombres.

—No me parece que usted tenga razón. A nosotros también nos gusta que ellas hablen como mujeres para mujeres.

—Eso es aburridísimo. La conversación de las mujeres es rumo gritería de animales sin sentido. No tienen continuidad, ilación ni sustancia.

—¿Y es necesario que una conversación tenga continuidad, ilación y sustancia para que no sea aburrida? Yo he oído las charlas más deliciosas de gente que pasaba de un tema al otro, moviéndose o saltando de allá para acá. Conversar no es desarrollar una tesis. Lo que hace el agradable conversador no es más que una cosa: que responda a lo que se le pregunta y que sepa escuchar. Quiero decir que cuando escucha, escuche al otro, no a sí mismo o a la frase que va a decir después; y que cuando habla recoja el pensamiento del interlocutor y le dé su matiz, o le agregue su opinión, y no proceda aprovechando simplemente el silencio ajeno para ensartar su frase sin responder a lo anterior.

—A mí me gusta la conversación, pero como exposición razonada de un pensamiento hilvanado.

—Para una cosa como esa no se necesita interlocutor. Se necesita solo auditorio. Eso no es una conversación. Sería un discurso.

—La conversación es discurso de dos.

—Sí. Pero no es "dos discursos". Allí está la diferencia, Vasco, que usted no quiere ver. Y creo que dije mal... o recogí su frase sin pensarla. Ya solo el hecho de admitir que la conversación sea discurso elimina lo básico de la conversación. Usted procede

sobre su pensamiento. Yo procedo sobre nuestro pensamiento. Es diferente. ¿No lo quiere creer así?

"Vasco se queda mirándome con reproche. Me mira largamente como si yo fuera la causante de su derrota".

—Teresa se aburre.

—¿Verdad, señora, que usted no se aburre?

"Vasco me ve con ira. Suelta su acostumbrada ironía".

—¡No! ¡Se divierte extraordinariamente...!

"Yo no me divierto. Yo escucho. ¿Se trata acaso de divertirse? ¿Son estas las conversaciones de los hombres que las mujeres nunca podemos oír? Esteban me mira. Me mira y mira a Vasco. Daría un mundo por ese pensamiento. Me ha de tener lástima. Tal vez de esa misma lástima que yo me tengo. Pero no, no me mira con lástima. No conozco todavía el sentido de esa mirada. Hay sorpresa, como si detrás de mí quedara algo que él ve y yo no veo, como si adivinara cosas que están más allá de mí misma. Como si descubriera, y como si sobre ese descubrimiento no quisiera opinar. Yo siento recaer sobre mí el peso de la preeminencia de Vasco. Me encojo. ¿Por qué me encojo? ¿Estoy hecha de materias plegadizas? ¿Qué debo decir para no molestarlo? ¿Qué espera de mí? ¡Si lo supiera! Decir que me divierto le daría motivo para herirme de nuevo. No quiero que me hiera así, delante de otro, porque el otro pensará que es muy miserable su proceder. Y lo es, pero nadie debe verlo. ¿Cómo lo cubro de su propia ruindad? Es mi marido. Nadie ha de darse cuenta de esas cosas. Son cosas de él y mías que él no debiera exponer. ¿Cómo lo cubro? Si niego su razón la doy a su amigo. Y estaría mal. Esto también descubriría su ruindad. Hay que encontrar una frase. Hay que refugiarse en algo sólido, algo que no pase la penetración de Esteban y que no pueda dar base a la mezquindad de Vasco. Un recurso elemental, algo chiquito, algo intrascendente, algo femenino, más allá de todos los juicios".

—Las mujeres tenemos curiosidad de lo que piensan los hombres. Tenemos curiosidad de todo. Tal vez sea esta una forma de divertirnos. Para mí oírlos hablar es como mirarlos comer. Si eso les complace, está bien.

"Mujer de escudo. Para cubrirse con ella. Separa de uno todo lo feo del mundo. Para que uno se mueva en ese ambiente cálido que ella crea, con la comodidad del niño en el vientre de la madre. Construye con su bondad y vuelve a construir con su inteligencia, las cosas que los hombres destruimos y volvemos a destruir. Conocimiento perfecto, simplísimo de lo pequeño y lo grande; sabiduría elemental de lo que hay que evitar para que el hombre siga creyendo en sí mismo; y si él dejara de tenerse esa fe, todavía quedaría, siempre, la fe de ella para volverse a levantar.

Intensa sabiduría de las ignorancias ajenas, profunda ignorancia de las sabidurías propias".

El recuerdo de aquella tarde había vuelto a Teresa tan real, que ni los ruidos fáciles de caer en el olvido por vulgares y frecuentes querían irse de sus oídos aún más sensibles por la enfermedad.

Volvía a chocar el vaso con la taza, el chirrido de los cuchillos en el fondo del plato al cortar la carne, el roce de las servilletas con la boca, el movimiento del cucharón que por inercia golpea la sopera. La cena aquella se reducía a este conjunto desordenado de sonidos. Don Vasco exigía silencio durante las comidas, para mantener la atmósfera de rito, y ni aún la presencia del amigo logró quebrar del todo la extraña disciplina. Por eso solo las cosas se aprovechaban para expresarse, para rebelarse contra el congelado silencio de aquella casa.

—¿Quieren tomar aquí el café o vamos a la sala? Hace frío en este comedor.

—Permítame, señora.

"Esteban se levanta y se apresura a separar mi silla. Hace ¡bien ese cuidado. Muchas gracias". —Muchas gracias.

"¡Estupidez! Tremenda estupidez. Lo ha dejado hacer. Ha dicho gracias y no se da cuenta del esfuerzo ridículo que todo eso significa para él. Ya sería tiempo de que un hombre tan obstruido en sus movimientos se limitara a ejecutar aquellos que puede realizar todavía con relativa soltura. No era menester esta cortesía idiota; se expone a formar una "ese" de contorsiones. Y a ella le gusta. Todo cree merecerlo. Ni siquiera ha hecho un gesto para evitar el gesto de él. Le agradan esas tonterías, como a todas. Cree en ellas. Que no lo espere de mí".

"Esteban corre mi silla. Para hacerlo tiene que apoyar su muleta en la pared, realizar un esfuerzo de equilibrio, duplicar la incomodidad de su posición. Y sin embargo, es suave el gesto, no le cuesta nada porque la dificultad no está en la forma de lograrlo sino en el mecanismo de la intención. Suave gesto. Vasco me mira otra vez. Tengo que pagar su desatención. Tengo que pagarla con algo. Habrá un momento para ello, cualquiera será bueno, pero yo sentiré pesar su desaprobación, su disgusto porque él no hace esto, y lo hace por él quien no puede hacerlo. Yo me encojo de nuevo. No quiero que se note, temo que su amigo se dé cuenta de que ya va a saltar sobre mí. Esto hay que cubrirlo también. Me encojo, me encojo irremisiblemente. Si estuviéramos solos, tal vez pondría la mano frente a los ojos como el que espera un golpe. Vasco me mira. Sirvo el café. Café negro, azúcar, tacitas chicas, cucharillas. No deben sonar... Vasco me mira. Yo miro a su amigo".

—¿Dos cucharaditas?

—Gracias, señora. Dos está bien.

"Vasco me mira siempre. Siento su dura mirada sobre mi perfil. Ya viene el golpe..."

—Teresa...

"Yo lo miro. Hay dominio en él. Dominio de jugador. Me ve de frente a los ojos, directamente a los ojos, intensamente a los ojos. Esos ojos están secos, los labios esconden la sonrisa maligna que tanto conozco. Ya va a golpear. Ya... Se detiene. Prolonga el instante como si lo dejara colgando en la última sílaba de mi nombre. Se intensifican la mirada y la sonrisa. Toda su cara promete un juego maligno. Sigue mirando duro, muy duro. La sonrisa es melosa y perversa".

—Teresa, no derrames el café... A ti todo se te cae de las manos.

"Ahora quita sus ojos de mis ojos y los posa en mis manos que aprietan convulsamente la taza. Yo me encojo. Mis manos comienzan a temblar. La sonrisa maligna está ya suelta, liberada. No descansa más en su boca, parece haberse desprendido de ella. Lo que él dice va a suceder. Yo también quito mis ojos de su cara y miro mis manos. Mis manos aprietan y sobre ellas está ahora pegada la sonrisa. Tiendo la taza a Esteban, choco con la cafetera, derramo el café. Miro mis manos estúpidamente. Como si fueran las culpables. El cuerpo de Vasco se relaja; ya no hay sonrisa. Todo él se esponja y mientras vuelve a clavar sus ojos satisfechos en mí, solo un instante, se repantiga en el sillón, acomoda el cuerpo".

—Te dije que lo ibas a hacer. Ni el advertírtelo sirve de nada. ¡Eres muy torpe!

"Vuelve a ver a Esteban. Comprueba su efecto".

"¿La ve? Allí está. Me pertenece. Hace lo que yo quiero, bueno o malo. Depende de mí. Vive de mí. No tiene ni movimientos propios. Es una cosa, solamente una cosa obediente, le falta mucho para llegar a ser persona. ¿Se da usted cuenta? ¿Se da usted cuenta de cómo es mía? Pues bien, no tiene dificultad ni importancia poseer una cosa. Para mí, no significa nada. Nadie querría tener una cosa. Yo la puedo retener o la puedo tirar. ¿La ve? No le dé más importancia de la que merece. Aprenda a colocar a las mujeres en su sitio. No hay que dejarlas creerse más de lo que son. Y son eso, un músculo del ¡cuerpo masculino que se puede mover a voluntad. Póngase usted en su sitio. No derrame su galantería inútil sobre algo tan despreciable como una mujer. ¿Ya vio lo que es? ¿Sus gestos de gran señor en honor de eso que yo le muestro desnudo? ¿Sus difíciles movimientos por eso que yo le enseño? ¡Es tan fácil que da risa! No cuesta nada hacerlo. Si deseo que se pare, se para; si quiero que se caiga, se cae. No tiene voluntad propia, no tiene ni movimientos propios. ¡Y usted derrama importancia sobre una pobre cosa torpe como ella! ¡Vaya, señor...!".

"Vasco se mueve hacia adelante. Se mueve redondo, completo, acomodándose más y más en el sillón. Ha terminado. Ahora es el espectador de su propia obra. Yo tartamudeo".

—Disculpe.

"Esteban avanza, toma de mi mano la taza vacía. Sonríe. Mira seguro a Vasco y me habla".

—No se preocupe, señora. Imagine las torpezas que yo hago constantemente con esta pierna deforme que arrastro. Si no me caigo, derribo a alguien. Nuestros actos no son siempre de nuestra exclusiva responsabilidad. A veces también dependen de otros. La preocupación de mi impotencia para moverme como los hombres sanos debe haberla puesto nerviosa. Permítame compartir la culpa con usted y déjeme ahora servirla.

VII

—Entra -dijo Gabriel abriendo la puerta-. No sé por qué te empeñas en visitar esta casa tan desagradable.

—Por ti.

—Ya empiezas... No digas eso, Aurora. Tú sabes que estás mintiendo. Vienes por los pasteles que te hace Juliana. La pobre vieja está chocheando contigo.

—¿Verdad que me quiere mucho?

—Te quiere mucho. No tiene nada de raro; eres la única persona con la paciencia necesaria para escuchar sus eternas quejas. Reconozco que Juliana te ha adoptado. (Hizo una pausa sonriente, y luego agregó mientras daba vueltas por su cuarto adonde lo había seguido Aurora). Perdona que continúe arreglándome. Como tú eres de confianza...

La muchacha se sentó en una silla junto a la ventana. Miraba a Gabriel embelesada como si los sencillos gestos de aquel fueran milagros.

—Puedes seguir. Pero no me cambies de conversación. Yo no vengo por las golosinas de Juliana y tú lo sabes. Vengo por ti, y para acompañar a tu madre.

—Ya sé que te has constituido en su enfermera. Se te agradece. (Buscó en el fondo del armario, revolcando la ropa. Finalmente, con gesto de triunfo, extrajo un trapo, una caja de betún y el cepillo). Todo se me pierde, soy muy desordenado. Y ahora, sintiéndolo mucho -le hizo una cortesía grotesca- me veré obligado a pedirte esa silla. No solo la silla... Repito mis excusas, como dice papá, pero debes cambiar de sitio porque necesito la luz de la ventana para lustrar mis zapatos.

La muchacha se sentó en la cama en un sitio estratégico desde donde podía ver mejor a Gabriel. Su mirada era implorante cuando agregó:

—Estoy enamorada de ti y no me haces caso.

Él se volvió desde su posición doblada, por lo que la respuesta parecía venir de abajo hacia arriba. Continuaba engrasando el zapato, con la pierna sobre la silla. La miró así retorcido con expresión deliberadamente burlona.

—Si no tengo mala memoria, eso me lo has dicho ya otras veces. ¡No estás muy novedosa hoy!

—¡Y te burlas de mí! Siempre lo mismo. No tienes derecho a tomarme el pelo. Tú sabes que va en serio. Te quiero mucho, mucho, y mucho -recalcó con la obstinación de una criatura.

Gabriel se enderezó esgrimiendo en la mano izquierda el mugroso trapo y en la derecha el cepillo. La pierna colocada en la silla le daba el aspecto de ensayar una pose de estatua.

Eres tan niña, Aurora, que te empeñas en engañarme con semejante ingenuidad. Buena solo para broma.

—¿Pero vas a creer alguna vez que yo solo vengo a esta casa para verte?

—Vienes cuando te aburres, y como no has aprendido a estar sola, me buscas para desarreglar con mis palabras tu mundo interior hasta un punto tal, que el cataclismo te saque de esa inercia de tu vida feliz. ¡Porque la vida feliz también había!

Había terminado con los zapatos y se apresuraba a guardar sus implementos de trabajo. Después se plantó ante el espejo y comenzó a hacerse la corbata. El espejo estaba muy bajo y Gabriel doblaba las piernas, combando la espalda para ajustar su estatura a la capacidad del cristal. Ella, para verlo de frente, se pasó de la cama a una mesita que hacía las veces de tocador.

—Yo no soy feliz sin ti. Debes creerlo. Repito que estoy enamorada.

Gabriel le contestó con tono enfadado, para poner fin a las confidencias. Le molestaba en extremo la tenacidad de la muchacha y se defendía tomándola a broma. Sin embargo, cuando contestó, había en la inflexión de su voz algo de temor.

—Eso no es cierto. No debe serlo. Me haces y te haces un daño mintiendo.

Los dos se quedaron en silencio. Gabriel daba vueltas buscando el peine. Le pidió sitio con un gesto y Aurora se levantó de la mesilla. Arrojó todo el contenido de los cajones para mirar y finalmente descubrió el peine sobre la cama. Lila rompió la tensión diciendo enfáticamente:

—No te voy a convencer, ni tiene importancia. Para que lo sepas, estoy sola para quererte y para todo lo demás. La tuya no es compañía.

—¡No me hagas reír! ¡Sola tú, que eres la inquietud personificada y la negación del silencio...! ¡No te pongas trágica! -pero al darse cuenta de la dureza de su actitud, dijo

de pronto acentuando el tono de chanza-: Hazme una declaración de amor, de rodillas, con lágrimas y todo, y te creeré.

Aurora reaccionó rápida, pero mecánicamente, y obedeciendo a un impulso interior, no en broma, sino muy seria, se arrodilló con cierta solemnidad que a Gabriel le pareció ridícula. Luego dijo:

—Te quiero mucho. ¡Pero mucho!

El muchacho se reía pero estaba aun más incómodo.

—¡No seas ingenua, Aurora! ¡Ahora te pones a llorar...! ¡Bonita cosa! ¡Solo eso me faltaba! Y no eres una criatura, tienes veinte años. ¡Dejemos esta broma! Anda, alízate.

Ella se puso en pie sin protesta, con el mismo gesto mecánico con que se arrodillara, reflejo de su amorosa sumisión ante Gabriel. Se puso en pie pero no sonrió, ni dejó el tono húmedo que empleara antes.

—Gabriel, anoche soñé en ti. Te aseguro que fue maravilloso...

Él aprovechó el giro para cambiar la situación molesta y embarazosa en que se encontraba. Daba vueltas por el cuarto y no acertaba a saber qué estaba buscando. Era desconcertante y estúpido estar oyendo a todas horas esas innecesarias declaraciones de amor. Veía a Aurora como una chiquilla simpática, pero no se le habría ocurrido quererla. Con un libro en la mano se plantó ante ella.

—A ver... ¿Y qué soñaste? Siéntate. Me cuentas el sueño y me voy, porque tengo prisa.

Ella estaba abstraída, con los párpados bajos y humedecidos.

—¿Te interesa mi sueño? —Siempre me interesan tus locuras. —Pues locura o no, te lo voy a contar. Soné que te quedabas solo, muy solo. Yo no me explico cómo, pero no había nadie junto a ti, y era más bien como si nunca hubiera habido nadie; ni hermanos, ni padre, ni madre. Una soledad sin equivalentes, la de quien de veras, hasta consigo mismo, está solo.

Hizo una pausa que él aprovechó para reanudar el clima de broma porque el asunto tomaba otra vez el cauce temido de la melancolía amorosa.

—¡Bonita frase! ¿Dónde la leíste? Me la vas a apuntar. ¡Un lápiz...!

Si sigues tomándome el pelo me callo. Está bien. Continúa. Ya me pongo serio. También rilo ponerme dramático, si conviene a la relación o fa-)rece tu musa.

—¡Gabriel! ¡No seas necio! ¿Sigo?... Estabas solo así, perdido en un camino largo, con gesto de cargar algo pesado. También mirabas buscando...

—...un pañuelo -interrumpió él, al tiempo que iniciaba la búsqueda en los cajones. Pero Aurora no le hizo caso, estaba nerviosa, a cada frase cambiaba de posición, daba vueltas, se sentaba en todos los muebles y volvía a iniciar el recorrido.

—Mirabas buscando algo. Yo estaba cerca de ese camino; me acerqué y te hablé. Estoy casi segura de haber dicho que te quería, como siempre. Pero tú ni me oías, ni me mirabas. También como siempre -agregó con amargura-. Te toqué y tampoco notaste mi presencia. Yo insistí mucho, pero ante esa rara actitud que era como si estuvieras y no estuvieras allí, como si la soledad te fuera grata (no, grata no, porque demostrabas pena). Era, ya sé, como si defendieras tu pena. Bueno... yo me acerqué más y caminé contigo en silencio. Caminamos juntos mucho rato. Juntos no es la palabra... ¿Ves cómo me complico?

—¡Cómo no te habías de complicar si estás inventando! Pero sigue. Lo haces bastante bien. ¡Bravo por tu musa!

Aurora se encogió de hombros.

—Para que veas... no es tan inventado como dices... (olvidó la explicación de esa frase y reanudó el relato). De pronto se aflojaron tus piernas, y siempre con los ojos fijos en ese algo que parecías perseguir...

—...te perseguía a ti -le cortó Gabriel.

—¡Cállate! ...caíste al suelo. Yo no te hablé ni tuve impulso de levantarte. No sé por qué tampoco, yo me caí a tu lado y...

—Si sigues sin saber el por qué de nada, estamos arreglados...

—¡Cállate y escucha! Esperé como si estuviera segura de que iba a suceder algo maravilloso. Tú no te movías; tenías abiertos los ojos y mirabas sorprendido a todos lados. A veces con la mirada de quien esquiva un golpe, otras lentamente, como cansado. Mucho tiempo después (ignoro cuánto, porque en los sueños uno no se da cuenta exacta de nada, pero estoy segura de que pasó mucho tiempo), fijaste los ojos en mí por vez primera. Con una cara de sorpresa, de descubrimiento, de encuentro, que no sabría explicarte. Tomaste mi cara entre tus manos y me miraste más. Sin amor, sin afecto, simplemente como dándote cuenta estupefacto de que aquello que tenías en las manos existía. Y entonces, después de haber esperado con tanta fe que sucediera algo, algo estupendo, a mí me entró un cansancio muy raro. Cansancio de tu mirada, de tu atención de todo. Y yo, la misma que antes esperaba tus palabras, volví la cara a otro lado sin prestar interés a tu interés. Es raro... tú me besaste, pero

yo tampoco sentí el beso. No me importaba, por ese extraño hastío, que me besaras o no.

Aurora se quedó pendiente del aire, de lo lejano, de su sueño, quién sabe de qué. Gabriel estaba serio. Luego la niña juguetona se despertó en ella, saliendo de la melancólica evocación para agregar esperanzada y golosa:

—Te digo que alguna vez me besarás así. Y ya en la realidad, yo no miraré para otro lado, te lo prometo. Me besarás despacito... Gabriel... —una chispa diabólica brilló en sus ojos—. Ya sé a qué saben tus besos. No habrá sorpresa si lo haces.

Gabriel había encontrado finalmente un rollo de papeles los hojeaba indiferente sobre la mesa de trabajo. Se sentó con el lápiz en la mano y comenzó a chequear mientras reanudaba con tono mecánico la broma defensiva:

—Sin sorpresa perderás lo mejor de todo. ¿Por qué dices tantas barbaridades como si fueran verdad?

—Porque son verdad.

—¡Tu irremediable fantasía! Si no estuvieras tan segura "sistema nervioso", dijo chequeando—, como estás, de que no te voy a tomar en serio -"sistema circulatorio"—, no te .11 reverías -"linfa, vasos capilares, arterias"-, a decir esas i osas.

—¿Quieres tomarme en serio? ¡Bésame ya!

—Pero, Aurora... ¿Por qué hablas así?

—Porque me gusta decir la verdad. ¡El mojigato! Siempre digo la verdad. Todo cuanto pienso y siento. Pero la gente, tú inclusive, está tan acostumbrada a oír mentiras, que cuando suena la verdad no la reconocen. Yo soy la verdad.

—¡No tanto, Aurora! ¡No tanto! -"vísceras, músculos, tendones", dijo bajito— ¿A que no dices cuánto piensas de mi padre o de mis hermanos frente a ellos?

—Si me retas, lo digo. Aunque no... me echarían de esta casa. No voy a renunciar a tu presencia por una franqueza inútil. Si me aseguras que te veré tanto sin venir como te veo viniendo, lo digo. ¡Vaya que lo digo! ¡Ganas no me faltan...!

Gabriel necesitaba suspender la conversación para poner en orden las notas. No le dijo que se fuera, pero empleó un medio segurísimo.

—Aurora... -se puso misterioso-, Juliana hizo esta mañana pastel de chocolate y lo tiene escondido en el armario de la cocina.

—¡De chocolate! ¡No...! -y salió corriendo.

Aurora era así. Tempestuosa, franca, alegre, pero en el meollo de tanto desparpajo estaba intacta su calidad de virgen. Era, por su carácter y su aspecto, una invitación viviente a la confianza, y también, una invitación al arrebató. Nada habían podido contra su indisciplinada naturaleza la rigidez de su casa ni la rutina del estudio. Aurora lo decía todo. Esto, según ella, simplificaba la vida. Cambiaba de opinión constantemente, lo que no la preocupaba en absoluto. Era cordial porque su energía generosa no le cabía en el cuerpo. Solo un sentimiento parecía tener pétrea solidez en ese temperamento en apariencia variable: su amor por Gabriel, amor en el que este no creía, aparentaba no creer, o temía más bien, y del cual todos se burlaban en la casa, pues lo declaraba sin temor ni excusa.

Por fuera, Aurora era salvaje, como por dentro. Tenía los ojos verdes, pero verdes verdes, de un verde total, sin cambios, cerrados entre las más rizadas y tupidas pestañas que concebirse pueda. Una franja arriba los velaba, y una línea negra abajo los definía. Llenos de felino apasionamiento. Las cejas airosas, decididas hacia la oblicuidad. El pelo, negro también, enmarañado, en montones, se levantaba o caía en locos tirabuzones, rebelde a cualquier peinado; es más, rebelde hasta al peine. Tenía la boca pequeña, casi redonda, carnosa, siempre con una sombra roja en las comisuras y un hoyuelo en el centro. La nariz corta, afilada, transparente, un poco vuelta hacia arriba. ¿Que si Aurora era linda? ¡Aurora era lindísima!

Quizás porque la intensa vida emocional no encontraba cauce suficiente en su indisciplinada cabeza, quizás porque su naturaleza primaria se encontraba o veía dualizada en todas las cosas, ella personalizaba lo inanimado, poniéndolo a hablar en pintoresca jerga. Le decía, por ejemplo, doña Teresa:

—¿Por qué no te peinas, Aurora?

—Porque él no quiere.

—¿Y quién es él?

—El, mi pelo -aseguraba enfáticamente-. Él dice que no. Se enoja cuando lo peino, y si insisto, capaz es de meterse i ni re mis ojos y sacármelos.

Doña Teresa le contestaba riendo: —Entonces debes dejarlo, tienes razón; porque ya es bastante problema las pestañas que amenazan tus ojos.

Gabriel le preguntó un día por qué personalizaba las cosas. Aurora encontró una explicación conformada a su fantasía:

—¿Y quién te ha dicho que solo habla lo que puede hablar con palabras? Puede que las cosas tengan también su manera de pensar. Mira... Si por ejemplo un árbol se dobla a un lado, completamente en contra la dirección del viento, es porque no le da la gana, así, ¡no le da la gana! doblegarse al viento. ¿No has visto en el monte caminos que van cruzando sin ninguna razón visible, haciéndose interminables para llegar a un punto por el modo más largo? Pues no fueron contruidos en esa forma, pero les pareció divertido dar vueltas, y se entretienen obligando a la gente, que los pisa todo el día, a caminar el doble. Las cosas hablan y ustedes se empeñan en no escucharlas. Yo no hago más que acercarme a lo que quieren decir.

—¿Y quién te asegura que tus palabras sean la expresión de lo que las cosas sienten? -intervino Gabriel para prolongar el tema, pues se divertía oyéndola.

—¿Y quién te ha dicho a ti —agregó convencidísima Aurora- que yo pretenda ser exacta en eso? Si las cosas no pueden hablar, o no pueden por lo menos ser entendidas, deben sentirse contentas de que alguien haga el esfuerzo de

interpretarlas, bien o mal. ¡Además, hay "cosas" de las cosas, tan expresivas, que solo siendo sordo no puede uno oírlas! Querer imponer nuestra manera sobre ellas es absurdo; hay que aceptar la manera de las cosas. Sería como pretender callar al río.

—Lo imposible es intentar ninguna vía lógica contigo. Eres el absurdo y la arbitrariedad en persona. Eres tan tortuosa y sorpresiva como ese río o como ese camino.

—Yo me divierto como el camino dando vueltas y me burlo haciendo ruido como el río. ¡Ustedes... la gente, son muy extraños! ¡Pero muy extraños! Todo pretenden entenderlo y no se entienden ni a ustedes mismos.

—La que no entiendes eres tú -le había contestado Gabriel sonriendo.

Ahora volvía disgustada de la cocina, haciendo mohín de perplejidad:

—No se dejó.

Gabriel, acostumbrado a su lenguaje, le contestó cogiendo al vuelo la intención:

—¿Por qué no se dejó? No te iba a hacer nada.

—Te digo que no se dejó. ¿Quién iba a tocarlo con tamaño letrero en medio que dice "Feliz Cumpleaños" y montones de candelitas... Te digo que no se dejó —se quedó como soñando o preguntándose algo. Por fin saltó acusadora)-: Pero... ¿quién cumple años?

—Yo.

—¡Idiota! ¡Y no habérmelo dicho antes! Le hubiera robado a papá unos pesos y te habría comprado una corbata. Una de esas corbatas que dicen a gritos "Fui regalada en cumpleaños por una mujer". ¡Idiota! ¿Y ahora qué hago yo para felicitarte?

—Nada. Felicitar-me.

Los ojos de Aurora brillaron más crespos que nunca. —¿Te beso?

Gabriel, riendo y retrocediendo poco a poco, como quien escapa a una amenaza, le contestó;

—¡No! ¡No! No me vas a besar... Ni lo pienses. ¡Qué criatura esta, que solo piensa en besos!

—¡Ah! Lo que voy a hacer para felicitarte... —¡Que noooo! -y Gabriel comenzó a correr por entre los muebles, mientras Aurora lo perseguía saltándolos, dejándose caer encima de ellos cuando creía haberle alcanzado, rodando por el suelo sin precauciones de ninguna especie, gritando y riendo a carcajadas. De pronto una voz los cortó en seco:

—¡Silencio! Ya en esta casa no se puede estudiar. ¡Silencio!

Ambos se detuvieron acezando. Aurora se quedó en la mitad de un salto y se tambaleó cayendo por fin en una cama. Gabriel se inmovilizó después de un estremecimiento visible; una nube cayó sobre sus ojos como si el pesado cortinaje de la sala los velara. Estaba hecho piedra en el centro del cuarto. Aurora, acostumbrada a las impertinencias de la casa, tanto como a los hermetismos de Gabriel, preparaba sus defensas tradicionales.

—Gabriel...

El muchacho miraba al vacío y sus ojos se habían vuelto opacos. Todo lo convexo y acogedor de la pupila desapareció. La mirada pegaba o se pegaba a las cosas como una cinta engomada, plana, sin volumen. Perdió en un segundo toda su luminosa intensidad.

—Gabriel...

—Sí...

—¿Ya no estás aquí?

Gabriel no respondió. Seguía bregando con el complejo nudo de sus pensamientos. "Ahora me va a preguntar que si ella no es compañía para mí. Me está mirando con

una mirada en la cual pone, deliberadamente, devota intención. De seguro todas las mujeres son así. No le importa mi preocupación, ni se pregunta por qué me preocupo de estas cosas. La atormenta no ser objetivo inmediato de mi interés. ¡Boba! Es tan primitiva su reacción, carece hasta tal punto de razonamiento... Las mujeres... Es seguro que uno queda pegado a ellas, tocándolas; tienen hasta para pensar, algo de piel con piel. Son pura sensibilidad superficial. No se pregunta... ¡Claro que no se pregunta! Nunca se preguntan. Se responden y son una mera afirmación a una mera negación... ¡Silencio! Un llamado al silencio. Da asco esa constante hambre de contacto. Debieran tener, como los pulpos, muchos brazos, para poder estar tocando todo. Adentro, un pensamiento mecánico que bien podría ser este: "—Ahora debo mirar, intensamente. Luego hablar, hablar íntimamente". Como si las palabras anudaran. Como si al romperse algo en mí se hubiera roto un lazo entre los dos. Lo mío no tiene nada que ver con lo suyo. Que no me toque. A ella no se le ha quebrado nada. Está entera, siempre lo estará porque no es capaz de lazos. Ahora me mira, ya tiene su frase, la encontró y sabe también mi respuesta. Mientras tanto, piensa cosas estúpidas. Yo las adivino: "—Ahí bajo la barbilla, no se rasuró bien Gabriel. Pero si lo digo, pensará que estoy pensando cosas sin relación con el momento. Debo colocarme en el momento". Su pregunta tiembla en el aire, se va formando antes de salir de su boca, vibra, y si eso se viera, sería como una serpentina dentro de la mano segundos antes de ser lanzada. Toda la cinta debe tener una vibración propia, una especie de movimiento autónomo, un cierto deseo de enrollarse. ¡Silencio!... Y si yo gritara... no el "no se puede estudiar" sino un "no se puede vivir", ¿qué pasaría? ¿Por qué estas cosas no se gritan y las otras sí? ¡Silencio!".

—Gabriel...

"Ya estuvo... Trémolo de movimiento, cinta roja, aire en espera, rectángulo larguísimo. ¿Será todavía rectángulo cuando es tan largo?".

—¿Estás ya muy lejos...?

—Tócame si quieres. Me parece que estoy aquí. "¡Estúpida! Tocar, es todo cuanto quiere. ¡Pues es claro que no estoy muy lejos! ¡Y es claro que también lo sabe! Pero necesitan ver todo formulado en palabras, como si las palabras se "vieran", o como si le dieran a las cosas una cierta materialidad. Eso es. La materialidad. No están hechas para el pensamiento, están hechas para el goce. Todo lo que no sea diversión trastrueca su sentido de la vida, las saca de esa ! ni ida materialidad sin la cual no saben vivir. Todo lo que no sea diversión, vía de diversión, posibilidad de diversión, esperanza de diversión...".

—No es así como yo te quiero presente —dijo Aurora. —¿Y cómo me quieres entonces? ¿Hay acaso otro presente?

—Sí lo hay.

—Tal vez, pero tú no lo conoces -dijo Gabriel con rencor.

—Ya comienzas a desbordarte —afirmó ella reticente, suponiendo, no sin cierta razón, que el desbordamiento en Gabriel provenía del sentido de culpa que lo dominaba—. ¡Yo no lo conozco...! ¡Vamos bien! ¿Qué otra cosa negativa tengo en este momento?

"Psicología de víctima. Exacerbación del contacto. Si no se las toca con la mano, hay que tocarlas con la palabra, y si la palabra no les proporciona suficiente proximidad, quieren el maltrato para estar seguras de ser tocadas. ¡Plano, basto, superficial! ¡No hay nada de real martirologio! Es el drama del sacrificio, en farsa. Porque el sacrificio real, el del silencio, no lo pueden hacer. Para callar estamos siempre solos. Nos acompañan a reír o a llorar, a todo cuanto tenga algo de manifestación externa de sentimiento. Pero no nos acompañan al sentimiento. Animales que se arrastran, sentido horizontal de la humanidad. Viene otra frase... Otra serpentina. Me mira. ¿Estoy de perfil? Dirá que tengo cualquier cosa bonita, dirá una frase con forma de ternura, o que exprese una supuesta ternura. La dirá para evidenciar que mi abstracción no la molesta, que comprende mi silencio, y a pesar de ello, y de mi intento de maltratarla, ella se goza en el martirio, porque viene de mí. Desborda generosidad y afecto. Como un panal de miel. ¡Qué asco! Ya viene..."

—Gabriel...

—Qué...

—Tienes cara de estar cansado. —Y lo estoy. Eres muy sagaz.

"Me pongo hiriente. ¿Por qué? Bueno... No hago más que satisfacer su deseo de ser maltratada. Ella pide y yo doy. Si pidiera algo fundamental...; pero eso ¡nunca! Ahora se colocará en el punto de víctima deseado, y todo tendrá la apariencia de que yo la situé allí. Dar curso a su deseo, ya sea deseo de alegría o deseo de pena. Solo saben desear. Quedará bien puesta en el punto que escogió y quedará como puesta por mí. Terminamos la farsa del sacrificio. Ultimo detalle. Serpentina. Vibración".

—¿Cansado de mí?

"¿Y si le doy salida...? ¿Y si la maltrato más allá de su deseo? ¿Y si no doy la negación que espera sino la afirmación que ni sospecha? Está bien en su papel. Lo hace. Con esa sabiduría elemental de las mujeres para la farsa. Solo tal vez son reales cuando mienten. Instinto perverso el tuyo; producto del contacto pegajoso en ella, goce de verdugo en mí, goce de degollado en ella. Sucio y feo. Chorrea resignación y después podrá chorrear ternura, falsa ternura. Silencio. Ese que pidieron quienes no lo necesitan y necesitan los que no lo pueden pedir. Me decido. Vamos al mal trato".

—Sí. Tal vez estoy cansado de ti -dijo Gabriel ensañándose cruelmente.

"Ahora cabeza cortada. La pone con elegancia en la picota, la deja caer con gracia. La descuaja en rojo. Rueda, y luego se volverá para sonreír al hacha y al verdugo".

—¿Te sentirás mejor si me voy? -preguntó ella confirmando con su frase la hipótesis cínica de Gabriel.

"¡Ahí está! No podía fallar mi previsión. La ternura, última etapa del calvario. La muerte. Ellas no saben morir; es la soledad. Tocarán con la sonrisa si ya no pueden hablar, pero tocarán con algo".

—Tal vez -afirmó sin afirmar él-. Tal vez me sentiré mejor si te vas.

—Bueno, me voy.

"La no protesta. Es la sonrisa de la cabeza cortada. Consumación del sacrificio, final del drama. En la puerta, o después de la puerta, su pensamiento: —¿Cuánto le durará a Gabriel? Debo regresar llena de olvido. Y mi olvido no debe ser muy visible; no más un poco, para que no le parezca intencionado. Debe ser natural. ¿Cuántas horas habré de esperar para que le pase la dureza? -después el mismo pensamiento se vierte sin dificultad al cauce lógico de su vida. Lo veo-: Ya me retrasé, entraré por la puerta de las criadas; subiré a mi cuarto y luego bajaré como si viniera de allí y no de la calle. ¡Bonita tarde! Hace calor y yo con este vestido de lana. Aunque es invierno... Pero el tiempo está muy variable. Gabriel no se rasuró bien y no se lo dije. Se lo podré decir, tal vez... Cuando no piense que observo esas cosas por falta de penetración en su ausencia, como él dice. ¡Como si la oyera! Asco. Mugre. Amor".

—Adiós, Gabriel...

—Adiós.

"Silencio. La puerta. ¿Por qué se fue? No es compañía. Para la soledad sí estamos solos. ¡Qué frase! ¿Se entiende? Yo la entiendo y como hablo para mí... ¿Hablo? Hablar y pensar... ¿Cuál es la diferencia? La palabra que tanto aman ellas. El vestido de todo, hasta el del pensamiento. Otra frase. Seguro la leí en alguna parte, porque mía no es. Tengo que buscar un libro menos atormentador que ese para hoy... No dormiré. No se puede vivir... Pero ¿qué querría yo para vivir? ¿El ruido vedado? ¿Que papá no se pasee por el salón todos los días? ¿Que no nos obligue a compartir su presencia insufrible? ¡No! Quisiera querer algo, desear intensamente, dejar de enjuiciar, descansar de pensar, tenderme por dentro en una cama de no razonamiento, como nos tendemos en una cama para dormir. Durmiendo no se piensa. ¿Por qué silencio en esta casa? ¿Por qué me afectan a mí también las palabras hasta este extremo? Yo podría haber callado... y podría haber seguido contento... Pero no se puede. No es la palabra, es lo que hay detrás de la palabra. El extraño peso de esta casa. El peso de obsesión que está en todo. ¿Por qué se fue Aurora? Yo la despedí

duramente. Y ahora me quedaré con ese vacío que solo ella se atreve a romper. Si volviera...".

Sonó la puerta. La cabeza enmarañada de Aurora se asomó entre las hojas:

—¿De veras quieres que me vaya?

—De veras.

—Adiós, pues, Gabriel. —Adiós, Aurora.

Se cerró definitivamente la puerta y se oyeron los pasos apresurados de la muchacha. Iba corriendo. Desde el piso alto llegó intermitente la voz de la enfermera llamándolo. Tan tenue, tan entrecortada, que le costó reconocer su nombre:

—¡Gabriel! ¡Gabriel...!

VIII

Gabriel la mira con miedo. Cada vez la respiración es más corta y se la ve mover una porción menor del cuerpo tendido. Ya no altera el estómago ni el tórax; se limita a sacudir ruidosamente la garganta, donde también pueden observarse las arterias dilatadas en sube y baja de irregulares trémolos. Los labios antes carnosos ahora son una línea delgada y pálida sobre el redondo agujero de la boca. La nariz ha adquirido transparencia y se percibe el hueso. Toda la cara posee un aspecto artificial como si estuviera hecha de cera, o celuloide, y por parcelas, irregularmente, tiene un tono violeta. Lo tiene un poco más arriba de la línea del labio, bajo los párpados cargados y cerca del lóbulo de las orejas. Junto a la nariz el color es blanco intenso, y sobre las mejillas descarnadas es de un raro matiz indescriptible, mezcla de fresa y de fango. El pelo entrecano todavía conserva vitalidad; ...seguro de cómo va a crecer, cómo va a seguir creciendo después de su muerte, toda la energía se ha refugiado allí. Siempre fue bello ese pelo, y aun cuando las canas comenzaron a destruir su uniformidad, no hicieron perder a las hebras doradas su tono de miel, ni fueron contra estas menos plata las hebras plateadas. Ahora, todavía, si no se mira la cara, ese pelo es bello; tiene un jugoso brillo, una calidad pesada y ondulante; cae para atrás sobre la cabeza y termina desflecado en la almohada en toda su abundancia y longitud. Los ojos están abiertos pero no tienen mirada. ¿Pueden unos ojos estar abiertos y no tener mirada? ¡Seguro! Los ojos de los sonámbulos son así. Aunque no... Estos ojos abiertos están todavía más carentes de expresión, son todavía más extraños, como si constituyeran un pedazo de la piel o del hueso, de distinto color, pero de la misma calidad. Si el hueso es blanco, si la piel es amarillenta, la esclerótica es azul; sin embargo, este cambio de color no logra ninguna diferencia en su calidad idéntica a la piel y el hueso. Los ojos de los sonámbulos miran pero no ven; estos ojos ni miran ni ven. Solo porque son convexos, porque están colocados allí donde la gente tiene siempre los ojos, porque tienen párpados, son ojos. Tienen la forma, la posición, el color de los ojos, pero han perdido todos sus poderes; y sin embargo, están abiertos, horriblemente abiertos como si conservaran, de aquella su pasada condición de ojos, la costumbre de mirar. ¿Por qué los tendrá abiertos si no miran? ¡Da gana de que ella muera para poder cerrarlos! A los muertos se les cierran los ojos poniendo la yema de los dedos sobre el párpado y bajándolo lentamente. No hay muerto con los ojos abiertos, o por lo menos, no debe haberlo. ¿Y ella, por qué los tiene abiertos? ¿Qué hay de vivo en ella? El ronquido isócrono, la convulsión del cuello y el resplandor plata-oro del pelo. ¿De tan poco se puede vivir todavía?

Gabriel posa la vista en el cuerpo de su madre para vencer en sí un miedo extraño “si ella se diera cuenta de que le tengo miedo, ¡qué duro sería! ¡y qué cruel!”. Pasa la mano por las piernas de Teresa en un gesto rígido que quiere ser caricia. A través de las mantas siente el frío terrible, diferente, ese frío que da frío, que viene quién sabe de donde “¡tonterías! viene de sus piernas y de sus pies helados”; la vuelve a tocar controlando su repulsión “una bolsa con agua caliente, si ella siente este frío, ha de serle muy penoso, una bolsa con agua caliente para que, si no puede ya contagiarse el calor, por lo menos tenga cerca de ella algo tibio”.

—¡Juliana!

—Ya voy, señor...

—Trae una bolsa con agua caliente.

—Voy; en un momento la subo.

—Llama también al médico.

—Sí señor.

“Me toman de los pies, me levantan, estoy muerta ya, colocan algo bajo mi cuerpo, es el ataúd, ya estoy muerta, ya me ponen allí, pero no siento, pero no siento que me levanten toda, solo los pies, no me han movido entera, es algo bajo mis pies, yo estoy, no estoy muerta, ya, mañana, hoy, cuándo es mañana, cuándo es hoy, cuándo fue ayer, muerta ya, la diferencia entre la vida y la muerte, que la levantan a una, que la colocan sobre una superficie dura, que la cargan luego, que la conducen, es solo en los pies, no estoy muerta, o lo estoy, frío ha de sentirse al ser alzada... rí... o-sin-a... gua-pero-rí... o-que-co... rrequién-lo-hi... zo-estoy-so... la-al... guien-está-conmi... go-estoy-muer... ta-quie... ro-saber... lo-no-hay-quien... me-lo-di... ga-levanta... da-superfi... cie-du... ra... solo-los-pies... ayer-a... yer-a... yer-a... yer... levanta... da-coloca...ron-al... go-enlos-pies... son-mis-pies... ya-no-me-pertene... cen-que-me-pertene... cen-de-micuer... por-que-nono... me-pertene... ce-quiero-saber... lo-si-hoy... es-ma-ñana... quie... ro-que-me-di... gan-que-alguien-me-ha... ble-que-yo-no-pue... do-ha... blar... rí... o-ayer... maña... na-quie... ro-que-me-di... gan-que-alguien-ha... bleque-yo-no-pue... do-ha... blar... rí... o-muer... ta-ya-muer... ta-ya-muer... ta-yo-noestoy-muer... ta-colo... can-colo... can-respi... ro-respi... ro-rí... o-rí... o-rí... osina... gua-sin-a... gua-volvió-porque-me-tu... vo-lásti... ma-lás... tima... volvió-noe... ra-un-entendi-mien... to-yo-no-quiero-entendimien... tos-con-na... die-node... bo-hacerlo está Vasco a él le pertenezco porque me casé con él porque mi madre aprobó porque yo hago lo que él quiere porque tiro lo que él quiere que tire porque me equivoco cuando quiere que me equivoque por qué no quiere nunca que yo no me equivoque si quisiera podría no equivocarme, le pertenezco si no le perteneciera así sería diferente, le pertenezco y podría también como puede podría como puede podría que yo no me equivocara volvió porque me tuvo lástima, volvió una mañana, siempre fueron claras

las mañanas y luminosas las tardes cuando él volvió, lástima ha de ser lo que lo trajo, porque no tuve frase qué decir cuando le abrí la puerta, solo preguntó por Vasco, y él sabía que no estaba, y no me miró, y entró contorsionándose con su cuerpo deforme, y se sentó en la sala, y no me miró, y dijo:

—Esperé encontrarlo.

—Si puedo servirle en algo... —dije yo.

—Gracias, señora; quería hablar con su marido, pero si no tiene usted inconveniente, lo esperaré.

Y creo que toda la gente se sentía bien en compañía de Esteban. Se sentían bien los niños, porque Roberto, niño celoso y huraño, venía a mirarlo curiosamente. Tenía una forma esencial para llegar a la forma esencial de las gentes. Tiempo después pude confirmarlo; sabía la palabra para llegar a aquellos para quienes son siempre nuestras palabras, solo palabras. Esteban conocía la mirada en que la mirada halla confianza y el gesto fácil de esos para quienes el gesto es difícil. Los seres elementales, los que están cerca de lo material por esencia, como los animales, los niños y los pobres, establecían inmediato contacto con él. Aquellos que disponen de muy limitados medios de expresión porque la palabra les es casi desconocida, y porque conocen solo muy pocas palabras; aquellos para quienes el gesto es un esfuerzo porque para vivir en armonía con su reducido mundo material (mundo material que no hace gestos), ellos necesitan pocos; aquellos cuyos limitados medios de expresión son bastantes para expresar lo poco que necesitan expresar, los pobres, los hombres de la tierra, las mujeres elementales del campo, llegaban de inmediato a su sencillo gesto y le daban la respuesta simple que se dan entre ellos. Y se entendían. Estaba cerca de las cosas y cerca de las gentes. Todos se sentían bien con él. El bien era su don. La simplicidad, su maestría. Todos y yo también nos sentíamos bien, y cerca de él. Pensé que era malo sentirse bien y sentirse cerca de él, pero me comporté como un niño aquella mañana y dejé que las cosas fueran. Tenía Esteban la mirada pura, porque solo a través de una mirada pura se puede llegar a los resultados que él llegaba; a aquel entendimiento perfecto sin muchas palabras, a aquella palabra simple sin muchos gestos, a aquel gesto oportuno sin palabras. Era un señor. Todo un señor. Señor de señorío. Se sentía uno indefenso y transparente ante él. Yo tuve pudor por esa transparencia, pero ningún miedo de mi indefensión. Y tuve pudor de mi transparencia, porque dejaba ver la mezquina intención de Vasco que yo quise cubrir, y seguro que para Esteban no quedó cubierta. A través mío, él leyó aquella noche toda la rudeza, toda la miseria de mi marido; vio también la pobreza de mi comunicación con otros seres, vio la reducción de horizontes en que me movía, vio la ruindad con que Vasco me constreñía a sus caprichos, vio en ese gesto ordinario sus gestos diarios, leyó allí sus palabras horizontales: —Está lista la comida, planchaste mi camisa, cuídate más del niño, todo lo tiras, no puedo fiar de ti ni para limpiarme los zapatos, no quemes mi vestido, ya lo quemaste; —vio la dificultad de moverme frente a los otros que yo por todo eso había adquirido, la timidez que se desarrollaba

rápidamente en mí, el miedo ante los extraños, el terror de estar sola tan intenso como el terror de estar acompañada. Tuve entonces pudor de mi transparencia porque todo mi deseo no servía para tapar lo malo que quería tapar, y porque en esa transparencia él se daba cuenta de ese deseo mío de cubrir ocasionado por la existencia de una cosa que debía ser cubierta. Tuve pudor de mi transparencia ante sus ojos sagaces, porque esos ojos leían un implorante ruego de que no vieran, y me daba vergüenza rogarles y me daba pena un ruego, que por el solo hecho de formularse en mis ojos, era síntoma de esas cosas sórdidas que sus ojos no debían ver. Y tuve pudor de mi transparencia porque ese cristal que yo era ante él era un pobre cristal impotente para defender aquello que yo debía defender, y que si yo sabía que debía defender, era porque estaba indefenso. Porque lo indefenso era mi devoción por Vasco. Esa devoción no debiera haber estado nunca indefensa y por ella no debiera haber habido necesidad de implorar. Debiera haber sido lo bastante fuerte para que yo no tuviera necesidad de considerarla débil para pedir por ella. Tuve pudor de esa transparencia ante sus ojos, que descubríanle la mezquindad de Vasco y lo precario de mi devoción por él. Sin embargo, mi propia indefensión ante esa sagacidad no me producía temor. Tenía pudor, pero no miedo. Había confianza en mí; una extraña confianza y un satisfecho deseo de que me considerara indefensa, de que viera la ruindad de Vasco y de que presintiera lo débil de mi devoción. Y ese pudor no estaba reñido con el confiado deseo de que él adivinara, porque el adivinar era descargar mis dudas en él, era compartir los secretos dolores, era fortalecer esa devoción debilitada. Pensé que era malo sentirse cerca de él, pero no quería ni podía evitarlo. Sentirse cerca de él era como sentirse lejos de alguien de quien debiera estar cerca, porque el acercamiento implica en el otro sentido alejamiento; y al acercarme yo a él, me alejaba indefectiblemente de aquel a quien debiera estar próxima. Estaba mal porque al alejarme de uno y acercarme al otro invertía el sentido de las cosas. Pero no podía ni quería evitarlo. Esa cómoda indefensión que él provocaba era la causante de mi falta de voluntad para reaccionar contra esa proximidad consoladora y peligrosa. Si mi indefensión ante él me hubiera producido temor por su poder, nada habría importado, pero iba acompañada de una falta de miedo, una repentina confianza y una sensación de compartir que yo no podía todavía explicarme. Y dejé aquella mañana que me ganaran la indefensión, la confianza, la comodidad, la transparencia y todos los sentimientos con los cuales, de haber sido yo más fuerte, o estos menos antagónicos, debiera haber luchado. ¿Y por qué se daba cuenta Esteban de tantas cosas sin oír una palabra? ¿Y por qué lo hacía a uno darse cuenta de que él se daba cuenta? ¿Por qué sabía yo, tan poco sutil antes, que él, sin mencionarlo, sin volver sobre el asunto, sin pensar, siquiera en eso, estaba compenetrado del sentido profundo de la tremenda escena de la noche pasada? ¿Cómo hacía para que su penetración no solo bastara para entender las cosas, sino que era lo bastante poderosa para hacer a los demás, carentes de esa penetración, compartirla en grado suficiente para percatarse de que existía y de que por medio de ella él había llegado al entendimiento perfecto de todo? ¿Cómo hacía para serlo y transmitirlo? Cómo hacía me era imposible entenderlo. Pero sí me fue posible llegar por mí misma al fondo del alcance de su penetración y seguir el curso de su pensamiento como si la reflexión viniera por mis propias vías. Usaba yo ideas ajenas, las engranaba con soltura insospechada, empleaba palabras

desconcertantes, y todo ocurría como un proceso lógico, producto de mi propio razonamiento. Era don de Esteban conseguir aquello. Don de contagio. Gracia de dación. Estaba indefensa, era transparente, sentía confianza, estaba cerca, y todo lo sabía y lo aceptaba sin lucha. Solo otro, otro más fuerte que él, podría romper el peligroso embrujo: Vasco. Y anhelé, para conjurar milagros, su presencia. Para que se salvara él en mí. Yo no podía defenderlo, yo, tenía él mismo que defenderse en mí. Era Vasco quien se hundía en mi debilitada devoción, quien perecía en mi confiado deseo de compartir dolores, quien se desnudaba en mi inevitable transparencia, quien se volvía frágil en mi frágil debilidad. Y anhelé su presencia. Y él vino. Y yo esperé que llegara para defenderse en mí. Y no fue así, sino que fue de otro modo”.

—Vine a buscarlo porque la otra noche hablamos de sus perros y yo necesito uno. Creo que me ayudaría mucho a caminar y me acompañaría —dijo Esteban.

—Casualmente la Yoka va a parir —contestó Vasco con tono orgulloso—. El padre es un perro de raza, hermosísimo, que conseguí para Yoka porque ella se lo merece. ¿No la ha visto usted? Es una perra preciosa que importé de Alemania. Pienso hacer con ella una linda cría. “Yo me fui y los dos hombres se quedaron hablando de los perros. Un rato después, cuando pasé por el galpón, entraban a ver la Yoka. Yo conocía la índole de la perra: era furiosa, en el fondo leal con el amo, pero alevosa con el extraño. No sé qué me obligó a acercarme. Vasco le cedía en ese momento, galantemente el paso a Esteban. Su actitud me sorprendió. Esteban avanzó por el galpón mientras Vasco, sin pasar de la entrada, decía:

—Mírela, no le va a hacer daño, es mansa. Tiene que ver de cerca esos ojos para comprender la profunda inteligencia de este animal.

“Entonces fue cuando miré a Vasco. Había en sus ojos una chispa maligna y en su gesto una intención desordenada. Yo todavía dudaba. Sabía que la perra era brava, feroz con el extraño; posiblemente reaccionaría con más hostilidad ante un hombre que como Esteban, se contorsionaba para caminar apoyado en una muleta, órgano ruidoso desconocido de ella. Pero todavía dudaba. Vasco no podía exponer a su amigo a la feroz dentellada de la Yoka. No era posible. Vasco sonreía melosamente revelando expectación. Esteban caminaba el largo galpón cojeando; yo no podía ver su cara. Yoka levantaba la nariz olfateando y tenía altas y rígidas las orejas. Sentí un terror espantoso, una especie de vértigo cuando la verdad del juego de Vasco fue evidente a mi entendimiento. No pude esperar ni un segundo; corrí tras Esteban y no tuve ni el valor de llamarlo, tal vez porque no me atrevía a usar su nombre, y para una circunstancia tan urgente el “señor” me resultaba chocante. Caminé vertiginosamente para alcanzarlo y detener a la perra; él y yo llegamos juntos al alcance del animal. Y entonces sucedió lo sorprendente. La Yoka miró a Esteban con sus ojos alerta, olió sus zapatos desiguales con su húmeda nariz y sencillamente se tendió frente a él confiada, perezosa. Esteban le habló y la perra alzó la cara para mirarlo frente a frente como a un antiguo conocido. Después lamió sus manos. Yo estaba temblando. El

terror fundamental del ataque frustrado solo había desaparecido temporalmente para ser substituido por el terror al gesto y la mirada que estaban a mis espaldas”.

“Me mira. No mira a la perra, ni a Esteban. Me mira a mí; no es capaz de aceptar que aún sin mi intervención, la Yoka no lo hubiera mordido porque ella siente su inmediata afinidad con lo simple, y ella es simple. Para Vasco, fui yo quien conjuró el juego, yo quien detuvo el ataque, quien frustró su pequeña venganza. De esa venganza esperaba él una intensa satisfacción, porque posiblemente se hubiera contentado con llamar a la perra en el momento del salto. La Yoka hubiera obedecido como siempre a la voz, pero habría logrado con ello mirar, allí en los ojos de Esteban, donde quiere verlo, el terror de su indefensión. Quiere ver en él también el miedo ancestral que provoca en mí tan fácilmente; quiere igualarnos bajo un temblor uniforme; quiere unificarnos en sujeción a su grito poderoso. Yo arruiné su gesto y debo pagarlo. Todo se encadena; una ofensa de Vasco con una reacción de Esteban; una reacción de Esteban con una venganza de él por esa reacción; una reacción mía ante la venganza con... Con lo siguiente. Con la mirada que está a mis espaldas. No me volveré porque esa mirada está esperándome. Yo sí tengo miedo. Hay silencio. ¿Por qué no hablamos? Es como si en esta escena nos hubiéramos dicho ya los tres cuanto teníamos que decirnos. Estoy temiendo tu mirada, y el nuevo gesto que cerrará el círculo. ¿Puede cerrarse este círculo? ¿No te basta con mi miedo de todos los días? ¿No estás conforme al contemplarme horrorizada, temblorosa a cualquier gesto tuyo? ¿No es bastante que a tu palabra cometa el error que desatará tu cólera y que tú has querido que cometa? ¿No te basta con mirarme tropezar cuando dices “no tropieces”? ¿No te basta cultivar, hasta el ínfimo detalle, un embrutecimiento paulatino y ver cómo progresa en mí tu poder demoníaco, tu poder para manejarme y convertirme en una cosa? ¿Ahora qué quieres? ¡Si pudiera conocer tus deseos! ¡Si pudiera vaticinar sobre la chispa maligna de tus ojos! ¡Si no me sorprendiera de ella cada vez, como si fuera la primera vez! Tengo mucho tiempo de sentir tus ojos observándome, solapada, silenciosamente. Los siento mirarme cuando no los miro, y los miro retirarse cuando yo los veo. Esos ojos estudian mis movimientos, comprueban mis torpezas, las alientan, las provocan, se complacen en ellas, y cuando los busco, están mudos e indiferentes. Con tanto tiempo, todavía no sabría adivinar sus proyectos. Han de tener ira y han de estar malignos y agazapados. En ellos habrá un destello de rabia animal. Pero no estoy segura. No podría decir lo que tus ojos sorprendivos quieren ahora. ¡No puedo resistirlo! ¡No me mires así! ¡No es necesario, porque voy a volverme! Para caer directamente bajo el dominio martirizador de tus ojos. ¡Ya me voy a volver! ¡No puedo resistir la orden de tus ojos! ¡Ya me voy a volver! ¡Ya me voy a volver! ”

¿Cómo es posible que la vida pasada se agolpe y se ordene en este instante en medio de su vértigo? Veo a Gabriel, está aquí sentado en el borde de mi cama; siento sus manos en mis piernas, y sin embargo, él, que debería ser más presente, no es sino un pasado de mi pasado porque ahora el pasado es mi presente. Ellos existen más que Gabriel, ellos lo anulan, me lo alejan. ¿De dónde el poder de estos ojos que ahora cerrados miran con toda transparencia hasta el fondo de las cosas, descubriendo sus más escondidos secretos? ¿Cómo es que puedo ver hasta cómo ellos pensaron?

Recoger las ideas de Esteban de ahí, de ese fondo clarísimo donde le están naciendo. ¿Es que la agonía en la muerte nos permite penetrar todo lo que antes fuera para nosotros como puerta cerrada? ¿Es Esteban quien se acerca? No. Es más él. Hasta mi cama llega su pensamiento.

“Lo quiso. Fue deliberado, pero yo también actué con de liberación. Él conoce sus poderes externos, puede medir la proporción de las debilidades ajenas, pero no sabe nada de la fortaleza. Juega a matar por un desorbitado deseo de poder, y jugará también a matarse si eso le proporciona una sensación de fuerza. Casi es inmensurable su afán de poderío. Se ensaya para planes más hondos y ella no es más que la maqueta en la cual monta su decorado y coloca sus títeres. Con ella mide sus fuerzas. No ha tenido otro auditorio, ni otra víctima hasta ahora. No se siente lo bastante grande todavía para iniciarse con seres mayores. Yo le parezco también pequeño, pequeño por mi impotencia física, y para ensanchar su campo de ensayos, trata de jugar un poco conmigo. Este juego le ha fracasado, pero lo repetirá hasta agotarse; es capaz de prolongarlo aunque en ello naufrague su mujer, aunque el terror que en ella siembra la destruya, aunque deba pasar sobre ella para subir un paso más en su insano deseo de poder. Si me necesita para esa pantomima, me empleará; va a medir sus fuerzas con un adversario inadvertido a quien considera solo un poco mejor que su anterior víctima, un adversario situado para él un escalón más arriba en el despliegue de su tiranía. Va a jugar para probar sus fuerzas. Después de mí, de mí a quien ve enfermo, a quien cree alterado por un sentimiento de inferioridad física, probará con otro ser a quien considere normal. ¡Horrible teatro! ¿Hasta dónde llegará?”.

—Puede escoger el cachorro cuando los tenga. ¿Le gustaría hembra o macho? – dijo Vasco tranquilamente.

“Perfecto. Inigualable cambio de rumbo. Virando ha ganado la partida, que de no haber sido tan limpia la mirada, tan serena la palabra, habría estado perdida. Magistral, si yo estuviera en la posición del espectador indiferente. ¿Pero lo estoy? ¿No me está incluyendo en este teatro suyo de ensayo? ¿Y no me estoy comprometiendo en el juego para conjurar peligros que con solo querer evitar intensifico? ¿Y no estoy incrementando el riesgo de ella con mi defensa? ¿Y no estoy alimentando su terrible espíritu de jugador y presentándole una partida interesante que, aunque sea a muerte, él prolongará hasta que se decida con la ruina o la victoria? Magistral; pero se anudan demasiadas cosas. Madeja... punta que se perdió hace rato entre todo el resto del hilo. Búsqueda. Él y yo para destrenzar. Ambos maltratamos. Él hace temblar su condición de ser humano; yo hago vacilar su lealtad ancestral. Y ella es escudo, almohada tibia para descansar confiadamente, defensa de quien la hiere si el heridor es su dueño. Entrega substancial la suya. Ahora él vuelve; un resplandor amarillo en el extremo donde sus ojos son más amarillos. Un punto casi indefinible, pero horriblemente peligroso. Ha visto la mirada que yo dirijo a Teresa y la respuesta silenciosa que recibo. ¿Qué pensará de esa mirada? ¿Le dará su cabal interpretación o tergiversará su sentido suponiendo entre ambos una inteligencia

secreta que no existe? ¿Verá la conmiseración cálida que ella me inspira o le dará un cariz maligno a mi mirada inocente? ¿Sabrá que yo veo en ella y en él la debilidad de su unión sacramentada, pero falsa? El punto amarillo, perverso y malicioso, sigue brillando como si dijera: “La miras con piedad, pero yo mando en ella y podré convertir tu pureza en perversión si así lo quiero”.

—Tiene ella mucho que aprender de usted, Esteban. Yo ya he desesperado de enseñarla —dijo Vasco atando esa frase a la mirada que cogiera.

—¿Enseñarla? ¿A quién?

—A Teresa. ¿No es cierto, Teresa, que estás últimamente muy nerviosa? Su pasmosa tranquilidad, Esteban, su calma; esa calma producto de la quietud, le son necesarias a mi mujer. Va hacia un descontrol del que trato inútilmente de apartarla, porque ya no tengo la influencia suficiente para evitar sus desaciertos. ¿No es verdad, Teresa? Usted ha entrado en mi casa como un buen augurio. Su amistad va a hacerle mucho bien. Voy a tener que confiársela —insistió con toda la perversidad imaginable—. ¿No es cierto, Teresa, que te hará bien la ecuanimidad de Esteban y su contacto?

“No pudo unirnos bajo su terror, va a unirnos bajo su castigo. Para esto, establece la posibilidad de un pecado, creado por él, que podrá más tarde castigar. Ríen sus ojos. Ríen por anticipado como si ya supieran que existirá algo capaz de justificar su risa”.

—Si me la tranquiliza, le regalo el cachorro que escoja —y su voz tenía una intensa nota siniestra al lanzar la desleal proposición.

IX

—¿Qué lees?

Como ya nadie aquí le habla, por estar habituados a su silencio, Gabriel la mira con la sorpresa de quien ha sido despertado en lo profundo del sueño. La sorpresa tiene grados. ¿O son causas? Sorpresa de ser interrogado por una persona a quien nunca ha visto. Grados de la sorpresa, como en las quemaduras, “quemadura de tercer grado”. La de tercero, es porque ella no lo conoce, ni él la conoce a ella.

Va vestida como una estudiante de universidad. ¿Hay una forma especial del traje para identificar por esta a las estudiantes de universidad? Todas son iguales: llevan los mismos zapatos de tacón bajo, la misma falda de lana, el mismo suéter largo hasta las caderas que disimula la cintura y hace saltar los pechos agresivos. Llevan el cabello suelto, ella también; y descuidado, ella también; tienen las bocas frescas, ella también; y las narices alerta, ella también; y tienen los ojos serios, ella... Ella no. No tiene ojos de estudiante de universidad; tiene ojos atrevidos, insolentes; de una insolencia tal que parecen agredir. Hay ojos atrevidos, pero risueñamente atrevidos; estos son atrevidos, pero fríamente atrevidos. La boca también tiene algo más que cualquier boca grande. Tiene labios fuertes, no planos con la dulzura de los labios carnosos, sino esponjados, sin las líneas descendentes de las bocas buenas, más bien con las líneas curvas de las bocas sensuales. La carne prieta, quemada por el sol, tostada, endurecida por la excesiva exposición al aire. El pelo rubio y pesado, pero de tono disparejo también por el sol. Manos huesudas y largas. Resalta más en ella todo lo de angular que tiene: el corte egipcio del pelo, geométrico, casi rectangular, en flequillo sobre la frente; angulares también los pómulos salientes, los hombros altos, los pechos separados.

Gabriel, aún sin dar respuesta, piensa mientras la observa fijamente: “Debo tener cara de bobo. No he contestado. ¿No sería ya tiempo de contestar? Habló de tú como si me conociera, y está esperando. Nunca nadie me ha esperado; que espere ella si quiere que le conteste. Yo también puedo ponerme insolente como sus ojos. Es recia por dentro, porque no tiene miedo de esperar y de ser mirada. Quisiera saber quién se rendirá primero. Tan descaradamente como ella me habló, yo seguiré mirándola”.

Entre aquel diálogo mudo la vida se detuvo en reto. Frente a ellos, el patio cuadrado y enorme lleno de estudiantes, las muchachas coqueteando, los grupos de charla, los profesores seriamente detenidos en grave plática. Los rapados... Primer curso. ¿Cuánto tiempo hace que a Gabriel también lo pelaron? ¡Cómo se resistió! Y

entonces, para hacer más indecorosa la pelada, dibujaron con las tijeras sobre su cabeza una cruz que comenzaba en la frente, abría sus brazos en las sienes, y moría en la nuca sobre el cuello de la camisa. Tuvieron que cogerlo entre muchos. Gabriel se debatía. Después, en la tarde, fue al barbero para que le quitara la cruz y lo dejara sencillamente rapado como todos los demás del primer año. Ahora se dejan pelar sin resabios. Tienen menos voluntad; la diversión que proporcionaba la resistencia de los novatos terminó, porque ya saben que van a ser pelados; no derrochan sus energías y algunos hasta llegan a matricularse después de haber ido al barbero. ¡Ya no tiene gracia! ¡Con qué coraje se defendían! Como si de esa defensa dependiera la felicidad o fuera posible escapar a la trasquilada. Aunque a las mujeres no las pelan, les pintan con tinta las piernas, los brazos y la cara. Para Gabriel fue muy penoso el trámite del noviciado; en el fondo era muy tímido; el sentirse así incluido de súbito en la muchachada le sorprendió rudamente.

Ahora han pasado tres años, tres cursos “me sorprendió, sorpresa, estoy mirando todavía, está, sí, está todavía mirándome con sus ojos insolentes y con una sonrisa más insolente todavía. Es bonita, muy bonita; es atractiva, demasiado atractiva; parece estar reclamando, en uso de la multitud de legítimos derechos, la atención de los hombres y su rendimiento. Debe ser de segundo curso, porque las mujeres nunca pasan del segundo curso, a menos que sean muy feas; esta ha de ser de primero, de las de piernas azules; no, si son morenas, pero... ¡Qué estúpido! Estamos mediando el año, hace tiempo habría podido lavárselas... ¡cómo si pudiera tenerlas azules todavía! Pero es de segundo curso; parece lo bastante inteligente para llegar a segundo; aunque sean inteligentes no pasan de ahí, les da miedo. En medicina, porque el profesor de anatomía hace preguntas ofensivas; en economía, porque se les complican las leyes económicas en la cabeza, ...seguro con la economía doméstica; en leyes, porque no quieren comenzar por los prolegómenos sino por los trámites finales, y se cansan de esperar; en odontología, porque los hombres con las bocas abiertas son muy feos, y las mujeres ¡claro! lo son más, y se van definitivamente cuando en clase las hacen abrir su propia boca para enseñar las muelas; en artes se quedan hasta que consiguen un amante; después ya no importa, aprenden allí a perder el poco pudor que les queda y se gradúan de mujer en cuanto ven el primer modelo desnudo; en ingeniería no ingresan por las matemáticas, y las que ingresan ya llevan anteojos, usan faldas largas y no miran a los hombres; esas siempre llegan al último año: hay que ser muy feo para saber números. Esta debe ser de segundo curso... ¿de artes? ...ya tendría amante y, puede ser... pero no... sí, no... ¿Segundo curso de leyes?, es demasiado agresiva para los prolegómenos; ¿de medicina?, sí, de medicina; es capaz de aguantar las insolentes preguntas de los profesores, preguntas eliminatorias, como las bocas abiertas de odontología, y también es capaz de soportar las insolentes miradas de sus compañeros. Ellos han de tolerarlas menos que ella, como tolera la mía... Sigue mirando, sigue mirando, yo debo hablar, todavía la estoy mirando; pero no va a hablar, ya conozco esa insolencia pasiva... Si insiste en su pregunta, sería rendirse ante mi impertinencia, no sabría preguntar venciendo, las mujeres no saben hacerlo; repetiría, ¿qué lees? como si yo no hubiera oído su pregunta...”.

—¿Me miraste ya lo bastante para que estés en disposición de contestar a lo que te pregunté antes?

—¿Qué me preguntó?

—“Que me preguntaste” —corrigió ella—. No necesito repetirme la pregunta porque la oíste muy bien. Hay gente que siempre se hace repetir las cosas como si no escuchara; y sí escucha. Si tú eres de esos..., ¡déjalo! Es defecto de mujeres.

—Oí, pero no recuerdo.

—Voy a repetirme la pregunta: ¿Qué lees?

—Estudio.

—¿Qué estudias?

—¿Te interesa?

—Me da curiosidad. Hace mucho tiempo que tú me das curiosidad. No te había hablado antes por temor de hacer descubrimientos aburridos.

—¿Eres siempre tan agresiva?

—Sí.

—¿Dejarás por lo menos que ahora te pregunte yo?

—Pregunta.

—¿Qué estudias?

—Medicina. Y para poner fin a este interrogatorio como de juez y condenado, te voy a contestar todas las preguntas que probablemente intentas hacerme: estudio medicina; estoy en el cuarto curso; no me dieron miedo en el primero las preguntas de los profesores ni las bromas de los compañeros, les di yo miedo a ellos. Soy muy buena estudiante. Voy a ser un pésimo médico, porque para ser estudiante notable se necesita solo memoria y atrevimiento, y para ser buen médico es menester tener paciencia, que yo no tengo; y observación (yo no tengo esta en grado lo bastante alto para compensar mi impaciencia), y se necesita bondad que tampoco tengo, y síntesis producida por análisis (yo tengo síntesis por explosión). A mi primer enfermo lo voy a matar, de ello puedes estar seguro. Y seguiré matando muchos por largo tiempo. Seré un buen cirujano. Mira mis manos. Son musculosas y fuertes, delgadas y

capaces de muchas cosas. Además, con el enfermo dormido se pueden gastar bromas, especular, pensar cuanto uno quiere, y no estar pendiente de sus reacciones psicológicas porque basta con las fisiológicas. Por falta de paciencia para aguantar la estupidez de la gente enferma tendré enfermos dormidos, y como te dije, seré cirujano. Las otras preguntas que me harías también voy a contestarlas: me llamo Elena, Elena Viales. Sí, de los mismos Viales en que estás pensando; el viejo es mi padre; y... también estás pensando que soy muy rica o seré muy rica cuando él se muera. También estás pensando que esto te hará dar la vuelta corriendo, pero yo no te voy a dejar, así que no te preocupes y espérame. La siguiente pregunta: que por qué soy tan insolente... Te diré... El dinero, los estudios de medicina, arruinadora de mitos, y la educación de un padre empeñado en enseñarme a buscar mis placeres y conseguirlos, a reconocer mis pecados alegremente y a volver sobre mis errores sin miedo, han hecho de mí una persona insolente. Lo que falta agrégalo tú. Y ahora dos cosas; la primera: voy a respirar hondo para descansar de este largo discurso —respiró ruidosamente dilatando la nariz y poniéndose la mano en el pecho—. La segunda: vamos a ser amigos.

—¿Para qué deseas que yo sea tu amigo?

—Para satisfacer mi curiosidad.

—¿Y en qué consiste tu curiosidad?

—Te diré... y vas a tener que aguantar otro discurso.

—Lo aguantaré. ¡Soy tan paciente!

—Sin embargo, antes quiero que me contestes esto: ¿soy bonita?

—Mira... Eres... Eres bonita, pero... hasta la cara la tienes insolente.

—¿Te gusto?

—Vas muy de prisa. No sé.

—No importa. Lo sabrás pronto. Conmigo no hay dudas, o te gusto luego, o no te gusto. Y aquí está mi asunto. No puedo soportar que hombre alguno tenga frente a mí una actitud indiferente. Primero deben declararse de mi partido o en contra; a los que son de mi partido, es decir, a quienes les gusto, los selecciono: unos sirven para que me adoren, otros para que me acompañen, otros para que me admiren, otros simplemente para que me vean. De los que no son de mi partido, hago mis amigos. Y así los tengo a todos. Pero tú estás fuera de los unos y de los otros. Voy a confesarte, he hecho sobre ti averiguaciones de policía. Sé cómo te llamas; que estudias medicina porque estás en el mismo curso que yo, aunque no en el mismo grupo; sé también que eres un muchacho raro, sin amigos, que siempre está solo; sé que eres orgulloso,

inteligente, muy inteligente; y sé que lo sabes. Después de todo eso, y de gastar tanto tiempo en ti, no me iba a importar que me miraras un cuarto de hora sin contestar mi pregunta, pregunta que, por otra parte, no tenía ninguna importancia y que solo hice para entablar conversación. Te pregunté ¿qué lees? como podría haberte preguntado si llueve; ese libro lo estudio yo también, conozco su color, su forro, su contenido, y con una mirada habría podido reconocerlo. Perdona esa mentira inicial. Mi curiosidad consiste en descubrir el motivo de tu abstracción, o de tu aparente ausencia de todo. Mi curiosidad es inagotable. Quiero llegar a la causa de eso con tanta certeza como he llegado al descubrimiento de tu vida, de la cual sé más de lo que te he dicho y de lo que estoy dispuesta a decirte. Y para terminar mi anunciado discurso, creo haberte causado la sorpresa que me proponía para conseguir que te definas con respecto a mí. ¿No es cierto que si hubiera llegado a ti con una espontaneidad fácil, o con timidez, me hubieras dejado con la palabra en la boca? Solo te podía tomar por sorpresa, y lo conseguí, porque ya estás dispuesto, al menos, a escucharme. Ahora puedo aflojar los músculos mentales, que tanto esfuerzo me ha costado conservar tensos para no salir yo también corriendo asustada de mí misma, y puedo descansar en la seguridad de que seremos amigos. ¿No es así?

—¿Entonces me catalogas entre aquellos a quienes no les gustas y que por tanto pueden ser tus amigos?

—Ni tanto... porque confieso que haré cuanto esté en mi mano para llegar a gustarte, pero sin que dejes de ser mi amigo. Prefiero tu amistad. Vas a darme mucho trabajo, ya lo sé. Y en vista de eso, es necesario que te rindas un poco y aceptes. ¿Quieres?

—Sí.

—Entonces para sellar esta amistad te hago una invitación. He dado al guarda del depósito de cadáveres una propina para que me reserve uno y conseguí, con más propina, que lo llevara a mi casa. Todo el asunto me costó un pico, pero quería darme el lujo de destazar a domicilio. Me molesta el olor de la sala de autopsias hasta el extremo del vómito. El cadáver estará ya en una especie de laboratorio que me hizo mi padre. ¿Quieres venir conmigo y hacemos juntos una bonita autopsia?

Venían del sol y la penumbra hacía bien. Elena describió las cortinas; Gabriel hubiera preferido dejar la semiluz fresca del laboratorio. Había mesas con toda clase de instrumentos, aparatos, pots, estantes con libros, cuadros, trapos en el suelo, libros también en el suelo, sobre las mesas y debajo de ellas. Un desorden indescriptible y un extraño olor; un extraño olor que Gabriel al principio no reconoció. Dio la vuelta al salón mirando los libros, tocando los aparatos, moviendo sin sentido los morteros, cambiando de sitio una cosa, recogiendo algo del suelo, echando furtivas miradas al cadáver, tendido sobre una buena mesa de operaciones y cubierto con un paño blanco; y sobre todo, oliendo ese penetrante olor desagradable. Un olor entre dulce y pestífero. Con algo de los perfumes baratos, y algo de lo sucio, y algo también de lo claro, y algo de lo violento, y también algo que no se podría quitar en muchos días.

“¿A qué olerá ella? Su olor de mujer está perdido aquí. ¡Es lástima!, porque debe oler como huelen... ¿acaso yo lo sé?... como deben oler las mujeres limpias, esas que llevan el aseo al límite del sibaritismo, y se bañan varias veces al día, y varias veces también repiten un elaborado proceso de talco, desodorante, astringente, refrescante, más talco, grasa y perfume. ¿Dónde entre tanto producto químico queda el auténtico olor de la mujer, ese que ha de ser fresco y sano, penetrante y persistente, salino y yodado, embriagante y acosador? Sería imposible pescar dentro de este olor dulce y hediondo que es una presencia, un ambiente, un volumen en el cuarto, el olor de ella, y saber si huele a ella o huele a su tocador; aunque también sería maravilloso descubrir, allí detrás de cada uno de esos olores, el suyo; descubrir detrás del desodorante su íntimo aroma salino; y penetrando con el olfato por entre una masa de talco vaporizado, alcanzar allá en el fondo, agazapado e inconquistable, su olor yodado; y todavía perseguir, y encontrar, a través de su perfume, que se llamará con nombre francés y será de marca francesa (como se descubre en el perfume, o como debe descubrirse en él, el fijador de almizcle) encontrar trémulo, casi vencido, pero siempre presente, su olor embriagante; y todavía más, llegar a reconocer como un sello sobre el aroma del talco, como una firma sobre la nota del perfume y como un abrazo sobre la mezcla de todos los destructores del olor propio y todos los creadores del olor artificial, su propio olor de mujer, auténtico, invulnerable, capaz de alterar la intensidad de cada uno de los no y de los sí olores, capaz de sublimarlos y persistir en ellos, transformarlos y hacerlos propios, imponiéndoles, como el mar impone su presencia aun en los parajes costeros desde donde no se le ve, un sello azulado, cambiante, fugaz, pero personalísimo. Se le podría encontrar en ella misma, a través de todos los noes y síes de olor con que ella destruye y construye su propio olor, pero no podría ser hallado aquí, entre este dulzón, melancólico, pastoso, oscuro, pestífero, inolvidable olor de...”.

—Acércate para que veas el cadáver.

Como pegado a la piel morena está ese paño blanco, ella lo baja lentamente doblándolo sobre el paño mismo; mondar un plátano es así, y va quedando al descubierto la cara de india pobre; así tal vez, aunque no tan lentamente, le quitó acaso un hombre el refajo, le abrió la camisa y dejó al descubierto estos mismos pechos grandes, este mismo vientre carnosos, esta misma cadera estrecha, estas mismas piernas delgadas, estas mismas rodillas negruzcas, estos mismos pies toscos, anchos, castigados e impregnados de tierra.

“En ese vientre entrarán su bisturí y el mío, y se encontrarán sobre la misma herida que ya no va a sangrar, y llegaremos juntos con el instrumento filoso, su mano y mi mano, sus ojos ávidos y mis ojos ávidos, juntos para mirar en el interior de la india; juntos para alcanzar la quinta plaga de gusanos, o la tercera que ya roe este cuerpo. En esta inútil violación, el olor corrompido de la india muerta llegará directamente a su nariz que no ha de notarlo, y a la mía que insistirá por encontrar, no el olor del cadáver, sino el olor de ella, su olor de mujer lejana y perfumada, tal vez en su cabello que estará junto al mío”.

—Te voy a dar un bisturí.

—Gracias.

—Comenzamos, ¿no te parece?

—Cuando quieras.

—Ponte esta bata. Te vas a ensuciar con sangre coagulada.

“Se inicia el sacrificio. La tonta carnicería. La tendré tan cerca que me tentará tocarla, ella estará a un lado y yo al otro, y entre los dos, quedará el vientre de la muerta, su vientre de seguro fértil, o sus pechos poderosos, o el cuello desgarrado por su cuchilla y la mía”.

—Abre tú, quiero ver actuar tus manos.

Sonido de tela rasgada, carne que se expande sin vitalidad, boca de labios rojos, rojo pálido, sonido de uña y vidrio, o de vidrios y metal.

—¿Qué te interesa primero... el corazón, los pulmones, los intestinos o el vientre?

—Me quedo con la piel y te dejo las vísceras.

—¿La piel? No. No permito ventajas, iremos hasta en esto a partes iguales.

—Como quieras.

“Nos repartimos las vísceras como dos zopilotes, y ella descubrirá un tumor en el hígado, y yo descubriré cálculos en los riñones, y ambos estaremos sorprendidos como si hubiéramos descubierto una orquídea en el patio de la casa. Pero yo prefiero mirar de cerca esta piel melosa, dorada, tostadita; quiero mirar en la célula la reacción del sol y adivinar en cada poro el pueblo de su nacimiento; si la quemó sol de altura o la doró bochorno de costa, quiero ver si es india de casta noble, porque entonces tendrá el poro fino, y no faltará ni sobrará una sola capa en su piel perfecta, y la grasa debajo será blanca, cuscurosa y suave”.

—Vas a tener que desollarla. Yo nunca he hecho esto.

“Desollaré los pechos, veré las vías estrechas por donde corre la leche, y el racimo de glándulas y el enredo de vasos, y aún cuando los pele quedarán erguidos, y aún cuando los destroce serán sus pechos”.

—La india está joven, y está fresca; logré que me la dieran sin baño de formol.

—¿Sí?

“Está joven la india, alguien debe haberlo dicho así alguna vez. ¡Si ese alguien me viera destrozando sus pechos!... Para quien la amara, ella olería seguro como Elena olería para mí si yo pudiera, entre la hediondez del cadáver, descubrir el olor de su pelo que tengo tan cerca”.

—Estoy cansada. No he descubierto nada interesante. ¿Quieres que la volvamos a llenar?

—Sí.

“Hacerla perder la forma de su cuerpo, rellenarla como se rellena un muñeco, o una tripa para salchichón, o una almohada de plumas; rellenarla”.

Yo abrí y tú cierras. Estoy muy cansada y esta india se descompone muy de prisa. Voy a deshacerme de ella cuanto antes.

—¿Qué prisa tienes?

—El olor. Después cuesta mucho quitarlo. ¿Sabes? Ya me ha pasado. Una vez estuve tres días luchando contra el de un hombre que había muerto de tuberculosis. Seguro me interesé demasiado en sus pulmones y estuve horas escarbando allí, porque cuando el muerto se fue, era como si se hubiera quedado porque ni de mí se separaba su olor. Ahora nos quedará la peste de esta india si no te apuras a llenar y cerrar. Yo voy a lavarme y bañarme mientras tanto. Luego puedes ir tú.

“Echar tripas adentro, preñarla de sus propias vísceras, alimentarla con su propia carne; luego coser, como quien cose una tela, su piel de india fina, de casta orgullosa, de vida pobre. Echar adentro, echar adentro intestinos, corazón... allí está, casi erguido, apagado, silencioso. Si no fuera por el destrozo que yo he hecho en sus senos, quedaría como entera con solo una larga herida punteada del cuello al pubis; volverían a tener redondez su vientre, profundidad su cintura, elegancia su cuello; pero está ese pecho que yo he dejado como una rosa. Elena cortó sin imaginación, limpiamente; extrajo todo lo extraíble, escarbó, desacomodó y miró; pero yo he profanado sus pechos. Nunca el amor la maltrató tanto, con todo y ser que el amor maltrata; nunca la golpearon en esta forma. Tengo que cerrar, debo poner con cuidado y respeto, sobre el racimo de sus glándulas, el enredo de sus vasos y el laberinto de sus vías, la piel, hasta cubrir ese pecho ancho otra vez, y darle, para entregarla al reposo sin maldiciones, esa redondez de montaña y ese vacío de lago que antes, los dos curvados, tenía sobre ella; he de reintegrarla a su forma de montaña, he de salvar su caída de lago, no tengo derecho a entregarla así, en rosa, a la séptima plaga de gusanos; coser afanosamente, unir pedacito a pedacito, reparar el daño, vestir lo que nunca estuvo antes desnudo, cubrir, devolver, reintegrar, pagar el destrozo inútil...”.

Buscar ahora entre todo aquel lujo celeste y femenino del baño, no el olor dulce y hediondo de la muerte, sino su aroma de mujer viva que se quedó prendido entre el ajuar de cosas rosadas que huelen a reseda y paja. El de Elena debe estar en alguno de esos olores o en alguno de esos contactos. Ella se secó con esa toalla y dejó licuado en jabón y agua el tufo de sangre y corrupción que traían sus manos. Después, ya despiertos por el baño sus aromas frescos de mujer, los cubrió con los químicos del perfume y el talco. Pero así, al pasar la toalla húmeda por su cara, al acercarse el plumón de la borla, quizás Gabriel perciba algo de aquellas partículas íntimas que están allí acurrucadas esperándolo; tal vez no lo esperen sino se lancen sobre él violentamente; tal vez va a descubrirlas de súbito, o tal vez no las encuentre ya. Hay demasiados olores en todo: a lavanda, a naranjo, a menta, y son esos perfumes en el aire denso del baño caliente, materias inmateriales materializadas por su deseo. Si estuviera su olor en la pared, o en el jabón... Mojarse, dejar correr el agua, primero tibia y luego tan caliente que suba la temperatura perceptible del cuerpo; dejarla hasta que la piel no la resista y tenga una reacción negativa; dejarla hasta que los poros se dilaten y expulsen los humores acumulados, y cerrar después con espuma blanca, deleitosamente, sus millones de bocas abiertas. Jugar con la espuma hasta hacerla crecer y volverse dura; amasarla entre los dedos como hacía cuando niño. Prender copitos en todas partes del cuerpo, decorarse a sí mismo para luego acercarse al agua con cuidado, y dejarlos ir diluidos poco a poco en la corriente. ¡Cuántas cosas absurdas se le ocurren hoy! Bañarse apresuradamente, volver a la razón. Quién le hubiera dicho... él, bañándose en ese baño de mujer, lleno de potes con cintas, de vasos con flores, divirtiéndose con su propio cuerpo como un niño. “Ella pasó este mismo jabón por sus piernas; son duras, están cocidas por el sol. Los copos de espuma que ella hizo seguro se verían más blancos sobre su piel porque yo no tengo su color maduro. Reaccionar. Esto es peligroso. Estoy deslizándome en una corriente desconocida... desconocida... Ella desconocida hace pocas horas. No lo entiendo — ¿Qué lees? —te lo pregunté como te podría haber preguntado si llueve—. Y ahora estoy bañándome en su casa ¿por qué tiene casa una muchacha soltera? Tolerancia rara con sus pecados, tolerancia indecente del padre, ¿y la madre? Seguro no la tiene. Estuvimos destrozando como zopilotes un cadáver; ahora estoy metido entre todos sus perfumes, sin que ellos puedan librarse de la presencia terrible del olor dulce y hediondo de la muerte, ni pueda escapar a la obsesión morbosa de un olor que quiero encontrar, que no encuentro y que, sin embargo, estoy seguro de que me busca. Ahí está mi olor... ahí está dentro de esa prenda de seda, oculto y pegado. El suyo, el de Elena, es el único que podrá librarme del olor de la muerta. Debo tomar esa ropa, acercarla a mi nariz, llenar los sentidos con ese aroma, para no verme obligado a seguirla como perro olfateante. Si no lo hago, me juntaré a ella, no podré evitarlo, y tendrá que darse cuenta. Me arrimaré hasta descubrir su olor de mujer viva, capaz de borrar el olor de la otra, de la muerta. Sin embargo, temo recoger ese poco de seda allí tirado. Hacerlo sería como desnudar su cuerpo, y francamente, no tendría el valor. Ella es demasiado atrevida, se reiría de mi torpeza, porque ya alguno la desnudó antes que yo. Mejor lo pensaré mañana. No hoy. Tampoco oleré esa prenda aunque tenga después que seguir buscando entre sus olores químicos su olor vital. Agua fría para

detener los pensamientos; agua fría violenta, groseramente sobre la piel hirviente, y secarme con la toalla con que ella no se secó; agua, agua para detener el pensamiento. Para no buscar su presencia entre tantas cosas íntimas, puestas por ella sin ningún pudor frente a mí. ¿Por qué no recogió esa cosa de seda? ¿La dejó en forma prevista para que yo la tomara? No la tomaré. Quedará como la dejó. ¿Y si me pongo en el suelo y la huelo sin tocarla? Es necesario hacer algo para que el olor del cadáver salga de mí y venga el olor de Elena. No. Podría dejar la huella de mis manos en el mosaico húmedo. No voy a tocarla. Esta muchacha insolente que pone trampas resbaladizas. Agua fría, calma, serenidad, razonamiento. No voy a olerla. Saldré. Cuando salga, después de esta embriaguez de olores, mi cara delatará la turbación. Estaré rojo. No importa; puedo decir que fue el agua caliente. Si ella lo preguntara... Pero no me va a preguntar el motivo de este rubor. Solo mirará con sus ojos insolentes, sonreirá con su boca insolente, dirá alguna palabra insolente, porque ella lo es. Su personalidad estriba precisamente en la insolencia. —Sí —dijo sí cuando se lo pregunté, con la seguridad y la impudicia con que contestaría sí, si le preguntara que... (no encuentro una pregunta parecida). Debe haber alguna. Voy a salir. Esta toalla no, la otra. Agacharme tampoco. Debo decirme lo que no debo hacer, porque voy a hacerlo si no me lo digo enérgicamente. Entre estos noes, está primero el salir sin turbación, sereno, indiferente, aunque sea para mí esta la primera vez que hago cosas tan extrañas. Ella lo sabe. No debe saberlo... Agua fría, ninguna de sus tentaciones olfativas, una fricción lo más ruda posible, una cara tranquila, una sonrisa calmada, un silencio burlón. La primera palabra debo decirle yo, para evitar su insolente palabra. Artificio. Igual que la otra. Todas las mujeres son artificio. Voy a decírselo en cuanto me pase esta turbación desmoralizadora. Voy a decírselo”.

—Te estaba esperando para rogarte que no regreses al laboratorio. Se te pegará el olor del cadáver y cuesta mucho quitárselo. Ven por aquí.

—Llegas tarde, ya lo llevo en la nariz.

—Te lo vas a quitar con un cognac; no sabes todo el bien que hace un buen cognac después de una carnicería como aquella y del baño.

“¿Como voy, a decirle que nunca he tomado licor? La gente, cuando toma su primer trago, hace una cara risible, llena de muecas. No voy a hacerla, miraré con calma, bajaré el trago sin toses, controlaré mi disgusto porque debo, además, aprender a tomar licor. ¿Para qué? Nunca puedo comprarlo. Pero mis hermanos no toman... Es una prohibición de él. Seguro, porque él lo toma ¡qué desagradable! Sí... he tomado licor, ya recuerdo, la terrible noche aquella; me embriagué en tal forma que ya lo había olvidado, pero tomé, y él me llevó a casa en vez de llevarlo yo a él. ¡Pero qué desagradable recordar ese incidente! No me parece que entonces me supiera mal el primer trago, tal vez ya hice las muecas de rigor en la iniciación. Yo sí voy a tomar tragos, y no haré tampoco muecas porque será la segunda vez; ni voy a emborracharme, de ninguna manera, ni voy a recordar”.

Habían llegado a un hermoso saloncito lleno de divanes y almohadones en vez de sillas. Reinaba allí el mismo desorden que en el laboratorio, pero el ambiente estaba perfumado a madera y Gabriel se sintió mejor.

—Te dije —Elena habló con voz tranquila, acomodándose en un diván indolentemente— que sabía muchas cosas de tu vida. No te molestes por cuanto haya de decirte todavía. Te lo ruego, ahora somos amigos. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. ¿Qué tienes que decir?

—Te voy a dar cognac con la intención de que olvides el desagradable olor de la muerte, pero sé que nunca has tomado antes. Te va a saber horrible, pero lo vas a tragar como un remedio. No lo niegues... ni te avergüences de una tontería semejante. Hay muchas cosas que tú ignoras, como hay muchas que puedes enseñarme. Las que yo puedo enseñarte, como por ejemplo, a tener un poco de agresividad, a tomar tragos o a usar el sentido del humor, son cosas, bueno... casi podría decir cosas malas. Yo de ti he de aprender cosas buenas. Es como un intercambio.

—¿Qué crees tú que te pueda enseñar?

—Te dije antes que la inteligencia despertaba mi curiosidad inagotable. También otras cosas... pero de esas no vamos a hablar hoy, porque tampoco tú puedes enseñármelas. Por eso te pido que hables hoy para mí como hablarías solo, sin miedo a las palabras. Yo vivo en un mundo de realidades, y así como me es fácil tomar y retener lo concreto, me es difícil ejercitar otra clase de pensamiento. Algo así como el pensamiento abstracto. Puedo entenderlo, pero no puedo llegar a él por mí misma. ¿Me sigues? Debo obtenerlo de segunda mano —hizo una pausa para encender un cigarrillo. Gabriel seguía todos sus movimientos con curiosidad—. Quiero tus ideas tal como son, porque presiento que son así... así como yo no puedo pensar. Tómate el cognac y no hagas muchas muecas. Después te daré otro y otro, hasta que cojas una saludable borrachera sin peligros.

“Yo creí que era más feo el sabor. Raspa la garganta, es como tragar vidrio molido y líquido. La otra vez no me supo así. En verdad no me supo a nada, o no recuerdo cómo me supo. Pero es mejor no recordar, lo pensaré mañana”.

—¿Ahora qué estás pensando? —preguntó Elena tan bruscamente que Gabriel se sobresaltó. Luego dijo sumiso:

—No es tan feo como pensaba, raspa la garganta, es como tragar vidrio molido y líquido. Pero no puedo darte mi pensamiento, o mejor dicho, este no es pensamiento abstracto del que tú dices, porque mientras repito esa frase, ya ocurrieron muchos pensamientos de los que no tendría ni tiempo de darte cuenta. Me estás haciendo la misma autopsia que a la india. Cortas sin imaginación.

—¿Qué quieres decir con eso? —la avidez de la muchacha era tan intensa que simulaba angustia. Gabriel comenzaba a sentirse mejor, y hasta dueño de la situación. Le contestó con petulancia y retintín en la voz:

—Lo que tú demuestras preguntando eso. Que no podrás llegar nunca a un proceso puramente imaginativo. Para ti realizar una autopsia es cortar un cadáver, con un buen bisturí, abriendo una incisión del cuello al pubis. Si es necesario, pero solo si es necesario, haces unos cortes transversales. Sacas minuciosamente las vísceras, las examinas con prolijidad, y mientras tanto piensas ordenadamente en las cosas que debes mirar en cada órgano, o piensas desordenadamente (y tú opinas que esto es pensar desordenadamente) en alguna idea tonta que destruye tu ordenado pensamiento, como por ejemplo, que una mosca se está parando en la nariz de la muerta, que yo estoy haciendo cosas extrañas, o que te has ensuciado y la podredumbre puede traspasar la bata y alcanzar tu inmaculada ropa. ¿No es así como pensabas mientras veías en el interior del cadáver?

—Más o menos... ¿Y cómo pensabas tú?

—¿Recuerdas que te dije “yo escojo la piel”? Habrás supuesto que lo hice porque esperaba encontrar allí el síntoma de alguna curiosa enfermedad. Estabas equivocada; mis razones para todo eso, razones que harán tal vez de mí un buen médico, son bien diferentes. Se me ocurrió, y dudo poder ahora reconstruir todo el curso de mi dichoso pensamiento, cuando tú corrías el paño y desnudabas el cadáver, que en el movimiento había algo de mondar una fruta. Pensé en el indio que la desnudó, quizá, algún día, con un gesto como el tuyo, pero él no quería como tú entrar a saco en su interior, sino tomar lo frutal que tú y yo despreciábamos y lo virtual que no veíamos. Pensé que la piel tenía un color prieto, y que bajo ella la grasa sería más blanca, y entonces cuando tú me ofreciste sus pulmones, su hígado, su corazón, sus intestinos o su vientre, yo escogí la piel; no para encontrar allí la rara enfermedad de que tú tal vez te burlabas (bien sabías en tu practicante conocimiento que la india murió de neumonía) sino para mirar en el grano de esa piel la casta, y en el color de esa piel el pueblo de su nacimiento. Se me sube el licor, alégrate, voy a decir de seguro cosas extrañas; siento como un adormecimiento general de mis facultades sensoriales, y un despertar, un despertar en movimiento que se yergue, ¿entiendes? movimiento erectivo, de mis facultades imaginativas; un progresar del absurdo y una gradual disminución de la lógica. Si tus cálculos burlones y optimistas no fallan, voy a darte el espectáculo que con tanto cuidado preparaste. Voy a dar a tu mente observadora una buena enseñanza, y a tu espíritu dormido, tal vez un latigazo. Dame otro trago.

“Dice... ¿qué dijo? Si pudiera concentrarme en su palabra y no ver por sobre esta esos ojos grises, profundamente grises, ¿son grises, o verdes, o amarillos?, si pudiera sacar de cuanto dice un concepto en vez de pensar que va a estar borracho pronto y que debo resolver si lo llevaré a su casa o lo dejaré aquí... Es mejor dejarlo aquí; que rompa, por una noche siquiera, con todas las rigideces familiares. Dijo que yo mentía,

¡pues es claro que miento! Mentiría hasta si le afirmara que miento, porque al decirle que miento, así, sinceramente, estaría pensando que entonces no miento, que al decir la verdad de mi mentira digo una verdad, y por tanto, al afirmar que miento, estoy, por el contrario, afirmando que no miento, porque tan es verdad la verdad de mi mentira, que al decir la verdad de esa mentira estaría diciendo una mentira, no porque mienta, sino porque digo una mentira que es verdad. Verdad... verdad... esa palabra así vibrando me recuerda algo que él dijo, del color de la piel de la india, del pueblo de su nacimiento. Verdad, he mentido, porque yo también puedo en juego de inteligencia llegar a esos descubrimientos rebuscados, puedo competir con él en el elaborado pensamiento, puedo ¡pues si lo sabré! Pero era necesario mostrarle algún vacío, una gran hambre de algo que él puede dar porque yo no tengo... Cortar sin imaginación... se necesita imaginación para cortar sin imaginación dejándole el deleite de urdir sus pantomimas mentales que me van a divertir; se necesita imaginación para enredar todo este complicado proceso de atraerlo; se necesita imaginación para llevarlo por el buen camino; se necesita imaginación para mantenerlo aquí; se necesita imaginación para simular no tenerla; se necesita imaginación para despertar la imaginación en la imaginación de su fantasía masculina, diferente, extraña; se necesita imaginación para... no puedo decir esto todavía, no es menester mentirme. ¿Me gusta Gabriel? No necesito todavía ni preguntármelo. En la persecución de un capricho, nunca he necesitado falsedades ni convencerme; sé que después esta misma imaginación salvaje, capaz de arrastrarme a la aventura, inventará emociones para mí que me convencerán de la necesidad de esa aventura, y si no me convencen, será porque no quise tomarme el trabajo de inventarlas. Quisiera saber lo que yo espero de este hombre, tanto más niño que yo, cuanto que ha sido atrapado por un proceso tan misterioso como mi mentira con toda facilidad, y ha creído en la insolencia de mis falsedades como quien cree en la verdad; si le hubiera dicho que... bueno, cualquier cosa que yo diga con esta voz de convicción profunda es creíble si yo le doy carácter de veraz, y denegable si yo le doy tono de dudosa. Pantomima ¿dijo? Sí, pantomima. Está un poco borracho, prueba su libertad, pero todavía no se atreverá a... por nada, no se atreverá... ni yo, con toda mi fanfarronería, con toda mi imaginación y con toda mi insolencia, me atrevería tampoco. Tendré que acostarlo, y si es posible, escucharlo también antes de que pierda totalmente la cabeza. Voy a ver con él el efecto de mi borrachera, no la del cognac, sino la mía, la que produce con mis mentiras y verdades, esa con la cual yo también a mí misma me embriago. Juego, milagroso e indecente juego que yo me enseñé a jugar...”.

—Esto de la embriaguez, Elena, produce reacciones muy curiosas. No es, como yo pensaba, que permita o aliente a uno para manifestar sus inhibiciones. No actúa así. Lo que hace es acelerar el ritmo del pensamiento, dejándolo salir sin juicio previo, como si no mediara entre su formulación y la palabra ningún tamiz intermedio. Yo quisiera saber en qué consiste ese tamiz que filtra y estorba la formulación del pensamiento. Pero, desgraciadamente, para averiguarlo no sirve la embriaguez. Solo serviría para preguntarte, ¿por qué me trajiste aquí?

—Te lo puedo decir porque yo no tengo ningún tamiz ni filtro entre el pensamiento y la palabra, aun en estado de completa sobriedad. No tengo miedo de mis pensamientos, como tú. Te traje por capricho, por satisfacer un afán de cumplir mis deseos y por ratificar ante mí misma la posibilidad de cumplirlos para lo que se me ha educado tan deliberadamente.

—Me estás mintiendo. Ustedes las mujeres siempre mienten, y lo más grave es que esa mentira comienza en ustedes mismas.

—Desde luego que te estoy mintiendo, y me estoy mintiendo también. ¿Pero acaso tú pretendes hacerme creer que conoces el móvil secreto, psicológico de tus propias reacciones? ¡Eso es muy inocente! Tal vez te estoy mintiendo, o tal vez me estoy mintiendo porque en el fondo, esa curiosidad de verte, de acercarte a mí, de hablarte, puede no ser más que el esquema de una proximidad amorosa, o de una proximidad afectiva que yo no quiera confesarme porque no estoy todavía segura de ella. ¿Acaso sé yo si me gustas y si te llamé porque me gustas? Puede ser, y esto haría de mi capricho una mentira más. Sin embargo, aun concediéndole el carácter de verdad, segura estoy de que tendrás menos inconvenientes para aceptar como verdad ese capricho que tal vez sea mentira, que la mentira de afecto que tal vez sea verdad. ¿En cuál crees mejor: en el capricho vanidoso o en el afecto instantáneo?

—En el capricho, por supuesto.

—Yo también. Por eso no te enredas en averiguaciones sutiles. Es más simple para los dos creer en una mentira viable que en una verdad utópica. No te enredas. Tú lo prefieres por desconfiado, yo lo prefiero por realista.

—Tu descaro no tiene límite.

—Es claro que no. Pero yo no intento ser tenida por moderada, ni que se me adjudiquen cualidades de las que positivamente carezco. A quien dice siempre la verdad, pero no todas las verdades, se le llama franco; y a quien dice todas las verdades, aunque no diga siempre la verdad porque está dispuesto hasta a reconocer la verdad de una mentira, se le llama insolente. Es mi caso. Yo no veo por qué se me va a colocar en el primer grupo cuando pertenezco al segundo.

—¿Quién te ha enseñado a valorar en tan poco tus cualidades y a despreciar en esa forma satánica todos los límites?

—No sé exactamente. Un poco mi padre. Yo no tengo madre. Él sostiene que soy una criatura de inmoderados caprichos. Para que no sufra por ellos me adiestró a perseguirlos, conseguirlos o perderlos con idéntica soltura. Me ha enseñado a considerar el dolor como un símbolo de impotencia. Solo sufre quien no está dispuesto a reconocer la necesidad de las derrotas. Dice mi padre que tengo no solo el temperamento, sino también todas las condiciones físicas y mentales para ser una

persona de inmoderados caprichos. No te diré esas condiciones. Y como los caprichos variables llevan a tremendos sufrimientos si no se les conoce, y en cambio, conociendo su variabilidad evitan muchos dolores, mi padre me ha obligado, casi podría decir obligado, a pensar que si no consigo una cosa no debo afligirme, porque mi deseo inagotable me pondrá de inmediato nuevos intereses, en los cuales colocaré toda mi vida con la rabia con que la puse en el anterior. Es muy simple y muy saludable. Se evitan complicaciones. Y escucha lo más curioso de todo... con esta cómoda filosofía, con este desprecio de mis propios deseos, he llegado a una fórmula casi infalible para realizarlos. Hube de aceptar mis debilidades, familiarizarme con ellas y dominarlas. Así, todo me es factible. Y si no lo es... bueno... pronto desearé otra cosa.

—Yo puedo, pues, considerarme uno de tus transitorios caprichos. —Exactamente.

—¿Y cuánto durará en ti ese deseo de ser mi amiga?

—Pareces una mujer preguntando que cuánto durará el amor. No puedo decirte cuánto durará, como tú no podrías, si eres leal contigo mismo, asegurar la eternidad de ningún sentimiento. Pero alguna gente, poco sólida, parece necesitar una cosa sólida externa donde asirse, y como esta no existe, inventan la inmortalidad del amor, o de la amistad, o del odio.

—Contigo no pueden haber ilusiones ni sueños.

—Desde luego no. Ni conmigo, ni con nadie. Pero si te empeñas en creer que existen hombres o mujeres capaces de materializar un sueño, peor para ti. Conmigo solo hay realidades.

—¿Me podría yo dejar llevar de la crudeza de esas realidades hoy?

—No es que puedas dejarte llevar, es que te están llevando aunque no quieras. Podría adivinar lo burdo de tus pensamientos. No me los niegues porque entonces tú, que afirmas o insinúas la veracidad de tus inmateriales sentimientos, estarías mintiendo. Te vas a dejar llevar porque el licor te va quitando poco a poco el freno del razonamiento. Eso es todo.

—¿Y tú no tienes temor a que lo pierda?

—Desde luego no. Tú eres en este caso quien recorre un camino desconocido, no yo. Te llevo esa ventaja. Además, yo no tengo miedo de nada.

—Ni pudor.

“¿No lo tengo? Indudablemente no tengo pudores mentales, pero estoy llena de terribles pudores físicos. Nadie, con este descaro, creería en ellos. Hasta yo misma

dudo de que cuando se presente esa ocasión vaya a tenerlos. ¿Será esta la ocasión? Tengo miedo. Pero hay que llegar al vértice. Yo lo he querido y debo afrontarlo. ¡Vamos, Elena, pórtate valiente!”.

—Ni pudor.

—Ya tu descaro es desvergüenza.

—Parece que sí.

—Y cinismo.

—Parece que también.

—¿Y si yo me lanzara a decirte todas las cosas sobre ti en estos minutos, o en estas horas, qué pasaría?

—No pasaría nada. ¿Acaso las cosas pensadas afectan o influyen sobre las cosas por hacer? Tú harías algo que te plantea tu deseo y ese algo, si lo analizas, está en abierta contradicción con todo cuanto piensas de mí.

—¿No pasaría nada si te dijera?... dame otro trago para poder decirlo con tu mismo descaro.

—Toma —dijo Elena sirviéndole una copa rebosante.

—Pues he deseado hasta el martirio saber a qué hueles, y cuando me embarcaste en esta extraña aventura, allí en el cuarto de la india muerta, sufría por encontrar, entre el desagradable hedor del cuerpo en corrupción, tu propio olor de mujer que no podía hallar.

—Y que no vas a hallar porque “desear hasta el martirio” es una frase y también lo es “hallar el propio olor”. La gente tiene millones de olores cambiantes que dependen de cosas tan prosaicas como el asco o de cosas tan químicas como los perfumes. El olor propio es una idea que se lleva en la nariz, como el deseo que me pintas es un concepto que se lleva en la cabeza. Desear no es así; debes aprender a desear para poder algún día ver satisfechos tus deseos. O mejor dicho, debes quitar la literatura a tus emociones para saber cuáles son, y solo entonces, cuando lo sepas, podrás satisfacerlas.

—¿Sabrías tú ahora cuál es mi emoción?

—Sí, pero te ofendería verla expresada en palabras. Es mejor, para ese pudor cuya ausencia tanto te molesta observar en mí, que conserves sobre tus emociones el sentimentalismo.

—Te empeñas en ponerme en ridículo.

—No. Si tú te sientes así, es porque tal vez lo estés. No es culpa mía, sino tuya.

—Me estás llevando a la locura. Me quieres arrastrar a la locura y tú puedes pagar las consecuencias.

—No importa. Tienes una necesidad espantosa de conocerla. Esa duda, ese desequilibrio que se adivina en ti, esa contención de todas tus verdades, no es más que un terror de llegar a esa locura que sabes, profundamente, que te será afín. Sabes también que no eres todo lo centrado, todo lo cuerdo que pretendes, y que te encontrarías admirablemente bien en ese grado de locura que todavía tanto te asusta. Será saludable para ti ese conocimiento, pero muy saludable.

—Mira, Elena. Me estás pinchando demasiado. No eres tú quien va a anunciarme un cataclismo. Soy yo quien te lo va a anunciar. Tú, la persona irrisoria que se mantiene haciendo equilibrios sobre el absurdo, tampoco conoces la locura, tampoco conoces el desenfreno ni el arrebató. No hablarías así de ellos si los conocieras. A menos que fueras una perversa, y no lo creo. Tienes miedo, y tanto, como puedo tenerlo yo, aunque nuestros miedos tengan causas diferentes —hizo una pausa para tomar otra copa y luego agregó de un tirón—: Si mi lengua se enreda para decir esto, procura sacar de mis palabras, que ya no serán palabras, mis verdades que sí serán verdades. Yo tengo miedo de encontrarme, demasiado bien situado, en la locura. Llevas razón. Tú temes perder allí tu fe en las realidades. Vives en esa fe, no sabrías existir sin ella. El día que debas aceptar la existencia trascendente de la imaginación, el día que sientas, que sientas a lo vivo que el olor propio, por ejemplo, el aroma vital de las personas está más allá de los conceptos de verdad o mentira, y que tú, por encontrarlo, serías capaz de arrastrarte por el suelo oliendo una prenda sucia, entonces todo tu artificio de verdades estará destruido. Llegarás a amar, como todas las mujeres, la mentira de la palabra, llegarás a aceptar la eternidad del amor, llegarás a confiar y a depender de ella, llegarás a morir por un sentimiento puro, como yo llegaré a morir por una emoción brutal, igual que todos los hombres; como llegaré a esclavizarme a una verdad cruda, despreciando o desconociendo todas esas verdades en que tú llégaras a creer.

Gabriel había alcanzado el límite de la locura. Sentía deseos de ultrajar, de golpear, de maltratar, de ofender. Se acercó a Elena. Ella no se movió. Solo había en su actitud una desorbitada curiosidad.

—Voy a decirte, Elena, la verdad de esa emoción que crees que no conozco. Vas a conseguir lo que has provocado. Voy a besarte hasta que se trastruequen todas tus mentiras, hasta que creas en la verdad de mi olor como yo comienzo a creer en el tuyo. Voy a besarte así...

Elena no se defendió. Se quedó mirándolo triste. Él la miró retador.

—Ahora dime tu palabra insolente.

—Mira, Gabriel, no me has desconcertado. Pero sí me has defraudado. Las mujeres no amamos tanto la palabra como tú crees. No besa uno y dice: “así”, y después se queda contemplando el efecto de su obra. No se sabe nunca, ni mucho menos se dice, cómo se va a besar. Eso no es un beso. Primero trata de averiguarlo, y después, intenta besarme de nuevo. Tienes que saber cuál es tu deseo. Y voy a decírtelo para que te familiarices con él. Tu deseo no era besarme, o si lo era, por encima de este estaba el de humillarme, el de maltratarme y el de demostrar tu valor. Eso lo conseguías con la palabra más que con el gesto. Por eso hablaste. Oye esto, Gabriel, y no lo olvides nunca: casi todo lo que es verdad es silencioso. Casi todo.

Después de que Aurora fue despedida tan bruscamente de la casa, aquella tarde por Gabriel y sin que mediaran razones, a no ser las de orden psicológico, el problema era volver.

Volver. ¿Cómo se hace para volver? Se van cerrando puertas alrededor de las personas: un silencio cierra una, un gesto cierra otra; una palabra, la última. El pretexto no sirve cuando quedan tensiones pendientes entre dos seres. Ni sirve la excusa, ni sirve la palabra, ni sirve el silencio. ¿Cómo volver?

Todo hace defensa alrededor de ambos. Cada uno construye su propia defensa, y la construye con aquellas cosas en las que no cree. ¡Qué difícil es volver! ¡Qué difícil es vernos a nosotros mismos cuando nos oscurece la emoción! ¡Pero qué difícil! Se rebuscan con cierta saña deliberada los hechos que pueden constituir mayor obstáculo o aumentar la distancia. Se olvidan todos aquellos que podrían restablecer la unión. No se recuerda la mirada que contradijo la palabra, esa mirada que tenía pendiente una esperanza, y vibra intensa y pesada la palabra de rechazo. ¡Qué difícil, pero qué difícil es volver! Hubo algo íntimo que no encontró expresión, algo en abierta contradicción con la palabra, que tuvo, tal vez, miedo de ser expresado. Pero ese algo se refunde obstinadamente en el olvido, y cuando quiere asomar su tímida cabeza, se le da un golpe para que regrese al pasado, para que no entre en el presente, para que no anude el porvenir. ¡Si volver, si todas las cosas que deseamos se consiguieran con el deseo! El deseo no tiene fuerza constructiva. El deseo, como la espera, es demoledor. Va destruyendo aquellas vías por las cuales podría convertirse en hecho. Va minando su propia ruta y anegándola en amargura. Desear es estar estático. Esperar es vivir dando vuelta a un mismo pensamiento, a una idéntica obsesión. ¡Qué difícil, pero qué difícil es volver!

¿Dónde están, Aurora, todas tus verdades? ¿Dónde la afirmación de decir cuanto sientes y hacer cuanto piensas? ¿Dónde? Límpiase a ti misma. ¿Qué querías ahora? ¿Puedes hacerte la pregunta? Si puedes, tal vez puedas también contestarla. Y si la contestas, tal vez encuentres la manera de resolverte. Dijo que te fueras. Dijo y repitió que no quería verte. Dijo que estaba cansado de ti. ¿Lo dijo? Sí. Sí lo dijo. Lo que se dice es la expresión de la verdad solo a veces... Pero aquello era verdad. Siempre estarás al margen de su silencio. Todo en él te es comprensible: su alegría, su tristeza, su cólera, su actividad, su esperanza. Solo ignoras su silencio. Cuando calla, cuando calla allá dentro de él mismo, quedas fuera, sin luz, sola, imposibilitada para entrar. No fue la palabra... Fue el silencio que detrás había. Si no puedes entender eso, es inútil que trates de acercarte, porque todas las proximidades serán falsas. Es inútil.

Volver... ¡Qué difícil! ¡Pero qué difícil es volver! Debes encontrar una fórmula para ello.

Aurora sale de su casa sin pensar ya en encontrar una fórmula, segura de no tenerla, pero también segura de que esa resolución le permite el regreso. Con ser tan corto el camino se le hace penoso y largo, no porque tenga prisa en llegar (sabe que llegará y no importa cuándo) sino porque no ha encontrado la palabra clave que anuda las cosas rotas. Y no son los hombres quienes poseen, ni pueden hallar, esa palabra. Ellos rompen y la mujer solo existe para construir sobre esas cosas rotas. La palabra. Una palabra como las que se dicen en los cuentos de hadas y que abre las puertas, levanta las alfombras, ilumina los tesoros, despierta a las durmientes, baja los puentes levadizos, duerme a los gigantes, conjura los maleficios... ¡Una palabra! ¡Una sola palabra! Debe haber una para esto. Como en los cuentos: “Abracadabra”. Palabra de raros ecos, de extraños poderes. Palabra mágica que ella no sabe.

Rebusca sus recuerdos mientras camina. Ha de existir entre él y ella esa clave, y debe encontrarla a todo lo largo del corto camino. Cuando llame, ya tiene que tenerla. Ha de ser milagrosa, sonora, prepotente. Ha de responder a todo su llamado y ha de hacer surgir todas las esperanzas. ¡Palabra milagrosa! Hay quien las sabe... Pero ella no. Ha de ser una sola, porque no le dará, la tensión del momento, tiempo para historias. Camina. Ha de tener la rápida acción ejecutoria de la sorpresa. Camina. La grama. Los árboles. La mañana. Las miradas de la gente. Gente que va. Gente que viene. ¿Dónde está su palabra? Es capaz, en su alocada cabeza esto cabe, de soltarle esa palabra misteriosa y ridícula: Abracadabra. ¡Es capaz! Para no decirla, deberá tragarse el vocablo como una de esas cosas que por secas se pegan en la garganta. La dirá. La dirá porque no debe decirla y porque buscando su mágica palabra imposible, encontró solo esa. Retenerla es lo importante... Va a ser difícil... como es difícil volver. ¡Qué difícil es volver sobre los propios pasos cuando cada paso aumenta la distancia! ¡Qué difícil! ¡Pero qué difícil es volver!

Aquí está la puerta. Levanta la mano, llama como de costumbre con un timbrazo largo seguido de uno muy corto. No. Como llamaría cualquiera, un extraño; alguien que no hubiera nunca llegado a esa puerta. Tres timbrazos cortos. Es mala educación insistir, pero esto está por encima de la educación. No preguntará por él; tiene que hablar de otras cosas. Se sentará con alguno de los otros para platicar.

—Entre, señorita.

—Gracias, Juliana. ¿Cómo está hoy doña Teresa?

—Bastante mejor.

—¡Qué bueno!

Esperar el eco de sus pisadas golpeando rudamente el suelo, parejamente, sincrónicamente. ¡Cómo conoce ella esa pisada! Sería capaz de reconocerla entre mil. Suponerlo. Para esto no se puede usar la realidad, debemos emplear el recuerdo. Ahora puede estar tendido en la cama, leyendo un libro. Se parará sin motivo para mirar por la ventana hacia la calle. Dará una vuelta sin sentido por el cuarto; desde el centro, observará las paredes y los muebles como si los viera por primera vez. Esto puede ser lo que él haga en este momento. Luego, se tenderá de nuevo con su libro. Puede reconstruir su posición, de costado, con un codo en la almohada y el libro enfrente; al rato, cansado, se volverá sobre el otro costado. Lo ha visto muchas veces hacer eso y hasta se ha sentado silenciosa, en la otra cama, a mirarlo mientras lee. Ningún ruido llegado su cuarto: sigue leyendo o no está. No ha preguntado si está. No va a preguntar. Necesita que alguien se lo mencione voluntariamente. Da vueltas a la conversación colocando el tema, como quien coloca una luz para que alumbré mejor sobre una mesa, para que se le dé de improviso el nombre que espera. Pero no se le da. Vuelve a girar. Pero no se le nombra. ¡Qué difícil es imbuir de nuestro propio interés a los demás! Toda esa plática es tiempo perdido; y para qué ha de servirle la palabra mágica si no tendrá cómo emplearla. Solo cuando se encuentre con Gabriel será menester contar con ella. Mientras tanto, puede usar las otras, las de todos los días, las que no significan nada, las que no abren puertas, ni bajan los puentes levadizos, ni despiertan a las durmientes, ni mueven los castillos, ni hacen volar las alfombras, ni conjuran los maleficios.

¿Qué tiene él que no tengan los otros? Recuerda que un día le dijo: “cuando tú naciste, las hadas (porque todavía las hadas existen) vinieron a dejarte sus regalos. Naciste como en los cuentos, un día que las hadas estaban de fiesta, en ese día único del año en que se dedican a brindar presentes. Y una llegó para darte inteligencia; llegó otra, una hada luminosa, a darte belleza; la tercera te regaló bondad; generosidad te dio la cuarta; y hasta hubo una... (¡cómo rio él con aquello, cómo se reía a carcajadas!)... una vino y dijo cerrando todas las magnificencias: y no será nunca calvo”. ¿Qué tiene él? Seguro los presentes de las hadas y el pertenecer, como ellas, a un cuento. Pero hubo también como en los relatos fantásticos una hada que no fue invitada a la fiesta. Era pequeña, maligna, perversa. Vino agorera para decir: será ciego a lo que tiene y solo lo verá cuando lo haya perdido. ¿Por qué agrega ahora este final al cuento? Ha de ser un oscuro deseo de maldiciones que despierta en ella su silencio.

Al fin llegan sus pisadas, golpeando rudamente el suelo, parejamente, sincrónicamente.

—¿Cómo estás, Gabriel?

—Bien, gracias —respondió él con sequedad.

Se cerró la última puerta y no halló la clave de los embrujos. El tono seco, cortés, haciendo distancias, señalando un coto. En ella cae una pesantez abrumadora; dentro,

duele dolorosamente. Ya puede irse; debe irse y no volver. Y todo por culpa de la palabra. Si ella la hubiera hallado... Si siquiera hubiera articulado algo menos estúpido que la frase de saludo habitual... Se ha cerrado el contorno de la defensa. Ahora es redonda; con dar vueltas alrededor no logrará aproximarse. Tendrá —se vuelve hacia sí misma— (instinto de vivir, esperanza que muda de sitio, brutal deseo de vivir) que hallar un camino para salir de la fangosa frialdad que la rodea. Organizar el regreso, no ya a él, sino a ella misma. Debe encontrar en su propia alma, que también se ha construido una muralla redonda ruta de evasión. Ahora irse. Para esto no son menester conjuros, bastará decir: “hasta luego” o “adiós”.

—¿Quieres subir a la terraza a asolearte con nosotros?

—¿No te molesta, Roberto, si te digo que yo no soy naturista?

—¿Es menester ser naturista para tomar un baño de sol? Gabriel no lo es y siempre toma el sol en la terraza.

—No, indudablemente no es menester... Pero aquí eso significa... Bueno... Pero no tengo traje de baño.

—¡Anda! Te pondrás el de Cristina. Subir la angosta e incómoda escalera, peldaño a peldaño; tenderse, sentirse el calor del sol penetrando en todos los poros, uno a uno; saber que la va ganando una santa indolencia; fijar los ojos en los granos del piso, observar las hebras de la toalla, seguir con el dedo una hormiga; todo eso. Él estará también porque es el único rito para el cual Roberto ha podido conquistarlo. Él subirá y entonces...

—Bueno, voy con ustedes.

—Vístete, pues. El traje está detrás de la puerta.

—Muchas gracias.

Se viste prolijamente. El traje le queda un poco holgado, no se pega a su cintura. Seguro Cristina se lo ha puesto últimamente, porque está flojo. Sus piernas se miran. Tal vez hay algo de más desnudo que el desnudo en ella. Quién sabe por qué. Su carne tiene una elocuencia que no logra disimular ninguna envoltura. Aurora lo siente, y con un poco de rubor se echa una toalla sobre la espalda. Siempre queda la magnificencia de sus piernas. Adelante. Cuando sale al corredor, cuando cruza la cocina, cuando alcanza el patiecillo, no hay nadie. O han subido ya o no han terminado de vestirse. La escalera negra de hierro en caracol va subiendo, pegada al muro, los dos pisos de la casa. Hay que girar con ella. Aurora comienza a subir sin prisa. De pronto siente un peso ajeno al suyo que hace temblar la endeble escalera. Mira hacia abajo. Es Gabriel quien sube tras ella. No mirar. No hablar. Conservar una helada indiferencia. Un temblor agita sus manos que recorren la pasarela

humedeciéndola. Él tiene enfrente sus piernas, pero no ha de ser tan rudo para mirar hacia arriba. Subirá contemplando la pared; luego, al avanzar otro peldaño triangular, la otra pared; otro peldaño, y el costado oeste del patiecillo con la ventana del comedor; otro peldaño, y todo el reducido espacio del patio; otro, y la pila de lavar la ropa; otro, y la pared del este, blanca y cerrada; otro, y nuevamente el muro por el cual asciende retorciéndose la escalera. Gabriel no mirará hacia arriba. No mirará porque verá sus piernas desnudas. Ella sube y sube. La escalera firme, pero flexible, oscila irregularmente. Ya no necesita palabra alguna. Cuando todo está terminado, basta el silencio. No queda nada que decirse. No queda ni el poderoso influjo de la presencia. En ella la distracción no es verdad. En él es legítima. Sus piernas no significan nada, o significan lo mismo que la escalera, o la pared. Ella sube porque él va a subir, para verlo de nuevo; él sube porque pensó subir, y esté ella o no, es lo mismo: va a subir. No viene detrás deliberadamente, salió poco después de Aurora y no tiene ella el poder de devolverlo, ni el de acercarlo, ni el de retenerlo, ni el de rechazarlo. Nada. Absolutamente nada. Ni siquiera molestia le causa; a lo más una pequeña incomodidad sin importancia. Ahora va tras el agrado del sol. Ella va tras el imán de su presencia. Si tuviera que soportar otras humillaciones que las que le hace sin querer hacerle, o las que ella siente sin que se produzcan, también volvería aunque fuera tan difícil, como ya sabe que es, volver. ¡Pero qué imposible! ¡Pero qué difícil es volver! ¿Resentimientos? No. ¿Rencores? No. Dolor, mucho dolor profundo. Un poco de vergüenza por molestarlo. Un poco de vergüenza por insistir, por permanecer, por quedarse. Vergüenza roja. ¿Por qué será roja la vergüenza? Se siente y se sabe roja. No podría ser blanca como la pena, ni verde como el miedo, ni azul como la cólera. Es intensamente roja. Hasta vergüenza de sus piernas tiene. Hasta esa terrible vergüenza. Desea que se hunda la escalera, como una arquitectura de naipes, y caiga sobre ella (no sobre él) cubriéndola. ¿Por qué cubren tan poco esos hierros negros? No tapan ni las piernas ni la vergüenza. Subir. La escalera se bambolea. Primero, al llegar arriba, los ojos al nivel del piso; otro peldaño más y toda la cara; otro más y las manos se prenden a la baranda; otro más, es el último. Ya está el cuerpo casi fuera. Enfrente, exactamente enfrente de Aurora, recostado contra el muro más alto del norte (es la terraza ya), está de pie el pequeño Álvaro. Está recostado en una forma confusa, como quien se apoyó ahí porque va a caer, como quien fue tumbado por una sorpresa. Tiene la cara roja, tan roja que parece reventar la sangre en leves puntitos; unas cuantas gotas de sudor brillan sobre el labio superior, allí donde también comienza a brillar un bozo nuevo, de durazno tierno, rubio y débil. Los ojos están inyectados y revelan espanto, la pupila del muchacho se fija en Aurora intensamente, como si quisiera absorber su mirada ¡toda su mirada! ¡absolutamente toda su mirada! Los ojos del muchacho imploran, demandan, suplican y están espantados, horrorosamente espantados. Pero los de ella, incapaces de proyectarse contra todas las reglas visuales en línea recta, incapaces de ignorar lo que cubre su triángulo visual, no pueden ser absorbidos por los de Álvaro. Aurora ve desde el pelo rubio del muchacho hasta el nivel del suelo. Su cabeza está a la altura de la mitad del cuerpo de él, en forma tal, que lo más directo de su mirada se concentra en el cuerpo extrañamente inclinado, confusamente apoyado del muchacho. Los ojos de Aurora miran también el muro tras él; miran el sol pegando en el muro; en lontananza, los

techos de la ciudad, unas cuantas cúpulas, algunas copas de árboles; miran el pantalón caído de Álvaro; una de sus manos temblorosas oprimiendo algo que vuelve a enrojecerla. El periódico que la otra mano sostiene está con las letras al revés. Súbitamente, el papel baja para cubrir. Una confusión espantosa y clara la sobrecoge. Piensa en Gabriel que viene subiendo tras ella, en la cólera que ha de sentir, en la angustia del muchacho sorprendido, en la ira que le producirá el delito de su hermano; y más aún, saber que ese delito lo tuvo Aurora ante sus ojos. Ella va a evitarle esa vergüenza. Se vuelve de espaldas al niño espantado y comienza a bajar la escalera de regreso. A los dos peldaños está cara a cara con Gabriel. —Siento mucho tener que hacerte bajar de nuevo, pero he olvidado mis anteojos y tú sabes que el sol me hace llorar. Si hubiera sido para devolverme sola no te daría esta molestia...

—Iré a traerlos, no te preocupes.

—¡Hazme el favor!... Es pesado subir esta escalera dos veces. Si fueras tan amable... Los he dejado en el cuarto de Cristina, cuando me vestí.

Gabriel le sonríe. Sonríe a la naturalidad de su demanda. Como si se hubieran roto las tensiones.

—Para que me perdones lo duro que he estado contigo, tendría que subirla diez veces.

—Con dos basta.

Gabriel comienza a bajar mientras le dice bromas que ella no escucha. El cielo está azul y el sol caliente. Había encontrado, sin buscarla, la palabra clave.

XI

No es raro verlas juntas. Se acompañan porque ambas tienen mucho que callar. Cristina ha resultado una buena enfermera para Teresa, hasta donde su relativa movilidad se lo permite. Teresa se siente bien con esa muchacha sencilla, en quien la queja solo surge a impulsos de la violencia o la sátira, pero que gusta de estarse horas sentada tejiendo o bordando ropa para su futuro hijo.

La enferma tiene períodos de convalecencia, como este, pero la debilidad no le permite entrar en largas pláticas. Cristina rumia sus rencores y teje.

Es esta una tarde que anuncia noche cálida. El sol brillante, apenas comienza a descender, y una siesta bochornosa congestiona el tránsito y amodorra a las personas. La enferma de nuevo parece volver a la vida con lenta dificultad. Se conecta penosamente con las cosas, las fechas y los actos de los demás. Todavía parece pesar sobre ella sentencia de muerte, no obstante las alentadoras palabras del médico, quien asegura que esta convalecencia será definitiva. Algo obscuro retiene la vida de Teresa en los mórbidos límites del sueño, y si bien su cuerpo reacciona conforme a las predicciones clínicas, pues se desentumecen los miembros, renace el apetito y menguan los dolores, su espíritu se resiste a participar de lleno en la vida normal. Conserva posiciones de agonizante; mantiene casi todo el tiempo los ojos cerrados y es presa de súbitos sueños alterados y de largos insomnios deprimentes.

Cristina, junto al balcón, resiente el calor que acrecienta las molestias de su embarazo y hace más penosos los movimientos. Mira a Teresa, tendida rígida y sudorosa en la cama, y la imagina tan molesta como ella.

—Doña Teresa, ¿no le gustaría sentarse un poco? Hace mucho calor.

La enferma entreabre los ojos. Dócilmente acepta con una sonrisa la proposición de Cristina. Esta la endereza, pone bajo la espalda muchos cojines, con un trapo húmedo le limpia la frente y aligera las mantas de la cama.

—Gracias, hija, eres muy bondadosa. —Supuse que estaba usted tan incómoda como yo. El calor me hace sufrir mucho, y este mes de marzo, el polvo y los vientos secos son más quemantes que otros años.

—¿Es marzo?

—Marzo, sí, señora. ¿Cómo se siente ahora así sentada?

—Me siento mejor. Tal vez si tú no lo dices, no hubiera notado el calor. Pero si es marzo... Marzo es un mes cálido.

—Mucho, doña Teresa. No sé si se ha dado cuenta de que las noches son pesadísimas. No sopla brisa y hasta los animalitos sufren el bochorno. Siempre tenemos concierto de sapos y chicharras.

Teresa vuelve a caer en la penumbra borrosa de la enfermedad. Casi era mejor en la agonía, cuando el recuerdo vivaz del pasado estaba al alcance inmediato de su memoria. Ahora los pensamientos se han detenido, o acuden con gran dilación a su llamado. La fantasmagórica cinta de su vida que proyectaba la muerte quedó truncada en la convalecencia. Ya no se presentan las escenas como antes y siente como si con la detención involuntaria se hubiera malogrado el proceso de aclaramiento de una gran verdad. Hace un esfuerzo dolorosamente consciente para entroncar la somnolencia bochornosa con el recuerdo de las horas de agonía. Quiere reintegrarse al pasado en forma voluntaria. Le parece un deber confesional aquella escrupulosa rendición de cuentas que inició en sus gravedades. Hace un nuevo esfuerzo y agarrada a la tenue evocación que hizo la palabra “marzo”, emprende la reconstrucción de su pasado. Las imágenes relacionadas con el calor, el bochorno y los ruidos nocturnos comienzan a perfilarse en su memoria, pero no tienen el contagioso realismo de las visiones anteriores. Teresa insiste, y con un suspiro desalentado, confirma exteriormente la insatisfacción que por dentro la posee. En verdad que el recuerdo en la vida no tiene la misma vitalidad que el recuerdo en la muerte. Madura en su mente una verdad profética: morir es regresar, y aferrada a los débiles términos de similitud que concurren para ayudarla, asume su letargo total de otras veces y se hunde en el proceso voluntario de la evocación.

“¡Claro llega por fin mi recuerdo! Todo fue claro mientras él estuvo conmigo. Pertenecía a las cosas límpidas, a los destinos con significado, así como Vasco pertenecía a las cosas oscuras, a los destinos sin orientación. Lo que hasta entonces yo había hecho en cumplimiento de mecánicas costumbres se llenó de jubiloso contenido. Todos esos gestos diarios, indispensables para vivir, pero tan desagradables si se hacen solo para vivir; todos esos que parecen a simple vista no tener sino una función inmediata, y a los cuales presta la emoción cauce simbólico. Hacía muchos días, quién sabe cuántos, desde la llegada a mi vida de Esteban; yo había perdido la molesta noción del deber bajo el cual estaba antes, y me movía al influjo de un deber gozoso y nuevo, para el que no existían secretas resistencias. Nada había cambiado en cuanto al curso normal de mi vida. Yo continuaba haciendo las mismas cosas, ejecutando los mismos movimientos, realizando idénticas faenas. Sin embargo, todo era ahora distinto. Desde actos tan elementales como aquellos de supervigilar a la sirvienta, disponer la comida, hacer las compras y amar al niño, hasta esta pasiva contemplación de la noche. Todo estaba ungido de secreta alegría. ¿Podría existir algo más superfluo, desde el punto de vista de Vasco, que contemplar

y gozar la noche? Pero ya eso no importaba. Yo estaba sentada en el corredor trasero de la casa, desde donde podía alcanzar con la vista los terrenos incultos de los alrededores y miraba sin preguntas la noche. Era una noche calmada y calurosa; cargada de un invierno próximo. Las noches y el aire de marzo son calientes. El de esta noche lo era también por ser de marzo. Los animalillos, los vegetales y la tierra, silenciosos y satisfechos por lo general después de un aguacero, se dejaban sentir inquietos en la oscuridad. Sobre un árbol, quién sabe cuál, un grillo solitario elevaba su grito agudo e inquietante; entre la propicia intimidad de las plantas, tal vez escudadas por el vértice de una rama y el tronco, tal vez acunadas en la concavidad de una hoja, las chicharras llamaban persistentemente con su monólogo cansón. Un sapo tenor croaba al amparo de una piedra y un sapo bajo le contestaba desde algún rincón del muro; su diálogo tenía un litúrgico contenido y su silencio un sagrado vacío. De cuando en cuando, entre la oscuridad, con la luna, se dejaban adivinar los colores alterados de las cosas. Fijando la mirada, concentrando la atención, aquel ciprés no era verde, sino negro y tibio; no era opaca la tierra sino plateada en parcelas y morada bajo la sombra de los árboles. Había flores de indescriptible color: algunas que durante el día parecieron blancas, ahora tenían la corola azul; otras que fueran rojas estrenaban el milagro de un bermellón; las rosas amarillas tenían un blanco sin mácula ni contorno, solemne. Seguro muchas cosas sorprendivas y curiosas estaban ocurriendo en el jardín, porque además del ruidoso carraspear de las chicharras, y del grave coro de los batracios, se oía arrastrarse curvas formas, moverse agudas siluetas, frotarse hoja contra hoja, rodar tierra sobre tierra, chasquear seco contra seco y rebotar seco contra mojado. Toda una secreta vida nocturna se deslizaba ante mí, y yo presenciaba silenciosa el rito con un profundo y consolador deleite profano. Estaba yo también pesada como el aire, densa como la noche y cambiante como el calor. Pero también estaba alegre y tenía un íntimo contentamiento. El mundo era nuevo porque yo lo veía con diferentes ojos, el aire era limpio porque yo tenía despierto el olfato, la vida era buena si continuaba así, tiernamente ruidosa, y si se dejaba transmutar con docilidad por la luna. Yo estaba contenta, callada y pasiva cuando llegó Vasco. Se plantó ante mí con una mirada curiosa y sin decir palabra. Me miró y me miró. Yo comencé a sentirme dolorosamente incómoda. ¿Por qué no preguntaba algo? ¿Por qué no pedía la comida con voz urgente, como otras veces? ¿Por qué sonreía así, como si la sonrisa no le saliera de dentro, o como si solo hiciera una mueca burlesca? Casi era mejor que no hablara. Hablar con él era como hablar solo. Tenía el hermetismo de un indio, y de algo próximo le había quedado en la cara un sello siniestro. Sonreía. Yo, torpe y sin saber cómo comenzar una conversación que ni él esperaba ni yo deseaba, sonreí también. Me salió forzado el gesto.

—¿Por qué sonrías?

—Si no sonrío —contesté turbada.

—Entonces lloras...

“Lo volví a ver desconcertada. Él sonrió de nuevo, y yo que lo deseaba, no me atreví a formular la pregunta insolente que tenía a flor de labio: “—¿Y tú por qué sonríes?”. Pero no lo hice porque frente a Vasco siempre tuve temor de mis palabras y jamás me sentí segura de acertar con mi pregunta o de no molestar con mi observación. Me guardé el pensamiento. Tenía también deseo de pararme, de irme a otra parte, de quitarme de su presencia, pero no lo hice. Continué sentada esperando no sabía qué. Él, de espaldas a la luna y al jardín, con una mirada que yo sentí, pero que casi no podía ver, recorrió mi cuerpo silenciosa y burlonamente. Desde los zapatos que asomaban bajo la falda (junté los pies), hasta las rodillas que sentí abiertas al llegar allí su mirada. Cerré las rodillas y retiré las manos. Los ojos de Vasco llegaron hasta el regazo, donde dormía, oculto, un hijo suyo en formación. Aquel nudo de células estaba allí presente como en la madurez dolorosa de los pechos, o en el latir apresurado de las arterias, o en la sonrisa de esperanza que asomaba sin sentido a mis labios. Pero ahora lo sentí en desnudo, como si aquella mirada insolente lo hubiera sacado de mí. Puse los brazos sobre él para defenderlo. La mirada de Vasco subió reptando por mi cintura, para detenerse fría sobre mis pechos. De ellos salió entonces una oleada caliente, casi penosa, que me impulsó a volverme. Pero solo me revolví en el asiento sin saber con qué cubrir lo que estaba cubierto y yo sentía desnudo. Él sonrió más, gozando la torpeza de mis actitudes y movimientos; después se quedó serio con una raya vertical entre las cejas que hacía su cara más amenazante. Solo duró un segundo la crispación; volvió a sonreír malévolo y su mirada continuó subiendo hasta mi cuello lentamente. La sangre también en mí iba subiendo, caliente y enfurecida, como si él me insultara; con humillación, como si dijera: “—Teresa, desnúdate y suéltate el pelo”. Los ojos de Vasco recorrieron mi cara, posándose en la boca, detallando la nariz y los ojos que estaban directamente bajo la luz de la luna. Bajé la cabeza. Pero su voluntad de verme era tal, que no pude huir a esa orden, silenciosa como casi todas sus órdenes. Alcé de nuevo la frente, y para escapar al peso de esa mirada, dejé escapar la mía por el jardín que ya no me interesaba. Vasco ya iba a hablar, para decir de fijo algo molesto. Él hablaría porque había terminado el recorrido y no quedaba más por observar, a menos que me hiciera volver de espaldas. Tenía los ojos fríos y agudos de las inspecciones intensas, los mismos que yo conocía y que usaba para aquellos momentos cuando mi obligada torpeza me llevaba a romper un vaso, derramar el agua o tropezar en algo. Iba a decir algo terrible, yo lo sabía. Me enderecé esperando intensamente la palabra”.

—¿Tienes lista la comida?

“Casi me golpeó la pregunta. Como de costumbre, yo no había podido adivinar su intención. Como de costumbre me sorprendía ante él y no era capaz de adaptar a su palabra el gesto de antemano preparado. Yo no tenía a mano, para responder a su palabra molesta o hiriente, un gesto altivo. Esperaba poder usar, si su frase era demasiado insolente, una mirada despectiva, proyectaba ponerme en pie con dignidad, recoger mi falda y salir con toda la elegancia del ofendido que responde al insulto con indiferencia. ¿Pero esto? No lo esperaba. Tan no lo esperaba que algo antes tenso en mí se relajó y tuve tal vez un retroceso visible, porque él volvió a

sonreír esta vez satisfecho. Reaccioné; en el peor de los casos, no había dicho la frase molesta, y este era, después de todo, el único terreno en el cual yo podía moverme con absoluta seguridad,irme sin necesidad de gestos altaneros, alejarme naturalmente para dar la orden de servir, mirarlo sin angustia y accionar con soltura. Entre Vasco y yo no existía para mí más que una zona de realidad absoluta, aquella cuando él preguntaba: —Teresa ¿planchaste mis camisas? —y yo respondía—: Están ya en tu armario. —O él decía—: ¿Cuánto gastaste esta semana? —y yo contestaba—: Aquí está la cuenta. —O esta de hoy en la cual yo podía asegurar consolada—:

—La comida ya está lista. ¿Quieres que te sirva ya?

—Siempre tienes una respuesta exacta para esas cosas. ¿No es verdad? ¿Y para las otras...?”.

“Cambié de rumbo. ¿Adónde iría con esa frase? Caí sobre la silla de donde me había enderezado con anterioridad. Debía reajustar todas mis defensas y esperar de nuevo algo que —ya estaba convencida, por lo menos por esta vez— no sabría qué sería. Vasco caminó un paso hacia mí. Se tambaleaba. Yo retrocedí en la silla con positivo miedo. Él caminó otro paso vacilante y quedó muy cerca”.

—¿Estabas contemplando la noche?

—Sí...

—¿Está muy bonita?

—Sí...

—¿Te gusta contemplar la noche?

“No contesté; estaba casi temblando por un terror inusitado. Así tan cerca, sentí su aliento aguardentoso. Después, sin que yo pudiera preverlo, o esperarlo, o evitarlo, puso su mano sobre mis pechos y apretó hasta maltratar. Yo salté con un grito. Vasco retrocedió como si nada hubiera hecho, tranquilo, seguro”.

—Pide la comida. Es tarde.

“Escapé sintiéndome perseguida. Creí que miraba burlón mis pies bajo la falda, que me iba a detener violentamente tomándome de la cintura y plantándome frente a él, que me iba a besar con ese aliento corrompido, que me iba a desnudar, que me iba a tocar y que si no corría mucho, pero mucho, ya no podría salvarme de su agresión. Y corrí. De repente el piso faltó bajo mis pies y rodé sobre las gradas del corredor, bajándolas sentada, de golpe, en golpe. ¡El niño! El niño... y doblándome en dos, presioné mis brazos desesperados sobre el vientre como si mi hijo se fuera a salir.

Vasco estaba junto a mí. Yo todavía desde el suelo, alcé la cara y esperé como siempre”.

—¿Vas a tener un niño?

—Yo no lo he dicho...

—Pregunto que si vas a tener un niño.

—Sí.

—Párate, siempre serás una mujer sana y fuerte. Por esa caída ridícula no lo vas a perder.

“Me sentí, como la otra vez, culpable por tener un hijo. Todavía mientras dolorosamente me ponía de pie, Vasco agregó”:

—No aproveches esta oportunidad para hacer el papel de víctima. ¡Lástima que no lo vayas a perder! Y ahora, alista la comida, que tengo hambre.

“Me dolían las caderas y la espalda, sentía frío y las piernas me obedecían renuentes y temblorosas. Al llegar al final del corredor su voz me detuvo”.

—Teresa...

“Me quedé de espaldas esperando el final de la frase”.

—Teresa...

“Era una orden de volverme, y yo me volví”.

—Va a venir Esteban. ¿Eso mitiga el dolor de la caída? “Esta vez no contesté, y con un coraje inmenso seguí caminando con una dignidad que no necesité tomar prestado de ningún recurso anterior. ¿Eso mitiga el dolor de la caída? No importaba que él lo dijera, casi ni que él lo hubiera adivinado. Yo estaba de nuevo contenta porque Esteban vendría. ¿Qué habría hecho él en este caso? Me habría ayudado a levantar con cuidado, con ternura, y me habría dicho alguna palabra cariñosa. De ser suyo el hijo, habría habido en su cara alegría luminosa. De ser suyo el hijo... Reaccioné. ¿Se estarían debilitando mis nociones estrictas del deber, aquellas que con tanto cuidado me inculcara mi madre, para que yo pudiera pensar así? Posiblemente eso estaba sucediendo porque el razonamiento que yo usaba para formularme esta cuestión era un razonamiento sin fuerza, que en nada contribuía a debilitar mi goce ni a alterar la sensación de íntimo consuelo que me producía la sola idea de su presencia. Todo estaba viniendo así. Vasco parecía desearlo y yo no tenía más que obedecer sus designios. Sabía, sí, siempre apelando a mi antiguo y molesto concepto del deber, que

aun cuando ese fuera su designio, yo debería oponerme a él. Pero era fácil y simple refugiarse en la excusa de que él lo estaba provocando y que al acatar su deseo yo no estaba yendo contra mi arcaico concepto del deber. Algo comenzó a inquietarme. Sí. Yo estaba yendo no contra un arcaico concepto del deber, sino contra el deber que nunca es arcaico, ni mejor, ni bueno, ni justipreciable, ni cambiante sino que es siempre el mismo deber sin color ni forma, el mismo inalterable. Un valor en sí. Y yo, en una actitud u otra, iba contra este. ¿Pero cómo había hecho Vasco para colocarme en tan incómoda disyuntiva? Yo no lo sabía, y cuando comenzaba a preocuparme por averiguarlo, Esteban llegó y yo olvidé mis problemas”.

—La señora dice que va a tener un niño. ¿No le parece, Esteban, que debemos celebrarlo?

“Ese “señora” aplicado a mí, era el más burlón de sus calificativos. Pero Esteban no lo sabía. Sonriendo limpiamente, me brindó esa mirada de alegría luminosa que yo tanto necesitaba.

Y no dijo nada. Vasco había sacado vino y con un vaso lleno se dirigió a mí”.

—Y la primera en celebrarlo vas a ser tú —se volvió a Esteban— la señora hace un misterio de sus hijos hasta que yo por mí mismo logro darme cuenta. Tómame ese vino, Teresa. “Comencé a beber y después de unos tragos lo dejé sobre la mesa”. — No. Así no. Vas a tomártelo todo.

—No, Vasco. Me hará mal, yo no sé beber.

—Tómatelo, tienes ahora dos para que te cuiden la borrachera.

—Yo no quiero emborracharme.

—Pero yo sí lo quiero.

“Mire a Esteban pidiendo auxilio, aunque no deseaba provocar su intervención. Siempre había violencia en Vasco. Siempre. No sabía hablar sin violencia, o sin algo detrás de sus palabras”.

—He dicho que te vas a tomar este y otros vasos más. Quiero darme hoy el espectáculo de tu borrachera.

“Ahora Esteban también se puso de pie. Eran un hombre frente a otro, ambos en actitud de reto, ambos con una decidida voluntad de imponer su criterio, ambos dispuestos a realizarlo costara lo que costara. Yo no hablé. Pasó mucho rato. Pero mucho rato, o a mí me pareció muy largo. Oía fuera los ruidos de los insectos y los oía pequeños. Por sobre el croar del sapo adivinaba la canción de las chicharras, y entre estos sonidos, me parecía oír arrastrarse sobre hojas secas el largo y sinuoso

cuerpo de una culebra. Vasco estaba sonriendo otra vez. Su voz cuando habló era estrecha, perversa, melosa, amenazante”:

—¿Verdad que me vas a dar gusto y te vas a tomar este vino?

“Esteban contestó en mi lugar:”

—Vasco, esto, aunque no sea de mi incumbencia, no lo voy a permitir. Usted está borracho. Su esposa va a tener un niño. Usted no puede obligarla a una cosa tan desagradable como la embriaguez, que puede hacerle daño. “Suavemente, dulcemente, Vasco miró a Esteban”.

—¿Su abogado defensor? Ya lo esperaba.

“Tan pequeño, tan miserable. Estaba probando todo lo desagradable que había en su alma, lo estaba enseñando sin pudor. Y ese infeliz hombrecillo era el padre de mi hijo, era mi marido. Ya me parecía bastante que ante los ojos inquisidores de Esteban nada quedara oculto, que él, no solo supiera, sino que fuera capaz de hacerle a uno saber, sin decirlo, que él sabía. Era ya mucho que yo tuviera que compartir, que yo debiera compartir esa maldad, y era sin duda demasiado que tuviera que cubrirla. Porque para ese deber sin color ni forma, ni arcaico, ni bueno, ni justipreciable, ni cambiante, yo debía cubrir tanta miseria con mi anuencia”.

—No se violente, Esteban, no hay necesidad. Tal vez me haga bien ese vino porque me acabo de dar una tremenda caída. Y si mi humor está malo, con eso se compondrá.

“Todavía con su sonrisa de indio malo, Vasco contestó:”

—Veo que se cumplen mis pronósticos. Su amistad, Esteban, le hace bien a Teresa. Nunca la había visto tan dócil y calmada. ¡Figúrese que me la encontré contemplando la luna!

XII

—Gabriel —dijo Aurora.

—Qué... —contestó Gabriel.

Ese “qué” de su respuesta resultaba plano, sin entonaciones. No se le podría agregar ni siquiera un signo para desmentir su vacuidad y su dureza. ¿Qué podría decir ella para romper ese horrible muro? Toda expresión era difícil. Algo había cambiado con esta nueva forma que él usó de súbito para responderle. Esta vez, sin preliminares, la ha dejado afuera. Se encuentran el uno frente al otro tan distantes, que no cabría entre ellos ni el contacto de un saludo. Cuando él está así no se conocen. Existe ahí, de pie, un hombre con cualquier hombre, dueño de voz y gestos extraños. Antes de comenzar a quererlo, Aurora lo miraba y lo veía, pero después, conforme se ahondaba el afecto, dejó de verlo para quedarse solo mirándolo. De eso hacía ya mucho tiempo. Si cerrara los ojos para recordar, vería al Gabriel de hace cinco años, no al de hoy. Resulta curioso no saber cómo es la gente a quien se ama. La persona amada no tiene cara, ni manos, ni pies, ni cabello; apenas se recuerda un gesto. Se convierte en entidad sin aspecto, pero está ahí como realidad tangible. Abstracciones del afecto. ¡Qué raro: un hombre!

No se explica por qué razón le maravilla pensar que Gabriel es un hombre; es algo así como si recién llegara a un descubrimiento inusitado. Tal vez lo fuera. Un hombre... Un ser diferente de ella que piensa como los hombres, anda como los hombres, viste como los hombres, ama como los hombres. No ama como ella. No. Ama de otro modo. ¡Cuán poco sabía cómo es Gabriel! Un ser con el pelo negro, los ojos claros (a ratos, cuando piensa, grises; a ratos, cuando sonríe, verdes, a ratos, cuando se enoja, amarillos con chispas doradas). Un hombre con el pecho alto y combado, los hombros anchos, las caderas estrechas, las piernas largas, todas las líneas finas y brutales. Cargado de nervios y músculos secretos. No hay en él, por ninguna parte, blandura; ni en su rostro los suaves contornos ovalados que, aun en las caras largas de mujer, son tan característicos. Todo en él es distinto. Cara de huesos acusados, de larga nariz, de boca pequeña que si sonríe oculta el labio superior bajo el bigote y aplana el inferior sobre los dientes formando una curva extrañamente suave. Nariz de hueso largo donde la piel parece tener solo la función de cubrir, con la línea central violentamente marcada, recta e incisiva; nariz de aletas anchas que avanzan hacia arriba con las emociones y se ponen blancas por la ira. Pómulos altos, estrechos y definidos. Frente como tierra arada, con algo de recio por dentro, con algo de arquitectural y geométrico que falta en las frentes femeninas. El pelo dibuja una línea neta sobre ella y crece hacia atrás con la inalterabilidad de una corriente de río. Todo

él hecho de elementos diferentes; expresado en términos masculinos: un mundo aparte desde su constitución biológica. Todo él con una carga de significados. Con un pensamiento detrás de cada gesto, de cada palabra, y cada pensamiento. Pensamiento, el masculino, porque está construido sobre las más hondas raíces entrañadas en el acto de pensar. Pensamiento de hombre, ajeno al femenino porque funciona respondiendo a verdades, se mueve a ritmos vitales, se produce en círculo, redondo y acabado. Pensamiento que lo separa de ella por todo aquello en que el pensamiento es medio de comunicación entre los seres. Aurora nunca llegará a él cuando piensa hondo, porque no cuenta con sus armas abstractas. Por eso le es tan ajeno su silencio. Por eso se siente feamente confusa cuando la mira bajo el calor de una idea que irisa el color de sus ojos, carga sus párpados y retrae su mirada hasta un remoto límite adonde ella no puede llegar. Si esa mirada es tan lejana, intensa, descomedida, es porque viene de allá, de la raigambre de su cerebro, pura, sin alteraciones ni significados: porque viene solo pensando. Gabriel es más hombre cuando mira pensando. Allí, y no en el ejercicio de una función viril, está la intrínseca calidad masculina. Allí es donde el hombre es hombre y no se entrega; allí se defiende seguro de sus defensas; allí ocupa todo lo ancho y profundo de su inmenso mundo diferente. Lo ha visto así, pero lo ha visto desde afuera, con la sorpresa del milagro. Lo ha visto pero no lo ha comprendido. ¡Nombre distinto! ¡Y amado, pero no suyo! No lo es nunca, ni cuando sus emociones lo transforman porque esas emociones tampoco le pertenecen; ni cuando medita porque a ese mundo no penetra Aurora. De él sabe lo externo: el color de su piel, el contorno de su figura, el modelado de su cara, el rumor de su palabra y la formulación material de su cortesía innata. Nada más. No lo conoce en todo cuanto hace de él un hombre, ni en todo cuanto hace de él un ser humano. Tal vez lo ama por imposible, o lo ama por desconocido. O tal vez lo ama sin razones, como se ama cuando se ama. Otra tendrá su ternura, y otra tendrá su pasión; con otro hombre compartirá su pensamiento, con otro su alegría y con nadie su pena. Los hombres tienen egoísmo de su dolor, afán de reservarlo. Aurora de Gabriel no tiene nada, y él, de quien nada tiene, tiene todo lo suyo. Tiene lo que le da sin que se dé cuenta o escasamente él desearía; lo que no le significa nada porque él nada pide. Llegar amando es llegar en donación, pero es un acto, el de amar, que se basta a sí solo. Para amar nada es necesario. Ni ser querida, ni ser odiada, ni ser comprendida, ni ser deseada. El amor es en la mujer lo único que tiene la intensidad, la grandeza que en el hombre tiene el pensamiento. Es tan vasto como este. El amor es solitario, vive de sí, se reproduce en sí, se agota en sí sin razones. Es puro el amor en la mujer como puro es en el hombre el pensamiento. Ella está lejos de él cuando lo ama; él está lejos de ella cuando piensa. No la necesita para ser íntegramente varón en su pensamiento, ni ella para ser íntegramente mujer en su amor. Todo cuanto debiera juntarlos los separa. Cuanto más lo ama, menos cerca de él está. Y coinciden, por una desafortunada misión, en amar y pensar profundamente. Y se van cada uno en cada uno, siendo por siempre solos. Quisiera llamarlo a algún terreno común; quisiera tener para compartir con él alguna cosa: un lecho, una mesa, una tercera persona amiga, un interés, pero no tiene nada. Ningún momento en que hable el mismo lenguaje. Conocimiento externo el suyo, superficial, basto. Pobre conocimiento que a Gabriel en el egoísmo de su pensamiento, y a Aurora en el egoísmo de su amor, no

les interesa ahondar. Están siendo solos. Pero él no siente la soledad porque esta es el hombre. Ella sí porque la mujer es compañía y entrega. Él se salva en su pensamiento, ella en su amor, y se van alejando; están cada vez más lejos. Si le pidiera que la dejara acercarse, nada habría ganado porque no hay proximidad posible. Aquellas cosas en las que un hombre y una mujer se encuentran, si no acompañados, por lo menos juntos, les son ajenas. Viéndola así, con la sinceridad de su amor frente a Gabriel que defiende la sinceridad de su pensamiento, viéndola angustiada por el obligado silencio, entran deseos irrefrenables de tomar a este hombre y sacudirle la conciencia fría de razonamientos con esta imprecación: Déjala amarte al fin desde la remota hondura de su amor que no podrá llegar nunca a la remota hondura de tu pensamiento. ¡Déjala amarte así, lejanamente! Déjala llamar como solo llaman los perros desde el límite del silencio, en la noche. Su amor ha de tener algo de terrorífico aullido. ¡Déjala amarte sola desde su cálido mundo diferente! Amarte en aquello que los separa, y en eso que no los acercará nunca. ¡Déjala amarte, aunque sigan siendo por siempre dos soledades sin reencuentro!

—Gabriel...

—Qué.

—¿Es imposible que me oigas?

—Te estoy oyendo.

—No. No así. Así no es como quiero que me oigas.

—Te estoy oyendo como oye todo el mundo, tonta, con los oídos.

—Pero no es así como quiero que me oigas.

Gabriel se abstraigo más. No la miraba, ni estaba casi presente cuando contestó por fin:

—Ese otro sentido de las cosas no lo tienes tú. No cambies tu deliciosa intrascendencia, Aurora. No te pongas a pensar que no te queda bien.

—¿Solo tienes noes para mí?

Le contestó sonriendo, pero en su palabra había también resolución definitiva y un algo de burla muerta:

—Nada más.

¿Y la otra, Elena, sabe acaso hablar su lenguaje? Seguro que no. Lo mira con sus ojos insolentes como hurtando algo, con la impura sabiduría que él no alcanza. Impureza

vital de las mujeres. Y en Elena, sobre esa elemental impureza, otra impureza adicional de acción, de procedimiento, de gesto. En sus manos abiertas hay cavidad para gestos malos, y también hay en su cruda forma recodos obscenos donde solo puede anidar una caricia perversa. Su piel es animal y reclama contactos animales; su olor es emanación, no aroma: emanación secreta de secretos olores. Con Elena no puede haber tibieza, pero hay calor, brutal calor que asfixia. Está llena de cosas fuertes de fácil acceso: como su voz redonda, como su perfume, como su animal calor de bestia. Y sus sutilezas tienen todas el impuro misterio de una axila, hechas para quedar guardadas. Es fría cuando piensa. Casi es imposible determinar si es más ella en función de su mente, así, cuando habla olvidando su cuerpo de tan terribles calideces, o es más ella cuando su cuerpo ignora la existencia del cerebro. Nada tiene de armonioso. Está hecha de elementos opuestos e intensos. Cuando ama, con esa voluptuosidad sabia de felino, es imposible encontrar en ella un pensamiento; desaparece este en un millón de caricias sin contenido, o con un contenido demasiado visible. Cuando piensa, su palabra carece de ternura: es fluida, rica y melodiosa, pero cruel. No hay momento con Elena para reclinarse o para descansar. Hay un terrible alerta de todas las posiciones. ¡Si él pudiera encontrarla en lo vertiginoso de su pasión! ¡Si pudiera hallarla en el frío burlón de su palabra! Pero no puede: siempre está remota. No da nada. Toma. Con descaro, arrebatadamente; toma para ella, para un algo insaciable de su ser, insaciable porque cuando calma su carne, aparece la avidez de su indomable curiosidad, de su cruda exactitud desconcertante. Siempre absorbiendo, siempre colmando extraños apetitos. Pero él quiere llegar hasta allá, hasta unir esas dispares cosas; hasta doblar esa pasión aniquilante y convertirla en humildad, y hasta vencer su palabra aguda y convertirla en una dulce palabra. ¡Debe llegar! Mientras, se va agotando en la búsqueda inútil y solo halla, en el gesto profano de Elena como en su gesto sabio, una seca vacuidad que no alimenta.

Pero tiene que alcanzar la fuente de esa impureza. Aunque se enlode en ella. Ha de manejar ese mundo y hacerlo mundo suyo, y que no le reste, para valorar su desconcierto, el amargor de su cáustica sonrisa o la rendida glotonería de su caricia.

Está siempre con ella en una trágica espera. Anhela después de un arrebató el rescoldo estable de ternura que no aparece; y después de una frase, la ingenua ignorancia, la mansa sumisión, el torpe pensamiento que han de acercarla a todo lo de torpe, de elemental, de simple que hay en el hombre. Pero aguarda en vano. Y se va adentrando en la maldad de ese gesto tal vez para enfocarse con ella. Aprende las caricias que Elena quiere darle, y que quiere recibir, debiendo ocultar aquellas que él quisiera dar y que ella, probablemente, no querría recibir. Es voraz y malvada, pero la ama. Siembra cosas buenas en su maldita cabeza para que las destruya con una frase elaborada y certera. Ve cómo rompe, y aprende a romper con ella. ¡Que no puedan las mujeres dar ternura! ¡Que sean tontas, deliciosamente tontas, como Aurora, o malignantemente inteligentes, como Elena! Absurda y cruel, pero la ama.

—¿En qué piensas? —preguntó Aurora.

—En nadie —respondió mintiendo y delatándose Gabriel, para volver a hundirse de inmediato en el recuerdo de escenas vividas con Elena.

¿Por qué le miente? ¿Por qué siempre que está con ella piensa en la otra? ¿Qué tiempo transcurre durante esas pausas tan llenas de presencias? En la fugacidad inmensurable de un silencio entre dos cabe toda una existencia; hay espacio para los conflictos que se resuelven en ese tinglado subjetivo en risas o en lágrimas; en él nos movemos con todos los sentidos como actores, y en él estamos fijos y sensibles como espectadores de nuestra propia acción. El silencio entre dos en un tiempo detenido, el punto en esa línea que jamás termina. Este silencio de Gabriel frente a Aurora era:

La habitación huele a humo. Su quietud se rasga a ratos con el bocinazo insistente de los automóviles y las voces y pasos que llegan a través de un balcón abierto. Elena descansa sobre la almohada la insolencia de sus ojos y de sus cabellos ahora descompuestos. Las sábanas revueltas aumentan la belleza de sus contornos más salientes. Gabriel siente entre sus manos y la piel de Elena la presencia de caricias ajenas. Media otro contacto anterior, prendido en esa carne para que él lo sienta destruyendo su caricia. Mira en esos ojos burlones una nota de nostalgia, una súbita seriedad inusitada, un azul destello de recuerdos cercanos. Gabriel quisiera sacar de sus cavidades esos ojos para escrutar la mirada y recoger allí el dolor de aquel recuerdo que lo hiere. ¿Para qué interrogarla si de antemano sabe que reaccionará volviendo al presente con una mentira melodiosa? Y sin embargo, le pregunta:

—¿En quién piensas?

—En nadie.

Su respuesta, como la de él, es mentira. Ella se acerca más, se acomoda entre sus brazos, raramente calmada, y a él le angustia la banalidad de ese acercamiento, porque entre los dos hay un vacío que Elena llena con sus horribles remembranzas. Y entonces Gabriel está solo. De pronto ella lo vuelve a mirar y tiembla en sus ojos una comparación burlona con alguien, con alguno de todos los que dejaron en su cuerpo ese contacto que obstaculiza el contacto de sus manos. Lo besa riendo, o lo besa suave, como dando a su caricia matiz de ternura. Pero la ternura se siente. No consiste en un beso de mayor o menor duración, ni su veracidad depende del posarse inmaterial de unos dedos sabios, sobre la cara, a contrapelo. Elena no lo sabe, pero Gabriel está seguro de saberlo... Él lo siente ahí, ahí donde se sabe cuando las cosas son verdad. Para Gabriel las yemas de esos dedos están cargadas de pensamientos que han pasado a ellos desde su cabeza; siente superficial el contacto, mentira el halago, deliberado el gesto. Se imagina que Elena piensa: “Así, tocando suavemente, prolongando el gesto, sin alterar su intensidad, llenando la piel de él de esta blanda caricia, llegará la ternura”. Pero no es así como llega. Él lo sabe allí, donde se saben esas cosas. Ella miente... Pues es claro que miente. En el gesto, en la mirada, en la intención. Para Gabriel, Elena solo es veraz en esa añoranza remota que hasta humedece sus ojos, la deja inerte a su lado, la hace acunarse medrosa, la relaja

mientras mira el techo atravesándolo y hundiéndose en aquellos nombres que él ignora, y que tampoco quiere saber. Y entonces, otra vez, él está solo. Ella se va en una cómoda ausencia que la convierte en una cosa tibia allí, a su lado; se confunde con las cosas tibias que los rodean, y solo es, como la almohada, la sábana, el aire con humo del cuarto; una cosa más. Él está allí, siempre oyendo el latido pausado de su sangre; gustando junto a la suya el ardor de esa piel; está con su cabeza próxima a la de ella, sobre la misma almohada, y solo los separa el horrible abismo de esos pensamientos. Está con la misma actitud de cansancio de Elena, con un deseo de compañía que ella no entiende. Pero está solo porque la mujer se va. Parece a veces darse cuenta de su presencia, de su presencia física solamente, y entonces lo mira así, curiosa y remota, o le hace esa falsa suave caricia que pone en evidencia, hasta la herida, hasta el dolor, su mecánica intención. La verdad, esa que ella no quiere darle, la lee él en su cara, en el relajamiento sabio de su cuerpo, en el rápido calor de su vientre y en la distancia con que mira, allá, dentro de ella misma. ¡Farsante!

—¿En qué piensas? —le pregunta de nuevo.

—En cosas raras que no me vas a creer —contesta Elena.

Él ve. ¿Pero no se da cuenta la perversa de que él ve, como esa cruz roja con que marcan las casas donde hay peste, una cruz de mentira en su frente?

—Ya me vas a mentir, pero habla.

Elena se aparta un poco, observa la pared, hurga su pensamiento. Gabriel insiste:

—Dilo rápido, antes de que prepares tu mentira. O mejor ya no lo digas. Has tenido demasiado tiempo para urdirla.

Ella se acomoda de nuevo, amoldando su cuerpo al cuerpo del hombre.

—Voy a decir lo que tú llamas mentira, lo que seguirás llamando mentira aunque te convencieras de que es verdad... ¡Pero no importa! Lo entenderás tan poco, que no importa... —se sumerge en una concentración azul tras la palabra sencilla que puede dar carácter de verdad a su mentira—. Me estoy descubriendo a mí misma. Estoy hallando en mí cosas raras. Te dije que no me vas a entender; por eso hablaré libremente. ¿Recuerdas que te aseguré no tener pudor, un día que tú lo preguntaste? Gabriel... estaba entonces mintiendo. Porque tenía un horrendo pudor de todo. Un pudor tan sagrado, como era profana mi palabra. Me costó mucho hallar en mí el gesto malvado que le diera para ti veracidad a esa mentira. ¡Pero mucho! Tuve que forzarme cruelmente para eliminar de golpe, como si no fuera nuevo, ese pudor terrible. ¿Verdad que te convencí plenamente de que el pudor, cuando tú llegaste, en mí ya no existía?

Gabriel la mira y adivina la falsedad elaborada que está urdiendo. La ve en la longitud inacabable de esa mirada con que atraviesa el cuarto, persigue sus recuerdos, ordena sus pensamientos y desvirtúa el gesto ¡farsante!, y contesta:

—Me convenciste entonces como no me convencerás ahora de lo contrario. Aquello era verdad. Lo sentí aquí, ¿sabes? Aquí donde se delatan las verdades, en un sitio que no tienen las mujeres, y que nos dice a nosotros, los hombres, cuando una caricia, una palabra o una mirada son verdad. No intentes engañarme ahora porque no lo vas a conseguir.

—¿Creíste entonces en mí aquella tarde y no crees ahora? Gabriel contesta seguro:

—¡Es claro que creí! Dices tan pocas veces la verdad, que cuando oigo una sola, si no existiera este sitio inefable para encontrarla, este sitio masculino del sentimiento, esa verdad por única se destacaría.

Ella se queda mirando siempre sobre esa línea vaga que atraviesa la pared, recorre espacios y tiempos, pasa sobre otras caricias, sobre otros hombres, sobre otros cuartos tibios como ese; luego sonríe dulcemente (esa dulzura húmeda de la mirada para él es mentira), levanta la barbilla, traga un grueso trago que acusa los tendones y músculos de su garganta, vuelve la cara a otro lado (“donde yo no pueda –piensa Gabriel– recoger la verdad de esa verdad que dice ¡farsante!”), y responde con su voz redonda:

—¡Qué bueno, Gabriel, que me creyeras entonces! Así era como yo quería...

—Gabriel ¿en quién piensas? –insiste Aurora después del larguísimo silencio que en la mente de él ocupó su recuerdo.

—Es imposible decirte los pensamientos. ¿No entiendes? Tendría que trasladar aquí multitud de cosas inamovibles, hablarte de gente a quien no conoces, hacer vivir hechos que me molesta evocar hasta en la memoria. Es imposible. Y, además, ya te dije que no pienso en nadie en especial.

—Tú sufres, Gabriel –apeló Aurora con su instintiva sabiduría femenina.

Gabriel le contestó molesto. Se sentía desnudado por la perspicacia de Aurora.

—Tienes tanta gana de sufrir de verdad, que ves penas por todas partes. La emoción del dolor, aunque sea ajeno, activa tu imaginación. Yo no sufro, estás equivocada.

Pero ella no se deja convencer, y como si esta confesión de sus celos la atormentara más que nada, insiste entrecortadamente:

—Lo que tú estabas pensando..., o... la que tú estabas pensando hace un rato, te hace sufrir.

Gabriel se queda mirándola perversamente. Aurora ha tocado una llaga y la reacción inevitable en él es maltratar también. La observa como quien va a quitar una venda pegada a la carne, y antes de hacerlo, calcula la intensidad del dolor que producirá por la espera aterrada de su víctima. Luego pregunta con súbito aliento homicida:

—¿Qué harías si yo quisiera a otra?

—Quererte —contesta ella sin vacilar un segundo.

—¿Y si me fuera con esa otra y no me vieras más?

—Quererte.

—¿Y si te pidiera que no volvieras más a buscarme porque tu presencia me molesta?

Aurora se detiene un poco antes de contestar. No obstante toda su entereza, la frase ha llegado hondo. Luego apela a su inagotable cauce de ternura:

—Si tú quisieras así realmente, me iría.

Gabriel se ensombrece. Tanta docilidad debilita su fe en el amor de Aurora, y como una defensa inconsciente, agrega:

—Poco has de quererme cuando todo te es tan fácil...

—Todo es muy fácil, Gabriel, cuando se quiere como te quiero yo.

XIII

Cristina sale de casa, va sola. Presiona fuertemente la baranda para evitar que el peso de su enorme vientre que la impulsa hacia adelante la haga perder el equilibrio. Baja la escalera, deteniéndose en cada escalón. Presiente que es la última vez que verá el largo salón de alfombras envejecidas; las gruesas cortinas cargadas de polvo desde que la enferma ha dejado en manos ajenas el cuidado de la casa. De una de las habitaciones llega el rumor gangoso de alguien que estudia en alta voz. Las protestas de Juliana, quien ausente de interlocutores, regaña en monólogos malhumorados a las cosas que la rodean en la cocina:

—¡Condenada! Siempre me estoy quemando las manos. Si por mí fuera, ya te hubiera tirado a la basura. ¿Para qué diablos sirve una olla desorejada? ¡Al diablo!

Cristina siente deseos de reír, pero no puede. La idea del hospital, del hijo, y sobre todo, las duras palabras de Roberto al despedirla, hacen que esa risa se vuelva un nudo de dolor en su garganta. Ella irá sola. Ya está en la puerta. Habrá de tomar el primer automóvil y hasta sentirá vergüenza de entregar al chofer la dirección. El hombre la ayudará a subir, la acomodará en el asiento, y así, un extraño, hará lo que los suyos no quisieron hacer. Le dirá con una ternura improvisada: “No se preocupe, señora. Iremos despacio”. Ella nunca había oído para ella un “señora”; esa palabra la habría dignificado. Un frenazo la vuelve a la realidad: es el hospital.

La cama blanca, la ropa blanca, todos los muebles blancos. Se le ocurre que ese color siempre ha de oler a medicinas. Jamás su pensamiento ha sido como ahora que ya se encuentra descansando para iniciar su rudo trabajo en el cual ninguna de sus células quedará desocupada. Está ahí. La enfermera ha salido prometiendo volver. Hay tiempo para hundirse en el pensamiento:

“Esto ha de ser. No hay duda. No me explico cómo pude desearlo tanto los últimos días. Seguro lo deseé por este peso que se vuelve irresistible y por esta sensación de que la piel va a estallar al menor esfuerzo; por este descargarse del peso que ya se siente como si estuviera separando las piernas y por este dolor persistente de todas las posiciones: si me acuesto porque de frente me ahoga, si me vuelvo porque se ha hecho tan grande que al volverme se queda retrasado, parece que no se va a venir conmigo y que se quedará en la posición anterior, y entonces yo temo que la piel reviente; y después, cuando cae, como una carga blanda, sin forma y pesada, porque reposa sobre la cama extrañamente independiente de mi cuerpo. Si se mueve porque golpea súbitamente (nunca he podido saber dónde va a golpear y no sé qué prefiero,

si los tremendos golpes arriba que quitan la respiración y dejan el corazón en suspenso; si los duros porrazos abajo que hacen doler las articulaciones; o si los toques quedo, sordamente contra la piel, por dentro, como si solo tratara de manifestar su existencia). No. Prefiero los golpes que asfixian o los golpes que maltratan, a estos misteriosos toques almohadillados en el interior de mí misma, toques que al principio me hicieron sentirme henchida de felicidad y promesas, pero que luego se parecieron mucho a turbios misterios, algo así como a esos misterios del infierno que uno tan poco entiende, o al minuto de la muerte, o a la interrogación del más allá. Esos golpes de almohadón, “aquí estoy yo ¿te das cuenta? puedo ya anunciarte que estoy y soy tan yo que no necesito, ni dependiendo todavía de ti, decirte que te voy a llamar desde adentro para que comiences a oírme”. ¡No! Prefiero los dolorosos empujones que son como algo de esperanza, o de venganza a veces, a los secos y sorprendivos golpes altos que son como ira contra él mismo –no contra mí– pero cuyas consecuencias sufro yo. Pero esto es eso; porque hace días que no volvió a llamar. Se ha silenciado como preparándose para todos los ataques; este raro, poderoso, pequeño ser, se ha encogido para reunir fuerzas y está en una pasividad sospechosa que no entiendo. Sin embargo, lo sé vivo, tremendamente vivo. Cuando pongo la mano sobre la piel, con cuidado, para que no reviente, puedo sentir el golpe de su corazón ¿o es el latido de mi propia sangre? No, es su corazón... ¿por qué no lo percibo siempre en el mismo sitio? Debe estar buscando una posición favorable a sus designios; debe estar, como las plantas antes de romper la tierra, colocándose para que al salir les dé el sol por la cara más propicia; debe estar contrayendo sus blandos pero inconcebibles músculos, sus gelatinosos pero flexibles y resistentes huesos, para perforarme toda y pasar a través de mí. Todavía no sé si lo quiero. Quiero su imagen, pero a Él..., al que está ahí metido dándome sordos golpes en esta piel tensa que yo no me atrevo a tocar si no es con la yema cuidadosa de los dedos, que me parece maltratar con solo la presión inefable de una cinta. Él, el que se acomoda lenta, perezosa, pero seguramente. Él, el que se prepara a vivir a pesar de mí. A ese, no sé si lo quiero. ¡Es raro! Amo una imagen como de fantasía, hecha por pedazos de recuerdo y ternura; amo la imagen de los recuerdos que los demás han contribuido a formar; amo el retrato de mis sueños; amo a un ser inmaterial y delicioso, hecho de trozos de conversaciones y residuos de esperanzas, pero Ese, el misterioso, el amenazante, el poderoso, el cósmico, el telúrico. Ese, no sé si lo amo todavía. Lo amaré mañana, cuando todas las cosas de mis sueños y todas mis esperanzas se junten y encuentren en él expresión y forma, pero no hoy, ni estos días que ha estado tan amenazante; quieto allí dentro, en un acomodamiento progresivo que tiene la lentitud de todos los procesos naturales; tenso y sigiloso, dispuesto a atacar en un momento que nunca sabré cuándo será, en un momento horrible en que un dolor, más grande que todos sus golpes bajos y más asfixiante que todos sus golpes altos, me lo vuelva presente; en un momento trágico cuando sabré que ese es el momento, y en el cual no me quedará ni el supremo consuelo de la duda porque el dolor estará ahí para hacérmelo evidente. Solo el dolor podrá proporcionar la certeza terrible de ese minuto; y sin embargo, sin dolor, supremamente calmo, el minuto ha llegado. Me he despertado en la cama, sin que como otras veces la angustia de la posición, el golpe o el cansancio me hicieran despertar; me he despertado porque ese era el momento,

blandamente, para salir al mundo del miedo con vertiginosa rapidez; he buscado en mi cuerpo el dolor como quien busca una presencia esperada, y sin hallarlo, tuve la certeza de su realidad futura e inmediata, y supe que ese húmedo momento era el momento, y ningún otro. Me apoyé sobre el codo con dificultad y destruí la siesta brumosa de toda la familia con un llamado delirante. Este es el momento, yo lo sé. Deberé vestirme con cuidado, pero rápidamente, deberé controlar mi miedo cósmico; deberé no permitir que en esta forma ridícula se duerman y hormiguen mis dedos; deberé contener el temblor convulso de mis piernas; deberé hacer muchas cosas. Pero no voy a estar sola, ¿quién en esto puede a uno ayudarlo? Sí, la mano del hombre querido en la mano, su mirada en los ojos, su voz a la pregunta, eso acompañará aunque el cuerpo se tuerza de dolor... “Yo creo que mejor me marchó de una vez”, él me miró. “¿Por qué esa precipitación? Parece que tuvieras necesidad de mimos especiales”; yo lo miré “Roberto, es ya, tú lo sabes”; él me miró “Yo me voy a estudiar, esto siempre es cuestión de muchas horas, tú sabes que estoy en exámenes; que debo preparar las tesis; que soy el primero del curso. Tú lo sabes. No vengas con impertinentes exigencias”; yo lo miré “Pero... ¿es que no vas a acompañarme?”; él me miró “No. Yo iré tal vez después”; yo lo miré “Te voy a necesitar, Roberto, quizá no vuelva...”; él me miró por última vez desde la puerta de nuestro cuarto “No te pongas dramática y cursi, lo siento mucho. Llegaré más tarde... si puedo”. Y se fue. Yo me quedé parada, estupefacta, mientras multitud de cosas tibias sucedían en mi cuerpo cogido, sorprendentemente, en esta red de fuerzas superiores a él. Yo no era yo, mas era la víctima, ni eso, el pretexto o el lugar donde ocurrían dramas secretos de resultados imprevisibles. Caminé, con un miedo de todo y un miedo raro de ese cuerpo mío que tampoco parecía pertenecerme, y de pronto tuve risa porque pensé, en medio de mi desolación, que me debía mover como se movería una canasta de huevos que temiera romperse. Y ahora a entregarme a todo esto que la naturaleza ejecuta en mí, y para lo cual yo no soy más que un motivo; ahora a dejar todo deseo propio, a terminar con la voluntad, el capricho y el anhelo. Ahora a sucumbir a manos de todo lo misterioso que desde este húmedo momento habrá de ocurrir en mí. Mis pies poco obedientes me llevan por calles, por puertas y caminos que, muchas veces recorridos, hoy no veo. El rito salvaje continúa operándose siempre con idéntica lentitud y blandura. Nada doloroso ha pasado y, a pesar de ello, está aquí la presencia del dolor como si ya existiera. Pero todavía no duele. Solo tengo miedo. Tengo mucho miedo, tengo un miedo sagrado y profundo que antes jamás conociera. Supuse que llegado el instante yo podría echar mano de mi valor, pero todo ese valor se ha ido y no soy más que una cosa en poder de cosas extrañas e imprevisibles. Es horrendo saber lo que va a ocurrir, pero no saber cómo va a ocurrir. Huele a fuertes desinfectantes, y la enfermera, blanca y también oliendo a desinfectantes me separa de mi mundo conocido y me lleva para adentro”.

—Si no es necesario, si no tengo gana...

—Es que va a hacerlo después, cuando no debe hacerlo.

—No he comido nada desde ayer, no tuve apetito...

—Eso no importa. El dolor la hará hacerlo cuando no deba.

“¡Pero qué desagradable! Y que en este raro proceso tan natural, tan patológico, tan cósmico, hayan de mezclarse estas cosas prosaicas y repelentes, y que uno, ya entregado a fuerzas inmensas, deba también rendirse a fuerzas menores que parecen significar muy poco en todo esto. Sin embargo, es así... y el dolor, sí, ¡el dolor! Ahora ella me hará caminar por mucho rato, tal vez horas, dicen que así sucede, de un extremo a otro de este cuarto antiséptico, para apresurar todo lo que en mí debe ocurrir, o para que haga ejercicio, como dirá ella...”.

—No. No podrá caminar. Debe tenderse porque no se presenta muy normal.

“¿Muy normal...? Un miedo más grande que todo el miedo inicial me apresa, y me tiendo en la cama, rodeada de sensaciones tibias y húmedas que me van ganando como una especie de sueño, sí, como una especie de sueño...”.

—No se duerma. No debe dormirse.

“¿Pero es que no puedo hacer nada de lo que deseo y sí todo lo que no deseo? ¡El dolor! Sí, ¡el dolor! Aquí está. ¿Aquí? ¡El dolor! ¿Dónde? ¿En qué parte de mi cuerpo? No podría decirlo, pero aquí está el temido, aquí está el esperado flagelándome. Yo me hago a su medida, aflojo mis músculos a su voluntad, a la voluntad de este dolor espantoso; doy vuelta súbitamente como si me hubiera hecho, en gracia a este intenso y rápido reatazo, liviana y frágil; me estiro, me contraigo, me distiendo, me contorsiono y por último me relajo...”.

—Lo está haciendo mal, use el dolor, úselo bien, no lo desaproveche porque cada dolor perdido es un dolor más.

“Parece una lección de filosofía practicista; no entiendo, ¿el dolor? ¿Utilizarlo? ¿Yo lo estoy utilizando? ¿O él me utiliza a mí para realizar con mi cuerpo contorsiones, vueltas, espasmos y bailes?”.

—Tómese de esto, y cuando venga, piense... Piense bien lo que debe hacer. No se abandone así porque entonces durará el doble.

“Yo espero, fuertemente agarrada, por mucho rato. Tengo los músculos tensos de miedo al dolor horrendo y de miedo a no poder hacer lo que la enfermera me pide. Ahora... Aquí está otra vez, lo siento en todo. Ya no me contorsiono, y pareciera que esta cruel posición a que ella me obliga duplicara la intensidad del sufrimiento. Parece que estoy haciendo todo lo que se debe hacer para no aliviarlo; ¡pero yo quiero aliviarlo! ¡no quiero que se prolongue! ¡y mucho menos que se duplique! ¡no quiero! Pero lo hago...”.

—Ya está. Pero ha perdido la mitad de su dolor. Presione firme la barbilla contra el pecho, no eche para atrás la cabeza. Cójase fuerte de aquí, tire hacia usted con las manos, hasta que sienta que los brazos revientan. Tire sin miedo. Ayude su dolor, no lo debilite.

“Todo lo que lo hace crecer en mí, todo lo que no deseo, toda la negación de aquello que mi cuerpo, para salvarse de este dolor espantoso, pide que yo haga. Él, el temido, el poderoso, el extraño, el retrato lejano de mis sueños y esperanzas, trabaja por tajarme con sus gelatinosos y tremendos huesos, con sus blandos y potentes músculos. Y así, a través de ese dolor, en expresión de dolor, no siento que sea Él porque el dolor me roba la sensación de su movimiento y la sospecha de su actuación. Él, el temido, parece estar quieto. ¡Otra vez! ¡Y otra vez! ¡Y otra vez! Y otro mundo de esfuerzo, de pujido, de rechinar de dientes, de quebrazón de huesos, de distorsión de tendones, ¡otra y otra vez!”.

—Está mejor, pero todavía no usa su dolor completo. ¡No sea miedosa! Ayúdelo, que el dolor la ayuda a usted.

—Tengo sed.

“Es una sed espantosa por toda la humedad que expulsa mi cuerpo; siento que reposo sobre un charco de humedades, y por mis poros llueven gotas de sudor salado, venenoso, que se meten en la boca...”.

—No, agua no. Solo un poco de hielo en los labios. No lo pida mucho, lo menos que pueda; eso debilita.

“Ningún deseo, ninguno: ni el humano deseo de relajarse y descansar, ni el inofensivo deseo de agua, ni el lógico deseo de retorcerse. Y otra vez, y otra vez. Han pasado seguro muchas horas, ya están encendidas las luces y la enfermera, blanca y antiséptica brilla en goma y perlina en la blancura iluminada del cuarto. Por la ventana se mira una noche sin estrellas, opaca, compacta y calurosa. ¡Aquí está otra vez! Y está tan inmenso, que yo grito; como debe gritar el ser humano solo frente al espanto de los peligros primitivos; grito hasta vaciar el aire de mis pulmones; grito hasta darle una cabal expresión a este dolor inhumano; grito hasta agotar la humedad de la garganta; grito sin palabras, sin significado y sin esperanza; solamente grito...”.

—¡Ni un grito más! Pierde sus fuerzas gritando, retrasa todo. Usted no es una cobarde. ¡Ni un grito más! Está gastando su energía.

“Ni un deseo es la eliminación de todos; ni el inofensivo deseo de agua, ni el lógico deseo de retorcerse, ni el humano deseo de relajarse y descansar, ni el patológico deseo de gritar. Ya se fue, todo se llena de pavorosa calma. Yo miro. Yo pregunto...”.

—¿Cuánto falta? ¿Se mira ya? ¿Irá a continuar por dos horas o cuántas?

“Yo quiero mi tormento medido en minutos. Ella me engaña misericordiosamente con una palabra y destruye al mismo tiempo su engaño con otra...”.

—Es cuestión de unas horas, no está todavía dilatando.

“¿No está? Entonces serán horas, y más horas, y más horas de tormento...”.

—Ahora repose, y calle, y cierre los ojos. Aproveche el descanso porque vendrán los dolores más seguidos y no le darán tiempo de reposar.

“Ahora debo callar, debo callar también mi último deseo de saber. Debo entregarlo todo, absolutamente todo. Cuando el cuerpo está tenso y yo quiero preguntar, y medir mi esperanza, y leer las caras ajenas, debo callar, y dormir, y reposar, y contestarme a mí misma respuestas amenazantes. Recuerdo... “no se presenta muy normal” y anudo... “es una hora”, “no está dilatando”; junto mis limitados conocimientos, hago comparaciones, calculo, me preparo. ¡Otra vez! No hay que gritar. Así: con los músculos en lucha, con la voz de grito presa, con la barbilla en el pecho, con las manos agarrotadas tirando, con los brazos acalambrados resistiendo, con el cuerpo contraído, con el espíritu cerrado, con el deseo anulado, con la voluntad muerta, con todo lo negativo para esta posición positiva de vida, con todo, con todo, entregándose al dolor como a una fiesta dándose en desposorio, eterna, inacabablemente. ¡Una y otra y otra vez! Sudo, ¿verdad que sudo mucho?; me quejo, ¿verdad que me quejo blandamente?; me abandono, ¿verdad que me abandono dócilmente? Pasa el tiempo, ¿son ya muchas horas?; obedezco, ¿verdad que obedezco? Y una, y otra, y otra vez. Menudeando el latigazo, intensificando la presión del golpe. ¿Soy yo? ¿Estoy yo? ¿Son ustedes? ¿Es de noche? Y una, otra, y otra vez, sin dar tiempo al sueño que ella quiere. No puedo obedecerla, enfermera, lo siento, no tengo tiempo de cerrar los ojos, siento no poder obedecerla... Lo siento mucho, no me mire enojada, es que no me da tiempo... No puedo, en el segundo que separa un dolor del otro, prepararme para todas las difíciles y dispares cosas que debo hacer y que son todo lo contrario de esos movimientos naturales que el cuerpo exige... Lo siento mucho, es algo así, sí, como mover la mano en círculo mientras se rasca uno la cabeza lentamente con la otra... Lo siento, enfermera, yo nunca pude hacer esos dos gestos a un tiempo... Se me contagiaba una mano con la otra, como se me contagia ahora el minuto del dolor con los relajamientos intensos que usted pide para el reposo, y como se me contagia el reposo con las tensiones que usted pide para el dolor... Lo siento, enfermera, no puedo hacerlo bien..., pero ya no grito, ¿verdad que ya no grito?; y no pregunto, ¿verdad que no pregunto?; y no hablo, ¿verdad que ya ni hablo?; y ya no pido agua, ni digo mis deseos en ninguna forma, sino que me los quedo callados en la integridad de este dolor. Estoy cansada. Todos los músculos se niegan al unísono a realizar un movimiento más. Estoy agotada, tan agotada que cuando suelto las manos tiemblan junto con los brazos convulsivamente, y todo el cuerpo se disloca sobre la humedad ardiente de la cama, y caen las piernas, y se dobla mi cabeza, y me toma el siguiente

dolor sin que haya podido juntar mis murientes fuerzas, y sin que haya podido organizar mis pensamientos para ese momento de acción”.

—Estoy cansadísima.

—No se canse ahora. No debe cansarse. Falta todavía un poco. Hay que hacer un esfuerzo. No se rinda al cansancio, no se abandone. Use su dolor, aproveche su descanso, piense, piense intensamente lo que debe hacer.

“Ni el lógico deseo de retorcerse, ni el inofensivo deseo de agua, ni el humano deseo de relajarse y descansar, ni el patológico deseo de gritar, ni el inevitable deseo de rendirse; no debo desear. Hay que pelear contra mí misma, con todas las fuerzas y las debilidades de mí misma. ¡Ahora! ¡Más grande que nunca! ¡Más poderoso que nunca! ¡Más vertiginoso que nunca! ¡Más indescriptible que nunca! ¡Más horrible que nunca! Arrebatando, consumiendo, rompiendo, destrozando. ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Y ahora! Uno y otro dolor que se juntan de inmediato con uno y otro dolor más grande cada uno hasta agotar el límite de comprensión, hasta no dejar para la posibilidad de calificarlo margen ninguno. Sí. Este es, entre todos, el más grande dolor de la tierra. Este es y ninguno otro. Este es el que se olvidará luego porque en los términos normales de dolores normales, en los términos con que mediré después mis dolores, no habrá término para recordar este dolor ni dolor para compararlo; se perderá solo en el olvido porque está fuera de todas las humanas sensaciones. Este, el más grande, el más brutal de los dolores. Este es y no hay otro es imposible que haya otro después. Inagotable, maravilloso poder de resistencia; milagroso poder de sensación no superada. Ahora, por fin, mi grito encuentra palabra, mi deseo halla ruta, mi espanto amparo, mi vértigo centro, y mientras todo se raja en mí, mientras todo se destruye y construye, mientras todo se multiplica y gira, yo encuentro mi grito, el grito que he buscado...”.

—¡Roberto!

“Y una calma rara, plena, inacabable me viene con solo mencionar su nombre. Él va a venir. Tiene que venir porque yo lo necesito; vendrá a acompañarme, porque con su nombre, han terminado los dolores, crece el tibio mar, la enfermera se inclina, cosas rojas y girantes pasan por mis ojos y todo es inaudito descanso: el relajamiento buscado, el grito encontrado, la sed calmada, la contorsión lograda, todo está aquí. Entre las rojas cosas que dan vuelta yo la miro, blanca entre sus almidones, empapada también en sudor, sonreír placenteramente. Yo me entrego, sabroso, a un sueño que no puede terminar nunca...”.

—¿Ve como no era tanto?

—¿Es...?

—Un niño, un hermoso niño.

“Debo sonreírle porque tengo todo el deseo de sonreírle. Sí. Estoy segura de que le sonrío porque él hubiera querido un niño, aunque nunca lo dijo. Ya puedo sonreír, y descansar, y dormir, y beber mucha agua, y estirarme en la cama, y dormir”.

—No se duerma. Vendrá un último sufrimiento, pero es el último para que salga todo.

“¿Para que salga todo...? ¿Pero será el último? Yo espero, la veo manipular bajo, apresurarse, pedir cosas, dar órdenes breves, enderezarse y agacharse de nuevo; la veo poner el niño en una mesa con un gesto brusco, sin darle una mirada; dos enfermeras más han aparecido junto a ella: en sus manos hay paquetes y trapos blancos que se pasan de una a la otra. No miran al niño. Yo sí lo miro. Es rojo, desde aquí, desde mi posición, solo veo sus piernecillas contraídas y sus arrugados pies. Pero es mi hijo... ¡Mi hijo! Ella se mueve. Yo espero mi dolor, mientras un sueño poderoso me va ganando, mientras pasa el tiempo y las cosas rojas se van haciendo negras; mientras el cuarto y las piernecillas y las blancas enfermeras y la pared y la noche compacta, giran sin fin alrededor de mí. ¿Por qué tarda mi último dolor? Yo tengo sueño, yo quiero cerrar los ojos y no mirar estas cosas que dan vueltas, y no saber que la enfermera se mueve tan vertiginosa y angustiadamente, y no sentir que las calientes humedades me van cubriendo toda, y que me empapo en mares cálidos y espesos, de temperatura más alta que la de mi piel, no quiero, quiero dormir...”.

—¿Roberto, dónde estás? ¡Roberto!

“Ella se endereza y me mira; la veo clara, me mira escrutadora y triste directa a los ojos; con angustia. Hace mal en mirarme así...”.

—Ro...ber...to... ¿Dónde...es... tás? “Yo espero, y aumenta en tanto el sueño malicioso que quiere vencerme antes de que llegue el último dolor, el que terminará con todo. Pero no me vencerá; ya sé que no debo entregarme a él, ya sé que no debo pedir agua, ni dormir, ni nada, hasta que llegue por fin ese dolor a liberarme. Aumenta el mar pegajoso en que me muevo. Yo le estoy diciendo, casi estoy segura que le estoy diciendo a la enfermera... Debo estarle diciendo, aunque puede que mis labios no se muevan, porque ella no se endereza ni me mira, pero tengo toda la voluntad de preguntarle, y todo el deseo, y todo el derecho, que por qué no me quita de esta empapada cama y me pone en otro lugar seco; le estoy preguntando que por qué no me saca de este caliente y húmedo contacto con la cama mojada; le estoy rogando, aunque ella no me mira, le debo estar rogando, que antes de que venga mi dolor, y antes de que todas estas rojas cosas que dan vuelta me tomen, me deje gozar el profundo deleite de salir de este mar caliente y pegajoso; seguro le estoy rogando, y debo rogarle mucho, pero mucho, porque mi cuerpo está todo húmedo, y es tanta la humedad, y es tanto el líquido que me van a cubrir; sí, ella debe sacarme porque el nivel de este líquido caliente irá subiendo y me llegará al vientre, y se meterá en mis orejas, y pasará por mi boca, y no quiero sentir esto, enfermera, ¿por qué deja que yo me hunda en esta humedad tan sucia? Enfermera...”.

—Me hundo...

“Lo debo haber dicho, porque entre las cosas que giran y las húmedas cosas que me rodean, veo su cara espantada, con las pupilas abiertas que me mira como queriendo detener mis palabras... ¿Dónde está mi dolor? Roberto... ¿dónde estás? no olvide, enfermera, que estoy esperando mi dolor, mi último dolor, y no olvide que quiero salir de esta cama húmeda, de este mar que me rodea, enfermera, no me deje sola, enfermera, llame mi dolor, ya sube, ¿o yo bajo? Seguro es que yo bajo, en todo el líquido que está alrededor de mí, y las cosas que dan vuelta apresuran el ritmo, y comienzan a girar sobre mí directamente, con vertiginosidad infinita y concéntrica, como absorbiendo, hacia un cono que acabará por tragarme, si la enfermera no me saca de aquí, y giran, y son rojas, y giran, y giran, Roberto, dónde estás, alguien tiene que sacarme, porque todo da vueltas chupando para adentro...

—¡Roberto!

“Muevo los labios para hablar, es que he hablado, qué se hizo el cuarto, me van a dejar hundir en toda esta cosa concéntrica que gira, y van a dejar que me hunda en este mar pegajoso y caliente, Roberto, dónde estás, ven, yo espero mi dolor, mi último dolor, ven a acompañarme, y dejará de absorberme la loca velocidad de las líneas que dan vuelta, y dejará de cubrirme esta agua salada, roja, espesa, caliente en que...”.

—¡Ay! Me hundo...

—¿Lo han buscado?

—Sí, por todas partes.

—¿Y no está?

—Y no está.

—Pero...

—Sí, señorita, ya lo sé. ¡Pero por Dios no lo diga! Ya lo sé... Está estudiando en casa de algún compañero, no lo he podido encontrar.

—Son las dos de la mañana...

—También lo sé.

—Ella...

—¡No me lo diga! ¡No debemos decirlo, señorita! La enfermera lo mira desde la puerta con una cara de espanto indescriptible, cansada, vencida.

—Señor, nadie lo ha dicho dos veces. Ninguna...

—¿Ha dicho qué?

—“Me hundo”, y ella ya lo dijo dos. Es indispensable que encuentre al marido de esta señora porque esa sensación de hundimiento la da la hemorragia. Aquí, nunca una mujer ha salido viva después de decirlo dos veces. No tienen fuerza para sentir la impresión de hundirse por la tercera vez. Es necesario que encuentren al marido. Ella lo ha llamado toda la noche. Es indispensable que la vea... porque... no podemos hacer más...

“Tibias cosas, y también cosas luminosas que dan vueltas, pero ya no las dan vertiginosamente, ha entrado todo en un ritmo pesado como estaba antes la noche, cuál noche, la noche de las vueltas rojas, la cama, la cama de las cosas tibias. Roberto, dónde estás, ha de consolar su mirada en la mirada, y su mano en la mano, y su palabra a la palabra, ellos las acompañan, siempre, así se hace, pero él no hace las cosas así, es malo que no esté cuando todas las cosas rojas me persiguen y cuando todas las cosas girantes me envuelven, es malo, haría bien en venir y acompañarme, porque el agua caliente ya llegó a mi boca, la siento allí, y ya no tengo ni siquiera deseo de defenderme, me hundí en ella, voy penetrando en todo lo mojado y en todo lo girante, mi pelo, en el agua roja ha de levantarse, y flotarán también mis manos menos pesadas, y tal vez, mi nariz arrojará afuera, sobre el agua roja y sobre el vértigo circular, alguna pobre burbuja de despedida, y yo no quiero defenderme, esto es poder dormir, es poder tomar agua, aunque sea roja, es poder flotar y descansar, es poder moverse libre de pesos, liviana en el líquido rojo. Es poder contorsionarse en las cosas que giran, y bailar con ellas, es poder entregarse sin dolores, y descargar pesos, y dormir, y ya no esperar el último dolor que nunca vino, qué sabroso es dormir, y hundirse, qué bueno es hundirse, hasta que la burbuja final flote en el agua que me absorbe, ya no, enfermera, para qué, ya no importa, que ya no venga, no me mire con ojos espantados, yo no tengo miedo, un niño, era un niño, a él le gustará tal vez tener un niño, y le gustará también que yo me haya hundido en el agua roja, y tal vez, con un buen deseo, le gustará que descanse y que después de este minuto tan solemne, pueda dormir blanda, mansamente en el agua roja en la que debo flotar, todavía, una punta de mi pelo, agua roja, giratoria, concéntrica, lenta, acogedora, en la que me hundí dando vueltas...”

Allí estaba Gabriel nervioso, con sus ojos claros llenos de preguntas, y Roberto, seco, con sus ojos negros llenos de respuestas.

—Por supuesto, es hombre —dijo él. Gabriel respondió tercamente, con rara obstinación:

—Era hombre —y se quedó esperando la pregunta.

—Me alegro. En esta familia, por fortuna, solo nacen varones. No pude venir antes porque estaba estudiando mi examen de mañana.

Gabriel insistió torvo:

—...Era hombre... ¿Me has oído que “era” hombre? —y se quedó esperando siempre la pregunta. Pero fue él mismo quien habló con los ojos ahora llenos de respuestas mirando solo a Roberto, obstinada, secamente:

—Ella también está muerta.

XIV

Empacó meticulosamente su ropa; a un lado las camisas; en comprimidos rollitos, como cargan el morral los soldados; la ropa interior; las corbatas extendidas y los calcetines aprisionados sobre sí mismos, formando bolas. Todavía con mayor primor colocó en su estuche las piezas del bar-bell; bien engrasadas; defendidas por colchoncillos de algodón las pequeñas y por murallas de paja las grandes. Por más que se movieran no sonarían, ni llegaría el orín a sus ranuras aceitadas. Puso los zapatos en un saco de mano con alguna ropa sucia. Cerró con clavos la tapa de madera de un cajón chico que albergaba sus contados libros de matemáticas, naturismo, dietética y gimnasia. Colocó todo sobre la cama, y se disponía a salir, cuando un impulso lo hizo detenerse. Con cierto temor registró los cajones del armario, ya vacíos, hasta dar con un minúsculo retrato. Junto a él, recostado en una barda alta, estaba allí Cristina. La muchacha no miraba a la cámara, como Roberto, sino que le dirigía una tierna mirada de soslayo. Vestía un sencillo vestido de percal, zapatos blancos, y aunque en el retrato esto no se adivinaba, por la época en que fue tomada la fotografía, ya Cristina llevaba en el vientre el hijo que le costó la vida. Roberto contempló un segundo la foto y luego la guardó entre la ropa, escondiéndola como si alguien la fuera a ver. Después se dispuso a bajar porque ya se oía la voz de don Vasco:

—No se hagan esperar, la comida está en la mesa.

Se sentaron. El padre presidía con majestuosa gravedad, como si se tratara de un banquete en el cual debiera decir conceptuoso discurso. A su derecha, Roberto; a su izquierda, Gabriel; en el otro extremo de la mesa, Álvaro. En silencio comieron una ensalada sin aceite, vinagre ni sal, que Gabriel aliñaba profusamente, por su parte, con los tres condimentos faltantes. Al llegar al capítulo siguiente, Roberto no pudo reprimir un comentario:

—Féculas después de la ensalada. No sé cuándo entenderá Juliana que esto no debe ser. No hay forma de que disponga una comida razonablemente.

Después, al acordarse de su próxima partida, hizo un mohín de desenfado y pensó: “Y a mí qué me importa. Al cabo este es mi último almuerzo en casa”.

Don Vasco intervino un tanto conciliador:

—Desde que Teresa está tan mal el régimen no marcha. Pero debes disculpar a Juliana, la pobre es incapaz de distinguir un alimento proteico de otro feculento.

Roberto guardó silencio y siguió comiendo con cierto desgano. El padre, de humor jubiloso al parecer ese día, encontró propicia la oportunidad para ensartar un entremés de palabras eruditas:

—Mi amigo Campos, un convencido naturista y excelente practicante, me mostró ayer un libro de recetas adaptadas al régimen, tan exquisitas, que si estuviera Teresa en condiciones de hacerlas las probaríamos. Todo succulento, sano, conveniente. Hay en el libro combinación inteligente, porque satisfacen al paladar y ayudan al estómago. Lleva marcado el tiempo de digestión de cada alimento y están ordenadas en forma de menús para que no se incurra en el error de comer un almidón después de un ácido, ni después de una fuerte proteína. Me habló Campos de unas croquetas de lenteja que sustituyen muy satisfactoriamente a la carne —hizo una pausa como disculpándose—. Me refiero a los paladares pervertidos que todavía gustan de la carne. Porque tratándose de un buen naturista, yo, por ejemplo... la tentación no ocurre. La gente no sabe ya reconocer el delicioso sabor de una lechuga sana, sin aditamentos perniciosos. Para mi el gusto purísimo de una zanahoria cruda, bien rayada, no tiene rival. Y no hagas esa mueca, Gabriel, que si fueras naturista tendrías mejor salud y aspecto.

Álvaro repitió como un eco la penúltima frase:

—Es muy jugosa, digo... es muy sabrosa —y se ruborizó sin saber por qué.

Roberto masticaba minuciosamente los escasos bocados contando casi el movimiento de sus mandíbulas, por una disciplina tiempo atrás adquirida. Pero ni la abundante producción de saliva, ni la laboriosa masticación capaz de convertir en papilla una piedra, bastaban para hacer deglutibles los alimentos ese día. Don Vasco lo miraba de cuando en cuando, extrañado de no encontrar en su hijo mayor al fervoroso orador naturista de otras veces. Un nuevo intento de charla dogmática obtuvo solo la estúpida aprobación de Álvaro. Finalmente calló, y en silencio desfilaron las habas, unas calabazas semicrudas (para no destruir sus vitaminas), y por último un quesillo fresco cargadísimo de cebolla picada. Don Vasco se levantó de la mesa. Ya iba a tomar el rumbo de la escalera cuando lo detuvo un llamado de Roberto:

—Padre, tengo que hablarle.

El viejo, con indiferencia, volvió la espalda paseándose, síntoma, el más favorable de él, de que estaba dispuesto a escuchar. Detrás, como siguiendo sus pasos, Roberto se le pegaba.

—Debo avisarle que me voy de la casa.

Don Vasco no se volvió hasta terminar su recorrido en el otro extremo del salón, comunicado directamente con el comedor, pero mientras avanzaba dijo:

—Es la segunda vez que intentas comunicarme una decisión definitiva. La primera, pase... pero ahora necesito razones más sustanciosas que las usadas por ti para tu matrimonio.

—También ahora mi resolución es definitiva. Me voy hoy mismo. Álvaro hacía bolitas de pan sobre el mantel prolongando los minutos. Gabriel se volvió abiertamente dispuesto a escuchar y a no irse. Por su parte, don Vasco se volvió al oír las terminantes palabras de Roberto y avanzó de frente.

—Recuerdo haberte dicho ese día que, en esta casa, las resoluciones definitivas me quedaban reservadas para siempre. Mientras no expongas un motivo aceptable, más que aceptable, convincente, no te irás.

—Soy mayor de edad —afirmó Roberto para evitar mayores explicaciones.

—Pero así y todo aquí mando yo. Dime tus motivos. El muchacho se movía detrás de su padre con cierto nerviosismo desacostumbrado en él. Parecía querer detenerlo para no verse obligado a realizar esa extraña conversación a espaldas de su interlocutor, pero una especie de respeto o miedo le impedía obstaculizar el indiferente paseo del viejo. Siempre a su zaga contestó sordamente:

—¡Motivos! Hartos motivos tengo para irme, pero no creo necesario decirlos.

Don Vasco detuvo un momento el viaje, pero no se volvió al ordenar:

—Dílos.

—No le gustaría a usted oírlos. Es mejor que no insista, porque nadie me va a detener.

Ambos hablaban quedamente, tal vez para no inquietar a la enferma dormida en el piso alto. Sin embargo, el tono de don Vasco subió un tanto al decir:

—¿Nadie, has dicho? Modera tus expresiones y no me hagas encolerizar. La digestión debe hacerse en calma.

—Sí, señor, nadie —repitió Roberto con firmeza. Luego agregó con acento irónico—: ¡La digestión! Siempre la digestión...

—De esa, como de otras costumbres de esta casa, tú has sido el promotor. Respeta, por lo menos, tus propias convicciones. Y vengan ya los supuestos motivos...

—Ya le dije, padre, que es mejor para usted, y para todos, que los calle.

—Muchos circunloquios..., demasiados... ¡Aquí mando yo! ¿Has entendido? No te irás sin haber dado tus razones. ¿Has entendido?

Pese a lo categórico de las palabras, don Vasco no había suspendido el paseo ni levantado la voz. Navegando en un silencio espesísimo realizó dos veces el recorrido completo de la sala y el comedor. Finalmente se plantó ante Roberto, quien parecía dispuesto a callar a todo trance.

—Habla —dijo con su latigante tono de orden. Roberto se dobló a la sugestión poderosa de esa voz. Baja la cabeza, opaco el sonido, sorda la expresión, comenzó penosamente:

—Me voy porque no soporto más esta casa...

—¿Y eso es todo? ¡Valiente argumento! —rezongó don Vasco reanudando sus pendulares movimientos, como si hubiera pasado el peligro y todas las cosas fueran a quedar como antes. Pero ya en Roberto se había desatado, con las palabras iniciales, un nudo interior. Continuaba en la pose grave de antes, pero iban tomando mientras hablaba, mayor acritud su verbo y más vehemencia su gesto.

—Estoy harto de esta casa. Es posible que mi cansancio venga de antes, porque los acontecimientos llegan a producirse por saturación. Multitud de hechos se acumulan sobre uno, y basta entonces un incidente, nimio tal vez, o penoso como en mis circunstancias, para que la crisis se plantee. Siento que no respiro, todas mis facultades están presas, vivo en una indefinible angustia y comprendo que solo la salida de este ambiente puede devolverme la deseada normalidad. Por eso me voy.

—No has dicho todavía una sola cosa que tenga sentido común. Si Gabriel hablara así, no me extrañaría. ¡Pero tú! Y basta de discusión estéril. No te irás. No tolero que un hijo mío apele a ridículos argumentos para encubrir su gran deseo de libertinaje y se lance a la calle a satisfacer anárquicos instintos como lo haría un animal. Porque eso es, en el fondo, lo que te impulsa.

Esta vez fue Roberto quien se plantó en la rectilínea trayectoria de su padre, lleno de pasión y violencia:

—¿Satisfacer instintos anárquicos? ¿Deseo de libertinaje ha dicho usted? Retire esas palabras, padre, pues bien sabe que mi moderación y continencia rayan en el ascetismo. No es a mí a quien se deben dirigir esas inculpaciones... Sobran en esta casa los merecedores de tan descomedidos apelativos. ¡Sobran!

—¡Necio! —dijo don Vasco despectivamente—, eres un necio.

Gabriel juzgó conveniente intervenir conciliador.

—Padre, tal vez haría usted bien en no violentarse con Roberto. Ya tendrá él sus razones íntimas para decidir en la forma que lo hace. Ha estado nervioso últimamente... Roberto se volvió hacia su hermano:

—Te agradezco la buena voluntad, pero no te metas tú a defenderme, porque tendrías mucho que oír. ¿Quieres oírlo? Formas parte de este ambiente detestable, compartes la culpabilidad...

—¿Cómo? —dijo Gabriel ya aludido directamente. Pero lo cortó la palabra iracunda del padre:

—¡Imbécil! Déjate de ambigüedades y usa tu cabeza para discurrir. Nada me incomoda tanto como la estupidez.

Roberto se irguió ya descontrolado.

—Ustedes lo han querido, ¡ustedes tendrán la culpa! ¡Ustedes, todos ustedes! ¿Quién tiene aquí sensatez? ¿Cuál puede presumir de equilibrado? ¿Sobre qué principio moral se sostiene esta casa? Casa... he dicho casa, porque no se la podría llamar hogar... Lo poco de hogar que pudo haber lo destruí yo con Cristina. No se ría usted, padre. Ya sé que tengo enorme culpa en la muerte de mi mujer y de mi hijo. Eso deberé purgar porque la vida no perdona. La ausencia de Cristina me ha hecho ver claro. Ustedes dirán que yo no la quería, pueden argüirme que la maltraté, que jamás tuve con ella afecto ni piedad. Tienen razón. Toda la mentirosa arquitectura de nuestros sentimientos, basada en frías ideas sin contenido, me hizo comportarme en esa forma. Yo no la quería, es más, sentía frente a ella íntimo disgusto, y si la traje y nos casamos, fue por defender en mí una de esas estúpidas ideas que usted, padre, ha contribuido a formar en nosotros y que aquí llamamos honor. ¡Honor! Pero ella se fue... Y entonces, no sé cómo, su ausencia se volvió para mí una tortura. Esa mujercita estúpida, inferior, vulgar, tenía recónditos valores de los cuales yo vivía sin saberlo. En su mansedumbre se sustentaba mi arrogancia; en su pasividad, mi altanería; y en su amor incondicional, mi fe. ¿Entiende? Haga pues comparaciones porque solo repetí, sin alterarlo en nada, su propio caso con mamá... El hijo no deseado se murió con Cristina, posiblemente porque no había sitio en esta casa, ni derecho en mi corazón para ese afecto. Hicieron bien los dos en irse. Solo faltando me podían dar algo valedero. Ella, así de insignificante, con su hijo así de indeseado, eran el hogar que aquí faltaba. ¿Se da usted cuenta? Busco sabiendo que no puedo encontrarla y su presencia me da fortaleza para comenzar de nuevo una vida que no puede ser nunca vida en este ambiente. No es que la ame. No. El sentimiento que le tengo es algo más allá del amor. Si hubiera vivido habría continuado ciego, pero con su muerte me salvó. No tengo amor por Cristina, pero tengo con ella una deuda tremenda que solo puedo pagar humanizándome.

Don Vasco estaba estupefacto, pero sus palabras para responder fueron ligeramente burlonas:

—Lo que has dicho no basta para justificar tu estúpida partida. Estás en una crisis de remordimiento, muy loable, pero muy transitoria. Te conozco. Con eso no me convences. ¿Por tan poca cosa como un sentimentalismo de última hora te quieres ir?

—¿Le hace reír esta teoría en mi boca? A mí también me produjo bochorno al principio. Pero ahora me produce orgullo. La generosidad ilimitada de esa mujer no termina con su muerte, parece que se iniciara precisamente con la desaparición. La triste mujercita capaz apenas de dejar un recuerdo borroso —que ya ni imagino sus facciones— me ha regalado la visión de la verdad. Su sitio de mujer lo puede llenar cualquiera, pero nadie me dará lo que ella me dio. Me iré porque no puedo cumplir con su recuerdo quedándome en esta casa.

Gabriel intervino casi para sí mismo:

—Yo tal vez pensaría así si estuviera, en tu caso...

—Y ahora vuelves tú, el novelesco, justificando sus nostálgicas actitudes de cobardía. ¡Valiente pareja de hijos tengo! Cuanto han dicho carece de valor para mí. Aquí se habla un lenguaje concreto; creo haber lavado de ustedes todo sentimentalismo ridículo. Entendámonos en las palabras de hombres que estamos acostumbrados a usar. No me gustan las ambigüedades amorosas ni las tolero. Todo eso ocurre en un sitio oscuro del cuerpo que es mejor, como ciertos otros sitios, no mencionar. Quiero hechos, razones, porqués lógicos. Vengan. Y si me convencen, te abriré la puerta y te ayudaré inclusive con mi respaldo moral.

—¿Por qué? ¿Quiere que le diga el porqué? Tal vez sea bueno que en esta casa alguno se atreva a decirlo. Procure no violentarse con lo que oiga, pues usted lo ha exigido así.

Don Vasco, ágil de palabra y colocado en el terreno de la controversia concreta, es decir, dentro de los lindes de su máxima habilidad, se dispuso a defender las ideas propuesto a ganar una lucha dialéctica en la que ya lo menos interesante era la partida o la permanencia de su hijo. Por eso reanudó su paseo tranquilamente haciendo acopio de esa siniestra serenidad que desarmaba a todos sus oyentes.

Roberto, ya en el plano de una confesión completa, tuvo un momento de introspección profunda como tomando fuerza para el reto. Luego se lanzó:

—¿Ha visto usted, padre, alguna vez con sinceridad cuánto usted, mi madre y esta casa han hecho en nosotros? Se lo voy a decir por si no lo sabe. A ti también Gabriel; y a ti, Álvaro. Fíjese, padre, en sus hijos. Gabriel, un sentimental frustrado incapaz de refrenar sus pasiones, dispuesto a perderse frente a la primera mujer que encuentre,

embriagado de sueños irrealizables y de ridículas quimeras. Álvaro... ¿Lo ve usted, padre? Mírelo con justicia y verdad. Todo mi rigor y disciplina, mi tenacidad y constancia, no han bastado para hacer de él un hombre sano ni normal. ¿Sabe por qué? Pálido, demacrado, suspirante, imbecilizado, grotesco, a punto de derretirse en cualquier momento. Es un candidato a la tuberculosis, como Gabriel es un candidato a la locura. Álvaro no piensa, no razona, no trabaja. ¿Sabe usted la razón? ¡No te vayas mocosito! ¿Te da vergüenza? ¡Vergüenza deberías haber tenido hace tiempo, cuando comenzaste, no ahora que es demasiado tarde! ¡No te vayas he dicho!

Álvaro se escurría silenciosamente, pálido y demacrado en verdad como lo describiera su hermano, pero Roberto lo tomó por la oreja, como haría con un conejo, y lo plantó, iracundo ya, ante su padre. El muchacho balbuceó:

—Déjame... No te metas en mis cosas... ¡Déjame! Si no me sueltas te voy a pegar... — agregó esto último con voz tan débil que todo parecía menos una amenaza.

—Pegar tú... ¡Vaya! Pégame si puedes. No te soltaré hasta que hayas oído todo. ¿Te estarás quieto por fin?

El muchacho comenzó a llorar y Roberto lo soltó. Sabía que no se iría ya porque el miedo al más fuerte siempre predominaba sobre todas sus reacciones.

—Ya no voy a encubrirte ni un día más. Y si he ocultado tus vicios, era porque creía poder salvarte. Pero ya sé que es imposible. ¡Cobarde! ¡Ten valor siquiera para escuchar la verdad! Y no bajes la cabeza. No te ruborices, ¡adelante con tus pecados! ¿Sabe usted por qué tiene tanto miedo? —dijo dirigiéndose a don Vasco—. ¿Sabe usted que Álvaro se masturba a todas horas. Onanista silencioso, detrás de la puerta, en el baño, en la terraza, en cualquier sitio donde pueda estar con su perturbación morbosa?

—¡Eso no puede ser! —dijo el viejo—. Estás mintiendo.

—Yo no miento, padre, y usted lo sabe.

—Álvaro, contesta: ¿es cierto eso?

El muchacho avergonzado bajó más la cabeza pero no contestó:

—¡Miserable! ¡Asqueroso! ¡Y tú ocultándolo! ¡Ambos, ambos tienen la culpa!

—¿La culpa? La culpa la tiene usted principalmente. ¿Se ha preocupado antes de nuestros problemas sexuales? ¿Sabía que eso se puede resolver con amplitud cuando se hace a tiempo? ¡Claro que usted lo sabía! Pero no le ha importado. Demasiado evidente era la cuestión para que se justificara su ceguera. Para Gabriel y para mí, el asunto no llegó a crisis porque ambos tenemos más fuerza y desenvoltura ante la

vida. A pesar de usted. Pero este muchacho no las tiene. Usted lo sabía, no lo niegue ahora..., como también supo en su tiempo que Gabriel y yo nos escapábamos de casa para revolcarnos con alguna prostituta. Pero ni entonces le importó el peligro de esas escapadas, ni ahora el de la aparente docilidad de Álvaro. Por negligencia, por comodidad, por no colocarse como padre ante nosotros y por no abdicar su posición de déspota, olvidó solucionar nuestras angustias.

—¡Déspota! Retira esa palabra, Roberto. Modera tus expresiones. ¿Cuándo les he pegado? ¿Cuándo fui tirano con ustedes?

Roberto tomó la mano izquierda de Álvaro, con la cual cubría sus ojos y levantando la manga mostró una blanca cicatriz que cruzaba la muñeca:

—Desde entonces —dijo lacónicamente.

—Fue necesario —dijo el viejo—; no iba a tolerar indisciplinas, como no voy a tolerarlas ahora.

—Padre —dijo con gravedad trágica Roberto— siento decirle que usted carece de autoridad real sobre nosotros. No bastan su tiranía, ni su violencia, ni su aparente rigidez de costumbres para hacer valer una autoridad que ya no existe.

Gabriel puso una mano sobre el hombro de su hermano como para hacer una llamada silenciosa a la ecuanimidad.

—¡Déjame! ¿No querían oírlo todo? ¡Pues ahora van a oírlo! Ya nadie me puede detener... ¿Quiere usted saber por qué carece de derechos morales frente a sus hijos?

—Esas palabras tendrás que medirlas mucho, Roberto. Y responder por ellas.

—Estoy dispuesto a hacerlo. Usted ha sido en esta casa un déspota, lleno de presunción, despiadado e inhumano. Pero el reverso de su naturaleza... ¡No me detenga! ¡Escuche, padre! ¡Tenga también el valor de la verdad! Usted también tiene su vicio. Con frecuencia le hemos arrastrado como un fardo, ebrio y sucio. Gabriel lo sacó una noche de un lupanar, después de tres días de ausencia. ¡Y no era la primera vez, ni fue la última! Yo no quise ir para no tener que perder ante usted el respeto de su autoridad en la que todavía entonces creía.

—Roberto, me parece que estás yendo demasiado lejos. Todo esto se puede arreglar sin necesidad de inculpaciones —intervino Gabriel.

Don Vasco estaba furioso, pero conservaba su rígida dignidad. No se paseaba ya, y tras su espalda, las manos se revolvían furiosas una dentro de la otra.

—¡No lo detengas, Gabriel! Quiero ver hasta dónde llega su insolencia.

—Y lo va a ver usted... ¿Le gustaría oírme hablar sobre sus negocios... turbios? Recuerde que llegó aquí después de que un amigo generoso, a quien usted quiso enlodar junto con mi madre, arrojó valerosamente la ignominia en su nombre. ¡Sí! ¿No le gusta escuchar esto? ¿Que cómo lo sé? ¿Se imagina usted que sus amigos de francachela están dispuestos a guardarle el secreto en gracia a su magnanimidad para embriagarlos? ¿Se imagina que creen en sus arrogantes poses de hombre inmaculado? ¿Que lo respetan? Pues no... Se emborrachan con usted..., gastan sus pesos... Pero a costa de humillaciones que luego cobran repitiendo cuanto saben. Muchas veces nos hemos avergonzado, nosotros sus hijos, de ese oscuro pasado. Esteban se sacrificó por salvarlo, y no queda en su memoria plana ni un recuerdo de gratitud para ese hombre admirable. ¿Y no se da cuenta de que si mi madre agoniza ahí arriba es por su culpa? ¿Cuándo ha tenido para ella un acto de piedad? ¿Cuándo ha constituido usted un respaldo de esa mujer a quien destruyó con sus vicios y crueldades?

—¿Vas también a difamar a tu madre? ¡Miserable!

—No. A ella no.

Todo cuanto ella sufre y lo que ha llegado a ser es culpa de usted. Ni madre nos dejó tener... La rebajó hasta hacer de ella una cosa. La humilló, trató de envilecerla para satisfacer una ansia de dominio nunca satisfecha. Y ahí tiene el resultado... Un resultado que ni siquiera le conmueve porque no hay en su alma cabida para la piedad. ¡Sí... usted...! —¡Cállate! ¡No tienes derecho para difamar así a tu padre!

¡Cállate y vete!

—Sí, me voy, pero no sin antes decir cuanto debo. Usted no tiene derecho a ostentar su título de padre, ni su título de marido...

—Roberto, no hables así... ¡Modérate! ¡Por favor! Al menos por mamá que puede oírte —dijo Gabriel de nuevo sacudiéndolo por la espalda.

Pero ya el muchacho no escuchaba razones y estaba en el clímax de la cólera. Se acercó un paso más a su padre como para retar de hombre a hombre.

—No tiene usted derecho. Como no lo tengo yo tampoco. Es usted un vicioso, un tirano, un corrupto, un pedante, es usted como si tanto fuera poco...

Gabriel lo tomó duramente de los hombros y lo hizo volverse.

—¡Cállate, necio! Todo eso es... —dudó antes de agregar la última palabra como si una meditación subrepticia lo detuviera. Luego agregó—: Todo eso es mentira, Roberto.

—No es mentira y tú lo sabes tan bien como yo. Este hombre, mi padre es...

Una bofetada a mano abierta cortó el alud de su cólera. Don Vasco estaba temblando de rabia. Roberto se llevó la mano a la mejilla y luego insistió sordamente, soltando despacio las palabras como para darles la fría intención del convencimiento:

—¡Usted es un... demonio! Y no le pego de hombre a hombre, porque todavía creo que, desgraciadamente, es usted mi padre.

— ¡Basta! ¡Vete, canalla, antes de que te mate! ¿Me has oído? ¡Antes de que te mate!

—No necesita echarme —dijo Roberto vuelto a la sorda calma del principio—. Me voy para respirar aire puro; aquí uno se asfixia.

Subió la escalera y desde ahí se volvió hacia Gabriel:

—Perdona mis palabras violentas, pero tuve que decirte la verdad. Piénsalo. Avísale a mamá, si es que llega a estar en condiciones de darse cuenta de mi partida. Yo no tendría valor de verla, ni ella debe escucharme ahora.

Un momento después volvió a bajar con sus bultos y valijas.

—¡Vete! —dijo el padre acercándose amenazador. Roberto le respondió con una mirada profundamente despectiva y sin decir adiós abandonó la casa.

Quedaba bien poco en Elena de todo aquello para lo cual fuera educada. ¿Por qué no seguirían produciéndose los caprichos con la sana regularidad de antes? ¿Habría resultado errónea la afirmación de su padre: “eres un ser de inmoderados y volubles deseos”? ¿Sería ella estable, después de haber vivido tantos años en función de su volubilidad? ¿Cuánto le costará ajustar su carácter a las cambiantes decisiones de su voluntad? ¿Por qué no se producían como antes los cambios?

Era inaudito que en su vida regulada para la aventura ocurriera, en cambio, una definitiva posición estable. Desconcertante para Elena, poco preparada a los acomodos perdurables. No era apta para ellos y, sin embargo, temía no poder evitarlos. Temía no cambiar; se asustaba ante la idea de permanecer en su absurdo deseo por hoy, mañana y siempre.

¿De dónde había surgido de repente esta calmada vocación definitiva? Lo dudaba. Tal vez de aquella mujer criolla, su madre, muerta hacía tantos años que ni la recordaba. Ignoraba cómo había vivido, junto al europeo refinado, esa plácida mujer que se dejó morir, simplemente, con la salvaje resignación de una planta o un animal. Él le había contado poco de su madre. Solo obtuvo un perfil borroso, una colección de joyas y las pequeñas camisas de bebé que bordaron para ella sus manos. Ni siquiera un retrato. Con tan escasos elementos, no se podía reconstruir el recuerdo de una madre, y mucho menos adivinar si de la criolla le vendría esta increíble sumisión, esta voluntad absurda de persistir por siempre en su afecto. Su madre era la culpable; no podía heredar de él esa mansedumbre. ¿Él, con su irónica sonrisa, con su despectivo concepto del dinero que sabía hacer para derrocharlo fructíferamente en placeres y voluptuosidades? Risa le daba solo pensarlo. Debería engañarlo respecto a su decisión; presentarle el asunto bajo el aspecto de un capricho más, uno de aquellos caprichos que él estaba acostumbrado a satisfacer con la prodigalidad con que se colman los pequeños deseos de una reina. Si conseguía hacerle creer eso, no habría lucha. ¿Pero cómo engañar a su padre?

Iba a ver en ella algo nuevo, tal vez la terrible mansedumbre de su mujer criolla, el gesto de aquella cuando asintiera a propios caprichos, la eterna docilidad de esclava con que le respondiera en los remotos años de su matrimonio. Y ante este sentimiento, Fernando Viales se horrorizaría. De ello estaba segura Elena. Nunca quiso aceptar en su hija la estúpida docilidad de todas las mujeres. La hizo de cosas recias, como a un hombre. La enseñó a desdeñar sus propios antojos, a realizar sus

propósitos, pero también a dominarlos, a no esclavizarse a ninguno y renovarlos constantemente. Elena pensaba usar en esa lucha las armas mortales de la ironía, que él mismo, para vencerlo, puso en sus manos. Iba a ser doloroso el engaño.

Para Fernando Viales todas las cosas se terminaban indefectiblemente, y entre más pronto cumplieran el proceso de destrucción, tanto mejor. El dolor era humillante. El dolor rebajaba la dignidad humana. Debía vivirse para un ilimitado regocijo. Él le había enseñado a su hija a encontrar deleite en todo: en lo bello y lo feo, lo difícil y lo fácil. Solo el dolor manso estaba más allá de su tolerancia. Posiblemente su mujer se murió de ese dolor manso, y él, con su rubia sonrisa, la dejó morir porque seres así, preparados para todas las aceptaciones, no tienen derecho a existir. Y ahora era ella quien le habría de demostrar el fatal cumplimiento de las trágicas herencias. ¡Qué mal, pero qué mal se sentía Elena con todo eso! Y sin embargo, no sabía cómo evitarlo, porque sentía pegada a ella una blanda aceptación dolorosa hacia la viril importancia de Gabriel. Se consolaba pensando que tenía que ser así, quizá porque siempre, antes de ella, había ocurrido igual con todas las mujeres.

¡Sobre qué cantidad de cosas absurdas estaba construido todo! Por una parte, sobre dos mentiras inevitables que debería decir: una a su padre para hacerle aceptar la realización de un supuesto capricho; otra a Gabriel para que creyera mentira una verdad, ya que, a pesar de todo, seguía convencido de no ser para Elena sino un capricho más. Gabriel le había dicho hacía pocos días con una molesta mirada de desconfianza:

—¿Sabes que habrás de someterte conmigo a todas las miserias? Porque yo no quiero tu dinero y mucho menos el dinero de tu padre.

Y ella le contestó usando una burla por él esperada, e impuesta entre ambos por la prolongada complicidad de la mentira:

—Lo sé. Como sé también que posiblemente no podré soportarlo. Estoy demasiado mal acostumbrada al lujo y la libertad.

—¿Qué piensas hacer entonces? ¿Qué pretendes hacer?

—Dejarte. Eso ocurrirá probablemente cuando me canse de ser tu mujer legal.

—¿No te da vergüenza, Elena, decir tal cosa?

—Tú sabes que no me da. ¿Para qué lo preguntas?

—¿Y cómo intentas embarcarme en este asunto tan dudoso?

—¡Embarcarte...! ¡Desde cuándo soy yo quien te obliga! Eres tú. Ya conoces mi opinión, no la tergiverses. No tengo el más mínimo interés en ser tu esposa. Eres tú quien se empeña en ese absurdo. ¡Yo, casada...!

Gabriel se parapetó en su terca obstinación.

—Tal vez así dejes de pensar en otras cosas, ...o en otros, cuando te miro.

—¡Bonito argumento para el matrimonio! ¿Y qué harás si no dejo de pensar en esas otras... cosas?

—No sé. Te mataré tal vez.

—Nos estamos destruyendo, Gabriel. Y eso no está bien.

—Ya lo sé, pero no puedo evitarlo.

—Sí que puedes... No te cases conmigo porque eso acabará con el amor y con todo. Convéncete: yo no estoy hecha para el matrimonio. Me ruborizo de solo pensarlo...

Pero él tenía que casarse. Era la única fórmula para escapar a su burlona mirada. La única para domeñar ese espíritu orgulloso y enseñarle, en el ejercicio de una función legal, la bondad tan antagónica a Elena, pero necesaria para garantizarse una seguridad que en ningún momento sentía.

Elena, por su parte, buscaba inútilmente una coyuntura favorable para escapar a la sentencia de matrimonio ante la cual estaba. Su voluntad de otras veces, hoy debilitada en la pasión, no la ayudaba a encontrar en sí misma fuerza para rehusar. Quería casarse y no quería. Demasiados años de libre albedrío actuaban sobre ella; pero del otro lado estaba ocluyente el descabellado amor que sentía por Gabriel. Una irrisoria blandura la poseía en su presencia; hasta sus gestos adquirían tersura y la irónica sonrisa casi había desaparecido de sus labios. Sola, frente a sí misma, o ante su padre, reaccionaba diferente. Se le hacía tonta la idea, vergüenza inconfesable cubría sus mejillas y se complacía en volver a ser como antes; libre, insolente, personalísima, voluntariosa. Fernando Viales se daba cuenta entristecido de que algo inusitado estaba pasando, pero la fe que depositara en su hija detenía toda pregunta. Ella hablaría, o si no, sus hechos futuros resolverían la incógnita.

Elena luchaba entre contradictorios problemas; se debatía, se buscaba, y llegaba atormentada a la molesta conclusión de no saber quién era ella: si la poderosa mujer omnímoda de antes o la mansa mujer doliente de hoy. Con su padre se sentía mejor. Jugaban entre los dos a burlarse de todo: de la gente, de las cosas, de los hechos, de los sentimientos, y en estos concursos de oratoria mordaz, Elena estaba más cáustica que nunca. Frente a Gabriel se sentía mal. Mal, pero satisfecha. Todavía usaba con él su verbo mordiente, pero asentía disciplinada a todas sus resoluciones, sin encontrar

para defenderse, más que la banal presunción de la palabra. En el fondo, haría lo que Gabriel quisiese. Aunque se sintiera por siempre mal. Pero quería ser salvada; tanto, que a veces la tentaba el deseo de franquearse con su padre.

Sin embargo, la detenía la idea de sus respuestas burlonas. ¡Su hija en una actitud de debilidad semejante! Antes que aceptarlo, Fernando Viales preferiría maltratarla tomando a broma su matrimonio, su pasión, su sacrificio y su arrepentimiento. Estaba segura de no encontrar un terreno de lógica en el cual moverse para hablarle a su padre. Sabía que si estuviera en el caso de decirle, si pudiera decirle... sonriendo sarcásticamente: “Papá, tu honorable hija ha perdido esa honorable partícula que llaman virginidad”, Fernando Viales le habría contestado solemnemente burlón: “¿Y qué quiere mi hija que haga para devolvérsela? Si te hace mucha falta, avísamelo y veré lo que se puede hacer. Como espero que no te preocupes por tan miserable accidente, dime si prefieres a cambio un automóvil, un coscorrón o un viaje. ¡Es maravilloso esto de tener una hija de tu fragilidad!”. Y luego, ya seriamente, con esa su dulcísima seriedad de hombre maduro, le diría: “¿Pero no estás enamorada? Bueno... me quitas un peso de encima. Tú estás hecha para cosas mejores. He creído en la libertad de la mujer y tú debes probar mi teoría. No puedes decir que te falta nada para lograrlo, porque lo tienes todo. Estamos en el mundo de la intrascendencia, del no importa. Tu valor has de demostrarlo en empresas mayores. Cuando seas médico... ¡Ya veremos! Entonces te dejaré reventar de cansancio trabajando y te pediré que consumas tu postrera energía por hacer una curación difícil. Ahora... ahora... ¿Quieres que te lleve a pasear, quieres acompañarme a tomar unas copas, quieres embriagarte, quieres leer o quieres estar sola? Todo es factible mientras no incurras en la estupidez de enamorarte, casarte y colocar en un hombre mis sueños. Escucha bien, hija dije: mis sueños. ¿No quieres nada hoy? Entonces, buenas noches preciosa, he de trabajar y solo por ti lo habría dejado”. ¡Qué dulce era su padre! ¡Qué admiración fanática tenía Elena por él! ¡Qué amigo invaluable! ¡Qué jovial persona para vivir en su compañía! ¡Nada era superior a su padre, nadie... ni... sí... ni Gabriel! Pero cuando se encontraba de nuevo frente a este, Elena sentía flaquear su fortaleza. Sufría súbitos desmayos de la voluntad y tentaciones oscuras de ponerse tierna, reclinar en su hombro la cabeza, rendirse a sus caricias, y sobre todo, decir que sí. Decir que sí a todo. La imagen de Fernando Viales se perdía en una bruma dudosa y la mansedumbre se vigorizaba en su ser. Lo único malo en su amor era la mentira. Quería ser blanda con Gabriel, pero estaba obligada a mantener indefinidamente la costra de dureza con la cual se revistió en un principio para dominarlo. Gabriel no creía en esa suavidad inusitada, no tenía fe en la mujer tierna que el amor desarrollaba en Elena. Hasta pensaba a veces ella si no la querría solamente por su dureza, por su rigidez, por su insolencia, por su falsedad. Imposible reivindicar posiciones con Gabriel. Llegar a la ternura era su meta; pero necesario también reconocerlo, llegar a esa ternura por vía del engaño. Su íntima, su veraz, su prístina feminidad no la aceptaba él. Estaba con Gabriel como sobre un brasero y con su padre a gusto. Mentira y amor, siempre juntos; realismo y paz, juntos también. Decididamente, ella prefería ser salvada. A decidir, Elena Viales, porque se hace tarde.

Gabriel sabía que se estaba enlodando junto a Elena. Ese amor tormentoso tenía mucho de denigrante para él. Ahora otra vez en este cuarto revuelto, lleno de su terrible desorden, Gabriel daba vueltas esperándola. Había llegado demasiado temprano a la cita, pero tenía llave y entró.

Estaban, como la tarde de la autopsia, los libros por el suelo, los frascos en los lugares más inadecuados, las colillas de cigarro por todas partes, el polvo cubriendo los muebles y más libros abiertos sobre todas las sillas. En unas grandes redomas tenía vísceras en alcohol; en la ventana agonizaban faltas de agua unas plantas; su bata había quedado en el suelo con la forma humana que tomara al caer. Gabriel veía la bata como otras veces deslizarse descubriendo el desnudo de Elena, y descansar a sus pies como una rosa de trapo desde la cual emergían las magníficas piernas morenas. Aquel libro gordo hablaba de tremendas discusiones científicas que los mantuvieron despiertos hasta muy tarde; el volumen rojo recordaba su voz redonda leyéndolo bajo la luz que caía sobre el pelo de ella haciendo más antagónicos los extraños matices rubios.

Gabriel se recostó en el sofá y se hizo a un lado como si le diera sitio a Elena. Cuando ella está todo ese gran sitio se vuelve chico y pesa sobre su costado el sólido peso de ella. Los diálogos sostenidos parece que se conservaran en aquel cuarto, como las vísceras entre los cristales. Están ahí, se les recuerda, se les oye:

—Gabriel, ¿has visto cómo mi cuerpo cabe en tu cuerpo? Estoy hecha a tu medida.

—Sí, no vayas a burlarte de mis tonterías, pero a veces pienso... Mejor no te lo digo.

—¿Qué piensas? Dilo...

—Bueno. Que tú cabes en mí como en el vaso cabe el agua. —Elena ríe y Gabriel agrega ceñudo—: ¡Si tuvieras por dentro la docilidad que tiene tu carne...! ¡Si te adaptaras a mis sentimientos como te adaptas a mi forma! ¡Sería una maravilla!

Ella ríe de nuevo.

—¿Por qué no ríes siempre así? —pregunta Gabriel torvamente.

—¿Y cómo río?

—En falso, pensando que ríes.

—Tú sabes que todo lo hago en falso.

—Todo, menos pecar.

Porque Elena sabe pecar, con una sabiduría tremenda, con una persistencia de gota. Así de amargos fueron siempre sus diálogos. Gabriel, después de las palabras de ese día, se sintió solo otra vez. Como ahora, clausurada ya la imagen pretérita, que no tiene para acompañarle ni su presencia corporal inmediata, ni la actividad mental de perseguir sus falsedades tortuosas. Aquella última expresión de Gabriel había sido dura y él lo comprende.

Ahora, al revivir la conversación en su ausencia, siente vergüenza porque a pesar de todo, ella está aquí presente. Está esa su esencia corporal y ese su calor extraño y penetrante. Todos esos libros por el suelo dicen de ella, como dice la bata la forma de su cuerpo y como dicen los frascos del baño el misterio de su olor. ¿Por qué tarda tanto? ¿Dónde estará ahora? Después de hacerse estas preguntas Gabriel siente el humillante impulso de buscar entre todas las cosas del cuarto la evidencia material de esa mentira que él supone en ella. En algún sitio ha de encontrar una carta, un retrato, un nombre, una fecha que hagan alusión a las presencias rivales que lo atormentan. Porque algo ha de haber... No es posible tener, como él la tiene, la certeza de esa mentira sin que esta reste, en la realidad, algún testimonio. Se imagina a sí mismo enrostrándole con pruebas contundentes la verdad oculta y siente por anticipado una gloriosa satisfacción de rabia. No es posible que la inefable intuición de su celo lo esté engañando. Ella le ha mentado. Ella piensa en otros cuando está con él. Ella es falsa y solo sabe manejar las palabras con habilidad, sin lograr controlar las manifestaciones inevitables de la mentira: ensoñaciones, suspiros, ausencias, nostalgias, nerviosas sorpresas, movimientos automáticos. Más y más lo tienta el celoso deseo de comprobar sus presunciones. Piensa laboriosamente mientras se pasea de un extremo al otro del cuarto, repitiendo, sin saberlo, el pendular hábito de su padre.

“Si miente cuando mira a lo lejos teniéndome a su lado, si miente cuando sonrío y cuando me toca, también... no, más aún ha de mentir si yo estoy lejos, como ahora. Podría... ¡emporcarme! Eso es indigno de un hombre... ¡Hasta qué punto me estoy rebajando con ella! No lo voy a hacer. De ninguna manera. Es un gesto demasiado bajo... Pero deja todo regado, sería fácil y seguro. Muy fácil encontrar entre su despreocupación la evidencia de esas mentiras. No lo voy a hacer porque me enlodo con solo pensarlo. ¡No lo voy a hacer! No debo. Aunque sería simple, dado su terrible desorden, hallar el testimonio material de su falsedad. Eso está aquí, en algún sitio, en este cuarto o en el otro. ¡No lo voy a hacer! ¡No! Debe estar próxima a mí la evidencia... En cualquiera de estas cosas que ella deja negligentemente por todos lados... ¡No lo voy a hacer! ¡No! ¡De ninguna manera! ¡No lo voy a hacer!”. Pero lo hizo. Tenía las manos temblorosas y frías, mientras por los poros un calor terrible cuajaba gotas de sudor sobre el bigote y la nariz. Pero lo hizo.

En el vértigo comenzó allí donde estaba seguro de no encontrar nada, como si al mismo tiempo que la deseaba, temiera la espantosa evidencia. Miró bajo los muebles con miedo: había en todos una capa de polvo. Palpó los asientos hundiendo los dedos entre los cojines, apretándolos hasta recibir en pleno la seca verdad de su materia.

Movió los frascos con vísceras, y al hacerlo, en el líquido turbio se balancearon como mariscos enseñando fibras y desprendiendo un zumo roji-verde en el alcohol; luego ondularon pendularmente, pesadas, y volvieron a quedar estables meciendo solo las banderolas de sus pedúnculos carnosos. Levantó todos los morteros y pasó la mano por la base como si no bastara la mirada para obtener un convencimiento. Sacudió la alfombra y el polvo comenzó a enturbiar el aire de la habitación. Arrojó al suelo los cojines y con rabia se paró sobre ellos. Cambió de sitio los muebles. Abrió la vitrina de sus instrumentos y miró por las cuatro caras cual si el cristal de las paredes o el cristal divisorio pudiera ocultar algo. Alzó la bata del suelo y la arrojó frenético contra la pared. La bata fue a chocar contra un frasco y lo hizo rodar sobre el mueble en que estaba colocado; el alcohol y la sangre derramada mojaron todo a su paso; luego, haciendo un ruido alarmante, como de grito, estalló contra el suelo. Entre la bata que rodara con el vaso, un corazón asqueroso e inquietante quedó anclado; Gabriel le dio una patada y...

Sí. Esta fue la señal para romper. Romper era la respuesta. Romper todo cuanto quedara en pie a su alrededor; romper sin misericordia para oír de nuevo el ruido de grito afín a su rabia; romper para dar salida a la inmensa represión de sus celos, para justificar el inútil registro, para dejar huella de la agresión. Romper porque eso era bajo, aún más bajo que buscar. Porque era emporcarse y porque las respuestas claras de Elena no bastaban a satisfacer sus turbias preguntas; ella estaba todavía intacta en su recuerdo y todas las dudas no habían podido mancharla; porque para la veracidad de sus miradas y caricias, él tuvo mordaces palabras ensuciadoras. Romper, sí, para arrojar sobre alguien, aunque fuera él mismo, la ignominia que no hallara en ella.

Y Gabriel rompió. Jadeaba. Sus manos antes trémulas se volvieron firmes; las sentía como manos de madera. El pelo pendía sobre la frente y su cara parecía la de un caballo desbocado. Se quitó el saco y lo aventó a cualquier parte. El cuarto iba adquiriendo, a más de su desorden habitual, un desorden de cataclismo. Gabriel se plantó en medio del desastre buscando algo más que romper. Lo que debiera estar en el suelo aparecía sobre las mesas y en los marcos de las ventanas; la humedad de todas las cosas húmedas brillaba sobre todo lo seco; lo entero estaba rasgado, los muebles volcados obstruían el paso y sobre estos estaban las alfombras. Contempló su obra. Allí estaba todo, y allí estaba nada... Nada... Algo tembloroso lo llamó en su interior. ¿Miedo? ¿Por qué miedo? No. Miedo no. ¿Respeto? Gabriel rió a carcajada y gritó: ¡Respeto tampoco! Y se acercó a la biblioteca con gesto de vengador. Revisó los libros mesando las páginas vertiginosamente; le tomaba tiempo porque ella tenía en todos notas, en todos papeles doblados con apuntes sin importancia: “lección del 10, repasarla”, “neuro-dermatitis aguda, consulta página 400”, “avisar a la caballería que mi yegua está más enferma de lo que él cree”, “pedir a papá ese maletín de cuero que vi yo”, “vive en el número 26”. Ese era su número, el de su casa. Gabriel apartó el trocito de papel, pero... ¿sería el suyo? Cada libro que tomaba lo arrojaba hacia atrás, una vez visto, y a su alrededor formaban un montón informe: unos panza arriba, otros panza abajo, abiertos y cerrados, doblados y rotos. Encontró un álbum de fotografías donde aparecía ella riendo, ella cabalgando, ella de chica comiendo

mermelada, gordita y redonda; ella en la escuela; ella con su padre muchas veces; y ella más veces sonriendo con esa misma sonrisa burlona que él conocía.

Nada. El corazón de Gabriel golpeaba su pecho y su ira adquiría caracteres de demencia. No había nada, pero no bastaba con eso porque algo habría de haber. Se paró y comenzó a arrojar los libros contra las paredes quebrando lo poco aún entero, caminando de un lado para otro entre sus celos. Finalmente se sintió cansado. Tenía un volumen de anatomía en la mano sin saber qué hacer con él. Estaba derrotado por dentro, deshecho, pero no tenía el valor de confesárselo. Lo habían defraudado las cosas, porque esa tremenda mentira de que no hallara evidencia seguía siendo la misma mentira. Las manos le colgaban a los costados y tenía la cara de caballo enrojecida y llorosa. El último libro... Había que lanzarlo contra algo, con el postrer resplandor de su cólera muriente; había que completar el destrozo para dar solución a sus celos. Allí está... Tuvo un renacer de rabia y energía. Allí estaba... Ese retrato pintado por un pintor amigo, quién sabe qué pintor, y quién sabe qué clase de amigo. Esa era la única evidencia de mentira, pero él la iba a destruir ya, en este instante, para acabar con todo lo visible y levantar su cólera. Y lanzó el pesado libro. Ambos cayeron rotos en el suelo: el libro despanzurrado y la tela del retrato rasgada como el pecho de la india que él desflorara con su bisturí el día que conociera a Elena. Igual de violado estaba el retrato que había quedado el pecho del cadáver; igual de irreparable y profanado. Y Gabriel sonrió.

Después cayeron sus manos, naufragó su cólera. Se sentó en el sofacillo y se dejó dar vueltas en algo que se estaba sumiendo; seguro era él mismo. La humedad de su cuerpo se enfrió, se relajaron los músculos tensos y resbaló sobre el asiento acunándose como un niño. Después lloró blandamente, con lágrimas de hombre, escasas, amargas y puras.

Y estaba así cuando tuvo la certeza de que alguien había entrado, avanzaba por entre los muebles silenciosamente y por fin se detenía junto a él. Era una presencia por demás difusa, pero sin que Gabriel la viera, estaba allí. Sin que lo tocara, ni hubiera hecho ruido, esa persona estaba a su lado. Gabriel apretó los músculos, detuvo el llanto, recogió con cuidado el sonido: no se escuchaba nada insólito. Lejanas a veces, próximas otras, sonaban bocinas de automóvil. En una calle cualquiera pasaba un tranvía. Un chorro de agua golpeaba el suelo desnudo y convertía en lodo la tierra; sonaba así, a barro, un golpe húmedo e inconfundible. Pero de la persona extraña no venía ningún eco. Se sintió incómodo primero, amedrentado más tarde, aterrorizado después. Y entonces, con la prisa de un salto, se volvió cara a la presencia enemiga.

Era el padre de Elena, Fernando Viales. Podría tener, por la forma de la boca, la misma sonrisa fina y burlona de la hija, pero aún cuando esta se adivinaba como una posibilidad en sus labios, no estaba ahora presente. Delataba dulce, compasiva seriedad. Un bochorno súbito sobrecogió a Gabriel. Pero las primeras palabras, amablemente burlonas, no implicaban hostilidad:

—Siéntese, si encuentra adónde. Usted y yo tenemos que hablar.

Gabriel se sentó sin atreverse a decir nada.

—Es inútil todo lo que ha hecho.

Gabriel pensó que Viales había dicho “inútil” sin formular ningún reproche, y esta forma serena de plantear las cosas lo desconcertó aún más.

—Comprendo que cuando uno tiene dudas, necesita llegar a estos extremos. Yo no lo habría hecho porque soy diferente, pero en usted me lo explico. Gabriel halló con extrema dificultad las primeras palabras:

—No sé pedir perdones... Tal vez porque nunca había hecho cosas que merecieran reproche. Sin embargo, todo esto es horrible. Discúlpeme usted...

—¡Oh! —dijo el hombre con esa marcada tendencia a las interjecciones de quien usa una lengua extraña, sensible en el gutural acento francés de sus palabras—. No se trata de hacerle inculpaciones. El desastre se podrá reparar, pero hay otras cosas que ya no tienen, después de su acto, reparación posible. Me refiero a una vergüenza con usted mismo que le quedará inolvidable...

—La tengo, es cierto —dijo Gabriel.

—Es necesario que mejore usted su estado moral para que podamos hablar. Discúlpeme, por tanto, ya regreso...

Y desapareció para volver al cabo de un rato con dos botellas y vasos en la mano. Los colocó donde pudo y sirviendo sonriente agregó, como si su frase trunca anterior correspondiera a las más amistosas de las pláticas:

—Con esto se sentirá mejor. Yo tomo vino porque los europeos no estamos acostumbrados al whisky.

Como la hija, el padre atacaba jovialmente los temas arduos. La recordaba ofreciéndole licor el día de su primer encuentro. “Para que llegues a una saludable borrachera”, había dicho Elena. También hoy, él querría sentirse ebrio y olvidar. Tomó la copa que le ofrecía Fernando Viales y la empujó de un trago. Ese gesto poco cortés lo ruborizó más que la aparición inesperada hacía un rato. No pudo contener una nueva disculpa:

—Perdone... He estado muy precipitado, pero en la crisis moral porque paso, el licor era una necesidad urgente.

—Tome otro, entonces, para el brindis. Sin brindis no hay amistad, y sin amistad no hay entendimiento posible. Y usted y yo nos tenemos que entender hoy... ¡Oh! Se lo aseguro...

Le sirvió de nuevo generosamente y alzando su copa, colmada de claro vino transparente, dijo sonriendo con esa su dulce expresión de plenitud viril:

—Brindemos si le parece por ella, por Elena, que es, después de todo una gran mujer. Por ella, de quien vamos a hablar.

—Por ella —dijo Gabriel y sorbió un trago paladeándolo. Comenzaba a sentirse bien; tan bien que no lograba entender la razón. Como si él y Fernando Viales se hubieran reunido, después de una cita cordial, para conversar sobre alguien maravilloso y abstracto.

Viales se sentó en su sillón, apartando unos libros, y poniendo sobre sus patas una mesa colocó en ella las botellas y su copa. Luego encendió un cigarrillo con la prolijidad jugosa del buen fumador: lo extrajo de una antigua pitillera de plata, le dio vueltas, lo golpeó sobre la mesa, y solo después de la primera bocanada se dispuso a hablar. Entretanto, Gabriel había ingerido el contenido de la segunda copa y su vergüenza se alejaba tumultuosamente en ruidosa retirada. Se sentía bien, infinitamente bien. Encendió un cigarrillo, adoptando, sin saberlo, los laboriosos gestos de Viales.

—No es posible la con... convi... vo... No, conviabilidad. Esto es, convivialidad... ¡qué palabra tan difícil se me ocurre usar! Digamos que no es posible, bueno... la charla, sin dos cosas: el vino y el cigarrillo. ¿Usted estudia medicina, no es cierto?

—Sí señor —dijo Gabriel de nuevo turbado por la pregunta.

—Elena también. Usted lo sabe. Esto de la medicina se me ocurrió a mí.

—¿A usted? —se asombró Gabriel como si hubiera en ello algo realmente sorprendente.

—¡Oh! Sí... Lo creí conveniente. Desde chica mostró una decidida aversión a la fantasía, no porque no la entendiera, sino porque el ensueño limitaba su inagotable capacidad de acción. Todavía es así. Era activa y continúa siéndolo. Demostró necesitar, a toda costa, estar en contacto directo con la realidad. Cuando un niño formula demasiadas preguntas sobre un cuento... ¿por qué cree usted que lo hace?

¿Se salía del tema o era un método deliberado? Gabriel solo pudo contestar balbuceante:

—Pues... no sé... no... nunca lo había pensado.

—¡Ah! La gente dice de un niño preguntón: ¡qué fantasía tiene este chico! Error. No se trata en ese caso de una criatura imaginativa. Todo lo contrario. Si el niño pregunta y pregunta sobre un cuento es porque la fantasía contradice su mundo objetivo; prefiere, para evitarse luchas interiores, trasladarlo mediante repetidas interrogaciones de lo inasible a lo concreto. ¿No le parece justa la tesis?

—Me parece —dijo Gabriel sin entender a dónde se dirigía su inesperado amigo.

—Ella era así. Creí que con esas bases de lógica innata podría ser capacitada por una educación conveniente en una persona capaz de afrontar con el máximo éxito un mundo, como el nuestro, lleno de errores y realidades desagradables. Colocarla en lo imaginativo, estimular la utopía, habría sido entregarla al sufrimiento. Por eso, en cuanto esto fue factible, le insinué la medicina. Y está bien allí, al menos yo lo creo así. ¿Podría decirme por qué estudia usted medicina?

Gabriel nunca se había formulado antes tal pregunta. Contestarla le resultaba difícil.

—Pueda ser que no existan razones para ello. A menos que usted considere valederas estas: Roberto, mi hermano mayor, eligió la ingeniería que cuadra bien con su temperamento frío y activo. Para Álvaro, el menor, un muchacho que nunca decide sus propias cosas, mi padre eligió derecho. Dentro de las profesiones liberales, capaces de producir dinero, solo quedaba la medicina. Tal vez no lo resolví yo sino que la tomé por eliminación. Es necesario que deje de ser, cuanto antes, una carga para mi familia, y como tampoco se concibe en mi casa un hombre sin profesión, ingresé a medicina. Tal vez, si estuviera en el caso de seguir mi vocación, habría preferido ser literato, aunque esta le parezca a usted una actividad equívoca.

—No me lo parece. Si yo no hubiera tenido dinero y esta vertiginosa capacidad de hacerlo, me habría dedicado a la literatura. No lo hice porque es una senda que sin sacrificio produce poco, es decir, crea poco; y después de todo, el dolor me parece detestable, tal vez por profesar tan apasionado amor a la belleza. Estamos frente a una contradicción lamentable: sin dinero no se puede uno dedicar al arte; y con él tampoco, porque lo limita. En resumen, es una cuestión de valor ante la vida que probablemente ni usted ni yo tengamos. ¿Le sirvo otro whisky?

—Me voy a embriagar.

—No importa. Nada de eso en la vida importa. Solo cuando no entienda bien mis palabras hágamelo saber para suspender o reducir la dosis.

—Está bien —dijo Gabriel y logró sonreír por vez primera.

—¡Oh! Íbamos a hablar de ella y casi lo había olvidado. Soy un hombre que se pierde en las palabras, sobre todo si son un idioma extraño.

—Habla usted muy bien el castellano.

—Correcto, pero con un detestable acento. Pero volviendo al tema... Yo creo que usted no la conoce bien. Está hecha laboriosamente; en realidad su creación, si así puede decirse, es posterior a su nacimiento.

—¿Cómo es eso?

—Uno no nace siempre en el parto. A veces nace después. El nacimiento no es una ceremonia o situación determinada; no, es un proceso. El de Elena se produjo después de las reflexiones que voy a contarle. Le interesará...

Gabriel hizo un gesto aprobatorio y Viales sirvió otra copa.

—Salud... —dijo, y luego agregó, reanudando el tema—. Yo tuve luchas tremendas para encajar mi propio carácter a los bruscos cambios de este mundo anárquico de hoy. Todo chocaba conmigo. Mis gustos de sibarita ancestral sufrían ante el espectáculo de lo feo o lo disforme. Mis conceptos de aristócrata se revolvían contra todo lo nuevo. Mi sensibilidad era maltratada por cada palabra y cada actitud. Vengo de un mundo viejo, un mundo en el cual toda piedra tiene un valor y toda oración, múltiples significados. Nada hay que explicar allí para entenderse, porque todos llevamos la clave de lo antiguo en la sangre. Pero aquí, la cosa era distinta. El más rudo dolor fue ante las mujeres. Parecen pertenecer, por un atavismo desconocido, a un mundo de valores más profundos, o para explicarme mejor, de significados más complejos. Su sufrimiento viene de allí. Ellas eslabonan mejor con lo sutil, con lo inconcreto. Me di cuenta, en su pena, de que les costaría una labor de siglos, o una preparación consciente, para armonizar con nuestro activo mundo moderno. Todas sufren. Todas lloran. Todas están más o menos destrozadas por dentro. Yo me niego a aceptar el sufrimiento como una necesidad humana. Trato de explicármelo y, si persiste, hago por ignorarlo, suprimirlo o evitarlo. Las mujeres, llenas de dolor, mansas, resignadas, me chocan. No puedo soportarlas. Y no quise que mi hija fuera así.

Gabriel se sirvió más licor. Estaba realmente interesado en el discurso de Fernando Viales, tanto, que había olvidado los motivos de su presencia en ese cuarto. Viales levantó la copa y volviéndola a su sitio continuó serenamente:

—No sé si usted comprende que se está preparando un tipo nuevo de mujer consciente. ¡Oh, no! No me refiero al prototipo revolucionario de la mujer moderna. ¡No, por Dios! Mi mujer consciente es otra, o es mujer, para decirlo claro. Pero antes de alcanzar esa etapa definitiva se produce una deliciosa criatura transitoria, igual a todas; solo diferente de todas en que es invulnerable al sufrimiento. Su psicología se puede definir así: no importa. Pensará usted que con tan concretas ideas educativas podría haberme preocupado por obtener en ella el tipo final, es decir, el diferente, pero deberá tomar en cuenta que yo no podía adelantarme a la evolución lógica de las

cosas. No podía darle de golpe la capacidad a que el hombre ha llegado a través de siglos de libre albedrío. Solo podía aspirar a aislarla del sufrimiento, dándole la forma transitiva de mujer no importa. Elena es así. Insensible, si usted quiere, pero fuerte. De dejarla abandonada a sí misma, habríase quedado en la criatura sufriente, sentimental, vegetativa que son casi todas las mujeres. De esta manera será feliz y será útil. Dos cosas muy importantes para la vida. ¿Cómo la entiende usted?

Los períodos de Viales, siempre abocados a una pregunta final, desconcertaban a Gabriel. Todavía no se daba clara cuenta hacia adónde conducía su intención. Nada había ocurrido capaz de plantear un altercado o producir una crisis. Sin embargo, él no encontraba nunca qué contestar a sus interrogaciones, por otra parte, amistosas.

—Como mujer —dijo haciendo una frase más que formulando un concepto.

—Entonces no la entiende usted. Usted creería que mi presencia inusitada en este cuarto obedecía al propósito colérico de reclamarle su honor, así lo llaman, o exigirle la reparación de un daño moral. Estaba equivocado, como ya lo habría visto de mi actitud. Su experiencia de hombre ante ella le era necesaria. Podría más bien darle las gracias, puesto que ha ocurrido con usted, un hombre sano, inteligente y sensible. Nada malo puede resultar de esto, si lo resolvemos entre usted y yo inteligentemente, y sobre todo, con espíritu jovial.

—Creo que después de escucharlo la entiendo mucho mejor. Comienzo tal vez a entenderla. Me obliga su inteligencia a ponerme en la mejor disposición. Pero todavía tengo muchos puntos oscuros. Sobre todo, qué se propone usted...

—Ya lo va a ver. Elena es para mí, o va ser, una obra de arte. Si usted fuera pintor escogería sus colores con cuidado, buscaría para pintar la mejor tela, lavaría sus pinceles, y elegiría la hora y la luz, si esperara obtener su obra maestra. Una vez realizada, el marco significa mucho. Tiene que armonizar, tener tamaño y ancho adecuados, conjugar en matices con la tonalidad general del motivo. Y ya terminada, todavía pensaría usted el sitio en que colocaría el cuadro. ¿No es así?

—Es así —dijo Gabriel gravemente.

—Pues bien. Ella es mi obra maestra. Y usted puede ser un color de mi paleta, pero no el marco para contenerla ni el sitio para colocarla. ¡Oh, no! ¡No me interrumpa ahora! Todo el laborioso proceso ejecutorio a que aludí, tradúzcalo en los siguientes valores: el dinero que yo tengo, el respaldo que garantizo, la libertad que permito (esto es muy importante), el espíritu humorístico que significo y la belleza que establezco a mi alrededor. Para ofrecer esas cosas se necesita ser, como yo, su padre, y tener cuantas cosas he obtenido para ella. No crea... ¡oh, no!, que pienso que usted es poco para mi hija o sueño con unirla a un aristócrata o un millonario. Mi hija no es para nadie, o si usted quiere que se lo diga claro, es para todos, porque no será de

nadie. En ella está logrado lo fundamental que ni su amor, ni el matrimonio podrán destruir: a Elena, funcionalmente, nada le importa.

—Pero Elena me quiere...

—¿Cree usted en eso?

—Lo dice y lo demuestra...

—Escuche. Aprenda a conocerla de verdad. Se irá usted, vendrá otro, se quedará sola, me moriré yo; todos esos accidentes no obstaculizarán el empuje arrebatador de su vida. Es perpetuamente inestable. Está hecha para no permanecer en nada, porque así la defendí yo del dolor. No conseguirá usted que ni hoy ni nunca su dominio sobre ella se convierta en absoluto. A menos que cambie su psicología haciendo de ella el tipo de mujer bovina corriente y destruya mi obra. Pero usted la ama porque es así. La ama como yo la hice. Pruebe a querer otra mujer diferente... Pruebe a amar una niña hecha de mansedumbre y dolor... La ama por independiente, por soberbia, y sobre todo, por fugaz. Solo puede llegar, si insiste, a destrozar mi obra, a anular lo único que ella puede ser, es decir, un tipo transitorio de mujer y un tipo definido de individuo: aquel que sirve para algo porque tiene colmados sus apetitos y ambiciones.

—Pero la hará usted sufrir quitándomela... —dijo Gabriel a quien, sin saber por qué, esta defensa le parecía falsa.

—¿Sufrir? ¡Ajá!... Vamos al punto que quiero... Vea... Si insisto en alejarla de usted no es para salvarla a ella, es para salvarlo a usted.

—¿A mí...?

—Sí, a usted. Entienda. No es Elena quien va a hundirse en el matrimonio para convertirse en una planta. No. Si se casaran, llegaría un día quizá muy próximo en que nada podría retenerla, porque ella se va de todo. El destrozado sería usted. Ella, después de un corto sufrimiento (para hacer con este honor a su condición inexorable de mujer), renacería sin tragedia. Pero usted no puede actuar así porque no está preparado para ello. ¿Me entiende? Usted es para Elena una experiencia, como la primera vez que se lió a golpes con otra chiquilla, o como el traje de baile y la oración ocasional. Nada graba en ella. Hasta la muerte, nuestra álgida experiencia humana, es un episodio que en cierta forma solo despierta su curiosidad. Los ausentes siguen existiendo para Elena porque no tiene idea de fronteras. Los seres queridos lo son en aquello en que conforman su aspiración, llenan su molde, respetan su albedrío; pero si se van, si mueren o si terminan con ella, siguen teniendo una vitalidad abstracta como si el ausente fuera otro, y la realidad aquella que ella posee en la experiencia o el recuerdo. Y sin dolor. Conste que sin dolor permanente. Usted no se irá de ella definitivamente. Repetirá su nombre, vivirá sus palabras, no tendrá

ninguna pena para recordarlo ni evitará su evocación, porque cuanto usted le ha dado está en ella como una donación que no puede retirarle. Esa es mi hija.

—¿Pero ahora que gracias a usted la entiendo...? —dijo Gabriel esperanzadamente, como si en su pregunta suspensiva estuviera implícita esta: ¿me la dará usted?

Fernando Viales le respondió con otra pregunta:

—¿Cree usted conocerla ya, y se siente capaz de interpretarla justamente?

—Ahora sí... Creo que sí...

—¡Oh! Ahora sí... Contésteme esto sin rubores: ¿por qué hizo este destrozo?

Gabriel miró a su alrededor. El espectáculo del cuarto lo volvió de súbito a su propia realidad sensible y resentida. Miró a Viales y le pareció un poco diferente de antes, como si se hubiera alejado o borrado. Luego contestó:

—Buscaba aquí la evidencia material de sus falsedades. Y no se moleste con la palabra, porque usted me ha llamado al terreno de la verdad...

—No me molesto. Pero... ¿falsedades?

—No me haga explicárselo con detalle. Resultaría enojoso para los dos... Me refiero a sus anteriores relaciones amorosas, las que han estado siempre entre ella y yo...

—¿Qué dice Elena de eso?

—Dice siempre una mentira femenina. Usted me entiende... Dice como cualquier otra mujer que solo existo yo.

—¿Y usted la cree?

—Por supuesto que no. Mejor haría en decirme la verdad. Nos entenderíamos y no existirían rencores ni recuerdos ingratos como este —dijo mirando de nuevo el cataclismo.

—Voy a decirle una cosa que debe usted tomar como definitiva. Exijo su fe en mi palabra.

—Usted la tiene desde el principio.

—Gracias. Las conclusiones a que llegue tómelas como hombre y no se arrepentirá. Hizo una pausa que a Gabriel se le hizo solemne. Luego agregó sonriendo:

—Elena Viales no miente nunca. Antes de usted, en ella no existió ningún hombre. Solo se divierte en parecer diabólica y perversa. Es un juego como cualquier otro. Pero veo que para usted el asunto es muy importante. ¿No le parecería lógico que para mí, su padre, lo fuera también?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Qué le parecería verme ahora en la pose del padre iracundo que reclama el honor de su hija?

—Bueno... en usted, después de conocerlo, no me parecería ni siquiera imaginable.

—¿Y en ella concibe una actitud diferente de la mía?

—Es mujer...

—Es mujer... A eso se reduce todo el conocimiento que de ella tiene. Vea... Si para ella no tiene importancia el hecho de supuestos amores, es porque Elena reacciona como yo ante cosas que tienen para usted un valor diferente. Si la entendiera, no significaría nada el haber sido el primero, o ser el último. El solo hecho de concederle desorbitada importancia a un asunto que ni a mí, su padre, me interesa, lo coloca en un cuadro alejado de aquel en que estamos ella y yo. ¿Me entiende? Ella no miente; usted creyó que mentía. Si mintiera... para nosotros la mentira así, es un juego; para usted una conclusión. Convénzase de que nunca la conocerá usted, ni ahora que se la he mostrado. Y ahora resuelva.

Gabriel meditó un momento. Solo un momento porque todas sus resoluciones definitivas llegaban a él, como diría Roberto, por saturación. Años de dolor pasaron por su cara. Luego alzó la copa y dijo:

—Por ella. Tiene usted razón. Despídame de su hija con palabras cordiales y procure que no quede en su recuerdo nada de esto... —dijo señalando con una sonrisa el desastre que los rodeaba.

XVI

Muy tarde, como a la una de la mañana, cuando Teresa hubo entrado en un pesado sueño de drogas, Aurora, después de entreabrir el balcón para aligerar el ambiente denso de la habitación, se tendió en una cama para reposar. Teresa, inerte, respiraba ruidosamente en el otro extremo del cuarto. La noche estaba muy fría. Por el balcón se colaba un vientecillo filoso que hacía cambiar de forma las cortinas; las inflaba en uno y otro sentido: hacia adentro moldeando globos blancos y hacia afuera haciendo grandes combas.

Para Aurora las sensaciones de hoy se reducían a meras comprobaciones: hace frío, es de noche, la cortina se infla con movimientos de fantasma. Este último pensamiento la hizo sentir un raro escalofrío. Un rayo de luna al entrar por el mismo ventanal iluminaba el respaldo de la cama de Teresa y aumentaba su instintivo miedo. Para burlar aquella sensación se dio a pensar en que los cuartos de los enfermos deberían tener flores, para disimular así las cosas feas de que se rodea la enfermedad. Tal vez de este modo las jeringas de inyecciones, las cajas de medicinas, las bolsas de agua caliente, el termómetro y la escala de temperaturas clavada a la pared resultarían menos deprimentes.

No obstante su respiración ruidosa, Teresa estaba calmada. A su frente se acercaba minuto a minuto aquella luz lechosa y fría, como si buscara la piel de la enferma. Aurora se sentía muy cansada; tenía sueño, un sueño que llegaba a sus párpados desde adentro, de contacto en contacto celular. El de Teresa venía de afuera, era involuntario, un sueño artificial. Cuando el rayo de luna alcanzó definitivamente la cara de la enferma, esta se incorporó con suavidad en la cama y Aurora, inquieta, la miró. Aquel gesto con que volvía a la aparente vigilia no era de dolor, sino más bien de recordación, de retorno a la vida. Era un gesto tan inusitado que también ella dispuso sentarse para observarla. Los ojos abiertos miraban a lo lejos; estaban bajo el chorro de la claridad lunar y sonreían como si hubieran sido besados. Después cayó pesadamente de espaldas y principió a musitar palabras que, en un principio incompletas, terminaron por redondear pensamientos claros:

—¿Vas... Es... te... ban... vas... a... volver? ¿Vas a volver, Esteban? Yo no... Yo no estoy muerta. Te espero... Yo... sé... esperar. Yo esperaré mucho tiempo desde aquel día... No estoy muerta porque entonces lo alzan a uno. Los muertos llevan los pies hacia la puerta. Los pies horizontales de los muertos. Yo no estoy horizontal. Yo estoy sentada. Te espero. Se miran los potreros. Los muertos tienen los pies horizontales. Los muertos apestan. Yo no... Yo no huelo mal. Siempre te espero.

Después del baño esta mañana me puse un poco del perfume que tú me regalaste. Los muertos huelen mal. No esperan. Ya no tienen nada que esperar. Yo sí te espero.

Aurora estaba prendida a las extrañas palabras del delirio. Cosas de un pasado desconocido para ella asomaban su sombra desde el fangoso mundo del recuerdo. Toda la evocación, a ratos silenciosa y a ratos formulada en palabras, le llegó a retazos, recortada como un rompecabezas que Aurora no pudo nunca armar lógicamente. Las espasmódicas frases del delirio, duras, minerales, se prendían en la incongruencia de un monólogo intraducible, o en la eternidad de ese silencio habitado por sombras. Teresa, abandonada al vértigo concéntrico de la supervivencia emocional, navegaba con fruición, golosamente, adentrándose a través de su vida en su muerte.

Teresa deja correr el tiempo. Supo del tiempo por su ausencia. Cuando él está, el tiempo no concuerda con la realidad. No es el mismo. Cuando está sola sabe, después de bañar al niño, que empleó en hacerlo veinte minutos; una vez terminado el orden de la casa, ha pasado hora y media; después del almuerzo, está segura de que es la una y cuarto porque Vasco es como un reloj para llenar sus funciones. Tic-tac-tic-tac-tic...

—Vasco es un reloj caminando.

Cuando él está no sabe la hora. Que no le pregunten... Le sorprendería saber que han pasado tres horas.

—Pero yo te estoy esperando.

Son lentos esos minutos de espera. Ha concluido con todo: ordenó la casa, bañó al niño, se arregló, dio órdenes a Odilia, y cuando terminaba, llegó Vasco. Almorzaron; eran, está segura, la una y cuarto como siempre.

—Vasco es un reloj caminando. A mí no me gusta Vasco.

Se fue, y ella salió a sentarse en el corredor para esperarlo.

—Se fue el reloj con Vasco.

No tiene ninguna certeza de que vaya a venir; no hay ningún antecedente de otra visita suya a media tarde. Siempre ha venido de noche con Vasco. Solo está cuando este está presente. Desde que viniera la primera vez, ha estado sin embargo ella esperándolo, y su vida ha girado hacia él; hacia esperar su palabra, su presencia, su mirada. Nunca le ha dicho nada que pase los límites de una amistad. Nunca la ha mirado de modo que esa mirada no pudiera ser interpretada en su camino por la mirada de Vasco. Nunca en sus gestos pasó las demarcaciones de la cortesía. Sin embargo, no sabe ella por qué, lo ha estado esperando.

—*Esperar a alguien es casi hacerlo de uno.*

Es adelantar la presencia y usar la máxima libertad. Es dedicarse en pensamiento íntegramente. Es ofrecer el instante y prometer algo para el futuro. Así, ella lo ha estado esperando. Cuando espera, esos minutos que por la mañana puede medir, no durante el espacio que toman para acaecer, sino cuando ya han sucedido, esos minutos de los cuales sabe una vez que se han marchado, esos minutos que puede colocar bajo un número de reloj, llamar con un nombre e identificar de los otros, dejan de existir en esas formas. Parece que fuera más corto el tiempo conocido, porque a más de dividirse en segundos con nombre: las diez y cuarto, las once, las doce y cinco, están rellenos de una actividad que se los come. Al minuto de las diez y media se lo comió la puerta de su cuarto cuando la cerró porque ya estaba arreglado. El minuto de las once se murió en la boca de Odilia cuando le dijo: “Todo está listo, señora, solo faltan los bisteques, pero los voy a hacer cuando llegue el señor”. El minuto de las once murió en la boca de Odilia, pero ella...

—*Yo no estoy muerta. ¡Ah! Los pies horizontales de los muertos.*

Aurora se inclinó, ante estas últimas palabras, dulcemente en su oído, y dijo allí, como quien deposita una flor en el sepulcro de un niño, con la misma ternura:

—¡Claro que no está muerta! Ni va a morir. No hable de eso, doña Teresa...

El minuto de las doce se murió ensartado por su aguja en la última puntada.

—*Pero yo no estoy muerta. Todos están llenos de algo y por eso separados y juntos son diferenciables, se palpan y se van.*

Pero esos otros minutos de espera, mirando el reloj para comprobar que han pasado solo cinco, duelen.

—*Vasco me duele como el reloj. Vasco camina como el reloj. A mí no me gusta Vasco.*

Cuando mira la aguja blanca, la que señala los minutos, todo es más grave y lento. Pero cuando mira la agujita loca que da vueltas como de tres en tres saltitos, se alivia. Esta llega pronto a cualquier, a alguna parte. Aunque esa parte sea tan precaria que después de su carrera, la aguja gorda, grave, solo se ha movido de una a la otra rayita, y la mayor apenas si ha caminado. Lo malo de todo es que su espera no depende de la agujita roja, ni de la ceremoniosa aguja larga, sino del horario grave y solemne. Este dice en realidad si una hora ha muerto y si ha nacido una hora nueva.

—*Pero yo no estoy muerta. Yo te estoy esperando. La cara de Vasco es un reloj.*

Tic-tac-tic-tac-tic... Los pensamientos saltan sobre los pensamientos. Se da cuenta así de que piensa en que el sol comienza a descender un poquito, al mismo tiempo que se figura su paso por la calle, y como si hubiera en su cabeza espacio suficiente para todas las cosas dispares, recoge su falda y mira inquieta a la calle porque tal vez estuvo mal sentada, distraída, y su porte no fue todo lo de señora que ella hubiera deseado. A veces piensa que su cerebro funciona así, como el reloj. Vuelve con ello a pensar en el reloj, a cambiar de posición y vuelve a escuchar los ruidos esperando el ruido que espera. Cuando un tranvía se oye venir, calcula las esquinas que recorre. Está a su entero discernimiento como a las cuatro cuadras y desde ahí (por supuesto, si se detiene) es capaz de referirlas con precisión. Cuando el sonido bamboleante del tranvía corresponde a su esquina, olvida que seguirá siendo ruido más allá, en la próxima y en la otra esquina, y trata de sacar de ese ruido ruidoso, el ruido discreto, cauto, de una persona que camina también bamboleante; y como él no camina como todas las personas, le es fácil distinguir el golpe irregular de su paso, el de su muleta, casi el del aire que se mueve a su alrededor. Es que...

—Yo te estoy esperando. Las manos atrás no se oyen. Yo las oigo. Siempre se ha paseado así, aun cuando no tuvimos salones grandes como este, sino chicos, donde daba vueltas entre los muebles del uno al otro extremo haciendo una onda de sonido, unida a otra onda de sonido que casi se cerraban en círculo. El reloj. Él se está paseando. Yo oigo las manos atrás porque siempre me han molestado sus pasos y tal vez porque voy a morir. Pero todavía no estoy muerta. Falta que me alcen. Que algo con pausa de río corra debajo de mí al hacerse el vacío entre la tierra y mi cuerpo. Falta que yo sienta el incómodo deseo de volverme de una posición que habrá de ser boca arriba, con las manos cruzadas sobre el pecho, los ojos cerrados y la barbilla atada con un pañuelo para que la quijada no descienda y deje por siempre abierta la boca.

Aurora se acercó de nuevo a ella con su fervorosa e imposible ofrenda. Le rendía la vida, mientras Teresa viajaba hacia la muerte. Otra vez en el oído, como si la ronca voz de la enferma impusiera la gravedad confesional del secreto, Aurora susurró:

—Doña Teresa... Doña Teresa... No hable de la muerte porque usted va a vivir. ¿Quiere que le ponga un pañuelo húmedo en la frente? ¡Pobrecita, tiene tan alta la fiebre!

Cogiendo estrellas en un reflejo, humo en un cristal por quebrarse, la muchacha se negaba en cierta forma a compartir el misterio de la doble revelación: el pasado y la muerte. Le puso el pañuelo mojado en la frente y cuando Teresa volvió de nuevo al fangoso silencio, Aurora pensó: “Después de todo, tiene razón. ¿Por qué se empeñarán en que los muertos deben estar boca arriba en una posición que nunca adoptaron en vida? ¿Por qué al volverlos a la tierra, que es algo como volverlos al vientre, no les dan el sabio encogimiento que ahí tuvieron y que ha de ser muy cómodo? No se dan cuenta, o no nos damos cuenta los vivos, de que si a los muertos se les dejara hacer las contorsiones necesarias para llegar a su lógica posición de

muertos, encogerían los tendones, doblarían las rodillas, clavarían la barbilla en el pecho y descargarían la cabeza contra el vientre. Si eso hacen los muertos, si eso harían los muertos, es porque esa es su verdadera posición de muertos y no la rígida posición de vivos que los vivos les damos. Parece muerto, dicen cuando una persona se durmió por casualidad en esa falsa pose de muerto; no sabemos que cuando parecemos muertos, en realidad es cuando adoptamos la encogida posición del sueño, tranquila, en armonía con nuestros nervios y nuestras articulaciones. Cuando dormimos estirados no parecemos muertos, porque los muertos no reposan así. No parecen dormir los muertos cuando los ponen fijos y horizontales porque nadie duerme fijo y horizontal. Reposa, le dicen a uno cuando uno está muerto, como si se pudiera reposar en tan incómoda posición de vivo. ¿En qué mundo está doña Teresa? No sé si en el de esos vivos que hacen cosas absurdas de vivo, o en el de esos muertos que no pueden hacer cosas lógicas de muerto. Pensar así... Me estoy contagiando en este contacto regular con la agonía. ¡No! ¡Yo no quiero!”.

Se levantó y dio unos cuantos pasos por el cuarto en penumbra. El rayo de luna estaba ahora sobre los pies de la enferma. Aurora tuvo más miedo. Los pies... Ella, tan cerca de la muerte, relacionaba sus pies con el estado de muerte... Teresa se movió recomenzando el disparatado monólogo alucinante:

—No estoy muerta porque mis pies no están hacia la puerta. No estoy muerta porque debajo de mí, al levantarme como talbón, no ha comenzado ese rumor de río. Mi quijada no tiene pañuelo. Mis manos no están sobre el pecho. Yo estoy viva. Estoy viva porque espero a Esteban.

Después de tan larga espera, resulta que ha estado allí solo dos horas, cuando suena en el zaguán su paso quebrado. No oyó el travía, ni hizo al fin nada para distinguir, entre el ruido traqueteante, el ruido disparejo de sus pasos, ni el ruido seco de su muleta, ni el ruido blando del aire a su alrededor. Tiene Esteban la cara preocupada. No se molesta en preguntar por Vasco como siempre. Parece saber que no está. No entabla ninguna de esas conversaciones tan gratas de otras noches. Se sienta silencioso y Teresa no se atreve a preguntarle nada. Por primera vez, se siente incómoda en su presencia. Es terrible para ella que después de aguardar con tanta intensidad y de estar tan segura de que su compañía había de serle grata, resulte que le produce esa incómoda sensación de ausencia. No puede comprender cómo alguien tan deseado se convierte, por un minúsculo silencio, en persona indiferente, incapaz de ayudar a que corra la agujita roja y cumpla su cometido la solemne aguja grande.

—Vasco es un reloj. Esteban parece también de reloj esta tarde. Las manos atrás no se oyen, porque Esteban no tiene las manos atrás. Esteban parece también de reloj esta tarde.

Igual que cuando lo esperaba, mira el reloj y cuenta los segundos y comprueba, después de un nuevo y penoso silencio entre dos frases sin importancia, que solo ha transcurrido un cuarto de hora. Comienza a hacérsele también incómoda la silla y no

sabe si será por ese segundo hijo que espera y que ya la entorpece un poco. Qué diferente este embarazo al primero. Ahora todo le parece mejor (exceptuando ¡claro! esta tarde que la ha defraudado). Ha pensado en su hijo con alegría y con un deseo que no es ni legítimo ni justo: ha deseado para él los claros ojos de Esteban, su largo pelo negro, su pequeña boca roja y su nariz de aletas prominentes. Pero deseando tantas cosas de él, hasta ese minuto, no había pensado que ese hijo hubiera querido que fuera de Esteban. Tanto ha cambiado su vida, que el hecho de ser de Vasco el niño no disminuye la alegría de su nacimiento. Se regocijó cuando por vez primera se movió en su vientre y ha sonreído a todo por su hijo como si todo fuera distinto. Será diferente. Será diferente del mayor, Roberto, y de Vasco. Será como Esteban porque así lo quiere ella. Es capaz de cambiar los rasgos de Vasco en la cara de su hijo y de turbar en su alma la huella de la herencia. Es capaz de todo. Su hijo no será alimentado con la amargura que alimentó a Roberto. Para él sí habrá sueños de gloria, aunque los sueños de gloria haya de construirlos sola. Su presencia física dentro de ella tampoco la ha molestado, como la molestó la del primero. Su cuerpo responde bien a todas las demandas y no se deja trastornar por las exigencias del hijo. Ella está bien, se siente bien, está alegre, espera a su hijo con júbilo. Esperar... Todo ahora es mejor sin haber cambiado nada, fuera de la discreta amistad de Esteban. Pero todo es mejor, excepto, desde luego... Ella quisiera saber a qué vino, si a buscar a Vasco, por quien no ha preguntado, o si solo a verla. ¡Si fuera esto último! La sobrecoge una fugaz sensación de culpabilidad. Su incomodidad se hace visible porque Esteban rompe el largo silencio para decirle:

—Parece estar contenta...

—Sí lo estoy.

—Es esta una tarde a propósito para estar contento.

—Mi contento no viene de la tarde, ni de más o menos sol. Viene de adentro. Si es que esto se entiende...

—¡Ah! Por fin ha hecho usted el solemne descubrimiento de que es capaz de estar alegre porque sí. Usted tiene una tremenda fuerza para vivir, no hay duda...

—¿Fuerza para vivir? Tal vez sea cierto. Nunca había pensado antes que en mí existiera este deseo de vivir así, en forma definida. Sí... Está visto que la tengo...

—¿Le gusta la vida tal como es, o quisiera cambiarla?

—Creo que todo está bien. Probablemente soy una persona de modestas ambiciones, pero me parece bien. Las cosas que pudieran... que quisiera cambiar... Bueno, no pueden cambiar y ya he aprendido a tomarlas como son.

—Hace bien pensando así.

—No quiero que nada cambie. Quiero que siga así por siempre.

—¿Y si no hubiera de seguir por siempre así?

—Si algo debe cambiar, ese cambio no se puede producir en las cosas que tienen posibilidad de alterar mi vida. No quiero que nada cambie porque yo hoy estoy contenta. Puede que mañana, si estoy triste, anhele ver mi mundo cabeza abajo. Pero no hoy.

—¿Y después, cuando no esté como hoy contenta? ¿Qué hará?

—Usted acaba de decir que yo tengo una tremenda fuerza para vivir. Viviré entonces de lo que quede, y aun de la tristeza si eso es necesario.

—Está bueno que piense así. Eso me tranquiliza. Puede que en algo haya yo contribuido a su equilibrio, y me... estaría satisfecho de que así fuera.

—De usted depende mi equilibrio...

Siente un poco de rubor después de dichas esas atrevidas palabras. Pero se conforta pensando que nada puede alterar la paz que disfruta, nada puede remover el divino sentimiento de conformidad que la embarga. Él está allí; por lo tanto, todo será por siempre igual y feliz. No existiendo nada concreto, ninguna de esas cosas que pueden descomponerse por un sentimiento o deshacerse por una cólera, mediando solo esa unidad entre él y ella de... ¿cuál sería la palabra?... de silencio. Nada puede cambiar y si algo cambia siempre le quedará mucho de lo que él significa para ella. Vuelve el silencio entre los dos. Pasan las horas y no se va. Pasan las horas...

—*¿Cuántas? ¿Cuándo comencé a estar así horizontal de costado y a veces horizontal como los muertos que arreglan los vivos? ¿Cuánto hace que el médico puso aquella cara de repugnancia, como la del que debe tragar una horrenda medicina, para decir a Vasco algo que yo no oí? Desde entonces he estado tendida. Han venido muchos soles, y muchas mañanas, y muchos atardeceres. Yo siempre estoy tendida porque siempre estaré tendida ya. No es, esto de morir, más que tomar por siempre la posición horizontal. Se muere uno, en realidad, desde el momento en que esta horizontalidad se convierte en definitiva. La vida es vertical. Pero yo no estoy muerta todavía en esa forma total porque vendrán, mamá lo dijo, cuando ya lo esté, voces remotas a aconsejarme, y alguien de ello encargado me dirá qué debo hacer para remontarme. Seguro que si se remonta uno... Y como es la primera vez que se hace, uno no podrá hacerlo sin esa voz, encargado... Ángel... Barca... en qué forma se hace. Lo terrible ha de ser... horizontal... de allí en adelante. Humillante, para un muerto, comportarse vertical... orgullo... sentirse... calidad inexplicable de muerto... muchas cosas que no tienen los vivos... sin dolor... porque se cambia de*

deseos, de esperanzas, de modos de... como he cambiado yo con solo la presencia silenciosa de este afecto inconfesado...

Cuenta con él para lo que hace y para lo que no hace, y sabe, íntimamente, que puede contar con él. Todas las demás manifestaciones del afecto le importan poco. Ella es, sin lugar a dudas, una criatura de limitados deseos, o la vida la ha vuelto así. Está bien todo esto. Con un poco de su presencia, con su profunda comprensión de lo suyo, y con su resistencia pasiva, pero firme, a los miserables deseos de Vasco de mezclarlos en algo que lo ponga a él, frente a ellos, en posición de juez.

—Vasco es un reloj caminando, da horas...

No tienen que pedir más a la vida. Las penas están en uno; y cuando en uno hay una alegría como la suya, hasta las penas se vuelven alegría. No necesita más. Con tal de que nada cambie. Las cosas que ya existían cuando él llegó son inalterables: Vasco, los hijos, la casa, el hogar. Cosas que eran para ella amargura y hoy no lo son. Está bien así. Junto a él sin estarlo. Antes pedía ella muchas cosas; ahora es feliz con algunas pocas. Pocas, desde luego, para la Teresa de antes, pero para la mujer que es hoy, no son pocas. Ocupan su mundo. Está, indudablemente, muy bien así. Desde luego, no está bien esta primera vez que Esteban parece tan ausente, tan distraído... Pero será alguna tristeza de la que ella no puede participar, porque participar sería romper su silencio. Su silencio. Esto es cuanto los une. Un silencio compartido. La gente se une por palabras, o por gestos, o por miradas, o por dolores, o por sacramentos. Ellos se unen por silencio. Está bien así. Solo es molesto no haber podido establecer cordialidad hoy con Esteban. Pero ya pasará. Él sufre, o espera algo. Entre sus frases lacónicas se le siente intensidad de escucha alerta, como si ya vinieran unos pasos, o fuera a sonar una voz, o a llegar una persona. Mira la puerta. Han pasado muchas horas. Muchas de estar...

—Tendida oyendo el reloj de sus pasos en el salón allá abajo. ¿Por qué no se va? Yo no deseo que se vaya; es una pregunta cualquiera.

¿Por qué se queda cuando han pasado tantas horas y se acerca ya la hora de la cena? Tal vez esté esperando a Vasco aunque no lo haya dicho.

—Yo estoy también esperando la muerte... calidad diferente... de espera... sin deseo... Yo no quiero morir, pero tampoco me importa. Sé que voy a morir... Se saben algunas cosas importantes. Dolores no, ni la cara del médico, ni su frase misteriosa, ni tontas cosas... Distinta calidad de conocimiento. Yo sé... Ventaja sobre ellos los que no saben. Somos diferentes. Voy a morir... Diferente porque estoy sentada aquí a la mesa con Esteban y no come nada... Y aunque él casi no habla, puede pasarle el pan, servirle y rogarle que coma. Están los dos solos y es bueno compartir la mesa.

Y aunque hable tan poco y todavía escuche los tranvías, los pasos en la calle, los ruidos de la noche, a veces, vuelve de su tensa situación hacia Teresa con una mirada

fervorosa. ¡Como nunca fervorosa! No ha preguntado todavía por Vasco y cuando le hizo ella la invitación a comer, aceptó de inmediato en una forma precipitada. Es curioso también que Vasco, tan puntual siempre...

—*Vasco es un reloj... da horas... a mí no me gusta Vasco.*

...no haya llegado todavía.

Pero su ausencia le permite esta satisfacción que nunca antes había gozado: estar sola con Esteban. Puede mirarlo libremente, comprobar, como si fuera a olvidarlos o a perderlos, los rasgos de su cara. Puede pasar una mirada de bendición sobre él y contestar a sus escasas preguntas sin temor de provocar, con sus respuestas, miserables actitudes de Vasco que después ella deberá cubrir. Hoy no hay nada que cubrir. Hoy todo es verdad. Ninguno de los dos tiene que engañarse, ni engañar, ni decirse tampoco cosas que parecerían justificar esta libertad transitoria, porque con ella, o sin ella, lo único que los une es su silencio compartido y permanente. Se dicen lo mismo, hacen lo mismo, se miran lo mismo que cuando Vasco está. Nada tuerce, como otras veces, la pura intención de esas miradas. Todo hoy es verdad. Todo está bien así. Ella no pide más. La vida es buena. Pero ya viene Vasco porque se oye ruido en el portal y Esteban, quien seguro piensa en Vasco, se pone de pie como para recibirlo. Suena la puerta; no es Vasco pues, porque él tiene llave. Ella coge aire con súbito alivio y mira a Esteban en quien, ¡qué raro!, todo parece estar tenso hasta el estallido. Da vuelta a la mesa y la toma de la mano con insólita gravedad.

—Teresa... contésteme esto con verdad, con absoluta verdad...

—Sí, con mucho gusto...

—No, Teresa, póngame atención. Escúcheme y no escuche a la puerta. Tenemos poco tiempo. ¿Todavía le tiene miedo?

—¿Miedo a qué?

—Miedo a Vasco. El miedo que le tenía cuando la conocí.

—Un momento... voy a abrir.

—Deje que vaya la criada. Muy pronto sabrá lo que pasa. Contésteme ahora. ¿Todavía le tiene miedo?

—No, Esteban. Gracias a usted ya no le tengo miedo.

—Entonces me puedo ir tranquilo. Si usted me promete no tenerle miedo de ahora en adelante.

—Se lo prometo. Pero... ¿qué pasa? ¿Para dónde se va usted?

En respuesta a su pregunta tres hombres aparecen en la puerta del comedor. Uno de ellos tiene un papel en la mano; los otros dos una cara aburrida como la de quien cumple un compromiso o realiza una obligación. El del papel, sin mirar a ninguno de ellos lee algo y pregunta:

—¿Es usted Vasco Mendoza?

—Yo soy —dice Esteban. Teresa va a hablar pero la mano de Esteban presionando fuertemente la suya le detiene.

—Tenemos orden de ponerlo en la frontera de su país por el delito de... El hombre va señalando con su índice la línea que lee:

—...comprar armas para los revolucionarios de su patria y hacerlas pasar la frontera clandestinamente; tratar de derrocar así un gobierno amigo; y luego, anulado por ambición su propósito original, vender armas en su propio beneficio engañando a quienes le pagaron por ellas; estafa, soborno, sedición...

Busca de nuevo en otra página pasando varias sin prisa, aburridamente:

—Como usted ya sabe todo cuanto hizo, no es necesario que yo se lo lea completo. Lo importante sigue aquí: por lo cual será puesto de inmediato a las órdenes de su gobierno para lo que se sirva disponer en su castigo.

Esteban, soltando la mano de Teresa, avanza un paso, su más difícil paso. El hombre del papel lo mira y pregunta todavía:

—¿Es esta su mujer, Teresa Mendoza?

—Esta es mi mujer.

—Puede usted despedirse de ella ahora mismo. Luego, síganos.

No se dicen nada porque al fin ella ha comprendido. Esteban la abraza con su mano libre y besa su boca dulcemente, sin dudas, porque ha sido ese su derecho. Y ella responde a la caricia con la naturalidad elemental de una cosa que es así no porque Esteban quiera defender su hogar y acuerpar la huida de Vasco, ni porque esos tres hombres hayan aceptado su identidad equivocada, ni porque él se vaya para no volver, sino porque así, desde siempre, debería haber sido. Ella, después de todo, es su mujer.

La enferma se revuelve un poco en la cama y Aurora la mira desconcertadamente. Vuelve a articular palabras entrecortadas que la muchacha trata de entender, pero solo

logra sacar del monólogo unas pocas expresiones coherentes. El resto no es más que un galimatías de fiebre, recuerdo y sufrimiento:

—Mmmmmuer... Yo... Shrshrshrshrshr... Tatatata... No... estoy... muer... ta...
Shrsshrsshrsshrshr... Oy... su... mujer... Soy... su... mu... jer... vas... a... vol... Es... te...
ban... ¿Vas a volver, Esteban?

XVII

Amanece rectangulada la luz en la ventana. Todavía no hay suficiente claridad para que se distingan detalles. Aurora está acostada; tiene la espalda contra la pared y la frazada no la cubre entera. Le duele el cuello. No quedó para ella almohada, ni calor, ni sitio. Le duele la cintura. Está en el mínimo espacio que un cuerpo puede ocupar. Le duelen las rodillas. De canto los cuerpos son más angostos. Ella está de canto. Con las piernas estiradas y los brazos junto a las caderas toda la figura se alarga y toma menos sitio. Ella está tensa como cuerda, rígida y lineal. Le duele el vientre. Respira suavemente; sonrío tristemente.

A su lado, ocupando toda la cama, duerme Gabriel. Tiene almohada, cobija, calor y espacio. No los tomó por violencia; se los cedió ella por gusto, y es más, sin que él se diera cuenta. Dar es así, amorosamente, sin que lo note el beneficiario. Así también, sin pedirles ni fijarse él, ha ido ocupando todas las atmósferas en la vida de Aurora. Ella es frente a Gabriel la materia plástica que repite su forma. El hombre se hace ancho en jugosa tierra de mujer. Crece, se nutre. A ella por dentro, y también sin saberlo, le duele soledad, indiferencia, tristura, injusticia. A él le brotan ramas de ira, se le enreda yedra de pesadumbre, y sigue. Bebe calor y expide amargura. Consume ternura y devuelve cinismo. Pero está grande, esplendente, poderoso. Ella se agosta de cosas fértiles; él se derrocha en cosas inútiles. Gabriel está hombre. Ella está mujer.

No se entienden. Siempre hablaron dos lenguas distintas. Pero eso no importa, mientras crean que resta algo por decirse. Aurora lo cree porque así es el amor: ella y rendirse. Él y vencer. Construyen una vida pintoresca de pedacitos que él acerca sin orden y ella une fervorosa, arbitrariamente. Esos pedacitos no casan, están pegados a esfuerzo, pero todavía están pegados. Él debe hundir en ella su puño poderoso, dar la espalda con frialdad a sus gestos compungidos, y rabiar, y añorar, y celar. Callado. Hay que estar callado. Se va encontrando en su propio silencio. Tiene extraños amigos allí dentro de él mismo, que le gustan más, mucho más que Aurora o el mágico mineral de sus piernas. Untados en su centro corazón están los cordiales lazos del hombre con el hombre. No afuera. Adentro. Llegará un día en que podrán dejar de existir todas las cosas; ella, y hasta las palabras, pero quedará su afirmación de piedra. De hombre que se descubre con húmedo gozo. Hay tanto en buscarse, tanto trabajo; y deleite en encontrarse, que él ocupado todo el tiempo consigo mismo. Profundo deleite de hallar un pensamiento agazapado o ver que la cólera conjuga con la tarde. Se pierde en el caracol de esa emoción abstracta y masculina del pensamiento, bajando la suave pendiente del goce intelectual hasta la entrada de su

entraña. Y allí se queda. En las manos tiene... ¿Qué tiene en las manos? Todo lo que llegue a sus manos, tan externo, no importa. No lo ve, y casi no lo siente cuando lo destroza con los dedos. Él, Gabriel, hombre macho, está en el tabernáculo de su propio corazón habitando sus amigos; degustando sus familiares. Sus amigos caros: vivaz pensamiento, abstracción de la idea, síntesis gloriosa; sus familiares no humanos; cólera, emoción, poder, fuerza, generosidad irrazonada. Gabriel se vive embriagando. Está en la época de los descubrimientos; no ha llegado a la de las conquistas.

Toda la noche la pasó así encarrujada en su propio cuerpo como un molusco. Y muchas noches también. Cuando él acomoda por última vez la almohada antes de dormirse, ella se mueve sigilosamente contra la pared y adopta la infame posición del no espacio. Tan silenciosamente, hurtando el cuerpo con lentitud, resbalando una pierna bajo la otra, aprisionando sus brazos, que él no se da cuenta. Por último Gabriel respira hondo, goloso de secreta salud física y se crece en la cama como una esponja con agua. Ella disminuye y disminuye. Él duerme. Lo oye a él y a los sordos golpes de su sangre contra la garganta, que circula potente, infla sus venas, refluye luego y vuelve a golpear. Aurora escucha. Ese es su corazón. Sin obstáculos el aire sale de sus narices con música, aromado y magnífico. Lo adivina en la oscuridad dilatar un poco las ventanillas, mover el borde de la sábana y expirar mansamente. Gabriel está en el distante fondo del sueño profundo. Ella se mueve un poquito, lo bastante para hacer circular su propia sangre sin molestarlo. Vela mucho rato y duerme poco. Está vigilante del hombre y de sí misma. Adivina sus sueños y maltrata el propio cuerpo para que no se mueva. Así ha sido desde que ella está con Gabriel. Él todavía no sabe si Aurora duerme o cómo duerme. El barco anclado tiene un sitio fijo en el mar; él lo tiene en la inconsciencia del reposo. En Aurora todo es tenso y consciente. Repasa memorias, vigila la presa en su amor que está por escaparse.

Creyó, cuando solicitara compartir la vida dura de Gabriel, que tomaría parte en esa vida y se incorporaría medularmente a él. Pero eso no ha sucedido. Está con él, pero no está en él. Aurora prefiere ignorarlo y cubre con engaños sus auténticas verdades. Lo que constituye su íntimo ser agoniza ignorado. Ella le calla el grito a ella misma; le aprisiona el gesto a ella misma; le destruye el deseo a ella misma. Y va viviendo una falsa trama que pomposamente denomina amor. ¡Si no lo fuera, su gesto se volvería tan miserable! Entre amor y libertinaje la línea divisoria es muy tenue; se asienta en una idea y se muere con una mirada. Para que la idea inicial aliente, Aurora destruye toda otra idea; y para que el gesto mortal no se produzca, no hace ningún gesto. Toma lo que él le da, y que no es otra cosa que el reflejo deformado de sus propios actos. Con eso está: no, contenta no, embriagada. Ambos están, pues, ebrios de sí mismos. Cuando se encuentran por casualidad en un pensamiento se saludan como desconocidos y luego luchan. Esto ocurre tan pocas veces que no es difícil convivir sin verse, habitante Gabriel de su inédito continente intemporal; Aurora viajera pertinaz de una vida ficticia, y además ajena. Es extranjera en su atmósfera íntima; lleva un bagaje de mentiras curadas con llave para que no salgan. Se mueve

vertiginosamente en la esfera exterior de sí misma. Él bucea despacio, con deleite, en la savia interior de sí mismo. ¿Están juntos? Puede ser... Viven juntos.

—Levántate, Gabriel, se te hará tarde.

Nadando, desde el fondo de un sueño llega él.

Estaba en la playa, dejaba en la arena el molde de su cuerpo; daba vuelta luego y volvía a quedar su molde alargado y cálido. Aurora, jadeante, llenaba esas huellas con agua del mar que recogía en el cuenco de la mano, y cada vez que la arena insaciable se bebía la humedad, ella agregaba una lágrima azul. Donde la lágrima creciente y multiplicante se colmaba en un segundo el hueco de su forma, y entonces Elena, sonriendo insolentemente, vaciaba la lágrima dulce y henchida. Mientras tanto él repetía su huella total en la arena y se acercaba al mordisco de la ola; ya, se acercaba, pero no sentía nada. Sentía que no sentía lágrima, ni sonrisa, ni miedo (*Levántate, Gabriel, se te hará tarde*). Navegó bajo la ola rompiendo con los brazos en capas de mica verdosa y transparente. Arriba estaba azul. Ya iba a llegar. Le faltó la respiración. Nadó a prisa. La última capa de agua verde bajo el cielo azul. Estaba dura como el hielo, pero no fría. Trató de romperla y no pudo. Se le acababa la respiración. Se le acababa... (*Levántate, Gabriel, se te hará tarde*). Y se rompió.

—¡Hhhhhmmmmmm...!

Después del refunfuño, Gabriel dio vuelta en la cama sin quererse levantar. Se acercaba por grados rotos de conciencia a la realidad, pero no la alcanzaba todavía.

“Si alguien entendiera el dilatado gozo de soñar. Pero nadie, ella tampoco. Elena haría una frase. ¿No estaba allí en mi sueño sacando la lágrima azul con su sonrisa? Pues eso era, exactamente eso. Extraer. Lo hizo desde el principio y lo siguió haciendo hasta el final. Con Elena no se puede soñar porque es la realidad; con Aurora tampoco porque... tal vez: el sueño. Soñar con. Eso no se hace. Se sueña con, no con de ese que equivale a sonar con equis persona, sino con del que equivale a soñar con o de tal cosa. En resumidas cuentas, hay que soñar solo...”.

—Se te hará tarde.

“...Hasta que lo saquen a la realidad así: “se te hará tarde”. ¿Y qué me importa? Ser corrector de pruebas para comer no es lo más importante de mi vida. Lo más soy yo mismo. Ahora ha de insistir hasta que me levante. Insistirá, insistirá, insistirá. A Elena le hubiera contado mi sueño, tal vez para que se riera de mí o para lograr una de sus... inverecúndicas (la acabo de inventar) palabras. Pero ella me hacía hablar. Esta me hace callar. Tengo que rasurarme. ¿Me rasuraré? Podría esperar otros dos días. Al cabo y qué... Tengo hambre. Digestión...”.

—Gabriel...

—Sí. —Levántate, por Dios. Es muy tarde.

Aurora lo sacude para plantarlo en esa realidad que los dos, por razones distintas, odian. Cuando duerme, casi es de ella. ¿Por qué le dan angustia sus gestos? No sabe si Gabriel estrena gestos todos los días para desconcertarla, o no domina todavía el material expresivo de su cara. No se puede sentirse dueño de algo que cambia tan frecuentemente. Hay gente de gestos repetidos o de pensamientos mansos que aprendemos a conocer sin dificultad. A esa clase de gente se la tiene. Sus modalidades se incorporan a uno mismo y los elementos enemigos de ambas almas van entrando en fusión con el tiempo y la costumbre. A las personas como Gabriel no se las conoce nunca. Ella estará siempre en el abecé de su ira y en el balbuceo de su sonrisa. Es horrible. Solo sabe que él la sabe; la tiene aprendida porque sus emociones se repiten en el prisma constante de su amor sin cambios. Ha de serle cansador, por fácil, conocerla tanto. Dormido, es casi suyo. No hay entonces gestos en su cara que ella, con esa su mirada de ansiedad huérfana, persiga hasta casi darle alcance a una interpretación satisfactoria. Hasta casi darle alcance..., porque cuando ya en el naufragio del conocimiento vislumbra lo que cree pasión, amanece en él lo que parece ira o soberbia o vanidad. Si duerme puede poner en él sus propios sueños, adjudicárselos y hasta sonreír. Y si muriera así, durmiendo, le pertenecería por completo. Vivo le pertenece a sus paradójicos pensamientos. Hacer de la idea en sí sublimación tal cual hace Gabriel equivale a creer en Dios. Aunque diga que no cree. ¿Será que le tiene un poco de temor? Puede ser. Su amor por él tiene un quién sabe de ola que va avanzando sobre la playa, ¿y qué sucede? Nada, porque antes de ser bebida íntegramente la ola tiene que retirarse. El amor ha de ser bebido por completo para que sea amor; no le basta con producirse estéril sobre una materia impermeable como Gabriel. Eso equivale a vivir haciendo, cometiendo, un error en el que no se cree pero del cual uno se asusta cuando se ha producido. Ella está siempre en el error, en una equivocación que ignora dónde reside. Puede que resida en ella, o esté entre los dos. La vacuidad de un sacrificio es tan monstruosa como la falsificación de la piedad. Su sacrificio... ¿Es...? Sin saber en qué consiste, lo siente y la abruma. Eso es, está abrumada de tontos y repetidos sacrificios inútiles.

—Gabriel, se te hará tarde.

—Sí. Ya lo sé.

—¿Por qué estás tan hosco?

—Déjame, estoy pensando...

—¿En qué? —quiso decir “¿en quién?”, pero no se atrevió.

—En nada. Ahora sí se atrevió:

—¿En nadie querrás decir...?

—Tal vez no. Tengo hambre. Podrías ir a preparar el desayuno.

—Está bien.

Cuando Aurora se levanta solo deja su cuerpo, en la cama estrecha, una huella lineal. Gabriel se despereza. Rasurarse, bañarse, comer, pararse en la esquina, esperar un camión y colgarse al racimo de carne como una carne más. Pero antes, dará a Aurora un molesto beso. Molesto por obligatorio. Ella se pone dramática si no la besa al irse. Y todo él se resiste al beso. No le gusta acariciarla tal vez porque no hay aroma en su cuerpo que no conozca, ni mirada que no sepa de antemano, ni frase que no pueda anticipar. Se ha ido haciendo entre ambos un mundo de fórmulas mientras los pensamientos que no se dicen toman rutas divergentes. ¿Pero es que ella piensa? Aurora seguro ha olvidado hasta los problemas elementales de matemáticas. Estudiaba ingeniería antes de irse con él, pero lo llama para ratificar una suma de cinco cifras, y cuando lo hace tiembla el lápiz entre sus dedos y hasta tiene a veces una lágrima en acecho. Se ha vuelto tonta, inerte, prosaica, vulgar, cotidiana. ¿Se ha vuelto o siempre fue así? Todavía la toma bestialmente cada noche. Pero que no hable, que esté callada, que se deje mansa, que se acume pasiva. Que no diga nada. Él odia su palabra como en Elena temía el silencio cargado. Cuando Aurora calla y se deja doblegar con esa instintiva obediencia idiota, él hasta puede pensar que es la otra. Y está mejor así para llenar un vacío de la carne y para engañar un rencor suspenso. Él no traiciona porque nada ofreció dar. Absolutamente nada. Cuando él dejó su casa para... ¿para qué? para encontrarse en la prueba de sus fuerzas ante la soledad y de sus resistencias ante el silencio. Aurora vino a agregarse como un cero a la izquierda. No quiere él que la vegetal presencia de la muchacha trastorne su soledad o anime sus silencios. Él no la aceptó ni la rechazó. Alguien tan vacío de significado en su vida como Aurora, no podía dar ni tomar, descomponer ni alterar. Tan poca prisa tenía de ella, tan poca necesidad de su compañía, que no usó su cuerpo hasta pasados muchos días, tal vez semanas, y entonces, sin dar explicaciones ni adelantar una caricia. Se levantó luego Gabriel, cargado de reproches por la voracidad anónima que lo había poseído y se lavó como un rito las manos sin decir nada. Ella estaba inundada de beatífica felicidad y sonreía. La sonrisa se le hizo grande, la dominó toda, estalló en carcajada gozosa y maduró la palabra:

—¿Me quieres ya, Gabriel?

Él volvió del ensueño morboso a la realidad ignorada.

—¿Qué dices?

—Que si me quieres ya...

—No sé. Aurora, posiblemente no te quiera, sin que esto lo vayas a interpretar como un deseo de maltratarte. Tal vez nunca te querré. Perdona si hice lo que hice. No pude evitarlo porque tampoco pensé en evitarlo. Si quieres no volverá a suceder más. No será difícil poner punto final a estos arrebatos extemporáneos.

—¡Pero si eso era lo que yo quería! Estaba esperando que sucediera. Ha sido un milagro y te doy las gracias por él.

—Escucha, Aurora, no puedo comprometer contigo mi cariño. No puedo. No me pidas palabras que no siento. Es lamentable que me dejara llevar sin pensarlo.

—¡Si no pido que me quieras...! Déjame quererte. Eso será bastante.

Así dijo ella esa noche. Pero aunque esa noche era verdad, no siguió siéndolo después. Y después de ese después se hizo más amargo el compromiso gratuito que había otorgado, sin pensarlo. Comenzaron a tener vigencia las fórmulas, las palabras entraron en un molde reducido, se uniformaron los gestos de ella y se liberaron los gestos de él. A veces Gabriel volvía, lleno de piedad, una mirada humana hacia ella.

—Me gustaría oírte reír, Aurora.

—A mí tal vez me gustaría verte llorar, Gabriel.

Y se hacía con esto el silencio, y con esto se hacía la distancia.

—Te estás llenando de rencores —lo cual, en boca de él, no era más que una caduca fórmula de piedad teñida con un poco de arrepentimiento.

—Te equivocas, yo no soy capaz de rencor, y menos de rencor silencioso —lo cual, en boca de ella, no era más que una fórmula vigente de resentimiento acusador que a nadie puede acusar más que a sí mismo, porque se encierra tenaz en la negación.

Las fronteras vivas, incapaces de provocar dolor o dejar huella las habían establecido ambos como mutua defensa sin decírselo. Eran límites parcos de obligada convivencia. Y los repetían pensando en otras cosas. Así:

—Ya está el desayuno, Gabriel,

—¿Te parece que debo rasurarme?

—Me parece que sí. Tienes una barba espantosa.

—Pues no me voy a rasurar. Esperaré otro día más.

—Haz lo que quieras. El desayuno se enfría.

Gabriel caminó hasta la mesa. Estaba en bata, con pantuflas, sin limpiarse los dientes, los mechones de pelo en la cara, los ojos cargados de sueño y los movimientos pesados. Ella estaba limpia, bañada, peinada, pulcrísima. Pero también se movía lenta y bajo los ojos se dibujaba una huella de insomnio que hasta parecía de voluptuosidad sin serlo. Aurora por dentro era...

“Estoy pálida, me duele el cuerpo y me arden los ojos. ¡Si él me viera! ¿Por qué vendrá tan sucio y desagradable a la mesa? Huelo bien, a limpio por lo menos. Cuando me inclino el pelo me cae sobre la cara y es tan negro, tan indómito, que debe tener algo de lujuria si lo dejo resbalar suavemente. Hoy me pesan las pestañas como nunca antes. Tengo calientes las manos y así, fresca y cansada (extraña combinación de calidades), debería tenderme hasta el reposo o hasta el agotamiento. Y él debería tomarme porque soy joven y porque soy bella y porque estoy limpia. Si me viera él... Pero está sumido en eso que llama pensamiento. Ese pensamiento distante que lo amuralla y lo solidifica. Esa esponjosa y repugnante vanidad con que se siente hombre. Un hombre se hace de ese abstracto pensamiento que se yergue siempre ante mí desde su escalera sin peldaños, vertical y paradójico... escala de David... ángeles... y también de muchas otras cosas más de que él, hombre, y no mío, carece. Tal vez es más hombre una mujer si está hecha de espuma que se deshaga en todo, si deshacerse es dar y si la generosidad ilimitada es la más íntima calidad de un hombre. *Si me viera él. Come. Engulle. Piensa tragando pensamientos como traga comida. Y no me ve*”.

Gabriel por dentro era...

“En el azul de un cuento. Me tomó aquí donde nace el pensamiento hoy. El azul es evocación con un poquito de tristeza. Como el blanco es flor. Para mí es flor. Ella piensa que yo pienso en Elena. Y olerá a jabón barato si me le acerco. Como olía mamá antes de estar enferma. La otra olía a perfume y, muy íntimamente, olía a ella. No todas las mujeres tienen olor propio. Algunas comparten ese penetrante, molesto olor femenino. Otras como Elena lo llevan a la individualización exaltándolo, ocultándolo temporalmente en un odre de olores vegetales para descubrirnos por último ese voraz olor animal de ellas mismas. Si me acerco a Aurora tendrá la piel caliente, tan caliente que extrañaré la fresca piel de la otra. Estará dura, sin la madurez de relajamiento que tenía Elena. ¡Aquella su carne que se amoldaba a la mano, plástica y movable! Aurora parece de mineral. ¿Cómo maduran las mujeres? ¿Cómo adquieren esa maleabilidad tan aceptable, tan deleitosa? Las ha de frutecer el gozo. Tal vez sea esto. Todavía... bañarse, repetir cuatrocientos setenta y un movimientos de inmersión en el agua. Repetirlo en seco ha de ser estúpido. Frotarse las encías hasta ponerlas rojas y los dientes hasta ponerlos blancos. Extraer una partícula que se ha quedado adherida. Mirarse al espejo. Pasarse una mano por la barba y tocarla dura. Peinarse con cincuenta y nueve movimientos eléctricos de atrás hacia adelante. Todo absolutamente tonto. Todo absolutamente inútil. Porque para pensar no necesito el cepillo de dientes, el jabón ni la toalla. Después vestirse

mediante un procedimiento plagado de absurdos: primero las medias y los zapatos. Bastaría con los zapatos. Luego los pantalones abotonando hasta el último botón y ciñendo el cinturón en el agujero preciso que le corresponde, ni uno más, ni uno menos. La camisa; y entonces, paradoja de la rutina, desabotonar todos los botones del pantalón, desceñir el cinturón y repetir la faena como si no se hubiera hecho por anticipado. Ilógico, pero inevitable. Si los hombres nos pusiéramos primero la camisa. Pero un hombre en camisa y sin pantalones... Bueno. Tal vez la estética doméstica. La corbata y el nudo que se resiste, vuelta una y otra vez (repitiendo el gesto, centuplicando la atención, modificando un milímetro de deslizamiento hasta conseguir el cordón de ahorcado por una fórmula bellaca. El pañuelo del día anterior a la bolsa trasera; uno limpio para la bolsa del pecho. Y estamos. Todo corrompido y absurdo. ¿Para qué? Para ir a la esquina, esperar ese maldito camión que nunca pasa y colgarse de la manada estropeando el nudo de la corbata, la posición de los pantalones y el falso equilibrio de las hombreras acolchadas. Imbecilidad pura. Pero antes... besarla. Siempre cuando la tengo que besar así, para irme, me amenaza esa lágrima imbécil que pende de sus largas pestañas. Se aproxima su cara y ya veo la lágrima. No quiero besarla. Mi espíritu se rebela contra esa piel de niña y mi cuerpo entero se violenta por la lágrima. ¡Ah! Pero si no la beso rodará y se convertirá en un minuterero de goterones por su cara. ¡Maldita sea con su ternura pegajosa! ¿Me levanto? Sí, me levanto. Ahora me nace del estómago un pasajero regocijo alimenticio. Le voy a preguntar si le alcanzará con cinco pesos para el gasto de hoy”.

Aurora por dentro era...

“Piensa tragando pensamientos como traga comida. Y no me ve. Y no nos decimos nada porque ya nada tenemos que decirnos. ¡Ese su tenaz silencio! Tiene un disgusto en la mirada, que por supuesto no dirige hacia mí, y es porque piensa en algún pensamiento renuente que separa de los demás cogiéndolo con un razonamiento sorpresivo. O piensa en aquella. La que endureció su gesto y fecundó su silencio. No me ve porque se retuerce con ella en el deseo. O tal vez me esté equivocando; yo siempre me estoy equivocando. Tengo miedo de ese error que saltará sobre mí para cazarme y dejarme atontada y temblorosa. El de no coincidir con su pensamiento, ni poderlo adivinar, y el de rodear vanamente su silencio. Él piensa en ella. Ahora hay regocijo funesto en su cara. Y no me ve. Ya se va. Tengo que decir algo para que me vea; debo atarlo a mi día solitario con alguna frase que fuerce de él una sonrisa y me alivie la tortura de tanta incógnita. Debo decir cualquier cosa porque ya se va a levantar y no tendré otra oportunidad esta mañana. Pero está pensando en ella está como siempre lleno de ella. Y no me ve”.

Gabriel la miró. Y la vio limpia, sana, joven, buena. Sintió un apetito fugaz del instinto. La miró intensamente y deseó por un instante acariciarla. Aurora veía hacia otro lado para ocultar la cólera y el naciente resentimiento que la poseía. Gabriel extendió la mano torpemente. La acariciaría con dulzura antes de irse; tal vez esto lo aliviara, como una sonrisa de sus ojos verdes. Al hacerlo chocó con la jarra de la leche y saltó hacia atrás huyendo a la quemadura. Ella lo miró con ternura renacida

por ese error de él que debía perdonar, pero ya había naufragado en Gabriel el impulso original. Se volvió hacia otro lado, sin pensar en la caricia, y le dijo desde el ángulo hiriente de una de sus fórmulas vitales:

—¿Te alcanzará con cinco pesos para el gasto de hoy?

XVIII

Ahora que Gabriel se ha ido a trabajar. Aurora puede organizar sus propios movimientos con sujeción a la necesidad y su pensamiento. No con sujeción a los pensamientos y necesidades de él. Quisiera ella que esta libertad de unas cuantas horas la llenara de satisfacción, pero no es así. Porque tiene torturante angustia cuando actúa frente a Gabriel, y dulce o ahogadora angustia cuando él no está presente. Ella y tender las manos para encontrar la nada: una síntesis de los dos. Él y retraer las manos para no dar nada: o el vértice extremo de su angustia. Al final, siempre la nada opaca. Dicen que los cuerpos tienen auras vitales a su alrededor. La suya debe ser sorda como trapo, de tanto vegetar junto a la negación de todo; la de él ha de ser seca y dura porque es la soledad.

Aurora pone devota intención de los detalles externos para evitar el gran frío. Sus movimientos han perdido en estos meses de convivencia la angelical torpeza que los presidiera. Ahora tienen la rígida exactitud de la experiencia, y aunque ella desearía ser absorbida por los gestos de sus manos, el triángulo de sus pasos o la mirada practicante y afanosa de sus ojos ocupados, no puede lograrlo. Aquellos movimientos se han incorporado a sus manos, piernas y ojos, hasta el punto medular en que forman parte de ellos mismos, y ejecutan sin que medie una orden nerviosa cada vez necesaria. Toma la escoba sin antecedente mental. Barre escrupulosamente, y para llegar a esa escrupulosidad, o para ordenar los muebles, no necesita enjuiciamiento previo. Lo hace sin pensar. Cuando ya tiene lista la recámara, todo en su sitio, y principia con la cocina, todavía no ha descubierto que estaba barriendo. Aunque ella habría deseado ejecutar esos gestos como antes, pensado, para así estar integralmente ocupada.

Los primeros días fueron extrañamente dolorosos. Y sin embargo, menos cargados que estos. Por una parte no tenía ninguna experiencia en esas labores domésticas. Al mover la escoba el polvo aventado huía hacia todos los rincones. La poseía un vértigo desconcertante por hacer las cosas bien y por no saber cómo hacerlas. Estaba ocupada toda ella, mente y cuerpo, en aquel rutinario menester. Limpiaba los frijoles con tal prolijidad, persiguiendo en estos las basuras y piedrecitas con tantos escrúpulos, que cuando los ponía al fuego ya eran las doce y para la comida no se habían cocido todavía. Se le quemaron dos veces las pestañas encendiendo el gas de la cocina, y se le ardieron las manos con agua y aceite caliente muchas otras. Ir al mercado, economizar el centavo, recibir la leche, barrer la casa, tener lista la comida, lavar la ropa, plancharla, remendar. Eran demasiados esfuerzos para su capacidad experimental. Mientras lavaba tenía que pensar en planchar; y mientras planchaba

tenía que colocar mentalmente las verduras en orden, recordar la sal, quitar la piel a las cebollas y no olvidar el aceite, para que cuando en efecto pusiera en orden las verduras, agregara la sal, quitara la piel a las cebollas y vertiera el aceite, pudiera a su vez pensar por anticipado en la colocación de los platos sobre el mantel, en el detalle postrero del agua para el café y en aproximar un cenicero para Gabriel. Estaba colmada de actividad física y de preocupación mental inmediata. Comía pensando en lavar los platos; lavaba los platos repasando de memoria la ropa; y repasaba la ropa disponiéndose por adelantado a apagar las luces, revisar las ventanas y echar el cerrojo interior.

Si no hubiera tenido entonces la enervante obsesión de su incapacidad, tal vez habría llorado por lo artificial de su permanencia junto a Gabriel. Pero no se daba cuenta. Aurora se prodigaba en gestos inútiles haciendo por economizar, para rendimiento objetivo, sus gestos útiles. Sus miradas devotas se quedaban prendidas en la oreja, en la nuca o en el perfil de él, porque nunca la miraba. Tendía la mano casi para acariciarle y hallaba el vacío. Daba un paso hacia él y solo lograba ver la anchura de su espalda. Se cortaba íntimamente por todo eso. Era necesario que se tornara indispensable para no sentirse tan de más en la vida de Gabriel. Indudablemente, ella se agregó a Gabriel sin que este se lo pidiera, por volición propia, y casi contra su voluntad.

Sucedió una tarde, una como cualquiera dentro del verano polvoso. Recordaba estar cuidando y acompañando a doña Teresa, que permanecía tendida desde hacía tantos años en la cama, pero que estaba entonces en una de sus transitorias mejorías. Reinaba todavía en su alma el espíritu imprevisor. Tejía y tal vez hasta soñaba sin creer en la realidad. Doña Teresa le habló:

—Aurora... ¿Quieres mucho a Gabriel?

Ella se sorprendió por lo directo de la pregunta, pero contestó sin ninguna vacilación:

—Sí, señora.

—¿Sabes ya que Gabriel se casará con Elena, esa muchacha... antojadiza?

Ella suspendió el tejido y miró casi desafiante a la enferma.

—Sí, ya lo sé. Pero no se casará con Elena. Algo me lo dice...

Doña Teresa dio una mirada circular al cuarto, luego insistió con cierto dolor:

—No debieras poner tanta fe en ese hijo mío. No se la merece ni te merece a ti, aunque me sea penoso decírtelo. Te he considerado tanto tiempo como hija...

—Gracias, doña Teresa. Pero yo no necesito para querer a Gabriel que él me quiera. Esto sucede casi a pesar mío. Usted lo sabe.

—Sí, pero como te quiero no me gustaría verte sufrir —hizo una pausa porque le costaba decir su pensamiento. Pero reuniendo con algún esfuerzo la voz, continuó—: Te iba a rogar que no volvieras más a esta casa. Y entiéndeme... No porque me disguste tu presencia. Al contrario, eres tú mi única compañía y tu bondad ha sido invaluable para mí. Nunca olvidaré que me has cuidado, velado, consolado, con el afecto y devoción de una hija. Dios ha de pagártelo pues eres muy buena. Pero no quiero que sigas viendo a Gabriel cuando él no será tuyo. ¡Cómo me duele pensar que no será tuyo! Había soñado en ese matrimonio. Te escogí desde hace mucho tiempo y has merecido siempre la elección. Por eso, porque te quiero como hija, no soporto verte sufrir. Venir aquí es someterte a una tortura inútil; y puede que sea para él también muy desagradable.

Aurora inclinó la cabeza como un pajarito sorprendido.

—Si le molesto viniendo, no volveré... ¡Pero me es tan necesario mirar siquiera a Gabriel! Es una forma de tenerlo; no peor que cualquier otra. Y usted también me hará falta. ¡No me diga que me vaya, doña Teresa! ¡No me lo diga!

—Me duele demasiado verte sufrir, Aurora.

Pero ella insistió:

—Y después de todo, Gabriel no se casará con Elena. O Elena, más bien, no se casará con Gabriel. Esa muchacha ha sido siempre demasiado voluble. La conozco desde el colegio, fuimos compañeras. Yo sé que solo tengo que esperar.

—Te equivocas. Eres una preciosa criatura, llena de bondad y renunciación. Y haces mal en renunciar así. Pero muy mal...

—¿Hago mal? ¿Qué quiere insinuar usted, doña Teresa? ¿Que debo insistir con Gabriel? Bien sabe que lo hago constantemente sin ningún resultado.

—No me pidas que te explique. A estas cosas se llega por sí solo, no de otra manera. Tendrás que aprenderlo de tu propia experiencia. Como yo lo aprendí, aunque demasiado tarde. Te deseo que no sea para ti también demasiado tarde.

Aurora reanudó el tejido sin querer insistir en sus preguntas. Algo de la vida de doña Teresa estaba tras esas frases y ella tuvo temor de ser indiscreta. Recordó la noche del delirio, pero solo preguntó, para estar segura de su sentencia:

—¿Quiere que me vaya ya?

—No es necesario que lo tomes tan al pie de la letra. Tal vez te veré ya muy pocas veces.

Las dos se quedaron silenciosas. Se oían chocar las agujas de Aurora y hasta deslizarse dulcemente el estambre, mientras se argumentaba a sí misma con tenacidad: “¿Por qué tengo esta rara certeza de que él no será de esa otra? Es en verdad muy miserable vivir esperando las sobras ajenas. Pero no puedo evitarlo. Me choca esta mi pasiva aceptación. Me molesta ya hasta su presencia. Cuando lo veo, y sin embargo siempre quiero verlo, deseo el momento en que se vaya. No tengo frente a él palabras para atar algo roto que nunca estuvo atado. De él queda para mí lo puramente externo. Conformidad. Una fea palabra para designar un feo sentimiento. Es una sensación de ahogarse en aceite. Lo que está conforme no se mueve. Como yo. Él no puede esperar de mí movimiento porque ya me he convertido en inacción y silencio. Si pudiera callar como él lo hace... por afirmación de su verdad masculina, porque esa es la esencia de su ser mismo, mi silencio llegaría a la expresión de más alta belleza. Pero en mí no es más ese silencio, que la búsqueda desesperada de una palabra de acercamiento que nunca se produce. El mío es un silencio lleno de palabras no dichas, que él, probablemente, oye sin que yo las pronuncie. Las palabras se pasean por dentro de mi cabeza y si quisiera o pudiera poner un oído a su queja las percibiría decir: ven, mírame, bésame, y todas esas otras tontas palabras sin sentido que se meten dentro de los pensamientos no sé cómo, y que no tienen ningún significado: alto, crudo, voraz, pantalones, gesto, miedo, *angustia*. Él se burla de mí porque oye mis palabras silenciosas y adivina mis quejas. Las quejas que yo disfrazo tan vanamente mintiendo un regocijo que estoy lejos de sentir. Y la frase... la terrible frase que nunca me ha dicho, “Aurora, me voy de ti sin haber estado nunca en ti”, y que me está diciendo con evasivas, miradas y cortesías inútiles. Se va, ciertamente de mí, sin haber estado nunca. Deja el vacío de una permanencia inexistente, la angustia de una obscura intuición. Y aunque debiera serlo, no aparece así como una negación de esa existencia. Existe en mí sin haber existido. Pertenecer al reino rígido de las esencias. ¿Llegará esa mujer a su silencio medular? Si ella llegara adquiriría con ello sobre Gabriel un derecho que hasta yo estaría dispuesta a reconocerle. Pero no lo creo. Es la hora de la medicina de doña Teresa. Haré un punto... No, una carrera más. Dos revés, tres derecho, dos revés. Se enreda el hilo y se termina la madeja. El tejido lo inventaron las Parcas. O las arañas. En una gloriosa mañana de Olimpo, cuando el mundo se deslizaba como mi hebra dulcemente, tejer habría de ser una actividad divina”.

—Doña Teresa... ¿Quiere prestarme sus manos para devanar otra madeja?

Teresa juntó los brazos sobre la colcha y le sonrió. Parecían flechas sus brazos blancos. Parecían ramas.

—Mandé que hicieran para ti el mejor pastel de mi vida, Aurora. Quiero que te indigestes con él pensando en mí.

Aurora se enterneció y tuvo miedo a sus lágrimas prontas. Quería de verdad a la dulce vieja.

—Gracias, señora. Ya luego me voy y lo recojo con Juliana. Voy a echar de menos sus pasteles.

—¿Recuerdas cuando los hacía yo misma? Me gustan las golosinas, pero ahora... ni yo puedo comerlas, ni ninguno de mis hijos, excepto Gabriel, los prueban. Juliana los hace muy bien. Te los seguiré enviando. Los partirán entre los dos.

—Entre los tres, querrá decir...

—No te tortures, niña. Eso es malo. Piensa en otra cosa.

Gabriel venía extrañamente deshecho. Pero había en todo un cierto júbilo porque ahora se prendía a una certeza. Dejar esa casa era para él, como para Roberto, un alivio. Probaría. ¿Quién puede saber hasta dónde llegan las fuerzas de un hombre cuando no lo ata el compromiso ni lo oprime el temor? Ni lo ahoga el silencio. Diría muchas palabras. Todas las que se le ocurriera decir. Caminaría en el pequeño departamento de dos piezas que había encontrado, sin hallar la cortina descolorida cerrándole el paso. Se acostaría en la cama solo, gloriosamente solo, con su propio cuerpo y sus propios músculos, su propio sueño y su propio desvelo. Degustaría sus pensamientos y maduraría sus deseos. Se revolcaría de angustia, pero solo. Se mordería las manos por la carne jugosa de Elena, pero solo. No tendría a su lado los cargados silencios de ella; tendría para solazarse su propio silencio conocido, íntimo, delicioso. Se tocaría con júbilo para materializar la certeza de su soledad. No más piel de mujer, olor de mujer, contacto de mujer. Leería hasta hacer crecer y crecer la cuenta de la luz, que por supuesto, después no podría pagar. ¿Y qué...? Que lo llevarán a la cárcel por deudas menudas de centavos y pesos. Sería hasta divertido. Se bañaría mirando sus piernas a través del agua impoluta; fricciónaría sus espaldas con una toalla virgen de otro contacto. Orinaría ruidosamente a cualquier hora. Estudiaría a gritos y se hablaría de sí mismo palabras cariñosas, como por ejemplo: “Gabriel... estás solo. No tienes ahora que adivinar un pensamiento bellaco ajeno. No debes presentir miradas o sonrisas burlonas. No estará entre tus manos y tu caricia otra caricia que, exista o no exista, existe para ti. Te pasarás las manos por ti mismo y hallarás la noble soledad. Habrá junto a tu cuerpo, vacío; cerca de tu palabra, silencio; ante tus ojos, ausencia. ¡Estarás solo, pecadoramente solo! Hombre ante su propio hombre. Para encontrarte. Tu valor no será más el valor de una valorización extraña. Será el tuyo. Una casa tuya... En la que se mire el aire y se huela el polvo y se meta el sol. Estarás embriagado, Gabriel. Masticarás recio. Pisarás fuerte. Gesticularás violentamente. No más silencio que el tuyo. No más palabras que tu verbo. Vas a buscarte adentro de tu ser. Hasta dar con el cogollo de ti mismo. Y entonces, solo entonces, serás libre. De ella y de todas las ellas. ¡Gabriel, regocíjate! Has perdido lo que nunca, en verdad, quisiste tener. Pero... Gabriel, te estás mintiendo dulcemente. ¿No te das cuenta? Aunque al cabo, eres tú mismo quien se engaña. Hay voluntad en

engañarse. No te miente nadie, como antes. Eres tú. Estarás solo habitándote a ti mismo. No habrá verdad sospechosa, ni falsía... Gabriel, regocíjate...”.

Y entró triunfante en su tremenda derrota interior. Aurora suspendió el tejido en el aire. Sus manos se quedaron en la mitad de un gesto y las anillas de estambre se deslizaron sobre las agujas. Pero no lo miró. ¿Para qué? Teresa le sonrió tiernamente. Él dijo:

—Se acompañan, las dos...

Aurora reanudó frenéticamente el tejido: dos revés, tres derecho, dos revés.

—Nos acompañamos —dijo Teresa.

—Mamá...

—¿Sí...?

Pero se detuvo antes de decirlo. Sería demasiado regocijo para Aurora. Lo miraría como si ya la fuera a tomar porque ella ha ganado la partida. ¡La solemne mocosa y su pegajoso amor! ¡Qué maravilla no tener que soportarlo de ahí en adelante! Sería delicioso. Ninguna. Ni aquella ni esta. No mujeres. Él y la soledad. Pero, a pesar de todo, lo dijo porque su júbilo y su derrota no cabían juntas en el recinto de ningún espíritu:

—¿Cómo te sientes hoy, mamá?

—Mejor, hijo, un poquito mejor.

—¿No me invitan a sentarme?

—¡Claro! Siéntate.

Se volvió hacia la muchacha, retador y burlón:

—Aurora...

—¿Qué quieres, Gabriel?

—Que me mires.

—Ya te miro.

—¿Y no ves nada?

—Nada.

—Tú nunca ves nada.

He terminado con Elena.

—¿Qué?

—Lo que oíste, y además...

—Me alegro, nunca me gustó esa muchacha —lo interrumpió Teresa.

—Me voy también de la casa, mamá. He encontrado una pieza chica que me conviene y un trabajo en horas desocupadas como corrector de pruebas.

—¿Qué dices? ¿Que te vas...? ¡Dios mío!

—Elena y yo hemos terminado, pero también esta casa y yo hemos terminado. Si lo tomas bien, como debes tomarlo, te prometo venir a verte a menudo.

Teresa sintió que se hundía. Que no se fuera el segundo; ella no lo dejaría irse, era demasiado. El segundo que se le alejaba del hogar casi sin motivo, solo porque se estorbaban mutuamente. No lo dejaría irse de ninguna manera, ahora que ella estaba por morir. No. Eso no era posible. Había soportado muchos, pero muchos dolores para establecer un estado de cosas en su hogar. Había ignorado humillaciones y bochornos. Todo le pareció poco para mantener su familia unida. Hasta olvidar a Esteban fue posible. Solo ver marchar a sus hijos, contemplar la casa vacía no podría soportarlo. Estaba dispuesta a luchar contra Gabriel que era, además, su consentido.

—No necesitas irte. Me falta poco para morir... No... No hables de esta aparente mejoría, yo conozco la verdad. Quisiera tenerte aquí. ¡No puede ser! Haces mal en decir eso y hacerme sufrir sin culpa. No, Gabriel, no te irás antes de que yo muera. Después... Bueno, después yo no estaré para mirarlo y todo importará poco. Ahora es demasiado cruel. No digas eso, hijo.

—No hables de morir, mamá. No veo la necesidad de dramatizar el asunto. Si digo que me voy es porque ya lo he resuelto.

—¡Palabras duras! ¡Siempre palabras duras! ¿Qué he hecho yo para merecerlas? ¿Es que no hay en ninguno de mis hijos un poco de piedad? ¿Algo de compasión por mí?

—Sí me vas a ver, mamá, pero no te opongas. Esta casa... Vendré a verte, conversaremos, pero no puedo estar más aquí. Necesito sentirme libre de todo esto para volver... —Iba a decir para volver a ser yo, pero se detuvo pensando en la presencia de Aurora.

—¡No te permitiré que hagas locuras! ¿Qué te falta en esta casa? ¿No te das cuenta de que es muy duro vivir solo? Aquí te cuido yo, aunque sea desde esta cama tienes tu cuarto, tus libros, tu comida. Tienes ropa limpia, atención si enfermas, compañía si la necesitas, silencio si lo pides. ¡No seas cruel conmigo, Gabriel, te lo ruego!

—¿Compañía...? ¿Silencio...? Por eso me voy precisamente. Por eso me voy. Por la falta de compañía que hay en estar acompañado así y por el silencio obligatorio de esta casa.

—Pero este es tu hogar... Se lo diré a tu padre y no te dejaré marchar. ¡No vas a irte!

Gabriel solo esperaba un obstáculo para saltar. No estaba hecho de la misma materia reflexiva que Roberto. Este necesitó la compulsión para desbordarse, porque en él las emociones vivían contenidas, pero Gabriel se descontrolaba fácilmente por cuanto vivía a expensas de su propia emoción álgida. Lo que en Roberto fue un proceso acumulativo, en él fue una actitud de salto. Se defendió con la cólera:

—He dicho que me voy. A estar solo como yo quiero estarlo. A no mirar esta casa odiosa que me abruma. Antes de seguir oyendo esos pasos en el piso bajo, ¿los oyes?, prefiero matar. ¿Los oyes? Han sonado así desde que estaba pequeño. No recuerdo un día sin ellos. ¡No los aguanto más! Los oirás tú porque lo has querido. Y Aurora que se complace en permanecer como las ostras. Y los oirá Roberto si regresa, y Álvaro porque quieres solo oír lo que Roberto oye. ¡Pero no los oiré yo más! Tendré una casa sin pasos. Nadie se moverá de aquí para allá con las manos a la espalda. Te lo dejo a ti que lo has soportado como si te gustara. Y nadie me preguntará de ahora en adelante: “¿Por qué vienes tan tarde?”; ni me dirá nadie: “No es necesario que vayas a casa de tu amigo, puedes estudiar solo”; ni me gritarán cuando haga ruido: “¡Silencio! En esta casa es necesario el silencio”. ¿A ti te gusta? Pareces amar esos pasos machacadores. ¡Óyelos! Pam, pam, pam. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve. El salón mide exactamente nueve por uno, dos, tres, cuatro, cinco. Nueve por cinco pasos. ¿Te gusta? ¡Te ha gustado siempre! No lo puedes negar. Si no fuera así no estarías aquí tendida mientras ese... mi padre... se pasea indiferente en el piso bajo. ¡Tú lo has querido! ¡Quédate con ello! ¡Pero yo lo odio! ¿Entiendes? ¡Yo lo odio!

Aurora lo cortó violentamente:

—¡Gabriel! Ten piedad de tu madre. No la maltrates así. Todo lo que estás diciendo es falso. ¡Falso! ¡Y tú lo sabes! ¡Cállate por Dios!

—¡Cállate tú, y vete, que nada haces en esto! ¡Repito que lo odio! Y que ella lo ha querido. Lo odio a él con sus palabras melosas, y odio en ti, madre, la aceptación silenciosa de tantas ignominias. Y odio a Roberto con sus máximas caducas, su moral barata y estrecha, su naturismo frenético y su voraz deseo de absorber a los otros.

¡Pulpos! Son todos pulpos. Que te queden a ti, te los dejo. Quédate con el cascarón hueco de esta casa en la que no vive nadie. ¿Te das cuenta, madre, de que aquí no vive nadie? ¿No lo habías notado? ¿Verdad? La has construido ladrillo a ladrillo, hasta destrozarte las manos y dejar la salud en la inútil empresa. Y ahora te mueres poco a poco, tan poco a poco como nos aniquilaste a todos. Te mueres ladrillo a ladrillo y vas construyendo tu muerte con el mismo deleite morboso con que construiste esta casa vacía. Tu agonía estará desierta, tan desierta como esta tu casa, no obstante que estemos todos contigo. ¿No lo entiendes? ¿Cuántos somos? Éramos... El viejo, Roberto, Álvaro y yo. Armazones sin contenido. Ni un solo hombre. Te los dejo. Están todos tan vacíos como tú lo has querido...

—¡Cállate, Gabriel! ¡La estás matando! ¡Cállate!

—¡No me callo! ¡No puedo callarme! ¡Yo los odio! Los he odiado tanto que tardé veintiséis años en saberlo. Ahí está lo que tú hiciste... porque tal vez tienes más culpa con tu tolerancia indiferente, que él con su crueldad deliberada. Edificaste una catedral de sonidos sin palabras... ¡Óyelo! Solo: pam, pam, pam, pam; y de silencios sin significado. Madre, ¿no te has asustado de tu propio ruido en las noches? ¿Y hasta en los días? ¿No has huido de su propio ruido como si te persiguieras a ti misma? ¿No veías, entonces, que junto a ti estábamos cuatro hombres para acompañarte? ¡Acompañarte... hombres...! Tenía que venir una extraña... esta, para que sintieras por primera vez lo que es la compañía. Has tenido que esperar, para juntarte a alguien, que otra mujer diera a luz otra mujer, y que esa mujer fuera algo lleno cerca de ti vacía. Porque ella está cargada de esas cosas oscuras que calientan las cosas. A ti que amas la tibieza eso te conforta. A mí me sobra porque tú me hiciste insensible a la ternura. No la conozco. No puedo ser de otro modo. También tú lo has querido y no puedes reprochármelo. Tú sembraste humo. Te movías asfixiada entre tanto aire transparente. ¡Quédate con ello!

Teresa abría su boca descarnada para defenderse, para gritar, para detener esa avalancha de inculpaciones. Pero no podía hacerlo porque sus hechos, los suyos propios, solo se estaban volviendo palabras en la boca hiriente de Gabriel. Levantaba los brazos escuálidos, abría sin lágrimas los ojos, hacía gestos de asfixia y no encontraba una palabra lo bastante fuerte para negar las tremendas realidades. La voz había huido de ella; por dentro se hundía sin remedio. Gabriel estaba lejos de haber desahogado su ira, lejos de haberlo dicho todo:

—¡Cuatro hombres contigo! ¿Hombres...? ¿Has hecho un solo hombre de tanto varón? No. ¿Verdad que no? ¿Es hombre Roberto o Álvaro? ¿O lo soy yo? ¿Es hombre en el noble sentido de la palabra el que siempre se pasea allí abajo? Ninguno. No se hacen hombres así. ¡Quédate oyendo! Para ser hombre es que tengo que irme de aquí, porque aquí se construye el vacío, la nada. ¡Yo seré hombre! ¡Claro que lo seré! Aun a pesar tuyo y de él que lo han impedido hasta ahora. Tú, por un ladrillo más sobre la casa, y otro, y otro, hasta que toque el cielo de tan alta. No has hecho otra cosa toda tu vida que colocar ladrillos sobre ladrillos. Puedes seguir haciéndolo.

Tu casa llegará a las nubes y estará entonces tan hueca como ahora. Yo me voy. Tú te quedas. Esta se quedará contigo porque está comenzando a asimilar y degustar su posición de alga. Siempre está flotando en un nirvana de majaderías. Yo me voy. ¿Entiendes ahora por qué me voy? Que te acompañen los pasos que toleraste. El silencio sin significado que fortaleciste, los ruidos impersonales de esta casa. Sigue contando hasta la muerte nueve por cinco. ¡Escúchame! ¡No tienes derecho a rehuir mi palabra! ¡Escúchame! ¡Oye! Nueve por cinco... nueve por cinco... nueve por cinco, nueve por cinco... nueve por cinco... nueve por cinco... ¡Los odio a todos! ¿Me entiendes? ¡Tú, la que sembró el odio y el silencio, quédate con ellos! Y salió tirando la puerta con violencia. Teresa ya no lo oyó irse: estaba desmayada.

Mientras habló llamearon sus ojos, trenzó su voz y se congelaron de rabia sus manos. No hizo gestos porque la ira verdadera inmoviliza. Habló contenido y ronco para no despertar los pasos de su padre, para no verlo llegar, pero su voz amordazada tuvo una trágica nota pasional que estremecía. Aurora lo miraba transformado y trataba de encajar sobre ese ser estremecido el ser sensible y atormentado que ella conocía. No podía decidir si Gabriel era el muchacho del monólogo constante y resentido, o era el de la ira terrible. Por fin tal vez estaba allí y ella debía verlo para saber quién era. Cuando Gabriel tiró la puerta tras de sí, ella ya había tomado la resolución para la cual se estuvo madurando tanto tiempo.

—Gabriel...

Se detuvo porque pasada la violencia estaba atemorizado y necesitaba una cuerda suave, como esa voz, que endulzara su terror de tímido, o una posición como la nota de esa voz, que reanudara su cólera.

—¿Qué quieres? La miró serena y segura. Algo así necesitaba él, pero no creía necesitarlo.

—Yo me voy contigo. Peor reaccionaron juntas en él la ira y la vanidad.

—¿Te he dicho yo que me acompañes alguna vez? ¿Es que no está claro que deseo estar solo?

Lo habían hecho de pedacitos temblorosos, pedacitos de miedo y de valor que no lograban juntarse. Le urgía afirmar la personalidad naciente para poder creer en ella. Y necesitaba, sobre todo, creer.

—¿Es que para ser yo, para ser hombre, necesito tu compañía?

—No. No quiero decir eso. Pero yo te pido que me dejes ir contigo.

—Quiero estar solo. ¡Solo! ¿Me entiendes? Sin mujeres, sin hermanos, sin madre, sin amigos. Solo conmigo mismo.

—Estarás solo, no te haré sentir mi presencia.

—¿No entiendes que ahora odio a todos? ¡Hasta a ti que nada me has hecho! —Lo entiendo, pero me voy contigo.

—¡No quiero la compañía de nadie!

¡Déjame en paz! “¡Déjame en paz!” siempre se ha dicho en tono de guerra. ¡Ah! ¿Ella quería que abriera él sus oídos de niña púdica, de virgen perpetua? ¡Pues lo haría! ¡Sentiría así a ese hombre que tanto había deseado sin conocerlo! ¡Que se asustara, la majadera! Que supiera por fin lo que es arrastrarse de verdad. Y abrió de nuevo el manantial de su ira:

—¿Quieres ser la querida de un hombre, su concubina, su amasia, su perra?

¿Conoces, por ventura, otra palabra más fea para lo que tú quieres? Si la conoces dila, porque eso serías. ¿Quieres ser la que siempre está bajo el grito, la que merece la cólera, la que estorba, la que sobra? ¿Quieres ser la que se usa con disgusto y se deja con remordimiento? ¿Quieres ser la que tenga entre mis piernas solo cuando me dé la gana? ¿La que no es más que la silla, o la alfombra, o el pañuelo? ¿Quieres estar junto a mí sin que te vea, caminar a mi lado sin que te hable, que te toque tocando en ti a otra, que te insulte después de recibir una caricia? Porque yo soy ese hombre. No pretendas mentirme a ti misma. Esta casa y esta gente han logrado eso en mí. ¿Podrás ser la que no me robe el silencio, ni pretenda ternura, ni tema mi cólera, ni interrumpa mi soledad? ¿Querrás ser más nada que un desahogo vulgar de mis instintos? ¿La que se escupe después de usarla? Yo no te amo, ni te amaré nunca. ¿Entiendes? ¡No quieres ya! ¿Verdad que te da miedo?

Aurora le sonrió amargamente. Ya amanecía en ella la lágrima, pero dijo con voz entera:

—Quiero ser esa, Gabriel.

XIX

No se puede hablar de un invierno definido, con todos sus rigores, refiriéndose a ese invierno. Es más bien una localización temporal del frío acompañada por ciertos síntomas característicos de la estación, como viento, baja temperatura, escarchas, esporádicas y cortas lluvias. Los pirules, los robles y los frutales pierden sus hojas, mas para disimular tanta desnudez vegetal, la extensa familia de las coníferas, ampliamente difundida, conserva su ropaje.

Siempre queda en algún árbol una hoja postrera, prendida a la rama por un milagro de resistencia inexplicable, y todas las mañanas, al pasar, formulamos una despedida porque tememos no encontrarla allí al día siguiente. Es tan frágil su aspecto, descomedida su posición, muerto su color, que no podemos explicarnos por cuál fenómeno se mantiene en su sitio invulnerable al viento, la escarcha y el frío. Simboliza el recuerdo borroso de lo que fuera en primavera y verano el ropaje del árbol; es la manifestación única de su antigua forma; la rúbrica de su linaje, el síntoma de su especie. Pese a todo lo precario que esa hoja solitaria representa, en su humildad, en su indefensión, tiene un noble elemento de fortaleza.

Cada mañana la buscamos para comprobar en su delicado tallo o en el contorno de su cuerpecillo aterido los efectos de la intemperie, y repetimos la nostálgica despedida. Pero al verla de nuevo, inalterable y sola, nos preguntamos sobresaltados si resistirá todo el invierno allí. Tanta tenacidad anónima despierta en nosotros cierto elemento de sospecha: ¿por qué resiste?, ¿irá a permanecer a pesar de todo?, ¿para qué su inmutabilidad?, y nos vamos acostumbrando a su presencia en el árbol frente a nuestra casa. Lentamente, con la familiaridad de lo inevitable, olvidamos la hoja fiel. Una mañana cualquiera ya no levantamos la cabeza para buscarla, ni nos despedimos de ella hasta nunca. Ha entrado a formar parte del paisaje inalterable, de ese paisaje permanente más allá de las estaciones y las temperaturas. Y muchos días después, casi sin pensar en ella echamos una mirada descuidada que nos revela su ausencia. Se fue con el viento. Ya no está. Se fue sin despedida, sin adiós y sin lágrima. Tampoco dejó recuerdo. Simplemente se fue.

Con los mismos elementos un poco siniestros, un poco voluptuosos de la hoja fiel, estaba hecho el sólido amor de Aurora por Gabriel. Ella no estaba en condiciones de llegar por sí misma a un análisis justo de la situación; vivía rodeando el núcleo de esa pasión, más bien dicho, vegetando a su costa, sin darse clara cuenta de las unidades que la componían. Mucho más intensamente que la sensación definida de amor, sentía los fenómenos externos con que se manifiesta. La ansiedad se daba en ella en

cualquier momento y casi sin causa concreta; el rubor se producía al recuerdo de los incidentes más triviales; incidentes que antes no hubieran producido ni en su cara enrojecimiento, ni en su espíritu desazón; la nostalgia la acosaba a toda hora basada en pretextos pueriles como el recuerdo infantil de sus muñecas, y nos surgía ante los motivos reales que podían haberla provocado, como por ejemplo, su ausencia de todo afecto real o el rompimiento con su padre y su madre por causa de Gabriel. No tenía conciencia de haber cometido ningún pecado, ella antes preocupada por los pecados veniales; capaz de llegar al llanto por una respuesta poco cortés dada a su padre o por una desatención involuntaria hacia su madre. Cuando se atrevía, con un poco de temor, a analizar el carácter turbio de la pasión que la dominaba, hallaba sin dificultad para excusarla argumentos convincentes que borraban de inmediato todo remordimiento; la única justificación noble del amor es el sacrificio, y ella, sin duda, realizaba constantes sacrificios; la verdad sempiterna del ser humano es el afecto y ella estaba saturada de afecto hacia Gabriel; la voluptuosidad amorosa es una fuerza a la que la mujer se entrega casi contra su voluntad, revistiéndola de cierto aspecto de dócil sacrificio (así calificaba ella el bochornoso olvido en que caía no más velaba el deseo los claros ojos de Gabriel). Además, y como si tantas razones convincentes fueran pocas para probar la naturaleza pura de su pasión, existía una razón elemental a la que en el momento de la duda suprema se agarraba segura y consolada. Era esta una razón simplista al alcance inmediato de su espíritu femenino, de un carácter tal vez un poco burdo, lo confesaba, pero satisfactoria en alto grado, y sobre todo, valedera en cualquier circunstancia: la necesidad material de su presencia junto a Gabriel, quien de no ser por ella viviría una vida miserable, poblada de esos pequeños incidentes prácticos que la hacen insufrible.

Los hombres en general, así pensaba Aurora, y tal vez no estaba equivocada, tienen todos, en mayor o menor grado, la certeza de su sublimidad. Su éxito consiste en ajustar su vida lo más posible a ese molde de sublimidad. La sublimidad es un elemento masculino, fuera de competencia, ajeno a la idiosincrasia viril y puesto en su naturaleza por Dios como un cebo para no permitir de esta manera que el molde humano se relaje con el uso. Cada individuo masculino, en la medida de sus posibilidades, se aproxima a ese galardón divino o se aleja de él denigrando con ello su propia calidad. Desde luego que este era el pensamiento de Aurora, no asumimos responsabilidad por él. La forma elegante, redonda, llena y satisfactoria de los silencios de Gabriel, así como también la observación desde niña de ciertos pequeños detalles, la habían hecho formar ese concepto humildísimo de superioridad masculina. Cuando su padre, muchos años antes, se pasaba la mano por la sien aplanando con un movimiento inútil el cabello de por sí lacio, como reteniendo algún pensamiento próximo a escapar (esto lo pensó más tarde), ella recibía el aliento directo de esa sublimidad masculina. No sabía por qué. También existían otros gestos unidos indefectiblemente en la conciencia a la idea divina del hombre. Tal vez todo se originó una noche determinada. Fue así:

Ella estaba muy chica, tendría unos cinco o seis años; tal vez, dadas sus reflexiones de aquel momento, podría haber tenido hasta ocho. La edad no estaba muy clara en su

recuerdo, pero sí el incidente. Se había acostado, como de costumbre, temprano; hacía una noche especialmente calurosa, tanto, que su madre después de darle un beso de despedida resolvió dejar abierta por completo la ventana. Bajo el conjuro sedante del beso, la niña se durmió. Pero no por mucho rato. El ambiente cargado del día, el calor incendiario del crepúsculo y la turbia ubicuidad de la noche, se resolvieron de pronto en viento furioso. Era un huracán sin lluvia, seco y también caliente, que arrojaba dentro de la habitación semiiluminada torbellinos de hojas secas y nubes de polvo. La ventana comenzó a golpearse irregularmente, dejando pasar, cada vez que se abría, la furiosa tolvanera sucia, ruidosa y trepidante. Aurora se despertó llena de una sensación de desamparo y miedo que iba creciendo conforme el viento depositaba en su cama los restos chocantes de su zarabanda infernal: piedrecillas, palitos descarnados, hojas secas y hasta las plumas de algún pajarito. Todo aquello se acumulaba porque el cuerpo de la niña hacía a su avance una cierta oposición, y porque entre su forma encogida se había hecho un recipiente natural. Tenía tanto miedo que no osaba pararse, ni gritar, ni ejecutar el menor movimiento. Toda ella estaba en suspenso esperando quién sabe qué. De golpe el viento cesó como a merced de un mágico conjuro y la ventana suspendió sus golpes secos dados al silencio. Pero solo fue aquella una tregua siniestra, porque un momento después su cama, el cuarto, el armario, las sillas y hasta la misma ventana, comenzaron a moverse al impulso de un temblor, casi un terremoto, que sacudía todo en una cadencia lúgubre. Aurora no había sentido nunca un temblor, es más, no sabía que se trataba de un temblor, pero en su alma se despertaron obscuras intuiciones que devolvieron a sus piernas el uso del movimiento y a su voz el grito. Saltó, tambaleándose por el prolongado estremecimiento de la tierra, pasó la puerta entreabierta de su habitación y se lanzó contra la puerta cerrada del cuarto de su madre al otro lado de un angosto pasillo.

El corazón le latía por todas partes como si su refugio natural estuviera en cualquier sitio menos en el indicado –a la izquierda, dentro del tórax, bajo la cuarta costilla, inclinado y prudente–. Cuando ella empujó la puerta de su madre ya el temblor había cesado, pero en ninguna forma había suspendido su espanto.

Reinaba en aquel recinto una cierta claridad, la claridad de una lamparita de mesa, y también, ella lo sintió o lo observó en forma confusa, un desorden chocante que, no sabía Aurora por qué, no tenía nada que ver con el temblor ni el huracán. Las ropas de la cama estaban revueltas. Su madre estaba en camisón, sin bata (Aurora no la había visto nunca así), casi desnuda; y su padre estaba vestido en la forma más inadecuada. Llevaba puesta la blusa del pijama, pero allí donde era razonable que figuraran los pantalones, no aparecían más que sus piernas sin medias, sin zapatos, sin nada. Esas piernas eran peludas, en cierto modo deformes, considerada la idea plástica que una niña podía tener de las piernas, idea adquirida en la observación indiferente de sus propias extremidades inferiores, carnosas, rosadas y llenas de hoyuelos.

Aurora, a pesar de las rápidas sensaciones, o más bien, intuiciones elementales que el momento le había proporcionado, continuaba viviendo el terror desorbitado del

temblor y bajo este impulso primario se arrojó contra su madre repitiendo enloquecida: “Tengo miedo, mamita, tengo miedo”. Pero contra todo lo que ella, acostumbrada a la ternura y paciencia de su madre, podía esperar, esta huyó de sus brazos refugiándose en la cama con una mano sobre el pecho, otra sobre el vientre y una mirada, casi podría decirse, enfurecida. Una mirada de ira, de sorpresa, y hasta cierto punto, de vehemencia. Su madre estaba jadeante sin que esa excitación se pudiera atribuir al temblor que no parecía producirle, por otra parte, emoción ninguna. Sus palabras lo revelaron así muy pronto: “¡Vuelve a tu cama! ¡Majadera! Esta casa es segura y los temblores no son nada. ¡Vuelve a tu cama! ¿Entiendes?”. Y decía esto con la mano tenazmente agarrada a su pecho, mientras que con la otra trataba de levantar la colcha que pendía a los pies de la cama, conservando al mismo tiempo, o intensificando, la mirada vehemente y rabiosa. Aurora nunca había visto así a su madre. Era una mujer serena, llena de piedad infinita para todo y todos, de palabra segura y ojos tranquilos. Siempre había tenido para su hija una amonestación sencilla o una caricia consoladora, ¡Era inaudito!

Y entonces sucedió aquello que habría de fijar en Aurora para siempre la certeza absoluta de una evidente superioridad o sublimidad masculina. Porque su padre, mucho más inconvenientemente desnudo que su madre, se acercó a ella, la tomó de la mano, le acarició la cabeza y por último la alzó acunándola en sus brazos. Con ella así salió del cuarto hacia el dormitorio de la niña, sin dirigir una sola mirada a su mujer que continuaba, como una fiera sorprendida, refugiada en aquella impúdica, chocante posición. Una vez allí la colocó en su camita, la arropó, cerró la ventana que seguía batiéndose, encendió todas las luces mientras le decía palabras dulces y consoladoras. Pero lo magnífico de todo era que a su padre (ella siempre recordaría que estaba mucho más desnudo que su madre, y que tenía aquellas deformes y peludas piernas) no parecían importarle nada ni su desnudez, ni lo corto de su blusa, ni la ausencia de pantalones, ni la fealdad de sus piernas. A despecho de todos esos detalles, o como si no existiesen, se sentó en la cama al lado de su hija, le pasó suavemente la mano por la frente, y se ofreció solícito a contarle un cuento. No había en él ningún gesto que indicara que se había sorprendido, ni manifestaba ira, rencor o impudicia. Estaba (sin pantalones y ridículo) tan sereno como estaba con ellos cuando muy elegantemente alisaba por última vez el cabello contra las sienes, colocaba en su sitio las hombreras del saco y daba un “hasta luego”, para marcharse al trabajo en las mañanas. No había, ciertamente, ninguna diferencia entre aquel padre vestido y este padre desnudo. Ni había tampoco ninguna diferencia entre el hombre cuyos gestos diarios ella podía prever y el hombre nocturno cuyos gestos sorprendía por vez primera. En esos ojos habitaba una inédita dulzura tanto más dulce cuanto más inusitada; tenía naturalidad en todo él y, en ninguna forma, prisa para deshacerse de ella o por reanudar aquello (ella no pensaba qué era aquello, pero sentía un aquello) que la niña había interrumpido con su intempestiva visita.

Estuvo en su compañía mucho más de lo necesario, le contó un lindo cuento de flores y hadas, la acarició mucho mirándola directamente a los ojos, sin huir de estos como hacía su madre y sin dejar entrever ninguna emoción irregular. Parecía tan seguro de

sí mismo, tan calmado, tan sabio, tan en paz con su propia conciencia como, o mucho más que siempre. Aurora sentía que podía mirar las piernas desnudas de su padre, la corta blusa y los pies descalzos, sin que sus miradas provocaran en él ninguna reacción bochornosa. Aquella beatitud esplendente llegó a ser de tal naturaleza contagiosa, que Aurora, en un principio preocupada por la indumentaria y decidida a inquirir su causa, olvidó muy luego la curiosidad inicial y le pareció perfectamente lógico que él se encontrara desnudo y que no tuviera por esa desnudez ninguna preocupación. No preguntó, por tanto, nada; aquel hombre era su padre así en camisa, en igualdad de prerrogativas y con idéntico derecho al respeto que lo era durante el desayuno o cuando leía los periódicos de sobremesa. Era su padre sobre todo, a pesar de todo, y más que nunca. De aquel incidente comenzó la niña a sacar deslumbrantes conclusiones respecto a la naturaleza de su progenitor y de los hombres en general. Observó, con la sagacidad secreta y ávida de los niños, que había mucho de artificial en la paz de su madre, mientras que la serena actitud de él era profundamente verídica. También notó (todo esto en la forma desdibujada, primaria, que tienen las observaciones de los niños) que en la mirada de su madre había siempre un puntito luminoso que parecía querer deslumbrar a los demás para ocultar un ávido deseo, o un recóndito miedo, o una inconfesada falsía. Le faltaba a ella ese equilibrio magnífico de su marido y sobre todo se acentuaba la nota de inquietud cuando él estaba presente. Entonces sus movimientos adquirían un definido nerviosismo y toda ella se resolvía en gestos voraces como para acapararlo, como para fundirlo, como para destruirlo. Y él la miraba actuar, en cierta forma consciente de su movediza incertidumbre, mientras en él todo ocurría inalterable y sublimemente.

La posición de la mujer era en verdad tortuosa, algo así, pensaba Aurora (insistimos sobre la forma elemental de esto que aquí llamamos pensamiento, y que podría ser más bien intuición, tacto sensorial, etc.), como cuando ella misma era interrogada sobre alguna diablura recientemente cometida. Su madre vivía en el mágico mundo del pecado, aun cuando sus manos se dedicaran a la devota tarea de remendar o a la monótona tarea de pelar las verduras. Tal vez su madre no tuviera la conciencia de ese pecado, de esa irregularidad secreta en su existir, o más bien, no estuviera pecando; pero actuaba como si estuviera pecando. En cambio su padre se desarrollaba serenamente sobre una sabia y pagana conciencia de su inmaculada actitud. Todo en él era seguro, libre de secretos temores, sin puntito luminoso en la mirada para disimular ávidos deseos, sin nerviosismo ni voluptuosidad. Realmente su padre era magnífico, sublime, y su madre, en cierta forma, y sobre todo después del incidente, era para ella un poco miserable.

A partir de esas observaciones iniciales, y generalizando sobre el concepto de sublimidad viril tan vigorosamente adquirido y establecido en su conciencia, Aurora comenzó a dedicar estudios (estudios no es la palabra, pero define una cierta disciplina, prolijidad o sistema en sus intuiciones), a dedicar estudios instintivos sobre la estructura moral y formal de su padre en particular y de todos los hombres en conjunto. Como él, los demás tenían el mismo gesto sabio para realizar con maestría algún movimiento característico y elegante. Unos tiraban de su bigote sin manifestar

dolor o disgusto, lo que comprobaba Aurora con satisfacción; otros mesaban sus cabellos por el centro de la cabeza y esto les daba sabiduría, algo así como si ampliaran con el gesto su frente; otros se acomodaban la corbata llenos de prolija nitidez, lo que robustecía la nota de corrección sobria que parecía presidirlos a todos.

Por otra parte, aquella comunidad perentoria que compartía con su madre y todas las mujeres (todas eran más o menos iguales), comunidad de incertidumbre cuando ella cometía un desaguisado y cuando ellas realizaban sus más simples actos, no la acercaba, ciertamente, a la organización femenina. Es decir, ella era igual a todas las mujeres solo cuando incurría en falta; ellas eran iguales a ese estado incierto de remordimiento y culpa, en todo momento. Por eso se sentía más bien dispuesta a rendirse ante la sublimidad viril, ante ese elemento abstracto y confortante, en una actitud vencida pero satisfactoria, como la que la dominó la noche del temblor cuando su desnudo padre acariciaba su cabeza y le contaba el cuento de hadas y flores. Estaba en su elemento contemplando los gestos sabios de los hombres, mientras degustaba una plena sensación de comodidad interna y de tranquilidad anímica. En cambio se sentía desconcertada ante los pueriles gestos de las mujeres, ante sus desacompasados gestos. No sabía que esa actitud voluptuosa de entrega impremeditada, de comodidosa inercia, de pacificador relajamiento, era la misma actitud que luego producía en todas las mujeres, como también en ella misma, el gesto incierto, la mirada temerosa, la impúdica tolerancia y todas las cosas que pretendía no gustarle en las mujeres, pero que compartía con ellas. No se daba cuenta de que sus congéneres tenían también ese respeto innato ante el hombre y que todo lo inseguro de su actitud se debía a una certeza intuitiva de la sublimidad masculina, tan poderosa en ellas como en ella.

Abocada a esas experiencias definitivas, Aurora estaba en la madurez prematura para cualquier entrega. Vivía desde niña en respetuoso asombro, y seguiría viviendo de mujer en la misma posición. Admiraba sutilmente a su padre y estaba dispuesta a admirar ciegamente al primer hombre que compartiera con él la nota de sublimidad que ella les atribuía. Por eso su devoción para Gabriel fue fácil y se efectuó sin protestas de su parte. Aunque el muchacho no tenía el gesto milagroso de su progenitor de acariciarse las sienes, ni se paseaba ante ella en media pijama, ni le contaba cuentos, ni compartía aquella solemne serenidad; sus oscuros silencios, la palabra ágil y la capacidad de abstracción que nacían de su sensibilidad enfermiza le prestaban el mismo aspecto de sublimidad viril que ella necesitaba para creer en él y entregarse.

No sabía que desde el momento de su rendición ante Gabriel, sus gestos mismos habían adquirido la sospechosa vacuidad de los gestos de su madre; que ella también tenía un nerviosismo plausible para efectuar sus labores rutinarias, y que, mucho más que su propia madre, vivía en el mágico círculo de un pecado siniestro. De ese pecado (que no es, queremos advertirlo, el pecado tremendo de la concepción cristiana, sino un pecado concebido como estado permanente de emoción álgida), de ese pecado ella no tenía conciencia, y hasta hemos dicho que cuando se presentaba

ante su juicio con las características de tal, encontraba con soltura argumentos sutiles y convincentes para desbaratar tan molesta idea. Vivía, para ser más definidos, en la embriaguez de la ignorancia del pecado. Esa existencia de pecado, presente y real, aunque desconocida, es reproducirse en ella el pecado original de la rebelión ante lo conocido y la avidez por lo desconocido, y después, ese goloso rendimiento a lo mismo una vez esto entró en el recinto de lo conocido, traía como consecuencia inmediata la angustia. Su clima moral era algo así como de perpetua libación, de orgía secreta y bacanal sórdida. Pero ella no estaba dispuesta a reconocerlo y le daba todos los decorosos nombres con que había aprendido a amurallarse ante su conciencia: sacrificio, lealtad, ausencia de prejuicios, amor. Si ese paganismo igualitario, si esa salud moral hubieran sido en Aurora auténticos, es seguro que no se habría producido la angustia y todo su amor se habría desarrollado con la naturalidad de su padre sin pantalones ante ella la noche del temblor. Pero existía en su alma débil el elemento místico, religioso, hasta podría decirse satánico, para considerar al hombre. Si no, revítese su actitud ante su progenitor y se verá que adolecía de todas las tenebrosas características que sustentan un misticismo medioeval; no se debe decir romántico, porque el pensamiento de su generación ya no producía ningún romanticismo legítimo, en tanto que estaba en terreno propicio para conducir de nuevo a sus integrantes hacia el místico obscurantismo de la Edad Media, presentado en otras formas, pero plagado de idénticos absurdos. No había en ella nada de la sana reverencia del pagano ante sus dioses o de su afirmación vital para renovar conceptos y perseverar en otros. Ella se rendía, se entregaba, admiraba y no podía comprender. Con tales elementos se edificó la Edad Media. Aurora tenía, por tanto, un medioevo de amor, y su cuerpo padecía todos los arrebatos frenéticos del aquelarre, unidos a todos los pudores y a toda la ignorancia de una castellana. Los hombres eran, para un temperamento así, en cierta medida, una especie de señores dueños de su vida y hacienda que, por razón del siglo, hablaban a veces en sueños con la poesía incomprensible de un juglar.

Llegaría tal vez un día en que su amor se desprendiera de ella misma arrastrado por el viento de un razonamiento o tronchado por el frío de la palabra de Gabriel, pero seguro eso sucedería cuando ya Aurora hubiera, por mucho tiempo, dejado de mirar su amor, de vigilarlo para ver si se rompía, y el cambio habría de producirse desde lo externo hacia lo íntimo. Ella contemplaba todos los días su amor, vigilante, tensa, rígida, lista a verlo morir como la hojita en el árbol de invierno y efectuaba a cada momento la nostálgica ceremonia de despedida de su pasión. Cada vez que él la maltrataba más allá de lo razonable, cada vez que la usaba sin fijarse, cada vez que se obstinaba en su silencio incomprensible, ella realizaba el rito de la despedida de su pasión como si esa pasión fuera a morir con tal motivo.

Pero estaba equivocada, vitalmente equivocada: mientras se mantuviera vigilante, en la agonía perpetua de su amor, este continuaría viviendo. Solo cuando separara de este sus miradas, se desprendería por sí mismo demasiado frágil para permanecer. La voluptuosa sensación del pecado no cometido persistía en Aurora, por tanto persistía la admiración de esa sublimidad viril abstracta y como remate de toda la angustia

tenaz. Su amor no caería mientras ella tuviera el asqueroso y pudibundo gesto de su madre, mientras se dejara adormecer por los gestos y las palabras de Gabriel como por las caricias de su padre, mientras admirara los silencios masculinos con esa su mirada de devota sumisión. Todos estos elementos constituían o conformaban su pasión; eran uno con ella, la sustentaban y enriquecían. No se debilitaría su devoción por sufrir o por tener que sufrir la distancia establecida entre ambos, porque esa distancia suponía un repetirse en ella de la admiración infantil hacia los gestos serenos de su padre y un reconocimiento primario de la sublimidad que había adjudicado desde tan niña a los hombres. No se moriría su pasión porque ella se moviera en la incierta atmósfera de una voluptuosidad oscura; ese ambiente letal le era familiar desde la época en que lo señaló como característica femenina, y al adoptarlo, al trasladar su clara presencia del vago mundo juvenil al más vago aún de la morbosidad adulta, no había hecho otra cosa sino incorporarse al nerviosismo, a la ira, al demonismo propios de las mujeres. Habitaba el frenesí – hay que reconocerlo – con cierto disgusto o desaprobación íntimas que no podría explicarse en ella, si no existiera el antecedente de su madre; se movía con alguna dignidad muy característica en el clima obscuro del instinto y solo podría ser comprendido su púdico gesto apelando al gesto de la madre la noche del temblor. Sabía en cierta forma indeterminada que cuando Gabriel se tendía junto a ella, cuando la miraba con los ojos velados por una tortuosa intención y cuando, a pesar de todo su consciente deseo de prestarse pero sin compartir, ella se entregaba golosamente al arrebató y la sabiduría del momento, la unían con su madre secretos lazos, lazos que le parecían chocantes y que ella procuraba denegar. Para evitar tan morbosa contaminación con todo lo femenino y obscuro, calificaba de sacrificio su gustosa entrega y perseguía con insana terquedad la satisfacción de Gabriel para poder catalogar en el orden de los renunciamentos un goce que, de darse a él conscientemente, la habría colocado en el mundo ávido de su madre y todas las mujeres, mundo del cual ella procuraba separarse para conservar, ante los hombres, la casta mirada admirativa que tanto la complacía íntimamente.

Sin embargo, y como sobre tan complejos estados pesaba la angustia, Aurora tenía una dificultad de preñez para habituarse a su propio clima moral. Tenía que venir algo a destruir el mágico embrujamiento; por ejemplo, un silencio que fuera de ella y no de él; un relajamiento de la tensión; una afirmación de su oscura impudicia femenina ante la serena sublimidad de Gabriel o, más que todo, un sueño que se lo entregara para siempre. Aurora, toda tenaz, esperaba la hoja caer.

Había agonizado ya tantas veces que una más no significaba la muerte. Estaba sobre el borde impreciso del ser y el no ser, lista para la discriminación definitiva entre los dos estados. El mágico equilibrio le proporcionaba la máxima lucidez. Casi podía elegir entre la muerte y la vida, tan intensa había llegado a ser su percepción. Por fin lograba una síntesis perfecta de ambos tiempos, de ambas posiciones. Tenía tendidas dos alas sobre las divergentes fronteras, y ella en medio, las dominaba completas, libres de la vaguedad con que se formularon en sus primeras agonías. Su espíritu oprimido alcanzaba ya la suprema libertad.

De ese cuerpo antes bello no quedaba en la cama más que un retazo deshidratado, lívido. Tenía abiertos los ojos, los oídos y la boca. A través de esta el sonido de su respiración estertórea denunciaba el viaje accidentado por un sendero tortuoso, obstruido por los hierros viejos de esa tráquea cansada. Toda la arquitectura interna crujía ruidosamente como los cordajes de un barco que quiere irse, atado al muelle con mal tiempo. Las mareas del esfuerzo físico la arrastraban del quejido al susurro, del tremor al ronquido. La habían semisentado en la cama para aligerar su tensión, y así dominaba el panorama reducido del cuarto.

Las cortinas respiraban con ella. Se hinchaban de viento dos segundos, tremaba el holán de los bordes cuando el aire aprisionado pugnaba por escapar, y finalmente se rendían lacias al vacío, moldeando en su laxitud los hierros de la puerta-balcón y las hojas de cristales, para volver a comenzar como el pecho de Teresa un proceso dificultoso, lento ostensible. Enfrente le sonreían desde lejanas instantáneas los retratos de sus hijos: Gabriel sobre un triciclo; Álvaro en sus propios brazos a los ocho meses de edad. Roberto la miraba serio y cejijunto, muy señor de una corbata abultada, a los tres años. Había frascos de medicinas por todos lados y reinaba el desagradable desorden que impone la enfermedad. Una película de polvo velaba los espejos.

Tenía los oídos sensibles a todos los ruidos y todas las voces. Oír era su nota dominante. ¡Resultaba tan dulce cerrar los ojos! ¡Tan natural acercarse al sueño! Casi a su espalda adivinaba el ferviente gesto de Aurora, prendida a su respiración. Abajo los pasos: pam, pam, pam, pam. Nueve por cinco. Nueve por cinco, nueve por cinco. ¿Quién había dicho que eran nueve por cinco? ¿Quién? Cerró los ojos para llamar el recuerdo que atraía la imagen al concepto. Al verla hacer esto, Aurora alarmada se paró haciendo ruido de telas y silla removidas. Llamó con un grito:

—¡Juliana!

Se escuchó desde abajo la voz torpe de la criada:

—Voy, señorita.

Nuevo ruido de pasos y luego desde arriba hacia abajo la voz de la muchacha:

— ¡Apresúrate a subir! ¡Dile a don Vasco que venga! Doña Teresa está muy mal.

Ella estaba bien. ¿Por qué llamaban mal a eso? Oyó los pasos apresurados de la criada y los parsimoniosos pasos de su marido en la escalera. Luego susurros y palabras tontamente angustiadas.

—Juliana, llame al médico. Habrá que darle oxígeno porque respira muy feo. Don Vasco... Mírela... ¿No le parece...?

—La he visto así muchas veces; reaccionará.

—Yo creo que es ya... ¿No querrá doña Teresa un sacerdote?

—Hablas como Juliana. No, ella no querrá un sacerdote. Nunca los ha necesitado y no veo por qué ha de necesitarlos ahora.

—Porque va a morir.

—¿Y eso qué tiene que ver con un sacerdote?

—...los Santos Óleos, la Extremaunción...

—¡Bah!

Teresa se hundió gustosamente en sí misma. Los vivos creyeron que moría.

“Que crean que estoy muerta. ¿Eso qué importa? Yo sí quería un sacerdote, pero como no puedo decirlo... ¿Podría? Tal vez... Pero no quiero hablar. Los vivos piensan como vivos que es muy difícil morir, y que si respiro feo es porque me cuesta hacerlo. Están equivocados, pero tampoco me preocupa que lo estén. Tengo a mi disposición todo el recuerdo; puedo escoger dentro de él la parcela de recuerdo que me sea grata para saborearla. Podría hasta morir si quisiera. Todo me es deliciosamente fácil ahora. Antes, en mis primeras agonías... ¿Llaman a esto agonía...? Me sentía tomada, levantada por los pies... y río ha de sentirse al ser alzada. Cuando me decida a morir es porque me habré entregado al río. Río. ¿Quién dijo nueve por cinco? ¿Será esa la porción grata de recuerdo que ahora quiero evocar? Nueve por cinco... Gabriel. Que el salón mide nueve pasos de Vasco, por cinco pasos

de Vasco. ¿Para qué hizo esa contabilidad tan rara? ¿Por qué lo dijo? Y también dijo que esta casa está vacía. ¿Lo está? Quedan Vasco, Álvaro... Y yo. No está vacía. No está sola esta casa que... ¿Y eso qué tiene que ver con un sacerdote? Dije yo eso... Lo dijo... ¿Quién lo dijo?, ¿cuándo lo dijo? El sacerdote y la compañía son dos ideas que armonizan extrañamente en este momento. Antes nunca lo pensé así. También sugiere obscuras reflexiones, ordenación de categorías, interpretación de uno mismo, debate de verdades, encrucijada de los sentimientos, y finalmente, un constante dirigirse a lo intemporal. ¿Qué he pensado? Estos pensamientos no me pertenecen. Son demasiado... vagos, no; imprecisos, no; mentales, no; abstractos... Eso. Son demasiado abstractos para mí... Estoy pensando con una cabeza que no es la mía...”.

Teresa sintió confusamente que alguien se inclinaba sobre ella. Un aliento cálido, lleno de vitalidad, se encontró en el aire con su sordo ronquido. Se repelieron los dos alientos y tomaron direcciones divergentes. Era Aurora que perseguía de cerca, para estar segura, las manifestaciones de su respiración en bajamar.

—Don Vasco, casi no se le oye...

Don Vasco era hombre de convicciones positivas. Cualquier manifestación que él había incluido en el margen de su conocimiento, adquiriría un valor, una categoría definitiva en su mente. Por eso no creía en el espectáculo de la muerte de Teresa, repetido ya tantas veces hasta probarle que agonizar no es morir y que se puede estar casi exento de vitalidad sin que por eso sea llegado el momento definitivo. La había observado consumirse en la cama, desaparecer como presencia física, alcanzar crisis álgicas y volver a surgir con la tenaz pertinencia de la vida. La enfermedad, o más bien, aquella enfermedad era así. Él no estaba dispuesto a hacer un escándalo ni a apresurar el drama porque Teresa dejara casi de respirar. Por cortesía hacia la inquietud de Aurora se inclinó a su vez sobre Teresa. La miró escrutadoramente y reafirmó todos sus juicios anteriores.

—Tómalo con más calma, Aurora. Esto lo he visto muchas veces —colocó una mano dentro de la palma de otra mano, ambas a la espalda, y trazó un semicírculo de pasos ordenados por la habitación. Luego con cierta decepción inconfesada agregó:

—... y aquí está... siempre agonizando.

Aurora, ese día, estaba en la posibilidad de realizar especulaciones caritativas de un carácter puramente experimental. Entiéndase, no es que no compadeciera con lo más sincero de su naturaleza generosa a la que allí sufría, antes al contrario, siempre se había apenado por Teresa y su prolongada enfermedad. Pero esa compasión estaba de ordinario velada por la urgencia primaria de su propia preocupación. Hoy no. Gabriel dormía: había trabajado toda la noche anterior y se había quedado haciendo del día descanso. Ese sueño seguro de Gabriel la ponía a ella por primera vez, frente a la enferma y los demás, en una posición diferente. Siempre que él dormía ella se sentía distinta, tenía confianza en sí misma, podía hablar, podía salir del moroso círculo de

sus propias emociones para contemplar y participar en las de los otros. Por consiguiente, su piedad de hoy era limpia, pura, absoluta. Reflexionando llegaba a la sugerente conclusión de que para ser bueno de verdad, generoso de verdad, sincero de verdad, hay que ser feliz primero. Sentía la urgente necesidad de volcar ese caritativo impulso en palabras y hacer partícipe de su pena, de esa pena gozosa, si esto puede decirse, a cualquier otro. Por eso tuvo ánimo para hablar evocativamente ante don Vasco, sin el temor que siempre la cohibiera en su presencia.

—Yo creo que doña Teresa ha de sentir deseo de morir. No le ha dado la vida muchas satisfacciones. Me refiero a sus hijos... —aclaró para no insinuar ante él algo que pudiera herirlo—. Cuando uno muere es probable que desee tener a los suyos cerca. Es decir, a todos los suyos. La ausencia de Roberto y Gabriel, y hasta en cierta forma la indiferencia de Álvaro, han de producirle pena. No hago una crítica, don Vasco, pero sería deseable que todos estuvieran aquí. Roberto quién sabe en qué sitio de la tierra estará. Pero Gabriel, usted debía permitirle venir a ver a su madre. Perdone esta intromisión pero si usted quisiera...

Aquella enumeración penosa disgustó a don Vasco. No le agradaron nunca las censuras, mucho menos las referentes a su propia familia. Había suspendido sus paseos por la habitación y con una mirada desaprobadora, intencionalmente enfocada hacia la muchacha con el objeto de producirle embarazo, esperaba el final del discurso. Luego dijo:

—No hablemos de Gabriel. Se ha portado mal y tiene su castigo.

—La castigada es ella.

—Él también. Y no insistas, Aurora, es inútil quebrantar mis resoluciones. En cuanto a Teresa, estás equivocada con respecto a su vida. Ha realizado todos los modestos sueños que conoció. Absolutamente todos. Y si fueron modestos, esto lo decidió ella misma. Por lo que se refiere a los hijos... me parece egoísta de nuestra parte pretender retenerlos por siempre. Si creyeron necesario ausentarse, esto no nos incumbe juzgarlo en común —pensó para sí mismo— “con esta frase final, esta muchacha imprudente se dará cuenta de que no tiene por qué intervenir en los asuntos privados de mi familia. Espero que tenga la discreción necesaria para no continuar. Esto es positivamente molesto”.

Pero Aurora estaba en el nirvana de la irresponsabilidad feliz. Ella no estaba criticando, sino simplemente extendiendo sobre la agonizante el manto de su piedad, o de su compasión prístina. Lo que quería era hacer compartir a don Vasco, obligarlo a estrenar con ella la deleitosa sensación de seguridad bondadosa que experimentaba. Su estado anímico la hacía insensible a las insinuaciones y producía sobre sus palabras una torpeza de la que estaba muy lejos de darse cuenta. Para ella resultaba incomprensible que don Vasco se negara en esa forma decidida a prodigar ternura

sobre la agonizante, evocando hechos dolorosos que hicieran más justificada esa ternura y más evidente la piedad. Por eso insistió:

—Si usted se refiere a la conclusión de esta casa, hecha con tanto esfuerzo personal de doña Teresa, convengo en que realizó sus sueños. Y eso hasta cierto punto, porque esta casa parece decidida a desaparecer con ella. ¡Pobrecita! ¡Tanto amor que puso en los detalles para que no llegaran ni siquiera hasta su muerte en un estado alegre de conservación! La he visto dirigir tristes miradas a los muebles como queriendo significar que ni ellos la acompañan a morir.

Aquella forma directa de enfocar sus asuntos personales era ya demasiado para don Vasco. Nerviosamente apretaba sus manos tras la espalda y las colocaba alternando una en la otra como si no hallara su anterior comodidad habitual. Era necesario que cortara con dureza y rigor las expansiones injustificadas de aquella mujer parlanchina e indiscreta.

—Es necesario que sepa usted, señorita —le habló de usted para subrayar su disgusto— que un hogar no lo constituye la acumulación de detalles alegres sobre una persona como si se estuviera preparando un altar de Corpus Christi —y pronunció la frase con deleite, seguro de que ella comprendería su jugoso sentido, pues Aurora era católica y no dejaría de percibir que él aludía a la regocijada celebración de ese rito, para acentuar lo vano de tal artificio, y lo vano también del artificio doméstico. Tranquilizado en cierta forma por su hallazgo, detuvo el nervioso presionar de sus manos y continuó modulando siempre las palabras mediante ese silabeo eslabonado que les damos cuando queremos cargarlas de sarcástica intención:

—Un hogar es una institución moral, fijada mediante reglas estrictas, mantenida con paciencia y a veces hasta dolor, y fortalecida en conceptos éticos concretos que nada tienen que ver con la “alegre acumulación de detalles” de que usted habla. En cuanto a este punto, Teresa llenó todos los requisitos indispensables para formar un hogar. Tenga la certeza de que ella está plenamente satisfecha de su vida laboriosa y de los resultados obtenidos con nuestra eficiente colaboración.

Aurora estaba un poco abrumada por el sabio discurso de don Vasco, pero en ningún modo vencida. El sueño seguro de Gabriel allá en el departamento le prestaba suficiencia y ponía al descubierto el vértice agresivo de su naturaleza casi siempre constreñida. Además de eso se negaba a entender que don Vasco pretendiera darle a sus palabras sabor de crítica, pues ella solo criticaba (si crítica puede llamarse eso) para acentuar el dolor y poder derramar sobre tanto dolor el manantial purísimo de su caridad nueva. No. Estaba muy distante de rendirse.

—No me refiero a eso, don Vasco. Usted no me ha entendido. Aludo a los valores humanos que le faltaron a ella para ser feliz. ¿No es cierto que esos valores humanos son indispensables para la felicidad? Esta casa está vacía... — ¿Quién había dicho tal

cosa? Gabriel lo dijo cuando se fue—. Tanto usted como doña Teresa han de sentirse muy solos en ella. ¡Pobrecita! ¡Ha sufrido mucho!

Don Vasco consideró de pronto inútil insistir ante tanta terquedad estúpida. ¡Tenía que ser mujer para manifestarse así de necia e imprudente! Se sentía molesto por la presencia de la muchacha y hasta por su propia presencia en ese cuarto con olor a medicinas, lleno de ronquidos, suspiros y palabras inútiles. Dejó sentada brevemente su desaprobación una vez más con un: —Le ruego no insistir tan lamentablemente sobre la presunta infelicidad de mi mujer —y se retiró al piso bajo para seguir pendulando sus movimientos de nueve por cinco, nueve por cinco, nueve por cinco.

Teresa al margen retrasado de las alocuciones ajenas, en el vasto cristal de su recuerdo, recorría senderos conocidos con seguridad de guía. Las palabras llegaban a su oído mucho rato después de pronunciadas y sonaban allí extrañamente insustanciales, como estaciones tardías.

“Esta casa la he construido con mi esfuerzo, con mi solo esfuerzo. Es satisfactorio haberlo hecho. *Yo creo que doña Teresa ha de sentir deseo de morir. No le ha dado la vida muchas satisfacciones.* ¿Satisfacciones? Veamos... Las cosas dan satisfacciones también... Esas cortinas las cosí con mis manos, eligiendo primero con cuidado la tela y luego un color entre los colores. Siempre me gustó el azul, es un color *cerca... Indiferente...* No, es un color ¿por qué un color cerca o indiferente? Es un color sincero. Por eso mis cortinas son azules. Era un material que habría de durar, sólido, tramado para resistir por siempre, para acompañar por siempre. *Cuando uno muere es probable que desee tener a los suyos cerca.* Las quise de seda por su apariencia opaca, por su permeabilidad, por su caída suave. Y ahí están, más fuertes que todo, inflándose al viento y rechazando el sol. Si abriera *ha realizado todos los modestos sueños que pidió para su vida* los ojos podría verlas azules y flexibles. Si abriera los ojos... Hace un rato con los ojos abiertos las vi. No están... No, no están así. A pesar de su permeabilidad ya no resisten más lavadas; el holán está desprendido, tiene un rasgonazo que yo zurcí hace mucho tiempo; el color azul se fue con los años y ahora *son hasta cierto punto porque esta casa parece decidida a desaparecer con ella...* ¡No quiero pensar en eso! Porque yo construí esta casa en todos sus detalles. Pensaré en otra cosa. En cualquier otra cosa... Compré los muebles torneados, con sus asientos de resorte blando “mamá, no te sientes ahí; ese sillón está desfondado, se le sale un resorte. ¿No te has dado cuenta? Te romperás el traje”. Era el mismo asiento torneado que escogí con tanto amor y en el cual soñé muchas tardes antes de poder comprarlo. Estaba ya ruinoso, roto, desvencijado. ¡No! ¡Eso no! ¡Otra cosa para pensar! Compré esta cama mía y la otra cama de Vasco. Las compré, prácticamente, economizando el centavo y cosiendo de noche para ahorrar. Ambas amplias, cómodas, sencillas y resistentes. Fue, lo recuerdo, una elección difícil porque debían llenar muchos requisitos. Pero lo logré, son todo lo acogedoras que una cama debe ser “Teresa, ya no se puede dormir bien aquí, hay un agujero en el centro. Los muelles han cedido. Esta cama ya no sirve”. ¡Otra cosa! ¡Otra cosa! Me duele demasiado pensar que las cosas logradas con tanto amor y dedicación tengan que

romperse. No. ¡No todo está destruido! Las sillas del comedor “Juliana, alcánzame ese cajón de la cocina. Esta silla está quebrada”. Las vitrinas de cristales “señora, lo siento, ese cristal lo rompió el señor Roberto esta mañana haciendo sus ejercicios con esos palos”, la vajilla de loza blanca con coronita de rosas amarillas y borde dorado. ¡Tan bonita! ¡Tan completa! Con todo lo necesario: desde las minúsculas tazas para el café, hasta los inmensos platones de guisado y la honda sopera reluciente. Uno de mis orgullos domésticos. Que brillara, que estuviera limpia, que los platos se apilaran sobre los platos y las tazas hundieran su barriga en las tazas. Así las quería ver yo. En filas ordenadas “señora, no tengo fuente para servir el arroz. Y quiero advertirle que solo quedan tres tazas. Ya no hay platos hondos. Deberá usted renovar su vajilla”. ¡No! ¡Eso no! Nada se ha destruido. Todo está completo. Porque todo lo compré poco a poco juntando un centavo a otro centavo. Lo hemos usado por años. No quiero pensarlo... ¡No quiero! La he visto dirigir tristes miradas a los muebles como queriendo significar que ni ellos la acompañan a morir. Mi parcela grata de recuerdo... Ahora que todo es fácil, la grata, la dulce, no las dolorosas. Veamos... Yo hice también esta casa. Cuando se fue Esteban y con él se fue la luz. Yo tenía que tomarme de algo para no perecer. No podía quedarme así viviendo para el recuerdo de una caricia por siempre. ¡Claro que no podía! Hice bien, muy bien. Mi familia era una gran familia, prolífica, orgullosa, llena de varones capaces de reproducirse y crecer. Por ellos había que tomarse algo. ¿Qué mejor que esta casa? ¿Qué mejor que hacer para ellos una casa? No me equivoqué al construir para ellos esta casa. ¡No! ¡No me he equivocado! Es necesario que sepa usted, señorita, que un hogar no lo constituye la acumulación de detalles alegres sobre... Cuando se fue Esteban quedó Vasco, pero él no era, ni fue, ni ha sido nunca un apoyo. Yo estaba sola. ¿No se dan cuenta de que yo estaba sola? Tenía que hacer algo concreto, prenderme a un sueño que pudiera tocar con mis manos, dejar el sueño de los sueños para el recuerdo de Esteban. Quedaban los niños. Un hogar es una institución moral, fijada mediante reglas estrictas, mantenida con paciencia, y a veces hasta dolor, y fortalecida en conceptos éticos concretos. Es cierto. Yo no me equivoqué. Era para mis hijos y su descendencia que yo “niño, no molestes, no puedo hacer esa tarea contigo” construía esta casa. Para su descendencia “Gabriel, ve a jugar a otra parte, ensucias la alfombra”, para que se reprodujeran y me reprodujeran “Álvaro, ya sabes que no puedo contarte cuentos, estoy trabajando. Será otro día, hijito, será otro día” y ellos llenarían la casa de risas “Roberto, no hagas tanto ruido, que entre tus carcajadas y el ruido de la máquina siento que voy a estallar”. Había que construir un cuarto más por si acaso alguno se casaba y quería vivir aquí. Yo hice ese cuarto “mamá, Roberto se fue” y puse para cada uno su mesa de trabajo, su cama, su armario, su silla, y así la casa se habría de poblar de voces y cantos. No necesitarían estar amontonados porque teníamos cuartos para todos y espacio para vivir ellos y los hijos de ellos. Cada detalle alegre acumulación de detalles lo estudié con cuidado; para Roberto la recámara más aireada; ¡al fin es naturista!; para Gabriel la que tiene esa ventana grande “me voy mamá. ¿Te has dado cuenta de que en esta casa no habita nadie? ¿No lo habías notado? ¿Verdad? La has construido ladrillo a ladrillo... ¡Quédate con tu odio! Quédate con esos pasos... Yo me voy...”, *aludo a los valores humanos que le faltaron a ella para ser feliz*, para Álvaro la más alegre “no me he asustado, mamá,

con tu presencia. No me he asustado... Solo estaba... buscando algo detrás de la puerta. Tú quieres pensar mal de mí... Pero no estaba haciendo nada malo... Te lo aseguro...". ¡No! ¡No quiero pensar en todo eso! ¡No quiero! Yo hice bien. Le agradecí mucho a Esteban (hace ya tantos años) que se fuera de nosotros salvando con su propia vida y su propio honor la vida y el honor de Vasco y de todos. Porque el honor de esta casa no tiene menoscabo; el nuestro es un nombre limpio y no tenemos nada de qué avergonzarnos "por el delito de estafa, soborno, sedición". Es evidente que Esteban respetaba un hogar construido sólidamente "¡pero Vasco! ¡Ya estas ebrio otra vez!" santificado por el matrimonio en el cual un hombre y una mujer formaban "me voy, mamá. Se fue, mamá. Me voy, mamá" un hogar respetable y puro "Teresa, desnúdate y suéltate el pelo". Otra cosa... otra cosa... Tenga la certeza de que ella está plenamente satisfecha de su vida laboriosa y de los resultados obtenidos con nuestra eficiente colaboración no ahora que estoy muriendo, lo pensaré después ¿cuándo? ¿en cuál después? Solo morir es regresar. Regresar a todo lo que se ha dejado atrás y vivir de nuevo los errores, y hasta las alegrías ¿cuáles alegrías? ¿Es que ha habido alegrías en mi vida? "Entonces me puedo ir tranquilo, si usted me promete no volver a tenerle miedo". ¡No! ¡Otra cosa! ¡Dios mío! ¡Otra cosa! Yo no hice errores. "Teresa... no derrames el café; a ti todo se te cae de las manos". ¡Dios mío! ¡Otra cosa! ¡Mi parcela grata de recuerdo, la buena, la pura! ¡La dulce para morir con ella! "Esta es mi mujer".

—¿No ha llegado todavía el médico?

—Señorita, el doctor no está.

—Anda, llámalo a su casa.

—Ya lo llamé, pero no está.

—Prueba otra vez, Juliana; de nuevo tiene asfixia.

—Está bien, señorita.

Teresa abrió los ojos para cerrarlos de nuevo. Ya que no podía escapar a sus visiones, se sumiría voluntariamente en esa otra frontera opuesta, la sin recuerdos. De un lado... ¿ya para qué mentirse? Estaban los fracasos. Todos sin faltar uno. Su vida inútil prendida a una ambición tan materialista que le impidió ver la deformación moral de sus hijos. Ella estuvo haciendo con sus manos una casa compuesta de madera, piedra, ladrillo, clavos, cerraduras, muebles, ropa, cortinas. De todos esos elementos ninguno tenía valor... abstracto, importancia subjetiva. Ahora sí, esos pensamientos comenzaban a pertenecerle.

Obscuras reflexiones era lo pasado: ordenación de categorías, el ingrato escalafón de tanta ruina; interpretación de uno mismo, la escueta realidad de su ceguera; encrucijada de los sentimientos: Vasco y Esteban; debate de verdades: morir es

regresar. No se muere en un segundo. Se viene muriendo siempre, desde todos los días hasta el día. Ella era de los que creen que morir se hace como nacer, al romperse la última resistencia materna, pero estaba equivocada. Nacer es desde la concepción al parto; nueve meses, doscientos ochenta días. Morir no cuenta por días, tiene un antes-tiempo, un tiempo vital diferente del tiempo de relojes. Ni siquiera se mide en años-luz, como las distancias astrales. Porque la muerte está en uno: constituye la vida; y no viene, se va. Deshabita. Vivimos gracias a la muerte que llevamos dentro y que nos va abandonando poco a poco, conforme nos acercamos al momento. Todos los soles perdemos un poco de nuestra muerte; todas las lunas quedamos más deshabitados, más inermes. Se va yendo de nosotros la muerte que nos poseía y nos deja entregados a la vida que no puede retenernos. Es la muerte la fructífera, la que está constituida por el fértil corazón reproductor. Es la muerte la vibrante; ella, toda en nosotros en la infancia, nos hace sonreír. Y es la estable, la perdurante, la divina, que nos enfrenta a la vida destructora. Poco a poco, por parcelas de licor vital va saliendo de nosotros como saldría una serpiente larga por el resquicio de una puerta. Cuando ella se va quedamos en manos de la vida que es la voraz. Por eso al morir volvemos. Para agarrarnos en el recuerdo de todas aquellas porciones de nuestro pasado en las que estábamos plenos de la muerte perdurable, y sonreíamos o llorábamos sin miedo de perderla. Teresa está ya casi en manos de la vida transitoria. De ella sale la muerte permanente. Por eso, agarrada a ella ha vuelto atrás, atrás en el recuerdo. Regresando se sabe; la vida es uno y no las cosas; la moral se construye con sacrificios íntimos y valor ante las verdades; los seres se pueden anular y destruir; las cosas no son eternas y ellas también quieren morir, hay que dejarlas morir en paz sin pedirles esfuerzos más allá de la materia. Con las piedras no se forman almas, ni con los clavos se fijan conceptos, ni con el cemento se edifica la moral. Mientras Teresa construía y construía desesperadamente esa armazón, los seres se desintegraban a su lado sin que ella lo notara. Don Vasco se embrutecía en la embriaguez; pero ella colocaba un ladrillo. Roberto se endurecía en estúpidas disciplinas; pero ella ampliaba los aposentos. Gabriel se deshacía entre su sensibilidad enfermiza indefensa al choque de dos naturalezas opuestas; pero ella abría una puerta. Álvaro se masturbaba secretamente hasta convertirse en un adolescente de cera, desleído y borroso, próximo a la tuberculosis; pero ella colocaba un cerrojo. Sí. Era cierto. En esa casa no vivía nadie. Ella pudo salvar del alcoholismo a su marido, de la insensibilidad a Roberto, de la locura a Gabriel, del embrutecimiento a Álvaro, pero solo había edificado una casa que también estaba deshaciéndose. Eso era todo. Y nada más.

“Que venga el río. Me rindo a la verdad. He fracasado. Y es tarde, demasiado tarde para construir algo que no esté hecho de tierra. Yo solo sé levantar cosas concretas. He amado lo que se toca con avidez y por eso nadie me amó a mí. Yo también he vivido bajo la amarga y mentirosa verdad de Vasco –no quiero que me amen, exijo que me respeten”.

Teresa cerró los ojos mansamente, abrió el ala de la obscura frontera, hizo un último esfuerzo para extenderse, llamó secretamente a las cosas para que murieran con ella y se preparó mientras pensaba;

—Ahora sí, que venga a mí el río.

XXI

Los días habían llegado a producirse sobre la vida de ambos, en especial la de Aurora, con una inquietante monotonía. En el momento de vivirlos, y fijando la atención en las horas de ocupada soledad o de solitario acompañamiento con Gabriel, parecían terriblemente largos. Pero luego, en el recuerdo, ignoraba si había comido pastel ayer, si tuvo anteayer aquel tenaz dolor de cabeza, o si hacía una semana o un mes que no cambiaba el mantel. Todo simulaba haber ocurrido el día anterior, o más bien, solo ocurrido, sin localización determinada. El lunes era un jueves, ¿o un sábado? No lo sabía. Lograba distinguir los domingos por una intensificación de su angustia que ocasionaba la presencia constante de Gabriel en la casa. Él le estorbaba para realizar sus labores cotidianas y hasta conseguía trastornarlo todo.

A las once Aurora no había podido lograr que se levantara, y por consiguiente, estaba el desayuno por servir, el baño por arreglar y la comida por hacer. Finalmente a las doce y media, se sentaban ambos frente a frente para comer. Ella tenía un desagradable vacío en el estómago que hasta llegaba a producirle agrura en la boca, tal vez mal aliento. Para no manifestar o hacer sensible esa irregularidad, comía más silenciosa que nunca, hurtando la cara hacia otro lado. Positivamente a esa hora, el café no sabía a nada y el pan tenía una enojosa consistencia de esponja. Hasta el agua sabía a metal. Aurora tragaba uno y otro bocado sin apetito, solo por calmar la agrura y por disminuir el presunto mal aliento. ¡Qué desagradable!

Gabriel no compartía sus sensaciones. Era maravilloso, los domingos, no tener que levantarse a las siete y poder disfrutar de unas horas extra en la cama, quién sabe cuántas. Para disfrutarlas positivamente (porque en la inconsciencia del sueño no nos damos cuenta de si dormimos un minuto o tres días), se hacía llamar como de costumbre muy temprano. A su reposo cansado no llegaba todavía el aviso estupendo “es domingo”, porque el despertar es siempre el mismo, ya ocurra en lunes o en jueves. Él venía de un subfondo poblado de imágenes, o a veces, venía de la nada hacia el todo; cuando esto último sucedía, con las visiones iniciales de su despertar decoraba la nada del sueño anterior, dándoles calidad de imágenes reales, y entonces no lograba salir a lo concreto mediante aquel paso brusco del llamado insistente: “Gabriel, despiértate, es domingo”.

Si sucedía así como hemos dicho, que venía Gabriel de una nada sin visiones hacia una realidad cargada de presencias, la unión entre ambos estados no se efectuaba con soltura, y por simbiosis, con carácter de imágenes fantásticas pasaban a decorar su

sueño anterior todas las cosas que en realidad veía: la luz rectangular de la ventana, la colcha porosa, el espejo manchado de amarillo, el armario con la madera laminada desprendiéndose en capas, y hasta la cara de Aurora. Se necesitaban esas mañanas tres, cuatro y hasta cinco llamados para hacerlo viajar del sueño con los ojos cerrados al sueño con los ojos abiertos, y luego al no sueño con los ojos abiertos: “Gabriel, me dijiste que te llamara, pero puedes seguir durmiendo porque es domingo”.

“Durmiendo” ¿Qué era dormir? Gabriel apartaba con cuidado los conceptos: qué – era– dormir. De esas tres palabras escogía una: dormir, en contraposición a despertar que no es, como todo mundo cree, abrir los ojos y exclamar:

“Mmmmmhhjjjmmmm”, y que tampoco es, aunque ya esto lo parezca más, sentarse en la cama y rezongar: “¡Déjame! Ya me voy a levantar”. Ninguna de tales manifestaciones coincidía satisfactoriamente con el hecho de su despertar. Este se producía cuando Gabriel, después del cuarto llamado, juntaba dos conceptos: dormir y domingo. Una vez hecho esto, llegaba a tal análisis, estaba en condiciones, en derecho más bien, de seguir durmiendo hasta la hora que quisiera; pero, por una de esas desgracias tan frecuentes a los humanos, no bien había alcanzado la clarividencia, no bien había logrado entender que podía seguir durmiendo, el sueño huía definitivamente de sus párpados y ya no podía volver a él por más que cerrara los ojos o se dijera a sí mismo: “Es domingo”. Estaba, hasta otro día, en el mundo de la vigilia o en el de los sueños voluntarios, y ya que no podía dedicarse a otra cosa, iniciaba el sueño consciente, o sueño de los ojos abiertos, que a veces, también se realiza con los ojos cerrados.

Era indiscutible que la situación presente “yo en una cama de donde se ha levantado hace un rato una mujer que se llama Aurora, que duerme conmigo, con quien vivo, de quien uso, y quien no me importa” se debía a una continuada serie de situaciones anteriores que él trataba de localizar ¿para qué? “Si no me importa que ella, Aurora, haya dejado en esta cama angosta la huella de su cuerpo, si no me importa que respire al lado mío, que viva, oiga mis palabras y comparta mi existencia, tampoco tiene ninguna trascendencia establecer los hechos que produjeron esta situación. Y sin embargo, deseo aclarar esos hechos (no por un pundonoroso y ridículo remordimiento de conciencia) porque esa no importancia actual reside en una acentuada importancia pretérita que no logro entender. Es posible que la transitoria convivencia con Elena, el juego demoníaco con su espíritu vibrante ¿era vibrante? Lo era. Compartía la calidad vibrátil de una veleta en el aire, era vibrátil, o vibrante porque sí; por nada, para ser más claro. ¿Dónde iba...? ¡Ah! Ya recuerdo. Dije que el juego maligno con su espíritu maligno ¿era maligno? No lo era porque lo infecundo no puede ser malo, es decir, lo incapaz de reproducir su veneno carece del elemento esencial de la maldad que es el de contaminar, el inducir, el precipitar. ¿Dónde iba...? Iba en que el hecho de haber vivido –aunque vivido no sea la palabra exacta –con Elena, el haber compartido –tampoco compartir...– (pero me dejaré de pruritos idiomáticos o no podré seguir adelante) con Elena, su espíritu ha producido en mi propio espíritu esta sensación, o certeza, de que la otra no me importa. ¿Por qué sucedió esto? Creo adivinar que algo mío se quedó en Elena, algo que me hace falta como una víscera, un elemento

visceral del que podría decir “me duele” o “está inflamado” de la misma manera que digo “me duele la cabeza”, o “está inflamado el hígado dentro de mí”. Una parte de mí mismo, una parte vital, se quedó en esa mujer burlona para siempre y yo no la puedo recuperar. Sin esa mi víscera ambulante, que podría hasta llamar “singular-humano” porque no tiene el sentido plural y corriente de la humanidad, pero que se manifiesta sí como una calidad humana, sin esa víscera-singular-humano, mi ser carece de la apreciación sentimental, cálida de los otros. Me duele mi singular-humano, pero me duele dentro de la otra; no me duele su ausencia, sino me duele la víscera misma colocada en Elena, algo así como si pudiera a uno rompérsele el corazón ajeno. Estoy deshabitado de algo funcional y por consiguiente es inútil que Aurora deje en la cama este molde estrecho de su persona, que se desviva a toda hora por mí y llore cuando no me entiende. ¡Lloraría más si me entendiera! Estoy más allá del presente, fuera del tiempo, o más bien dicho, fuera de las dimensiones normales de la humanidad. ¡Pero esto es horrible! Es tan feo como tener las orejas colocadas sobre las ventanillas de la nariz, o como sería llamarse Rosado siendo seco, magro, amarillo y viejo.

Por otra parte, no es que la ame, como Aurora teme. La gente como Elena está lejos de poder producir amor y yo mismo estoy lejos de poder sentirlo. Muchas cosas me han hecho así. La tremenda frialdad de mi casa; la palabra “silencio” suspendida siempre sobre nuestras actividades, hasta hacer que tanto silencio formara un ruido espantoso. El demasiado silencio está tan vacío de significado como la abundancia de ruido o de palabras. Ambos no dicen nada, y la nada hace ruido. Además, nos hicieron a todos de un material, no puede llamarse carne ni espíritu, de un material sordo, algo así como madera, y lo inanimado no puede moverse cómodamente en ninguna parte. Digo mal, no puede moverse del todo. Nos adornaron con extraños pudores: pudor de los sentimientos, si es que teníamos sentimientos; de las palabras; de la ternura. No recuerdo haberle dado un beso a mi madre ni haber recibido nunca uno de ella. Tampoco me hubiera atrevido, ni me atrevería hoy, a golpear familiarmente la espalda de mis hermanos o darles una broma. Eso no cabía dentro de los moldes rígidos de aquella casa. Y por otra parte, nos crearon un impudor desenfrenado hacia todas las manifestaciones de la carne y hacia todas las curiosidades del espíritu, logrando con ello develar prematuramente misterios, que de existir en nosotros, habrían suavizado la marmórea rigidez de nuestras cabezas. Siempre se habló del sexo entre nosotros como del pan, incluso frente a mamá, sin que eso signifique que se resolvieran sus problemas (la prueba es Álvaro); se habló de las funciones orgánicas, se redujeron los cuerpos a sus elementos químicos; se habló de los complejos psicológicos; del mecanismo mental, con una falta absoluta de pudor y hasta de respeto. Todo esto destruyó el mito, no hay duda; sintetizó el absurdo, mató la quimera. No es posible la belleza sin mito y nosotros, por tanto, no sentimos ni tenemos la belleza. También terminó eso con lo que podía haber de sentimiento, que no puede existir sin misterio. Hay, o debe haber algo de telúrico, de cósmico, de misterioso en el sentimiento. No debe tratársele con la descarnada impiedad con que se tratan los asuntos diarios. Sobre él debería caer una discreta cortina de ensueño. Divino, ¿qué es lo divino para mí? Nada, porque no consiguieron,

con tanto realismo divinizar la materia, y el ser no puede desenvolverse sino es mediante una fe ciega en la naturaleza divina de algo, sea este algo la divinidad misma o la poco divina materia o naturaleza. Era el frío, o mejor, la ausencia de frío (porque el frío supone calor) y yo no tengo ninguno de esos dos conceptos.

No hay duda de que también algo mío dejé en esa casa cuando partí. Pretendí traérmelo recogiendo y lanzando palabras violentas, empaqueté mis cosas con cuidado como si en aquellos bultos fuera a venirse todo lo mío... Pero no me engaño. Era imposible asir o reconstruir lo que estaba disperso y destruido en mí por aquella casa. No me venía yo completo a iniciar una nueva vida, sino que cargué con un poco de cosas objetivas y un pedazo de mí mismo al salir. El resto se quedó para siempre allá. Ese resto ¿qué es? Lo siento también en su calidad de ausencia. Una especie de vacío que a su vez está vacío. Si logro organizar mis pensamientos usando el método (¡qué miserable soy! Estoy traduciendo fórmulas antiguas de vida, las que me enseñaron, las que emplean todos en esa casa, porque carezco de impulso vital para sentir y solo puedo pensar). Así es, ya que no puedo sentir he de pensar, razonar, metodizar igual que papá y que Roberto, igual que todos. ¡Qué mezquino! Pero como no tengo otro camino viable, tomaré el seco camino conocido. Veamos: algo de mí se quedó con ellos, no porque lo hayan robado, sino más bien porque yo lo entregué. Ese algo, que sirve para facilitar el método y obstaculizar el sentimiento, que sirve para pensar y no para vivir es... Tomaré otro camino; este no funciona. ¿Hay algo en esa casa que falte en todos y por lo tanto pueda faltar también en mí? ¡Faltan tantos elementos en esa gente! ¡Tantos! Faltan la vergüenza para considerar el pecado; el pudor para ver el alma; el respeto para la emoción... Eso es, eso puede ser... Respeto para la emoción ajena... Eso es. Allá quedó mi respeto para la emoción ajena, es decir, el sentido de piedad, el vislumbre de ternura, la hermandad humana de los unos para los otros. Es evidente que si mataron o entregué entonces mi respeto para la emoción ajena que debía haber colocado en los sufrimientos de mi madre, en la tiranía de mi padre sobre los demás o en la insensibilidad de mis hermanos, no era de esperarse que me conmoviera el sincero amor de Aurora y ni siquiera el razonamiento procaz de Elena. Es evidente. Como es evidente que todo eso no se puede recuperar, no se puede adquirir a mi edad, aunque mi edad sea todavía poca. Allá, en Elena, quedó mi singular-humano, es decir, la capacidad emocional de un solo individuo frente a otro solo individuo, o llamándolo con el nombre vulgar que le dan las mujeres, quedó helado mi amor; en la casa quedó mi proximidad, es decir, la capacidad emocional de un solo individuo frente a todos los individuos en conjunto. ¡Con qué poco de mí mismo he venido a construir una vida! ¡Con qué miserable acervo de humanidad pretendo hacer un hombre!

¿Se podría decir, en puridad, que yo tuve celos de Elena? Aquella emoción abstracta que sentía cuando entre mi caricia y su piel adivinaba otra caricia y otra piel, no era una reacción de celos. Era más bien un maltrato a la vanidad soberana de mi condición de macho. Algo también frío, o también carente de frío. Algo casi inexistente. Por eso no me dolió perderla. No a ella, ciertamente no a ella se refiere la pena que a veces siento cuando en ella pienso. Esa pena se refiere a lo que de mí

quedó en ella habitando su yo para siempre. Tampoco me dolió dejar, haber dejado mi casa, ni que mamá esté agonizando sola; ni que Roberto se haya ido; ni que Álvaro sea un pedazo miserable de hombre; nada de eso me importa porque allá quedó mi proximidad. ¿Para qué mentirme? No podría ilusionarme sobre lo vital de mi naturaleza organizándome, para deleite intelectual, un sentimiento inexistente. Ni organizándome tampoco, para salvarme en él, un sentimiento humanitario.

¿Y Aurora? ¡Claro que no me importa! Pero ¿puede o tiene derecho a vivir aquel a quien no le importa una persona, viviendo precisamente a costa de esa misma persona? ¿Derecho? Ella es para mí... Cuando veo el poco espacio que ocupa en mi espíritu y lo comparo con el poco espacio que ocupa en mi espacio, debería pensar que esto sucede así porque ella se comprime; y sin embargo, he reaccionado como si pensara (y pensé) que si es tan delgada, material y moralmente, tan de perfil en todo, es porque ella es así, porque está hecha de cosas y elementos minúsculos incapaces de ocupar, de habitar nada. No es posible. Un espíritu tan flexible ¿ella tiene espíritu? (antes creía que lo tenía, pero hoy lo dudo) bueno... suponiendo que lo tenga, un espíritu tan flexible obtiene su flexibilidad de la calidad de expanderse o comprimirse. Es decir, así como junto a mí es mínima, ridícula, borrosa, puede también ser junto a otro grande, digna, definida. ¿Junto a otro? ¿Podría ella ser junto a otro? ¡Eso es absurdo! ¿Son celos? ¡Esto es absurdo también! Ya me he probado a mí mismo que no siento amor y no puedo sentir celos. No. Es mejor reducirla a sus auténticas medidas, ni ensancharla, ni disminuirla. Como ella es. Una chiquilla sin importancia, llena de un estúpido y frenético amor por mí, en la que yo también deposito... ¡Oh! El miserable egoísmo de las mujeres... cosas abstractas todos los días que ella no ve... que no puede ver...”.

—Gabriel, son las doce y media. ¿No te parece que podríamos juntar la comida y el desayuno para...

Él la interrumpió mordaz.

—Sí, para aliviar tu trabajo... Ya estás quejándote. Nadie te tiene amarrada.

—No he dicho eso, Gabriel, ni siquiera lo he pensado. Perdóname. No quisiera ofenderte ni con el pensamiento. Pero si crees que ese pensamiento existió, discúlpalo y olvídalos. Perdóname, Gabriel, no te enojas conmigo por Dios. Perdóname. ¿Quieres?

—Mmmjjjjmmm...

—¿Estás ya enojado?

—Aaaahhh... ¿Qué dices?

—Que si te has enojado.

—Mmmmjjjmmmm... Digo... no. ¿De qué estabas hablando? ¡Ah, sí! Del desayuno. Está bien. Sirve juntos el desayuno y la comida, no veo ningún inconveniente. Ningún inconveniente...

XXII

Judas Iscariote no traicionó a Jesús. Había sido un hombre rico que dejó todo por seguirlo; es fútil pensar que lo vendiera después por treinta dineros. Lo que pidió de Jesús al entregarlo fue una prueba palpable de su divinidad, algo así como: “Sálvate de ellos y déjanos ver que eres Dios”.

Consignamos esto a propósito de ella. Ella es Aurora. Viene a la mente como explicatoria de su acción. Tal vez hasta evocó fugazmente a Judas cuando aceptó aquella prueba. Si no lo hizo, su acto tuvo idénticos móviles. Y no lo decimos para justificarla, mas sí para situar los acontecimientos en el sitio preciso que les corresponde.

No hay duda. Aurora se devanaba los sesos procurando dar con la interpretación correcta de las actitudes de Gabriel.

Porque Gabriel había cambiado; de ello estaba segura. No era el mismo; inclusive sus sabios gestos masculinos habían perdido fuerza y nitidez. Todavía entrecerraba los ojos, frunciendo para ello intensamente los párpados, tratando de colocarse, como antes, en el recinto vedado de su silencio perturbador. Pero para Aurora, el laborioso movimiento familiar no producía los resultados anteriores. Tal abstracción había significado siempre un acto de sublimidad viril, similar al de su padre cuando mesaba sus sienes, acto capaz de colocarla en la circunstancia incómoda del que es hurgado por dentro, o desnudado. Resultaba sorprendente, pues, que ahora, en vez de duplicar con ese gesto su capacidad subjetiva, Gabriel parecía llegar, en cambio, a una ceguera voluntaria y, hasta cierto punto, dañina. Cuanto más hundía la mirada, cuanto más esta se volvía insana y desconcertante, menos lograba enfocar el terreno de su observación. Lo que antes fuera un acto de penetración, era hoy de hermetismo. Ella se sentía peor ahora, partícipe de su fracaso, que antes eliminada de su silencio secular.

Esto no era todo. Gabriel ya no estaba seguro de sus palabras ni actitudes. De la frase concisa y sabiamente moldeada; había pasado a la interjección desordenada, al pensamiento inconcluso, y lo que era peor, a la cólera desatada. No quedaba en él nada sabio, ni sereno, ni duro, ni despiadado. Movía en cierta forma a compasión el desconcierto íntimo de Gabriel. Y ella, Aurora, no estaba acostumbrada a compadecerle. No podía soportar la idea de que Gabriel estuviera a merced de su piedad. Era preferible, con mucho, navegar en la incierta sensación de una culpa no cometida ante él, o tener que amoldarse a su sequedad y su indiferencia. Había hecho

del amado un ser soberbio, majestuoso, omnipotente; un señor de su vida y hacienda que la distanciaba con un leve gesto de la mano y la acercaba sumisa y obligada con el amago de una sonrisa; aunque esa sonrisa hubiera de morir en labios de él antes de llegar ella al acercamiento efectivo. Esa dolorosa mansedumbre tenía ciertas compensaciones determinadas. Al comprimirse ella, él se agrandaba, despiadadamente, pero con certeza. Verlo tan majestuoso, tan pleno, producía en su alma doble satisfacción: la de su propia intrascendencia (intrascendencia dulce, perfumada, melancólica) y la confirmación de esa sublimidad que ella necesitaba para creer en él. Gabriel no era alto, ni atlético, ni siquiera podía decirse guapo. Pero para Aurora sus hombros eran enormes; larguísimas sus piernas; altiva su cabeza; magnífico su porte; olímpica su cara. Cuando él levantaba una mano deteniendo las palabras de ella, con un gesto de marcado hastío que parecía querer decir: “¡Cuántas necedades!”, surgía en ella una esponjosa humildad y la urgencia inmediata de pedir perdón por todo lo suyo. Por su pequeñez, por su miseria, por su silencio, por su palabra, por su amor. El acto de pedir perdón no se había desgastado con el uso de sus míticas virtudes. Al contrario; conforme ella lo repetía, entraba en sus carnes el dolor tenso del martirio, todo su ser sufría una contracción violenta y merced a esta disminución paradójica de cantidad, la calidad del sufrimiento, y por ende del goce, adquirirían mayor valor. Ella pedía perdón por ser tan chica ante él tan grande; por ser dulce frente a la adustez cerril de Gabriel; por llorar y por sufrir. Hasta sentía a veces deseo de pedir perdón por haber pedido perdón.

Pero de algún tiempo a esta parte Aurora naufragaba en el más absoluto desconcierto. Con su intuitiva y sabia sensibilidad femenina había captado gestos de Gabriel que no respondían a cuanto ella de él esperaba. ¿No tuvo la otra mañana el gesto torpe de una caricia a través de la mesa, caricia con la que derramó la leche y se azotó tanto? Esa caricia inusitada no era, de ningún modo, natural en Gabriel. ¿No se había molestado con ella ante la idea de juntar el desayuno con la comida, solo para responder a su humilde solicitud de perdón con la frase estúpida de quien ya olvidó la ira antes de dar salida a la emoción? Tan brusco cambio de pensamientos tampoco pertenecía a Gabriel.

Le miraba encogido, presa su espalda de una curva deprimente, flojos los hombros y más angostos, lacias las piernas y menos largas, abandonada la cabeza sobre el cuello sin altivez. Aurora se contrajo ante sus molestos pensamientos. Ella no debía pensar así de Gabriel. Eso estaba malo. Tuvo necesidad de contemplarlo para rectificar la apreciación y fue al baño donde él se rasuraba. Le miró con miedo. Gabriel estaba frente al espejo con media cara llena de jabón y la navajilla en la mano; no hacía ningún movimiento, se contemplaba en el espejo y hundía allí una mirada insana dirigida a su propio rostro. No se movió al entrar ella, continuó en la misma posición dentro del espejo como antes.

—¿Me llamaste? —dijo Aurora por justificar su presencia.

— ¡Ah! —Gabriel se volvió en redondo sin bajar la mano de la navajilla ni reanudar la afeitada. Luego dijo—: Sí. Te pedí más agua caliente.

Aurora estaba cierta de haber ido al baño por su propia voluntad y no obedeciendo a un llamado. ¿Estaría él convencido de haberla llamado? ¿Necesitaría, en efecto, más agua caliente?

—¿Estás seguro, Gabriel, de que me llamaste?

—Te pedí agua caliente. ¿Qué esperas para traérmela? ¿Por qué me miras así? ¿Te molesta mi cara? —continuaba en la misma posición, solo que frente a ella, sin mover un músculo. Luego agregó volviéndose al espejo—: A mí sí me molesta.

—Ya voy.

— ¡Aprisa! ¿Necesito decírtelo diez veces? ¡Anda! Y no me mires así, como si hubieras perdido una canica en mis ojos. Anda.

Era lo mismo de esos días. La ausencia absoluta de conciencia. Una ausencia inexplicable y malsana que la maltrataba a ella quizá más que a él. Fue y volvió con el agua sin decir palabra. Gabriel la tomó y tampoco dijo nada.

En la cocina, terminando la comida. Aurora pensó que él tal vez estaba enfermo y esta idea la alivió un tanto. Se lo diría cuando estuvieran frente a frente comiendo; ese sería el momento propicio. Le diría todo cuanto pensaba por primera vez. ¿Pero es que ella podía ahora atreverse a decirle su pensamiento? Dilató las narices sintiendo un tufo a quemado. “La leche... Se me quema la leche. No sé por qué esa maldita siempre se ha de derramar por más que la vigilo. Un segundo que me distraiga y ya estuvo, se sale, dejando esa peste desagradable en toda la cocina. Se lo diré, claro que se lo diré. Si papá hubiera perdido la certeza de movimientos, si hubiera dejado de pasar la mano por sus sienes como siempre, si hubiera tenido una palabra brusca o una desatención involuntaria, se lo habría dicho también porque eso significaría que estaba enfermo. Solo enfermo y no degradado. ¡Qué fea palabra para pensarla respecto a Gabriel! Las charreteras, una fila de soldados enfrente, un oficial con condecoraciones en el pecho, mucho silencio y de repente, el redoble trágico de un tambor en el frío de la mañana. Siempre ocurre en la mañana. Se calla el tambor y entonces el oficial, con la mano izquierda, arranca las charreteras, las palmas y fusiles del cuello, las estrellas, los botones de la guerrera. El degradado baja la cabeza y redobra otra vez el tambor. Después, y siempre en el frío de esa mañana mientras sopla un vientecillo turbio, la fila de soldados gira sobre sus talones; lo propio hace el oficial y todos se alejan dando la espalda al degradado. Así se hace. Recuerdo habérselo oído contar a papá muy emocionado hace mucho tiempo. A él le tocó presenciar la ceremonia alguna vez. Degradado... No puede ser. Se lo diré cuando estemos comiendo”.

—Aurora...

—Ya voy...

Se presentó de nuevo en el baño. Gabriel todavía estaba con media cara rasurada y media llena de jabón. ¿Había pasado mucho rato? ¿O hacía solo un segundo que ella estuvo allí? No podía ser, porque durante ese rato se había derramado la leche, había pelado las papas, picado las cebollas y pensado lo de la degradación. Gabriel se volvió hacia ella como antes, con el mismo movimiento mecánico.

—Te dije que me trajeras agua caliente.

—... ¡Ya te la traje!

—Esta agua está fría.

—Hace tanto rato que se enfrió. Te traeré más.

En la puerta se volvió decidida a plantear la cuestión de una vez.

—Gabriel...

—Sí...

—No, nada. Ya lo olvidé, perdona, estoy en la luna... Tú sabes. Yo siempre estoy en la luna. —Mmmjjjmmm... Finalmente estuvieron ante la mesa. Aurora comía despacio, buscando en los bocados la palabra necesaria para intervenir. Él comía silencioso y sin mirarla.

—¿Te sirvo más sopa?

—Bueno,

Gabriel estiró la mano para alargar el plato y vio brillar en esta la cuchara. “Tzinzunzan. ¿Qué quiere decir esta palabra que recuerdo ahora? Tzinzunzan. ¿Qué quiere decir? El plato... Sí... dí la cuchara. Tzinzunzan. Tengo que averiguar qué es... Más tarde...”.

—El plato, Gabriel.

— ¡Ah, sí! El plato.

—Gabriel, tengo que hablarte.

—¿De qué?

—De ti.

—¿De mí? —masticó prolijamente la sopa. Era la sopa y la estaba masticando. “Líquido. Masticando. Necedades. Tzinzunzan. ¿Qué quiere decir esta palabra que se me mete ahora en el pensamiento? Tzinzunzan. ¡Maldita palabreja! Averiguaré qué quiere decir. Más tarde...”.

—Sí, de ti. Escucha. Te noto cambiado. Algo te pasa. Esa... es... ¿Cómo diría? Es como si no fueras tú desde hace algún tiempo. ¿No crees que estás enfermo?

—¿Enfermo yo? “Ahora había de salir esta con que estoy enfermo. Tzinzunzan. ¡Caramba con la palabra! ¡Qué majadería! La de esa palabreja y la de tan tonta idea. ¡Esta tiene unas genialidades!”.

—Sí. Solo si estás enfermo puedo explicarme tu abstracción. No sabes lo que dices, te quedas a media frase. Me miras como si fuera una nueva persona a la que tú no conoces. Te enojas sin motivo; hasta el otro día... No creas que es un reproche... No... Muy lejos de mí hacerte un reproche... y menos hacértelo por eso. Más bien debiera alegrarme, pero no, me produce perplejidad. Tu nunca me has...es difícil decirlo. Entre nosotros todavía no se han dicho estas cosas, pero hoy debo ser franca. Como siempre lo he sido. No podría tener un pensamiento, ni siquiera una sombra de pensamiento que no te perteneciera. Quisiera poder estar segura de que tú vives dentro de mi cerebro y allí, sin tener que usar yo estas molestas palabras, tú lees mi pensamiento. Pero como esto no puede ser... Gabriel... ¿Verdad que tú nunca me has acariciado? Digo, acariciado con ternura, por acariciar simplemente...

—No sé... “Tzinzunzan. Franqueza. ¿Será posible, que las mujeres la tengan? Sombra de pensamiento... Tzinzunzan. Eso es pensamiento sin forma... Tengo que averiguarlo... ¿Enfermo yo?”.

Ella continuó:

—Quiero decirlo todo, porque me siento ahogar. El otro día en el desayuno tendiste la mano para acariciarme así. Ya te digo... No debía molestarme por eso. Y no es que me moleste... Es que me extraña. ¿Estás seguro de que quisiste acariciarme? Derramaste la leche sobre la mesa y a los dos segundos contestaste como si nada hubiera pasado. Pero yo lo vi. Eso no está bien. Digo, bien no; bien sí... No es correcto, o mejor dicho, no es propio de ti. Ese movimiento no respondía a ningún deseo cierto, a ningún impulso voluntario. Era más bien un gesto mecánico. No te pertenecía el movimiento cuando hiciste aquello. Porque en lo fundamental tú no has cambiado. ¿Verdad que no has cambiado? Y si solo es cuestión de gestos imprevisibles, de acciones incontroladas, es que tú estás enfermo. ¿Qué te parecería ver a un médico?

— ¿Tú estás loca? La loca eres tú. Yo ver a un médico para que responda de mi salud mental... Eso es lo que quieres decir, ¿no es cierto? Dudas de mi salud mental. ¡Yo estoy bien! Perfectamente bien. “*Tzinzunzan*. Se mete la maldita en todo. Lo que hago es lo que siempre he hecho, ninguna cosa dife *Tzinzun* rente. Estoy tan bien como an *Tzin tes zun* igual zan que *Tzin* antes... ¡Maldita sea! Ella es quien me está metiendo la locura en la cabeza. Siem *Tzinzun* pre *zan* ella”.

—No, Gabriel. Dime si has cambiado. Prefiero creer que es esto. Yo tengo una idea de ti... Te he hecho como un altar. Creo que si pudiera, te rezaría y te prendería velitas como a los santos. Mi actitud ante ti es de rodillas siempre. ¿No te has dado cuenta? Tú eres para mí lo que más amo, lo único en que creo, el motivo de mi vida, todo, todo. ¿Te gustaría que yo sintiera el impulso irreverente de dejar mi posición de rodillas y me levantara frente a ti como si estuviera a tu misma altura? Dime que no te gustaría...

—Eso sí es locura...

—No. Es amor. Te amo así como eres, duro y hasta cruel. Me gusta verte alto, fuerte, poderoso, más grande, mucho más grande que yo. Nunca he tenido seguridad sobre ti y tal vez esa forma de rebeldía que ahora siento me produciría un poco de seguridad. Y sin embargo, no la deseo. Yo tengo una certeza íntima, perfecta; quizás lo único perfecto que tengo: la certeza de que te pertenezco, que lleva aparejada la indiscutible seguridad de que tú no me perteneces. Por eso no me ha molestado nunca. Quiero verte conservar junto a mí la libertad que siempre has tenido. Tú te dejas querer y yo te agradezco que me dejes quererte. Pero no podría soportar verte de igual a igual, hermanados en estatura. Porque esa hermandad no vendría de que yo haya crecido... escúchame bien, Gabriel, esa hermandad vendría de que tú has disminuido. ¿Me entiendes? Siempre he sido franca contigo y si no he dicho nada antes era porque no tenía nada que decir. Pero hoy sí. Tú no eres mío. Está bien así. Pero yo soy tuya. Vivo en ofrenda perpetua, no sabría vivir de otra forma. Tú no eres mío nunca. ¿Nunca? Tal vez esto no sea cierto del todo... Te diré... Eres mío cuando duermes. Entonces me perteneces por completo. Yo te miro dormir, oigo tu respiración y siento que eres mío. Pero no puedo soportar que seas mío conscientemente, aunque esto te parezca un contrasentido. He sido demasiado franca, pero no lo lamento. Pierdo todo lo que podría ganar, pero tampoco lo lamento. Prefiero verte grande y seguir teniéndote en tu sueño todo para mí, sin pensamientos ni deseos, completamente indefenso y entregado. Por eso te ruego que vayas al médico porque tu cambio es enfermedad. ¿Verdad que es enfermedad? ¿Querrás ir al médico? Gabriel la miraba estupefacto. Nunca se había soltado Aurora de esa manera. “De modo que su amor por mí está hecho de eso... De una ciega admiración asquerosamente física... mística... Quiere seguir creyendo en mí porque si se le derrumba el ídolo *Tzinzunzan* ¡caramba! se le derrumbará el amor. *Tzinzunzan*. ¡Otra vez la palabreja infame! ¡Médico! Nada más que un aleatorio para defender su deleznable pasión. *Tzinzun* ¡yo igual a ella! *zan*, entregado a ella. *Zanzinzun*... ¡Qué risible!”. Luego dijo:

—Déjate de majaderías. ¿Quieres decir locura y no te atreves? “*Tzinzunzan*”. Yo estoy perfectamente bien. Haz un esfuerzo y me verás como antes, si es eso lo que necesitas para creer “*Tzinzunzan*” en mí. Ahora sírreme el café y déjate de tanta estupidez. Aurora se levantó y fue a la cocina. Pues si él lo veía así... Puso el agua, esperó a que hirviera, luego regresó al comedor con la jarra en una mano y un cenicero en la otra. Gabriel se había parado y estaba frente a un espejillo muy chico que había en un armario de vajilla. Se miraba tocándose la cara y reconociendo cuidadosamente todos sus músculos. Acarició su bigote; con los dedos índice y pulgar abrió sus párpados y acercó la cara al espejo hasta topar la nariz con el cristal. Luego se pasó la mano por el cabello. No la había visto “¿*Soy el mismo?* Todo está en su lugar. Si frunzo los párpados, así, veo todo más hondamente, mucho más hondamente, siento que penetro en las cosas como cuando penetro en ella. *Tzinzunzan*. Mis ojos no han cambiado de color, son de color cambiante. La nariz no se ha movido, ni la boca. Me rasuraré, después de todo, es mejor hacerlo. Ya... Si ya me había rasurado... Lo hice bastante mal. Sin embargo, durará tres días. *Tzinzunzan*, ya ni la oigo. ¿Entiendes, palabra estúpida? Ya ni te oigo, puedes seguir metiéndote por donde te dé la gana, que yo no te escucho. Puedes estar aquí en mis pensamientos y sonar *Tzinzunzan* sin que yo me inquiete por lo que significas. Que se vaya ella. Necesito pensar y encontrar *Tzinzunzan* lo que significa *zan* todo y esa palabra también”.

—Aquí está el café. Ven o se enfría. “¿Me vio? Dirá que estoy loco. *Tzinzunzan* y todo es efecto de sus estupideces y de esa palabra necia. ¿Qué será *Tzinzunzan*? Suena como a vuelo; silba, parece que se aleja en la segunda sílaba y retorna en la tercera. Es bonito separarla así: *Tzin-zun-zan*. Después de todo, suena bonito. Musical y dulce. ¡Muy bonito! Necesito pensar”.

—Mira, Aurora. Tú eres la que necesita un descanso. ¿Tienes alguna amiga todavía de las que visitabas antes?

—¿Quién, yo...?

—Sí, digo que si conservas amistad con alguna.

—No. Desde luego que no, hace tanto que no las veo.

—Pues vas a verlas ahora. Para reanudar la amistad. ¿Entiendes? Te vas a ir a hacer una visita. Hablarás de trapos, de chismes y de todas esas cosas que consuelan a las mujeres.

—Pero si yo no quiero... Pero si es domingo... ¿A dónde quieres que vaya?

—He dicho que te vas, ¿Entiendes? Que te vas ya. No, no quiero que pierdas tiempo. Me estorbas. Te vas de inmediato. No pienses en cambiarte... He dicho que te vas ya, en este instante. ¿Entiendes? ¿Que no puedes salir así? Puedes porque yo quiero. Te

me largas ya... ¡Ya! En este instante. Y no llores ni hagas más estupideces. Vas a hacer una visita, una sabrosa y larga visita a una de tus numerosas amigas. Te estás mucho rato. Necesito estar solo. ¡He dicho que ya! ¡Y ya es ya! No quiero café, ni que me mires. No me ruegues porque ya te estás yendo. ¡Vas a hacer caso! ¡He dicho que ya! ¡Babosa, maldita, te largas o...!

Cerró la puerta tras ella y se dejó hundir en un sillón, exhausto. “*Tzinzunzan*”. Golpeó con los puños los brazos del asiento. Después se paró y caminó a largos trancos el reducido cuarto.

Estuvo reflexionando mucho rato, si reflexionar puede llamarse a la forma caótica que tomaban sus pensamientos. La inútil palabra seguía metiéndose en su cerebro y Gabriel la apartaba con un gesto primero suave, más tarde nervioso, y finalmente, ante la tenacidad horrorosa de la palabra, con un gesto violento de los cuatro dedos contra la frente. Oprimía a ratos sus sienes con solo la punta del pulgar, y después apretaba por todos lados su cabeza con toda la fuerza de la palma abierta. Se paraba y se sentaba, daba vuelta sobre sí mismo y terminaba dejando caer los hombros desmadejado y vencido. Hacía más gestos en el aire, musitaba vocablos, apretaba los puños. Por último una cargada serenidad llegó a su actitud. Se sentó tranquilo, encendió un cigarrillo, apoyó los codos en las rodillas y se quedó mirando al vacío. Un año, no, muchos años se habían agregado de súbito a su expresión, y ese envejecimiento prematuro le daba tal dulzura, ¿y por qué no decirlo?, tanta sabiduría, que si Aurora lo hubiera mirado habría quedado en el límite de estupor.

Por fin, después de una lucha espantosa consigo mismo, todo estuvo claro en él. Era la segunda vez que luchaba con su alma, pero la primera que se miraba sin vanidades, libre del insano orgullo que caracterizara a toda su familia. Había llegado al meollo. Estaba ya en la época de las conquistas. Y esta conquista final sería la más difícil de todas.

Él era una especie de ser deshabitado; un molde de hombre al cual faltaba todo lo vital y sobraba un montón de cosas innecesarias. Sobraban: su capacidad de análisis, su diabólica sensibilidad, como también estaban de más los gestos de sus manos espantando la idea, o el fruncimiento de párpados que no lo abocaba, ciertamente, a ninguna síntesis positiva. Estaba deshabitado porque el ser humano está constituido por una coherente serie de fracciones que es menester conservar completas para lograr el guarismo perfecto, y a él no le pertenecían todas sus fracciones. Sin querer, o sin fijarse en ello, había ido depositando partes de su yo en aquellas personas que estuvieron en contacto con su vida. Muy grande era sin duda la parcela entregada a Elena. Esta mujer, incapaz de recibir, viviendo en un mundo de no importa y de lo mismo da, llevaba colgando la pasión de Gabriel como una bestezuela que siguiera sus pasos sin que ella, por su parte, lo notara. La inútil y desvalida bestezuela se arrastraba implorante tras ella, cada días más famélica, y sin embargo, cada día más irrecobrable para él. Allí estaba. Casi la oía gemir lastimeramente. Pero ¿para qué negarlo? Estaba con Elena para siempre, aunque ella no se diera cuenta de su

presencia. Iría con Elena por toda su vida, la seguiría rogando y sufriendo, pero sin podersele apartar. Él sentía dentro de su alma la ausencia de ese afecto tan vanamente derrochado. Le dolía –ya lo había pensado antes– con la misma fuerza incomprensible con que puede doler el corazón ajeno.

En su casa sombría quedó otra porción de sí mismo. También irreconquistable. ¿Cómo iba a pretender traerse sus palabras? ¿Cómo podría recuperar su infancia baldía y triste? ¿Dónde volvería a encontrar las alegrías de juventud que nunca sintió, las locuras de muchacho que nunca hizo? ¿Cómo cometer ahora el pecado que no se cometió cuando el ser estaba maduro para ello? ¿En qué forma pecar que pudiera, de tan suprema culpa, degustar la fútil culpa de ese pecado venial ausente y peregrino? ¿En qué parte del mundo repetir el gesto de ternura que no hizo con su madre? ¿Frente a quién tener el coraje de decir la verdad a tiempo? ¿De qué manera pronunciar hoy las palabras que entonces no dijo? Todo eso estaba pasado, caduco, vencido. No tenía que recoger allí actos bochornosos, no; tendría que realizar actos no hechos, y eso era vanamente imposible. Se puede retirar la palabra que se dijo, se puede pedir perdón por el gesto que se hizo, pero no se puede recobrar la palabra no dicha ni avergonzarse del gesto no realizado. Eso solo deja vacío. Él estaba, pues, vacío.

Tenía cierto derecho a mirar con impudor en el fondo de Aurora. Él había colocado en ella, como en la otra, una parte de su ser. Tal vez no la mejor, pero sí buena parte. En ella dejaba caer todos los días esos climas abstractos de su yo que ella no entendía, o más bien, no podía entender porque él entregaba solo para comprobar con fruición maligna su ineptitud para entender. Hacía sus avances en ella lo más subrepticamente posible, en tal forma que se sintiera ella cogida de pronto en el centro de una interrogación no formulada. Entonces quedaba al margen del conocimiento, y él podía decirse a sí mismo: “No entendió, es claro... ¿Cómo iba a entender? ¡Es tan estúpida!”. Respondiéndose a sí mismo como si sus gestos, sus palabras, sus miradas, hubieran sido perfectamente inteligibles, cuando no lo fueron. Todas esas cosas de Gabriel estaban en Aurora para ser retiradas luego, como el dinero de un banco o el anzuelo del mar.

“¿Pero es esto honrado? ¡Y yo me pregunto que si es honrado! *Tzinzunzan*. Usando el razonamiento, la única fórmula de entenderme conmigo mismo que me dieron al nacer, usando el burdo, el pueril razonamiento (porque no me dieron la emoción), usando esa mezquina fórmula, ella es la única persona a quien yo podría haber dado a manos llenas sin tener que lamentar después la entrega. *Tzinzunzan* la palabra siempre. ¿Estaré loco? A estas horas ¡la pobre! irá caminando calles sin sentido o buscando una amiga inexistente. ¿Cómo podía tener amigas cuando la he apartado de todo para bebérmela? Hasta eso... ni siquiera para tomar de ella, ni para darle tampoco... Solamente para verla consumirse a mi lado con una especie de inútil fruición. *Tzinzunzan*. ¡Maldita palabra! La debo haber oído en otra parte, porque aquí no me es familiar. No conjuga con ninguna de mis cosas conocidas. *Tzinzunzan* se lleva mal con algo de comida y mal también con algo de... con todo, con todo se lleva

mal. ¿Dónde la habré oído? Debo relacionarla prudentemente con cada uno de mis pensamientos porque esto es ya un martirio. Con Elena... es absurdo. Ella arrogante, morena, desdeñosa. El pelo de varios colores, todos en rubio. Las piernas duras como de barro cocido, demasiado quemada por el sol. Llena de mórbidos olores, y siendo tan delgada, llena de mórbidas sombras. No comprendo cómo pueden los ángulos ser mórbidos *Tzinzunzan* y, sin embargo, en ella lo angular resultaba voluptuoso. Una mujer sin fondo en la impiedad, como la otra *Tzin* no tiene fondo en zun el afec *zan* to. Carecía como yo de emociones, y tal vez por eso, me sentí absorbido en el frenesí de su espíritu. Porque no se puede llamar emoción, en el sentido lírico, estelar de la palabra emoción, palabra... *Tzinzunzan*... a su desenfrenado deseo de vivir. Algo tan fugaz como sus saltos anímicos no es emoción. Elástica, toda ella; por fuera el juego perfecto de sus músculos, por dentro el juego perfecto de sus pasiones. Corren sin chirrido, engranados y sabios. Yo frente a ella dando con la sin par irreflexión de Aurora. Dando todo, una sonrisa, un gesto, la mirada de cólera y el arranque de amor. Ella me miraba burlona, tal vez sorprendida de mi inútil generosidad. *Tzinzunzan*... Con una “t” más antes de la última sílaba. Suena mejor así *Tzinzuntzan*. ¿Es animal, flor, casa, verbo, adjetivo, sustantivo? ¿Qué es *Tzinzuntzan*? A Aurora en cambio, no le he dado nada. Absolutamente nada. Tirar para recoger después cargada la red no es entregar. Con una el límite del derroche, con otra el límite de la mezquindad. Se encoge en la cama para ocupar menos sitio. Me guarda el mejor bocado... “Supongo que esto será para mí”, sí, en toda la miseria de esa frase, yo la he dicho defendiendo algún pedazo de pastel... Tiene la desvalida mirada del golpeado y un huir eléctrico hacia sí misma que sugiere la estampa fugaz de un venado en carrera. Siempre está asustada. Se queda al margen de mi silencio, de ese silencio maligno y deliberado, sin pretender entrar, admirando la solemne estructura de un silencio que para ella, en su infinita ternura, está llena de sabios pensamientos. La he llamado tonta, insulsa, mediocre, hasta estúpida. He usado y abusado de ella enhebrando en sus piernas la malsana pasión por la otra. Y ella lo sabía. *Tzinzuntzan*. Ya... ya... ya... ¿Qué me importa la palabra? Golpear no solo se realiza con el gesto, también se logra con la palabra, con el desdén y con la ausencia. Quisiera poder darle algo; algo no sería lo que ella merece... Quisiera poder darle todo lo mío. Quisiera poder derramar en su alma cálida el frío de mi alma. Pero no puedo. ¿Para mentirme? No puedo. A ella no le pertenezco. Y lo curioso es que tampoco a mí me pertenezco, ni a Elena que tiene una parte de mí, ni a mi casa que tiene otra parte. Pedazos de hombre *Tzin* pedazos de la maldi *zunt* ta *zán* palabra. La puse en la puerta, la tomé de los hombros y la empujé hacia afuera. Estaba con el roto vestidito de todos los días, con un delantal mugroso y húmedo y llevaba sobre la cabeza recogido el pelo en un ridículo moño puntiagudo. Estaba sin abrigo. Hace frío en la calle. Ha de estar soplando un viento *Tzinzuntzan* helado. Viento... *Tzinzuntzan*. ¿Existirá algún nexo entre esos dos términos? Juegan bien juntos. “Dormido me perteneces” dijo. Dormido... dormido así... Estoy callado, probablemente con las piernas encogidas; me llega la sábana a la barbilla y hace rato coloqué mis dos manos contra el pecho en esa absurda posición. Ella me mira. Yo duermo. Estoy en un mundo lejano, quién sabe si será muy lejano... Habito el fondo de mí mismo. Mi respiración solo es una fórmula aparente del existir, aunque no todo está detenido en mí. Sigue corriendo la sangre bajo mi piel; puede que tenga un sabor

sin sabor en la boca; puede que me duela algún tendón o fuerce en ese momento algún músculo. Puede que ocurran en mi cuerpo muchas cosas. La digestión sigue efectuándose sin mi consentimiento; los jugos acuden a desintegrar el alimento llegado hasta allí a través del conducto faríngeo vertical; lo convierten en una papilla... papilla... comida para niños de pecho... hacen una sabia división de categorías, clasifican y lanzan el desecho por el tortuoso conducto intestinal. Luego se detiene el proceso mediante una secreta orden de la educación y el hábito. No todo está detenido en el sueño, porque se efectúa una parte de los procesos, y los de eliminación esperan pacientemente su turno hasta el momento de la vigilia. Las venas disparan la sangre por el laberinto infinito de sus ramificaciones, y va llegando hasta mis dedos el cálido licor que yo no siento. Mientras todo eso ocurre, ella me mira. Está tranquila porque yo le pertenezco. Por lo menos lo cree así. Misteriosamente muevo una pierna para evitar el cansancio de una posición prolongada, y lo hago sin haber sentido cansancio, sin obedecer a orden nerviosa consciente, ni adivinar siquiera el movimiento. Ella vigila y se hace a un lado para no estorbar mi desperezo. Ya veo el poco espacio que ocupa en la cama, siempre de canto, siempre alerta al sueño en que me siente suyo. *Tzinzuntzan*. Mi palabra familiar, parte ya de este monólogo de pensamientos. *Tzinzuntzan... Tzinzuntzan...* Parece también pronunciada en un sueño, fuera de mi voluntad. Es como una mosca necia que se para en cualquier momento sobre cualquier parte, y se va (la mosca de su sitio, la palabra del cerebro) por su propio impulso horizontal. Es una palabra horizontal, disparada, loca, fina, iridiscente, movediza, pero siempre horizontal. Si se alza también lo hace tendida. *Tzinzuntzan, Tzinzuntzan, Tzinzuntzan*. Comienza a gustarme su dulce y melódico sonido. Cuando estás dormido te tengo, dijo ella como si esas palabras fueran el fruto de una maduración prolongada. Y se fue. Más bien la hice irse, con este frío, a la calle. Ella no sabe cuanto ocurre en el sueño ni quiere pensar en eso. En ese sueño que repite escenas deshilvanadas de mi vida y trae también sugerencias de un futuro presente y asible. Yo veo en mi sueño muchas cosas con forma, color y contenido. Se pierden los límites y todo ocurre en una sabrosa zona donde lo inaudito es factible. Sueño. Ella vigila tensa ese hombre: yo, que le pertenece. Debo creer en esa apropiación aunque en mi sueño yo habite lejos de ella y viva en cualquier parte. Hace como hoy frío y dentro del restaurante todo gira en una nube de humo, cálida y ruidosa nube; busco un amigo para conversar, alguno vendrá y platicaremos de la última corrida, de la sensación política de la semana y finalmente, siempre se termina en eso, de la más desnuda bailarina que aparece en los teatros de variedades; total, tres o cuatro pesos con la invitación al amigo. He gastado en sueños cuatro pesos y he ido hasta el café sin que Aurora, vigilante y tensa, se dé cuenta de mi partida ni de mi regreso. Yo le pertenezco no obstante me evada en el sueño. Piensa y vive conmigo el momento haciendo de todos los momentos que pasan por mi imaginación sonámbula, el momento único del reposo con las piernas encogidas, los párpados bajos y todos los secretos procesos patológicos efectuándose sin mi consentimiento. Ella me tiene. Yo le pertenezco dormido; es la única forma de pertenecerle, y no importa si en mí siguen su curso los ríos de la sangre, la masacre de la digestión y el desvarío de los sueños. Yo soy libre de partir, y ella libre de retenerme en su realidad inmediata. Yo parto hacia una evocación cualquiera: una mujer, otra que no es Elena, una mujer

simplemente, una que encontré en la calle y seguí hasta un camión. Cambié una mirada ávida con ella; me respondió con otra ávida mirada, velada por cierto cinismo y tal vez, tal vez, desconfianza. Me senté a su lado, junté mi pierna a la suya en la opresión angustiosa de la muchedumbre y ella me dejó hacer. Luego se bajó en cualquier esquina y yo bajé tras ella. Le hablé frente a un escaparate la frase vulgar “¿puedo acompañarla, señorita?” y la muchacha dijo sí con una sonrisa maliciosa. Hablamos del tiempo “hace frío” y “¿dónde vive usted?”, “¡qué casualidad, somos vecinos!”. Todo tan necio como si ocurriera en la realidad. De la muchacha aquella se desprendía un penetrante olor a tortilla y un tufo airado de suciedad. Yo no oí el resto porque la llevaba del brazo muy junto a su cuerpo, y había notado cómo su piel raspaba un poco, picaba otro poco, pero producía una relajante sensación de cosquilla bienhechora. Luego subimos una negra escalera. Siempre juntos. Barrio pobre, rico en ruidos. Era costurera, o planchadora, o mesera de restaurante, o marchante de plaza. No importa. Era una mujer de piel lijosa y desbordante juventud, un sí fácil en la boca y un cuerpo moreno y macizo. Después... puede que después haya ocurrido en mi sueño lo inevitable, que mi cuerpo tendido en la cama frente a Aurora tenga estremecimientos voluptuosos y mi respiración se altere con el esfuerzo. Pero estoy dormido y le pertenezco. Soy libre para gozar y ella es libre para gozarme. Le doy todo sin darle nada, mejor aún, sin recibir de ella nada tampoco. Aurora, tensa, sigilosa, alerta, vigila mi sueño. Yo he estado con una muchacha morena, desconocida, vulgar, casera en el aroma, que olía a tortilla, procaz en el gesto, pero estoy todavía tendido en mi cama y le pertenezco. No importan los secretos rumores de mi sangre, los turbios destinos del instinto, los sórdidos caminos del deseo, nada de eso importa; yo estoy en la cama, ausente y presente, perteneciéndole a ella que tiene derecho a que yo le pertenezca. *Tzinzuntzan Tzinzuntzan. Tzinsintzan. Tzinzuntzan.* ¡Ah! ¡Mi palabra! Hela aquí. Inevitable. Comienzo a recibirla como a una vieja amiga, pero continúa produciéndome la insana inquietud de lo desconocido. Sueño de mi monólogo, palabra salvaje y maldita. ¡Te he de arrancar el secreto de tu presencia o te he de separar de mi pensamiento para siempre! *Tzinzuntzannn.* Ya que solo en sueños puedo pertenecerle... ya que ese sueño me permite la libertad de una evasión insospechada, ya que todo sucede allí conforme a lo debido... porque es lo debido, lo que yo estoy obligado a realizar por ella, ya que... No puedo hacerlo en otra forma... No existe medio posible de acercamiento entre Aurora y yo. Tampoco ella querría que yo me le entregara dócilmente, como un pajarillo con el ala quebrada entre el tibio calor de su mano, tembloroso y manso. Ella no querría. Me quiere distante, magnífico, como no soy; libre como no puedo ser; hermético, silencioso, soberbio. Me quiere en términos que implican distancia; no podría amarme de otro modo. Pero en ella está el arca de mi entrega. No sabría vivir, de ahora en adelante, sin darle. No este pedazo de hombre mutilado que soy, sino el hombre entero que ella necesita para reconstruirse. Me tendrá. Me tendrá para siempre callado y dormido, siniestro y magnífico, solitario y junto, generoso y ávido, sólido y entero. Ella me tendrá”.

Había llegado al límite de la resolución definitiva. Ella lo iba a tener por fin para siempre. Podía regresar tranquila ¿por qué no regresaba ya? Podía tenderse junto a

Gabriel, disfrutar de ese calor que disminuiría lentamente y vigilar la presa de su amor con mirada celosa. Él dormiría. Él estaría dormido y no lo molestarían el acecho ni el celo. Humanamente... humanamente... Esta palabra nueva sonó extraña en su cerebro. Forjaría con ese gesto inhumano un acto plenamente humano que lo pondría en paz consigo mismo y lo entregaría, sin protestas conscientes, a quien lo debería haber tenido desde siempre.

Se levantó dispuesto a realizar el humano propósito.

Un revólver... No, tendría que salir a buscarlo y hace frío. No tengo dinero para comprar un revólver. Hoy es domingo. Mis amigos... Nadie me prestaría un revólver. Además no me gusta el aspecto macabro de las cabezas atravesadas por una bala. Hace poco leí en un periódico que un amante, al dispararse en la sien un tiro, estando sobre las rodillas de su amada, hizo salir los sesos por el agujero manchando con la informe masa el vestido de ella. La bala la hirió en las piernas siguiendo una trayectoria absurda. La ropa de la muchacha tenía sesos, pelos y sangre. ¡No! ¡Qué desagradable! *Tzinzuntzantzinzuntzan tzin... zun... tzan...* Un veneno. Es difícil de adquirir. Hoy es domingo. Los drogueros indagan. ¿Cuál veneno? ¿Qué dosis? Las dosis mínimas son las letales, y las grandes, producen dolores, trastornos y pueden dejar con vida. No estoy para pensarlo. No, eso tampoco. Cianuro... No. *Tzin... zun... tzan...* Potasio. ¿Es veneno el potasio? Terribles dolores de estómago. Un proceso vulgar y estrepitoso con lágrimas y sondajes. No *Tzinzuntzan... Tzinzuntzan...* Tres pisos de la terraza al suelo, cuatro, o cinco... Indefectiblemente caeré hecho pasta... Otra palabra *Tzinzuntzan* chocante. Hay un enorme anuncio neón en la trayectoria y puedo quedar enganchado. Sobre el suelo se derramarán mi sangre, mis huesos y mi cerebro como una masa casi líquida. Después de todo estamos constituidos casi de pura agua, albúmina, como los huevos. Un poco de fibrina, proteína, qué se yo... casi nada sólido. Calcio. Hay que respetar la forma, la mía de hombre y la forma abstracta de la belleza. La molestarán, será obligada a reconocer mi cadáver, la harán meter sus dedos en mi cráneo, besarán la sangre de mi rostro informe... No. Así no le parecerá suyo y dormido. *Tzinzuntzan... tzin... zun... tzan...* Debo dormir para que ella sienta la efectividad de mi entrega. Sí, así será...”.

No era difícil encontrarlo: lo hay en todas las casas, es un amigo inofensivo de las personas nerviosas y Aurora lo era. Colocó el frasco sobre la mesa y se tendió en la cama para ensayar su posición de sueño. Estiró las piernas, puso los brazos junto a las caderas, subió la cara y se sintió de perfil. Así no. Naturalmente, como duerme un hombre, cualquier hombre; no, como duerme él, Gabriel, cuando ella, Aurora, lo mira. Ya había encontrado la posición real del sueño cuando ella llamó a la puerta. Él fue a abrir. Venía llorando y se arrojó en sus brazos; estaba mojada, se le había deslizado sobre la oreja izquierda el ridículo moño alto. Llevaba todavía su mugroso delantal. Él le acarició la cabeza, la abrazó tiernamente y la llevó a la alcoba. Llorando siempre se arrojó a sus pies:

—Perdóname, Gabriel. Soy una tonta. Tú eres mío. Vas a ser mío porque yo he de defenderte. No creas que dije todo eso por cólera. Yo te adoro. Eres todo mi yo. Sin ti no existo... Tú estás en mi alma, en mis músculos, en mi pensamiento, en mis ojos, en el sabor de mi paladar y en el sonido que escucho. En todo. No es posible pedirme que sea yo cuando te he entregado mi persona a tal extremo, que de mí no queda más que la forma aparente de un ser que camina. No vuelvo a decir esas cosas. Tú eres bueno, profundamente bueno... Tú no tienes nada... Soy yo... Pero yo me callaré... No tengas miedo, pondré un sello a mi boca y no saldrá nunca más una palabra...

¿Quieres que no vuelva a hablar? ¿Quieres que no te mire? ¿Quieres que no respire a tu lado? No me oirás más, caminaré sin que me oigas, me moveré silenciosamente, no tendré pensamientos. Ataré mis emociones. Cerraré mis ojos. ¿Quieres, mi vida, que nunca vuelva a ver? ¿Quieres? Todo podría yo hacerlo. Todo... absolutamente todo lo que tú quieras. Solo espero de tu mirada un deseo o de tu boca una orden.

Perdóname... ¿Puedes todavía perdonarme? Yo defenderé tu amor con mi silencio, tu amor con mi ceguera. Seré insensible si me deseas insensible. Ocuparé tan poco espacio junto a ti, tan poco... que no estorbaré a tu lado... Perdóname... Soy una insensata, pero te adoro. Te quiero mío, sentir alguna vez tu posesión, pero aun si me dices que no me pertenecerás nunca, seré feliz si tú quieres que sea feliz. Mírame... puedo sonreír si tú lo mandas... Puedes también pedirme que mi sonrisa no sea mueca sino verdad... Todo tienes derecho a pedírmelo... Cuando siento tu ausencia se hunde el piso bajo mis pies... todo naufraga... las calles se confunden con las gentes y los árboles con las casas. Voy en un mar de angustia y pesadumbre tan inmenso que nada me importa fuera de ese mi inmenso sufrimiento. Perdóname... Déjame no más mirarte, ocupar a tu lado el sitio de un mueble, ser tan inerte como este, cualquier cosa, pero no me despidas... No me lo digas... ¡por Dios! Ya ni quiero que seas mío. Ya ni eso quiero... Tú serás tuyo, o de cualquiera, y yo estaré feliz si eres de quien elijas... Me dejarás, solo de noche, cuando duermes, pensar que eres mío. Me dejarás vigilar tu sueño y pensar como yo desee... Yo, yo seré feliz, absolutamente feliz si tú quieres, o necesitas, para que no te estorbe, que yo sea feliz. No volveré a llorar... jamás... jamás... Perdóname, Gabriel, perdóname...

—¿Te gustaría tenerme para siempre? —dijo él. Le acariciaba la cabeza con la mano llena de inédita ternura. La miraba sin creerla, tan buena era. Su afecto era monstruoso, rebasaba los límites de la reflexión. ¿Cómo había podido él callar tanto tiempo el torrente sordo de ese afecto? ¿Con qué derecho había silenciado esa alma? ¿Quién como ella podía recibir el don de sí mismo tan puramente?

—¿Para siempre? ¿Has dicho para siempre?

—Sí, Aurora, para siempre.

—Si yo no pido tanto... Yo no pido nada... No quiero pesar sobre ti pidiendo ninguna cosa... Entiéndeme... No es menester que me des nada... Ni a ti mismo siquiera.

—Pero me vas a recibir para siempre. Dormido. Como tú lo has querido. Cerraré los ojos y tú te tenderás a mi lado, ocupando mucho sitio en la cama. Tanto sitio como nunca has tenido para tenderte junto a mí. Me mirarás dormir y verás cómo late mi sangre en las venas. Apoyarás tu mano en mi corazón y sentirás cómo se mueve. Yo entraré en el sueño dulcemente y entonces seré tuyo para siempre. ¿Quieres, Aurora?

Ella no entendió la insinuación. Se colocó en el pequeño ángulo de la realidad inmediata y cariñosa para contestarle:

—Sí, Gabriel, duérmete. Me parece que estás cansado. ¡Te he molestado tanto!

—¿Quieres que duerma?

—Sí, desde luego... —Tráeme entonces un vaso de agua. Aurora fue a traerlo. Gabriel lo tomó. Con sabia calma, lleno de la sublimidad de gestos necesaria para que ella aceptara sus verdades, abrió el frasquito y fue tomando una a una todas las pastillas. Aurora lo miraba hacer sin preguntarle nada. ¿Cuándo le había pedido ella cuenta de alguno de sus actos? Algo estaría haciendo Gabriel que ella no estaba llamada a entender...

—Ahora arrégrame la almohada. Pon la colcha sobre mis pies. Tiéndete conmigo. No, no así. Debes mirarme. Apóyate en el codo, quiero ver tu cara por última vez antes de dormirme. Ahora vigila y escucha. Yo soy tu amor. De este minuto en adelante te pertenezco por completo. No habrá distancia que me separe de ti ni imagen que se interponga. Vas a ver en mi cuello, aquí, donde late tan sorda y sincrónicamente la gran vena yugular, cómo se repiten los golpes, se repiten, se repiten, hasta que se hagan pequeños como corazón de niño, hasta que se hagan más pequeños como corazón de pájaro, hasta que cesen por completo. Tú mirarás cómo me voy durmiendo.

—¡Gabriel! ¡Esto es un suicidio!

—Sí, pequeña, esto es un suicidio. ¿Pero no te das cuenta de que es muy hermoso?

—¡No, Gabriel! ¡No! ¡Por Dios! ¡Llamaré al médico!, voy a llamarlo... Todavía es tiempo. ¡No! ¡No hagas eso!

Gabriel la detuvo de una mano. Estaba tan sereno, tan magnífico, tan profano, como ella no lo vio jamás. La miraba dulcemente con algo parecido al amor.

—Escucha, pequeña, no vas a llamar al médico porque me estoy dando a ti en un sueño precioso. No pienses en la muerte.

—¡No! Esto es un suicidio. Esto no es el sueño. ¡No! ¡Déjame, Gabriel! Todavía es tiempo.

—Sí. Todavía es tiempo de hacer lo que se debe —dijo él sin soltar la mano de Aurora. Ella forcejeaba pero no podía librarse. Se arrodilló suplicante junto a él.

—¡Gabriel! ¡No te mueras! ¡Yo no quiero que te mueras! ¡No podría vivir sin ti! ¡Dime que no te mueres...!

—No pienses en la muerte. Piensa que duermo. Esto es el sueño. Yo lo he querido y tú me ofreciste no oponerte a mis deseos. Solo tú, mi mujercita, tienes derecho a tenerme. He sido muy bruto en no darme cuenta antes. Pero ahora sí lo veo. Tú tienes derechos adquiridos sobre mí. *Soy demasiado libre, demasiado viento, agua, lluvia, para que puedas tenerme si no es dormido.* Con tu gran sensibilidad lo adivinaste bien. Pero como yo quiero entregarme y no podría hacerlo de otro modo, me entrego a ti durmiendo. No te asustes. No te muevas. Quédate así. Yo lo he querido y tú también. Porque eres mi deseo, mi palabra, mi pensamiento. ¿No decías hace un rato que tú no eras tú sino una forma, afuera de mí, de lo que yo mismo soy?

Aurora estaba magnetizada. El espectáculo de esa sublimidad suprema la rendía por completo. Ya no temblaba. Ya casi no dudaba ni hacía relaciones entre la muerte y el sueño. Estaba como la noche del temblor en los brazos de su padre. Él continuó:

—Pues bien, desea conmigo. Haz grata la entrega. Pon tu mano en mi corazón porque ya viene el sueño. Así, bajo la ropa, sobre la piel. ¿Sabes que ya siento sueño? Siento un infinito deseo de dormir, todavía tenue, pero ya infinito... “*Tzinzuntzan*” pero ya infinito... Siento también cómo se engruesa la lengua y como me vuelvo todo pensamiento. El sueño me hace desear cerrar los párpados, aunque quiero mirarte, pequeña, hasta el último instante.

—¡No, Gabriel! ¡No digas eso! ¿Tú estás durmiendo? Voy...

—No. ¿Tendré que pedirte que me obedezcas? Mírame. Nada me puede cambiar ya. Mírame porque aunque quiero tener abiertos los ojos, ellos se cierran solos. No voy a poder... ¿Has pesado tú... si los párpados reposan en la vigilia... o en el sueño? “*Tzinzuntzan*”... “*tzinzuntzan...*” Yo creo... que descansan en la vigilia... porque... porque... los ojos de los muertos, que reposan... no se cierran solos. Hay que cerrarlos con el dedo... porque los párpados tienden a abrirse para descansar... ¿Entiendes... mis palabras...? Mi lengua ha crecido como la de un ebrio... “*Tzinzuntzan*”. Nunca había pensado que se necesitara... pensar... para mover la lengua. Creí que su... movilidad... obedecía... a una contracción nervio... sa, incons... ciente... y no a un pensamien... to... voluntario. Pero ya se ve. Así es. “*Tzinzuntzan... Tzinzuntzan... Tzinzuntzan... Tzinzuntzan...*”. Pequeña... ¿Qué... te estaba diciendo? Pon... tu mano en mi corazón... ¿La tienes...? Ya no la siento... ¿Es ya corazón de niño? Porque te quiero como un ni... ño... así de dulce... men... te... también de ac... cidenta... da e incons... cien... te... men... te... como... sucede... el amor de un niño. Así, abre la camisa más... que yo sienta tu manita en la piel. Tienes la piel fina... a pesar del trabajo... tienes... como la

otra no... como la del sueño no... ni como Elena... no te mortifiques... ya no pienso en Elena... Ahora soy “*Tzin... zun... tzan*” todo tuyo. Elena... pertenece a un sueño como... la otra... Hazme hablar... quiero dormirme hablando. Una criatura que apareció... en un sueño de hace... un rato... un sueño... me pesa más... la lengua... siento latir...la sangre...muy recio...toma mi mano... así... gracias... ¿qué... estaba diciendo? ¡ah! ... sí... gracias... por... volverme... al recuerdo. Era una criatura que apareció... en... un... sue... ño... despierto... to... de hace un rato... que soñé... despierto... como si soñara... dormido... mientras tú... mi vida... vigilabas mi sueño... olía a tortilla... la muchacha... olía a tortilla... figura... te que...olía a tor... tilla... y tenía una piel ordina... ria... llena de poros abiertos y ásperos... yo... bueno... no te preocu... pes... fue un sueño... que me organicé de mentira para decidir es sueño... de... ver... dad... ya... me voy a dormir... Aurora ya me voy a dormir... siente mi corazón de pajarito... ahora te amo como... se... a... ma... al... ni... do... a... la... ti... bieza... a... la... humedad... y... a... la... pluma... (*Tzinzuntzan... Tzinzuntzan... Tzin... zun... tzan*) ¿Crees tú... que... tenga alguna relación la pluma con...? Te... amo... con amor pequeño... no... pu... de... a... marte... grrrannnde... pero... “*Tzin... zun... tzan...*” te amo pequeño es un amor que podrás coger en el hueco de tu mmmmmmano abre... mis... par... pa... pa... ra... ver... una... vez... más... así... pero no te miro ya mi dulce... niña... de... los ojos... ver... gra... cias... abre también tu mmmmmannnnno... “*Tzin...zun... tzan... tzinzuntzanzinzuntzanzantzuntzin*” tó... ma... me... es... te amor pequeño pequeño... no pudo ser ggggrande... Auro... te... a... “*Tzinzuntzan*”...

Estaba dormido. Aurora tranquila, con los grandes ojos muy abiertos, dueña de ese sueño de criatura y pájaro, le acomodó dulcemente la colcha en los pies, puso sus manos una en la cama, la otra en la suya y se tendió junto a él. Ahora era suyo. Dormía, dormiría por siempre.

Afuera, ruidosamente, llamaron a la puerta. Ella se levantó sin prisa. El rostro jadeante de Juliana la miró espantada al abrir.

—Señorita... la señora se muere... Ahora sí se muere... La llama... Que vengan usted y el señor Gabriel. Dice don Vasco que vengan los dos...

—Voy yo. Gabriel está enfermo y ahora duerme... Duerme. Espera. Ya vuelvo.

Fue al cuarto y miró a Gabriel. Como él se lo pidiera tocó con sus dedos la vena yugular. Latía de cuando en cuando, débilmente, tan débilmente que apenas se la veía mover la piel. Puso la mano en el corazón y recogió algo, un latido, un movimiento secreto, un poquito de vida, un deseo, quién sabe qué. Después le dio un beso en la boca entreabierta. Una boca todavía dulce, caliente. Luego extática, sonámbula, pero segura de su posesión definitiva, tomó un abrigo y salió cerrando la puerta del cuarto.

Gabriel respiraba entrecortadamente. Primero una ascensión dificultosa del pecho, luego un tenue descenso. La palabra necia cada vez más grande aleteaba sobre su agonía. *Tzin... zun... tzan...*, luego silencio. Él se sentía río, o mejor dicho cauce de un

río cuyo curso fuera él mismo, y cuyas dos orillas fueran su propio cuerpo. Por él, por todo él, corría despacio ese río. El río, que era él mismo, se desprendía sobre un lecho pedregoso saltando piedrecillas y curvando raíces, arrastrando palitos y formando remansos, hasta un pueblo de casas blancas. Casas de grueso adobe ¿o sillar?, ¿o cantera rosa? No. Blanco era el pueblo. Estaba en un valle hondo hacia el cual corría el río de sí mismo salvando los escollos de su propia respiración agonizante. En el centro del pueblo había una plaza con grandes árboles. “*Tzinzuntzan*”, como todas las plazas del pueblo. Bancas de piedra, hombres dormitando la siesta bochornosa, un sol recortado sobre el polvo por la sombra de las hojas, flechazos directos de luz, un kiosco minúsculo al centro, un vendedor de algo con su carretilla y su grito, mujeres charlando, niños y moscas. Muchas moscas. Y mucho sol. Y mucha sombra.

“*Tzinzuntzan*”. Después el río llegó al pueblecillo. Se deslizó por la calle principal, siendo todavía y siempre el río de él mismo. Las mujeres mojaron trapos en él, recogieron en su cauce cubetas de agua, los niños metieron en él sus pies y los perros lengüetearon su superficie. El río llegó a la plaza, la bordeó, se metió entre la sombra de las hojas y el rompecabezas del sol como una lámina, y siguió deslizándose, avanzando, hasta cerrar el cuadro de la plaza y convertirse esta en isla redonda. Dos manchas grandes, movibles, de “*Tzinzuntzan... Tzinzuntzan... Tzinzuntzan...*” velaron súbitamente el cuadro, aletearon como ráfagas, una a cada lado. Sus sombras cubrieron los árboles y el pueblo fue haciéndose chico. Tan angosto que cabría en el cauce de su río; tan borroso, que podría perderse en su sueño. Las manchas de “*Tzinzuntzan... Tzinzuntzan... Tzinzuntzan...*” tomaron colores iridiscentes: topacio, verde, púrpura, amarillo. Conforme se delineaban los colores menguaba el pueblo, la plaza, los árboles, el sol, la sombra, hasta su río. Desapareció el pueblo, y en el hueco de una mano “*Tzinzuntzan Tzinzuntzan tzin tzun tzan tzin zun tzan*” aleteando como un corazón quedó un pajarillo que era un vuelo, una horizontal, una flecha, un topacio y un río. Un colibrí minúsculo, de largo pico y enjoyadas alas. Entre la mano tibia el corazón del animalito pendulaba tenuemente y la regia vestidura de sus plumas brillaba con insolencia al sol. *Tzinzuntzantzinzuntzan tzin zun tzan tzin zuntzan tzinzun zan tzin zuntzan tzinzun tzan tzinzu tzzzaannn*”.

XXIII

Al entrar se cercioró rápidamente; no había nada que hacer. Teresa salía de la agonía, que tiene algo de lucha y por consiguiente de vida, y entraba en la muerte. Sin haber cambiado los rasgos de su rostro, el gesto redondo de la boca o la arritmia respiratoria, habíanse modificado sus características esenciales. Algo más bronco, pero menos estrepitoso, ocurría en el jadeo; estaba horizontal sobre la cama; el color violeta que predominara en su rostro, producto de la asfixia, se tornaba blanco. Un elemento solemne, invulnerable a la palabra, presidía el cuarto. Los segundos se quedaban suspendidos en la espera inexplicable, y a la escasa luz de la lamparilla todos los muebles, excepto la cama funeral, se confundían. Una mujer, una luz y un lecho, suspendidos en el tiempo, en el espacio y en la espera.

Aurora se volvió de su observación concentrada cuando don Vasco le habló con su tono habitual. Le parecía a ella que para expresar ideas frente a la muerte, debe hacerse en voz baja, conteniendo las manifestaciones vitales o colorísticas de la elocución.

—Siento la hayan molestado. Se hizo, desde luego, sin mi consentimiento.

El viejo le habló de usted como único tono de gravedad circunstancial, por lo demás, sus ademanes eran los mismos y su aspecto tranquilo y equilibrado.

—...Pero ella me llamó...

—Cierto, ella la llamó. Pero no debemos tomar muy en serio las palabras de una moribunda. ¿Nos consta acaso si puede experimentar deseo de algo, o de alguien?

Ese “en serio” resultaba altamente chocante. ¿Puede existir algo más serio que la muerte, o en este caso, la palabra de la muerte? Frente a un fenómeno tan solemne don Vasco continuaba inalterable, haciendo énfasis rotundo en sus ideas personales. Además de chocante, parecía desagradable.

—¿Y Gabriel? A él sí lo mandé llamar...

—Gabriel está enfermo. Duerme...

—Después de todo no tiene importancia... Pero tome asiento, Aurora, tome usted asiento.

Aún allí repetía una de sus fórmulas. ¿Sentarse? La muerte hay que verla en pie, o de rodillas, con las manos juntas y los ojos bajos. ¿Sentarse para ver morir una mujer, como se contemplaría un espectáculo desde butaca de reventa en sábado? A algo así le sonaba la cortesía de don Vasco: irreverente, sacrílega.

—Muchas gracias, estoy bien aquí.

Sintió que tampoco ella había encontrado una expresión acertada porque no se puede, no se debe “estar bien” en esas circunstancias. En tantos años de trato constante don Vasco seguía aplicándole vanas fórmulas de su cortesía seca, como si acabara de conocerla. Aurora buscó qué hacer. Darle agua, subirle la cabeza como otras veces para que respirara mejor, poner una almohada en su espalda, cerrar la puerta-balcón, acomodar las mantas... Todo eso estaba de más.

—¿Vino el médico?

—Vino. Estaba de prisa. Un parte urgente, amigos en su casa, no se qué dijo para explicar la brevedad de su visita. La examinó y se fue.

—¿Y qué...?

—Aseguré que todas sus intervenciones resultarían inútiles. Solo es cuestión de espera. No quiso prolongar el examen tal vez para no verse obligado a poner en la cuenta el renglón más de una noche en vela. Muy gentil de su parte... Hay gente discreta. Me dejó el número de su teléfono para el caso de cualquier complicación inesperada, o para que se le llame a certificar oficialmente la muerte. Un tipo hábil, este médico...

—¿Pero no hay nada que hacer? ¿Nada?

—Dijo algo así como que la enferma opone una especie de resistencia anímica a la vida. No recibe la intervención, se niega, en cierta forma, a vivir. También dijo otra frase que a mí me pareció curiosa “ella ha decidido morir, yo estoy de más”. Quise preguntarle la razón, pero temí maltratar su susceptibilidad. Es poco cortés molestar a un individuo que se manifiesta tan discreto. Me refiero a la cuenta y a la brevedad de la visita...

—¿Cómo es eso de que ella no quiere vivir? ¿Que no podemos hacer nada para evitar su muerte voluntaria?

—Ya se lo expliqué. Aclare su entendimiento, señorita, y no haga preguntas que me parecen innecesarias.

Ella también repitió entonces una fórmula para contestar, pues dijo “perdón”, y se contrajo interiormente como acostumbraba hacerlo frente a Gabriel. Después pensó en él con una especie de seguridad autoritaria. Había estado dulce para dormirse, la había llamado varias veces pequeña, le pidió que se tendiera junto a él ocupando todo el sitio necesario en la cama. Después le dijo mi mujercita y resultaba tan dulce, pero tan consoladoramente dulce la expresión... Era suyo, para siempre. Ahora dormiría y dormiría en su sueño perpetuo que se lo estaba entregando por segundos. Era suyo. Ella podía estar tranquila.

Sus reflexiones se cortaron en seco como agotadas. Había una laguna evidente en la concatenación de los hechos, o en la interpretación de ellos que Aurora no acertaba a entender. Saltó el blanco de su meditación con el sonido del timbre. Juliana, parada en el marco de la puerta, sombra en la sombra, se escurrió como una gata. Regresó luego para decir:

—Es la señora vecina de la derecha. La señora González dice que se llama... Pregunta por la señora.

—Dale las gracias por su interés y hazla marchar.

—¿Marchar? —dijo Juliana azoradísima.

En la mente de Juliana la palabra “marchar” estaba sin duda unida a la idea de soldado, desfile, parada o 15 de setiembre.

—Digo, irse. Que se vaya. ¿Entendiste?

—Sí, señor.

Pero ya la orden estaba de más. Por la puerta se deslizaba una mujer rechoncha, bajita, de carnes apretadas y gestos decididos. Tendió una mano a don Vasco y le soltó estas palabras:

—Supe que la señora agonizaba. ¡Oh! No, mi interés no es de hoy. He seguido la enfermedad de su esposa con gran interés, se lo aseguro. Pensé que... usted sabe... en estas circunstancias los familiares están... cómo le diré... alelados. Una persona extraña... desde luego, —no extraña por el interés, por el afecto— sino ajena al golpe, puede ser de suma utilidad. Siempre se ofrece un médico, una inyección de emergencia, el oxígeno o la mortaja. No me dé las gracias, no me dé las gracias. He estado muchas veces en casos como este y siempre he sido de gran servicio. Soy gente que no se alela, se lo aseguro.

—No necesitamos nada. Le reitero mi agradecimiento por su visita.

La señora palmoteó la espalda de don Vasco.

—¡Oh! No trate de disimular usted su pena. Puede llorar frente a mí con confianza. Soy mujer vivida...

La familiaridad chocó tanto a don Vasco, junto con ese ambiguo “mujer vivida” que respondió defendiéndose otra vez en una fórmula sin significado, una de tantas, cualquiera, la primera que acudió a su boca:

—Pero tome asiento, mi señora, tome usted asiento.

—Muchas gracias. ¿Sabe...? Vengo un poco sofocada. Estoy algo gruesa y la emoción... No, no se preocupe usted, no es el corazón, son los nervios. Tal vez prefiero sentarme ahora porque es casi seguro que tendremos agonía larga –miró a la enferma con cara de experta– ya conozco, cuando abren así la boca, y respiran tan como niño, va para largo, se lo aseguro.

Miró luego a Aurora que permanecía alelada; ella sí estaba alelada. —¿La señorita es hija...?

—No. La señorita es vecina.

—¡Ah! Como yo. Vecina. ¡Ajá! Y a propósito de vecinos... Usted, señorita, que estará como yo en capacidad de pensar y disponer con inteligencia, ¿ha mandado ya a preparar café?

—¿Café...? –dijo Aurora sin entender nada.

—Sí, café para la vela. Vamos a necesitarlo. Le aseguro que vamos a necesitarlo porque esto va para largo. Ya conozco... Además, don Jacinto me aseguró que vendría. Sí; don Jacinto, el dueño de la panadería de la esquina. La señora de usted –agregó dirigiéndose a don Vasco que luchaba entre su violencia y su cortesía– ha despertado sinceras simpatías en el barrio. Era, digo, es, una señora muy querible. Siempre silenciosa y amable. Me saludó muchas veces y hasta cambiamos algunas palabras en la plaza. Lo suficiente para que yo me sienta obligada, así, obligada por su amabilidad, a contribuir con mi experiencia en este caso.

Se acomodó mejor en el sillón y luego se volvió hacia Aurora.

—Mande usted a hacer café. Mucho café, unas cinco jarras y bien fuerte. Es menester que nadie se duerma porque... ¡Ah! Don Jacinto no tendrá ningún inconveniente en darle por la puerta de su casa algunas piezas de pan. Lo están haciendo en este momento y estará calentito. Será muy oportuno. No me diga que no... Conozco a don Jacinto y puedo asegurarle que es un excelente hombre. No será ninguna molestia para él porque es una persona devotísima.

El devotísima quién sabe qué tendría que ver con la venta del pan. Aurora lanzó una mirada interrogativa a don Vasco. Bufaba, si así puede decirse refiriéndose a su airada respiración. La señora González, activa y diligente, no esperó el resultado de la consulta.

—¿Es esta la criada?

—Sí señora —respondió Juliana.

—¡Ah! Ya te conozco. Eres una buena muchacha. Vete a la cocina y haces una cantidad respetable de café fuerte. Luego vas a tocar la puerta de don Jacinto y le dices que mando por el pan. Ya le hablé, no pondrá dificultad ninguna. ¡Anda! ¿Qué esperas?

Juliana se escurrió ante la voz de mando. Ya iba don Vasco a estallar cuando ocurrió algo que torció el rumbo de su cólera. Teresa abrió los ojos, se movió y dio muestras evidentes de ahogo. La señora González y Aurora se lanzaron sobre ella. Pero no pudo esta hacer nada porque la vecina, con una elegantísima seguridad, producto inequívoco de su experiencia, levantó la cabeza de la enferma, la apoyó sobre su pecho opulento, hizo luego calzar una almohada y bajó las mantas mientras decía cariñosamente:

—Así estarás mejor, chulita, así estarás mejor.

Una vez pasada la crisis, se levantó y se marchó hacia la cocina diciendo:

—¡Estas criadas! ¡Tarda tanto! Es mejor vigilarlas. No se preocupen... Ustedes pueden quedarse, yo me ocuparé de todo. No tengan pena.

Don Vasco se disponía de nuevo a echarla, con palabras violentas cuando sonó otra vez el timbre.

—Es don Jacinto —dijo la señora González bajando la escalera apresuradamente. Luego se oyó abajo su voz.

—Llega usted a tiempo, amigo. Todavía a tiempo. Hará bien en acompañar al señor y la señorita. Le aseguro que están desolados. Suba usted que yo me marchó a la cocina. Tengo mucho que hacer. ¡Ah! Antes de que se me olvide... ¿Dio ya orden de que le entreguen el pan a la criada? Es usted muy amable, muchas gracias. Pase usted...

Un hombre grueso, jadeante, sudoroso, apareció en la puerta. Sus primeras palabras detuvieron la violencia de don Vasco.

—Si molesto, me marchó. Dígamelo usted. Vine porque su señora me es muy simpática, pero si molesto...

La cortesía mecánica hizo soltar a don Vasco las siguientes palabras:

—De ningún modo, caballero, tome usted asiento.

El panadero se acomodó en el sillón que dejara la vecina, cruzó las manos sobre la barriga, lanzó una mirada compasiva a la agonizante y no dijo nada más.

Mientras tanto la señora González, que había esperado muchos años la oportunidad de entrar a esa casa, se paseaba de un cuarto al otro revisando, investigando y haciendo un meticuloso inventario de todo lo visto. Le contaría todo a las vecinas. Les diría la forma en que estaba dispuesta la casa, cómo era por dentro y cuántos cuartos desocupados contaba. Sería el suyo un éxito pesquisitorio que todas habrían de envidiar. Para todo el vecindario la casa y sus habitaciones constituían una incógnita. Habían vigilado desde sus respectivos balcones las entradas y salidas; habían visto ya varias veces llegar a don Vasco solo, tambaleante, o traído por unos amigos; hasta una madrugada la señora González pudo contemplar en el momento que se dirigía a misa, a don Vasco bajando de un automóvil con su hijo Gabriel. El viejo parecía maltrecho, pero no se podía asegurar que estuviera completamente ebrio. En cambio Gabriel... ¡Vaya! Ella se lo contó a las vecinas que contenían la respiración escuchándola: “El muchacho estaba como un bulto, como un saco sin vida. Una borrachera de las mejores. ¡Vergonzoso! Totalmente vergonzoso. El viejo lo arrastraba a pesar de no estar él mismo muy fuerte. Es posible que... aun cuando sea ignominioso considerar que estas cosas ocurren, que se la pusieran juntos padre e hijo”. Un día vio salir al mayor, ese muchacho atlético, con una petaca en la mano. No volvió más. Nadie salió a despedirlo de lo cual dedujeron que se marchaba reñido. La última aventura de la familia no tuvo el honor de contemplarla por sus propios ojos, pero la vio su cuñada y le repitió todos los detalles con tanta lucidez, que ella pudo más tarde hasta relatarla como de primera mano, cometiendo esta pequeña mentira para dar mayor veracidad al aserto. El chico parecía sumamente excitado; llevaba también sus petacas y hablaba violentamente, con esa chica, Aurora, quien lo seguía. Se marcharon juntos. Después supo que la cosa había tenido magnitud de escándalo. Se habían ido a vivir juntos sin estar casados. La muchacha seguía frecuentando la casa, sin su amante, y no podían comprender las vecinas cómo la familia afectaba tanta tolerancia hacia un asunto tan bochornoso. Todo era oscuro en esa casa y en esa familia. La señora se limitaba a saludar con un amable “buenas tardes” o “buenos días”, tan medroso, que cortaba toda posibilidad de conversación. Ella, lo mismo que las demás señoras del barrio, había esperado impacientemente la oportunidad de entrar en la casa y averiguar más cosas. Pero el hermetismo general de la familia heló todo intento de aproximación. Por fin hoy, esta noche, ella podría surtir al vecindario de noticias frescas. No se dejaría echar por nada y permanecería en su sitio para realizar la pesquisa con éxito. No la molestaba la presencia de don Jacinto porque el obeso panadero era tan silencioso y dócil que sería incapaz de

robarle las primicias del chisme. Se limitaría a quedarse allí sentado, sin hablar, y a proporcionar el pan necesario porque, pensaba la buena señora “es horrible tener que velar sin café, y es peor tomar café sin pan”.

Cerca de las once de la noche llegó Álvaro de su escuela. Su padre le anunció lacónicamente el desenlace inminente, pero el chico estaba demasiado acostumbrado a las agonías de su madre para impresionarse. Por otra parte era tan linfático, tan opacado y nervioso, que las emociones de esa especie no tenían sitio en su espíritu microscópico. Sentía tal turbación con la presencia del panadero y la señora González que no lograba colocarse en ninguna pose conveniente. Por último se marchó a su cuarto sin decir nada. Él siempre prefería estar solo, para saborear el gusto de sus grandes y legítimas emociones. Su padre le llamaría cuando fuera oportuno y no tendría que hablar con nadie.

Al tiempo que la señora González aparecía en el cuarto con la primera tanda de café, seguida de Juliana que llevaba el pan en una bandeja, entraron dos señoras más. ¿Cómo habían abierto? ¿Las habría recibido Álvaro? Saludaron a don Vasco con cierto embarazo, pero totalmente decididas a defender sus derechos. Esto estaba tan claro que don Vasco tuvo que repetir sus cortesías sin atreverse a ponerlas de patitas en la calle. Por otra parte, la señora González, íntimamente disgustada por esta intromisión inoportuna que le robaba la primacía de la noticia, se apresuraba a abrumarlas con ofrecimientos y palabras destinadas a hacer valer sus privilegios y demarcar los límites necesarios que las colocaban a ellas dos, nuevas, en posición subordinada.

—Entra, hija, entra. Y usted, señora Benítez, ¿cómo está? Nosotros –dijo “nosotros” incluyéndose sin más en la familia– ya lo ven, muy apurados. ¡Esta pena! Tenía que venir la muerte a barrer (barrer no era la palabra que buscaba, pero no se acordó de la bonita palabra “tronchar”) en flor una vida preciosa. Sentarse, hijas, sentarse... Es muy tímida esta mi cuñada –añadió dirigiéndose a don Vasco– pero excelente muchacha. Llena de buena voluntad. Ya lo ve usted... Interesarse así por nosotros. Servirse, hijas servirse... Nada de que no. No quiero que nadie se me duerma porque a la muerte hay que mirarla con mucho respeto. ¿Y tú qué haces, Juliana, que no vas a traer sillas para las señoras? ¡Ah! ¡Estas criadas...! Ve y no me mires así... No te atarantes; calma, hija, calma. Pon la bandeja en... en los pies de la cama aunque sea y trae las sillas. El café es confortante y bueno cuando se debe velar a un enfermo. Lo sé de experiencia. El mayor afecto no impide que la gente se duerma. Tome usted –continuó dirigiéndose otra vez a don Vasco– una tacita nada más. ¿Que no quiere pan? Bueno, pero no me va a desairar con mi café. Hasta usted puede dormirse. Y eso no estaría bien... Ya lo he visto ocurrir y todo por falta de café.

Se sentó también a los pies de la cama de Teresa, al otro lado del pan, y comenzó a deglutir golosamente mientras decía:

—¿Vino ya el sacerdote a darle los Santos Óleos y la Extremaunción?

Don Vasco hizo un gesto tan violento con la palabra amenazante de “vea, señora...” que la vecina interpretó de inmediato en este sentido la salida:

—Ya veo, ya veo... Comprendo que usted está en todo y no podía olvidar, como marido consecuente, ese detalle piadoso. Bueno pues... ya vino el sacerdote. Perdone mi pregunta. Con su natural alelamiento pensé que podía haberlo olvidado. Pero veo que usted está en todo y esto me conforta. No hay pues, nada qué hacer... Solo esperar...

Don Vasco había renunciado por primera vez en su vida a hacer valer su autoridad. Nunca se había encontrado con una mujer tan charlatana y estaba acostumbrado a actuar solo contra la mansedumbre sin límites de Teresa. Oponer razones o hechos a tal aluvión de palabras y gestos ejecutorios estaba más allá de su energía presente. Como en el caso de todos los seres violentos, su voluntad fracasaba ante una voluntad mayor que la suya. Se dedicó sin decir nada a recorrer el cuarto con las manos atrás, pasando entre las sillas y la cama una y otra vez.

Aurora continuaba de pie en la puerta, junto a Juliana. El aspecto solemne del cuarto había desaparecido con la charla, los intrusos y la comida. Resultaba atrozmente chocante ver en un extremo del lecho la cara consumida de Teresa, respirando lenta, con penosa dificultad, y a sus pies la bandeja del pan y la taza de café a punto de derramarse. No se atrevió a intervenir temerosa de que su actitud provocara en don Vasco una reacción capaz de desatar una escena violenta. Se evadió pensando en Gabriel, en su sueño plácido que se lo entregaba. Era un sueño en todo similar al de Teresa. Aunque no tenía la boca en “o”, ni respiraba tan accidentalmente, sino más bien como un niño, tenía la misma placidez resignada de su madre. Los dos dormían. Ella en un mundo de abandono, abandono de todo; él en un mundo de entrega, entrega de todo. El mismo sueño cándido, puro, solemne, dulce, pasivo. Era suyo para siempre.

La señora González continuaba en la cama ingiriendo cantidades de café y pan. Pasaron las horas. De cuando en cuando tenía Teresa una crisis accidental de asfixia, pero volvía a quedar sumida en el letargo. Las señoras cuchicheaban, don Vasco daba vueltas al cuarto. Todo estaba en calma. El sonido de un tranvía, un coche o los pasos de algún peatón rompían el silencio rumuroso introduciendo una nota ajena a la modorra beatífica que acometía a todo el mundo. Por las tres de la mañana, la señora González comenzó a cabecear de sueño, no obstante el considerable consumo de café que había hecho; el panadero continuaba bien despierto sin hablar; la cuñada se había dormido del todo y la otra vecina esperaba alerta una oportunidad para socavar con una actuación oportuna los derechos de la señora González. No se hizo esperar la ocasión.

A las cuatro menos cuarto de la mañana, Aurora miraba en ese momento el reloj, Teresa hizo ademán de quererse enderezar en la cama. La vecina y ella se

abalanzaron sobre la agonizante. Don Vasco detuvo sus paseos. Teresa dio una orden breve, tal vez la única orden de su vida, “siéntame”, que fue ejecutada por la vecina colocándose a su espalda y recostando la cabeza de la moribunda contra su pecho. Teresa abrió mucho los ojos, miró hacia arriba hasta que el azul de la pupila se perdió en la cavidad superior de sus cuencas, dijo “¡Gabriel!” muy claro y fuerte, luego murió.

Aurora cerró los párpados tomándolos entre el anular y el índice. Hubiera querido mover también las pupilas azules para que miraran de frente, pero no se atrevió. Cerró pues los párpados, sobre una bolita blanca sin ninguna expresión.

La muerte produjo en el cuarto un segundo de espera. Todo se detuvo. Fue un segundo tenso, solemne, sin respiración ni palpitaciones, cargado de una presencia inefable que parecía tomar para salir, para deshabitar, para irse, el discurrir de ese segundo álgido en que todos, hasta los durmientes, contuvieron su espíritu. Pasó entre ellos, luego se fue casi como sonrisa.

La ausencia de eso despertó a la señora González y a su cuñada que para disimular el chasco se pusieron a chillar, lamentarse y llorar. La vida estaba allí otra vez. Solo se había hecho a un lado para dejar pasar la muerte. Se organizó un rezo colectivo y después la señora González despidió a todos, inclusive a don Vasco, para tomar otra vez las riendas perdidas:

—Salir, salir todo el mundo. Voy a amortajarla. Usted también, sus lágrimas no harán ningún bien a la muerta. Don Vasco no estaba llorando, pero salió, tal vez para que no vieran que no estaba llorando. Aurora se mantuvo firme. Ella le ayudaría a amortajarla.

Con una pericia maestra la señora González la desnudó. Estaba más flaca de lo que pudieran nunca suponer sus familiares. La lavó, tapó todos sus agujeros naturales con algodón. “¡Ah! ¡Qué indiscreta eres criatura! Se hace para evitar el olor de la corrupción. Tú sabrás... Los gusanos...”. La vistió con un traje viejo que Aurora sacó del armario y después, quién sabe por qué, la envolvió apretadamente, como un fardo, en el sudario. Antes de esto, había peinado los cabellos de la muerta; sus gloriosos cabellos, que todavía parecían vivos, quizás porque participan tan escasamente en la actividad vertiginosa del cuerpo, que la ausencia de esa mínima partícula vital se nota poco.

Una vez colocada en la cama abrieron la puerta. No podría decirse que estaba bella, ni que estaba solemne. Aurora quiso encontrar una frase para catalogar la equívoca expresión de Teresa, pero no pudo encontrarla. Estaba dulce, no; serena, tampoco; en los últimos pasos del tocado mortuario Aurora había sentido en ella el frío incalificable de la muerte. Ese frío y la expresión equívoca se complementaban sin llegar a producir un calificativo adecuado para Teresa. Estaba vacía. Algo vacío se notaba en la muerta. Y también de ausencia. La expresión equívoca provenía de que

ninguna de las numerosas imágenes de Teresa viva que ella conservaba frescas en su memoria, ya fueran recientes o lejanas, coincidía con esta expresión de hoy. Ni enojada, ni humillada, ni triste, ni sorprendida, ni resignada estuvo así. Era diferente. Era como si la Teresa de hoy, la muerta, no fuera ninguna de las anteriores. Era más bien, una Teresa, su forma, vacía de todas las Teresas que la constituyeron. Una Teresa, en fin, que no era Teresa.

Dormida, pensó Aurora para revestir con un molde humano la brutal expresión de la muerte. Dormida como Gabriel. Dormidos los dos igual. “No, no puede ser. No quiero que Gabriel esté así como ella, sin ser él y siéndolo. Él duerme. Ella no. Aunque el sueño que me lo entrega sea eterno, él no está así. ¡Sería espantoso! ¡Sería terrible! ¡No es! Él está dormido”.

¿Y si después de todo el hijo estuviera como la madre? ¿Si tuviera la equívoca expresión de la muerta? ¿Si reposara en la cama como ella, vacío de todos los Gabrieles que ella amó? Tendido como un extraño dentro de su propia forma, pero carente de todos los elementos que constituyeron a Gabriel. Tendido y vacío, muerto y no dormido. Morir es dormir. Eso dicen. Aurora miró a Teresa. Ella estaba muerta. ¿Pero dormía? No. No dormía. Dormir y estar muerto son... diferentes. Eso, pensó para descargar la angustia, eso en el caso de doña Teresa, pero no en el de Gabriel. Ella había muerto como todo el mundo, exhalando el último suspiro, volviendo los ojos en blanco, pronunciando una palabra final, un llamado póstumo: “Gabriel”. Pero él se había dormido para siempre con el sueño saludable de los vivos, entregando simplemente un corazón vigoroso que se hacía primero débil como el de un niño, luego mínimo como el de un pajarito. Tenía que ser diferente. Miró otra vez a Teresa. La sospechosa y maldita expresión, casi burlona, reinaba ahora positivamente en el rostro de la muerta. Aurora no pudo soportar la idea de encontrar, en el rostro de Gabriel, una burda sonrisa semejante a la de ella.

Mientras la señora González organizaba una nueva tanda de café y vigorizaba a sus oyentes con robustas palabras de consuelo, Aurora se escurrió hasta la puerta y se marchó. Estaba oscuro. Con cierto temor detuvo un coche y le dio la dirección de su casa. Nadie a esa hora temprana de frío se movía en la ciudad. Subió la escalera de tres en tres y abrió la puerta con mano temblorosa. Al entrar al dormitorio su primer gesto fue para encender la luz. Esa súbita claridad lanzó las imágenes contra sus pupilas haciendo chocar la duda y la certeza. Gabriel se había estirado adoptando la lineal posición de la muerte. Tal vez tuvo una contracción postrera, porque la barbilla presionaba el pecho y una de las manos estrujaba la colcha. Tenía los ojos abiertos, inmensamente abiertos con las pupilas, sin mirada, puestas de frente. Aurora se arrojó sobre él, lo tomó por los hombros, lo sacudió violentamente mientras decía:

—¡Gabriel, Gabriel, Gabriel, Gabriel, contéstame, Gabriel! Todavía estaba flácido, pero a través de la ropa calaba el frío horrendo que ya sintiera en Teresa. Sin llegar a la idea de la muerte, rodeándola con precaución para evitar el convencimiento supremo, pero fiel a un movimiento mecánico que tiene su relación directa con la

muerte, Aurora tomó los párpados de su amante entre los dedos, el anular y pulgar, y los cerró como había hecho hacía un rato. Los párpados volvieron a abrirse inmensamente.

Gabriel... Gabriel... Contéstame... —y lo sacudía por los hombros. A cada movimiento la cabeza pendía hacia atrás revelando la nuez del cuello, los rudos tendones y el quieto canal de la gran vena yugular.

—Gabriel... Gabriel... contéstame...

—Gabriel, tú estás dormido. Gabriel, tú estás dormido. Eres mío porque tú estás dormido.

Después, mucho rato después de esta melancólica imprecación, como si salvara una laguna en la interpretación de los hechos, laguna que apareciera ya en la casa de Teresa, habló claro estas palabras dirigidas a Gabriel como un reproche:

—Tú no estás dormido. Tú estás muerto.

Y las dijo con un sabor amargo de resentimiento, como si hubiera sido engañada y se viera obligada a reconocer el doloroso engaño.

La idea de la muerte penetró lentamente en ella, desgarrando a su paso conceptos y sensaciones. La angustia, siempre la angustia frente a él: antes la angustia en forma de opresora certeza por el pecado no cometido, por vivir en el límite mágico de la falta, o sobre un mundo ambiguo de pecado en el que no podía ella penetrar, ni mediante la morbosa sensación del goce, ni por la estrecha puerta del sacrificio repetido e inútil. Ahora la realidad de la muerte, también angustia para ella porque es algo, esa muerte tan vista en una sola noche, es algo que se va “¿Se va de él o se va de nosotros los que vivimos? ¿Se va de él dejando algo o quitando algo de mí? Se va, deshabita, desaloja, por eso quedan vacíos, con la forma de un ser que ya no es el mismo. Y para mí, la angustia. Porque, Gabriel, Gabriel, tú estás dormido, dime que estás dormido...”.

Reanudó el penoso razonamiento de la angustia uniéndolo ahora con el sabor de pena y hasta defraudación que sentía luego dijo vencida:

—Porque Gabriel no está dormido.

Podía tomarlo, estaba allí indefenso, besar su boca, estrujar sus carnes, adjudicarle sueños placenteros, y sin embargo, no podía. ¿Besar esa boca de Gabriel? No sería besar la boca de Gabriel. ¿Ponerle sueños a esa cabeza ya sin sueños? Estaba sola, pues, como siempre ante él. Vivo no le pertenecía, muerto tampoco. Solo dormido, porque la muerte no es el sueño.

Él tenía en esa boca que ella no podía siquiera pensar en besar la misma expresión incierta que vagara en la fría boca de Teresa. Por todo el rostro deambulaba un amago de sonrisa, y no había nada hierático, ni solemne en Gabriel. Aurora lo comprobó con espanto mientras todavía mecánicamente, por repetir un conjuro que ya no abriría ninguna puerta, invocaba la vida desde el conocimiento definitivo de la muerte:

—¡Gabriel! ¡Gabriel! Tú estás dormido. ¡Gabriel! Contéstame...

Se sentó en la cama a los pies del cadáver con la cabeza entre ambas manos. Lloraba todavía. Extrañas reflexiones la dominaron. Durante mucho tiempo se engañó a sí misma con la mentira de que Gabriel le pertenecía durante el sueño. Verlo callado y pasivo, abandonado voluntariamente a las manifestaciones autónomas del cuerpo, doblando una pierna sin pensar en el movimiento, respirando en forma mecánica, lejos del silencio hermético o de la palabra hermética también, facilitó la apropiación aparente que ella hizo de él. En el momento de sacrificar al sueño las manifestaciones voluntarias de la existencia contingente, habitante ya del reino rígido de las esencias, él deponía las defensas habituales de su personalidad, se despojaba de aquellos elementos impenetrables que establecían entre ambos la distancia y permitía en cierta forma la fusión, aunque esta fuera inconsciente. De dominador pasaba a dominado. De señor a vasallo. El sueño era la caída de Gabriel y el imperio absoluto de Aurora. Llegó a formarse así del estado de sueño un concepto arbitrario, pero perfectamente adaptable a su deseo, que no calzaba ni con la realidad patológica del cuerpo, ni con la realidad subterránea del inconsciente. En el hombre dormido junto a ella quedaba el flujo vital suficiente para hacer vivir su engaño y faltaba de todo punto la volición, lo que permitía a Aurora vivir el mito de la apropiación.

Pasar de la idea de ese sueño transitorio, que se lo entregaba todos los días un rato, al sueño definitivo que se lo entregaría para siempre, no implicaba, en una mente así estructurada por el dolor, agregar necesariamente el concepto muerte a la imagen de sueño. Este estaba para Aurora relacionada con entrega, no con muerte. La muerte era una categoría aparte, producto de una vocación constante a lo intemporal, relacionada con la enfermedad, con la fealdad y la pena, ajena a determinadas personas o a ciertos estados del cuerpo y del espíritu; algo para lo cual era menester asumir primero ante la vida una posición indiferente o mantenerse en una especie de éxtasis contemplativo. La muerte era para Aurora, si no un estado desconocido, por lo menos una síntesis vaga de un estado reñido con la salud, la belleza, la juventud y la voluntad. A la muerte de Teresa se había ido acostumbrando durante el largo período de la enfermedad, y le parecía más bien como el tránsito necesario entre una situación dolorosa hacia otra jerarquía ascendente en una escala ambigua de categorías vitales. El estado difuso de Teresa, sus frecuentes delirios, las crisis de asfixia y los dolores, le daban una categoría arcangélica, colocábanla por virtud del sufrimiento en el linde de un recinto desconocido al que debía dirigirse indefectiblemente. Para ella, Teresa al morirse “pasaría”, “trascendería un límite”, se “colocaría” más allá. La relación entre la muerte y esa mujer enferma era perfectamente factible, estaba hasta saturada de apoteósica belleza.

Pero la muerte incorporada a Gabriel, resumen para Aurora de belleza, inteligencia, salud, actividad, no había pasado nunca como supuesto siquiera por la imaginación de ella. Ni aún en el momento en que dijo: “¡Pero esto es un suicidio!”, tuvo una idea clara de esa concatenación de hechos. Suicidio era algo contra el orden, un elemento subversivo, la contraparte de armonía, una arritmia, un acto de rebelión, pero no la muerte. Entiéndase, no creía ella que quien se suicida no muere, pero no establecía definitivamente la relación exacta entre suicidio y muerte, sobre todo si los términos a relacionar eran la actividad y la inercia, la palabra y el silencio, Gabriel y la desaparición. Por todo esto aceptó la resolución de Gabriel con cierta inconsciencia, o más bien, con cierto júbilo. Él no moría (por lo menos ella no pensó en muerte), se le entregaba. Lo importante era tenerlo; lo demás, accesorios que se resolverían después, un después que podía no llegar nunca.

Además, y esto forma parte importante en la interpretación de los hechos, ciertas circunstancias mínimas, detalles imperceptibles para cualquier persona que no estuviera colocada como ella en el asfixiante recinto de una existencia sometida, subyugada, opresiva, lo que vale decir, puesta en el caso de alimentar con despojos su amor, la habían arrastrado a considerar desde un ángulo diferente el objeto de su pasión. Para sostener con elementos tan reducidos como los que él le proporcionaba una reverencia tan alta, es menester que esos elementos no varíen, que permanezcan inalterables y continúen conformando la máscara inmutable del ídolo. Cualquier alteración, por pequeña que sea, destruye el mito, corrompe la subordinación, establece el desequilibrio, provoca la anarquía. En el caso de Aurora, la pasión, incompetente para perdurar a base de las ruines donaciones que él hacía, había de sustentarse en un elemento derivado, aleatorio del amor mismo. Ese apoyo sutil tenía que crearlo el sentimiento admirativo que le proporcionaba a manos llenas su pasión, ya que no podía consolidarse sobre él mismo. De la admiración que depositara en su padre devino sin dificultad hacia una admiración plural a todo el género masculino en aquel momento de la vida, la adolescencia, cuando todas las sensaciones se expresan en plural. Después, en la etapa singular de la vida, al madurar su feminidad y verse obligada a verter el concepto hombre en unidad, no le fue difícil trasladar los galardones a un individuo, que como Gabriel, era perfectamente capaz de despertar en cualquier corazón un afecto inmediato. La admiración hacia su padre se expresó en reverencia por cierta cualidad sublime relacionada con una espantosa noche de emociones infantiles; el amor hacia Gabriel se apoyó también sobre ese elemento de sublimidad viril que ella no tuvo obstáculo para colocar en él.

Circunstancias tan favorables como su propia mansedumbre, el choque trascendente de entregar su virginidad y el contacto directo de la personalidad masculina, facilitaron el proceso. Pese a los dolores ajenos a la falsa situación, todo marchó perfectamente mientras él mantuvo la distancia, mientras conservó la careta, mientras no se reblandeció el duro cascarón de su indiferencia. Pero Gabriel también sufría una crisis íntima, de la que este solo fue el período transitorio. La clarividencia lograda en sí mismo, la contemplación de su barbarie, el horror de la insensibilidad,

produjeron en Gabriel el desconcierto, para no decir también el deseo inconfesado de relajar la tensión y ablandarse. En este momento la mirada atenta de Aurora notó el cambio. Algo ocurría de magnitud suficiente para alterar el equilibrio. Hechos aislados ponen en duda la sublimidad de Gabriel; gestos nerviosos destruían su arrogancia; miradas medrosas delataban la ruina. Sucedió lo inevitable. Aurora le pidió algo así como la reconstrucción de una quimera; se hubiera arrojado a sus pies para reclamar una palabra dura y hubiera llorado por un gesto olímpico de desdén. Todo, todo menos contemplar pasivamente el derrumbe de la sublimidad viril de Gabriel, lo que equivalía a contribuir en forma directa al de su amor. Él estaba obligado a ofrecerle una prueba, algo que, como Jesús ante Judas, le permitiera repetir “si eres Dios, no puedes morir”. Ella no pensó en la muerte o en la supervivencia como prueba; pensó en cualquier acto sublime que lo colocara a él por encima de ella; un gesto magnífico de generosidad; un crimen impresionante; la ira desmedida; la soberbia desenfrenada; cualquier cosa grande para salvarlo del hundimiento que ocurría en ella diariamente. Él, sin pedirlo ella, por virtud de su propia grandeza, le ofreció la prueba del sueño. Resumía un acto terrible de valor en un gesto espléndido de generosidad. Todo lo que Aurora necesitaba consumado en un segundo. Por eso, como Judas, aceptó la prueba “si eres Dios...”; en este caso “si eres hombre...” sin relacionarla directa ni indirectamente con la muerte. Él podría morir, es cierto, pero la consideración solo entraba en segundo término, como una posibilidad adicional, no como consecuencia lógica. Le tendió el vaso de agua y lo miró tomar las pastillas; luego escuchó sus palabras; más tarde lo arropó, ya en el linde entre la vida y la muerte, como se acuna a un niño, y lo dejó durmiendo. Durmiendo, entiéndase bien, no muriendo. Tuvo que venir el choque del tránsito de Teresa, las sutiles experiencias del frío y la rigidez cadavéricos, la carencia absoluta de majestad impresionante que revelaba la cara de la muerta, para que Aurora estableciera entre el estado de la madre y del hijo, entre la muerte y el sueño, una relación todavía perteneciente al reino de las obscuras intuiciones.

Judas debió sentir una angustia similar a la suya cuando miró a Jesús en manos de los soldados, preso e indefenso. Debió sufrir como ella cuando esperó impaciente el milagro de la liberación que revelaría la índole divina de su amor. Y más, mucho más que ella cuando tuvo que rendirse a la evidencia. Judas no esperó la resurrección: se ahorcó por derrota, al sentir que un gusto amargo anegaba su lengua; se ahorcó por desesperanza.

Ella, sentada en la cama, a los pies del cadáver, con la cabeza entre las manos, lanzando angustiosas miradas a los ojos inmensamente abiertos de Gabriel, no tenía ya nada que esperar, porque la donación del hombre resultaba inútil. Gabriel se suicidó para entregarse, realizando el único acto humano de su vida, pero la entrega efectiva, esa que ella podía tomar con su impotente gesto de mujer viva, no pudo lograrla. Había sido un río cuyas orillas fueron en verdad su propio cuerpo; hoy entre las dos orillas de su cuerpo inmóvil, el río de sí mismo estaba helado. Quedaba la forma generosa del agua; el síntoma estructural de su ser; el gesto estratificado de su arranque magnífico cuyo símbolo eran los ojos abiertos mirando siempre sin ver, la

barbilla convulsa, la mano agarrotada sobre el género; pero de la entrega no quedaba nada. La calidad viva, movediza, animada, fluente, voluntaria de la entrega no se había realizado. Gabriel, así tendido, con su cuerpo de muerto, su frío de muerto y su rigidez de muerto, era en sí mismo el grado crítico que produce la solidificación de todo. El gesto de generosidad no lograda perduraría siempre como un gesto, nada más.

Aurora sentía lo vano pesar como loza sobre ella. Vano todo: su sacrificio pequeño y constante, su amor, su admiración y por último el grandioso acto redentor de Gabriel. Había querido darle y no pudo darle nada. Ella quiso dar y él no recibió nada tampoco. Al llegar a este punto de sus reflexiones ocurrió de súbito, así como ocurren siempre los hechos trascendentes, el cambio inesperado. El convencimiento de no haber dado y de no haber recibido a cambio le produjo la certeza invencible de que ella estaba intacta. Tuvo una alegría recóndita, el amago de una sonrisa, el síntoma del optimismo. Miró al muerto y una vez más trató de cerrar sus ojos, pero no pudo. Después se puso de pie y fue hasta la ventana. Todo dolor y angustia habían desaparecido de su expresión. “¡Pero si yo estoy libre! Él está muerto. Yo lo llamé y no contesta. Él estuvo y está muerto. Siempre ha estado muerto. Yo amé a un muerto, pero ahora amo la vida. ¡Pero si estoy alegre! Deseos de comenzar algo, una conversación, un trabajo...

¡Pero si estoy libre! No hizo más, tal vez, que devolverme lo que yo le había entregado. Así... una mujer completa plantada frente al mundo. Tengo ganas de reír, reír a carcajadas, decir palabras nuevas; flor, gusano, pajarillo, clavo, pez, música, azul... Preferiría que no fueran azules. Es raro que me gustara antes, para estas cortinas, ese borroso color gris-azul en que soñaba. Serán de cretona floreada, de fondo amarillo... Hay un amarillo que produce la miel con toda su dulzura y tibieza... Comienza a amanecer... Abrir las ventanas... que entre aire por toda esta casa... y sol... mucho sol... nunca había pensado que fuera tan bonito el sol... Lo veré salir... y todo será mejor...”.

Apagó la luz artificial y esperó en la obscuridad submarina del amanecer el milagro del nuevo día. Todos los ruidos madrugadores de la ciudad comenzaban: sirenas roncas que repetían, acentuando la gravedad de su nota, cada cuarto de hora el llamado; sirenas agudas empeñadas en imponer su grito; melancólicas sirenas de lamento prolongado; pito de trenes partiendo hacia todos los rumbos desde una estación que se adivinaba allá a lo lejos por una densa acumulación de humo y el alto negro de las techumbres; pastoso sonido de rueda de automóvil sobre el asfalto mojado de rocío; campanas graves llamando a misa, tendiendo redondeles de imploración para despertar la pecaminosa pereza ciudadana; el valsecito francés de un organillo tardío; pregones guturales e incomprensibles de algún vendedor prematuro; allá, a lo lejos, despidiéndose, el bucólico silbido del sereno, pastorilidad absurda y melancólica de la gran ciudad dormida.

Sobre una rama del árbol frontero, el chiflido zigzagueante de un pajarillo “¡Es primavera!”. Aurora miró el árbol, mucho más bajo que sus ojos, y sintió un estremecimiento gozoso al observar que en todos los puntos sensibles le salían piquitos castaños, todavía defendidos del frío por una flaca simulación de corteza; en algunos de esos piquitos afloraba el cucurucho verde de la hoja, y en unos cuantos, una hoja adulta vibraba estrenando verde. “¡Es primavera!”.

En la calle, todavía sombreada por los altos edificios, circulaban ya algunas personas. Una beata, negra de los pies a la cabeza, se apresuraba: iba a misa. Uno que otro trasnochador envejecido pasaba tambaleante o detenía un coche. Los repartidores de pan, en equilibrio sobre su bicicleta, bufanda al cuello, la nariz morada de frío, el aliento visible en forma de cónica columna ante ellos, hacían arabescos sobre el pavimento libre a esa hora de tráfico, tambaleando la dorada mercancía que despedía también un denso vaho perfumado y caliente. El lechero, rendido ya por la anunciación de su dura jornada, botella en mano, comenzaba en el edificio de enfrente a tocar por turno todos los timbres, mientras le dirigía alguna broma a la criada. Pasó una muchacha con cara atribulada, elegantísima, resto náufrago de alguna orgía mal terminada. Llevaba el pelo suelto, zapatos dorados de tacón bajo, un abrigo de pieles por el que asomaba la inmensa falda circular larguísima, casi hasta los tobillos. Aurora miró su propio vestido que apenas le cubría las rodillas. “¡Pero si se usa largo! ¡Y cómo he de tener el pelo, amarrado desde ayer con una tira en la coronilla! ¡Sin arreglarme, sucia y despeinada!”.

Dio la vuelta y se plantó ante el espejo. Pensó que era bonita, dilató los ojos que le parecieron tan verdes como la hoja del árbol, se tocó las encías y examinó sus dientes. Después analizó el vestido quitándose violentamente el delantal que todavía llevaba puesto. “¡Si se usa largo! ¿Cuánto tiempo hace que no me miro en un espejo así como hoy? ¡Pero mucho tiempo! Tendré que bajar el dobladillo de mis vestidos... o hacerme otros... Me peinaré con el cabello suelto... ¿Le podré yo gustar a algún hombre? ¡Porque estoy tan fea!”.

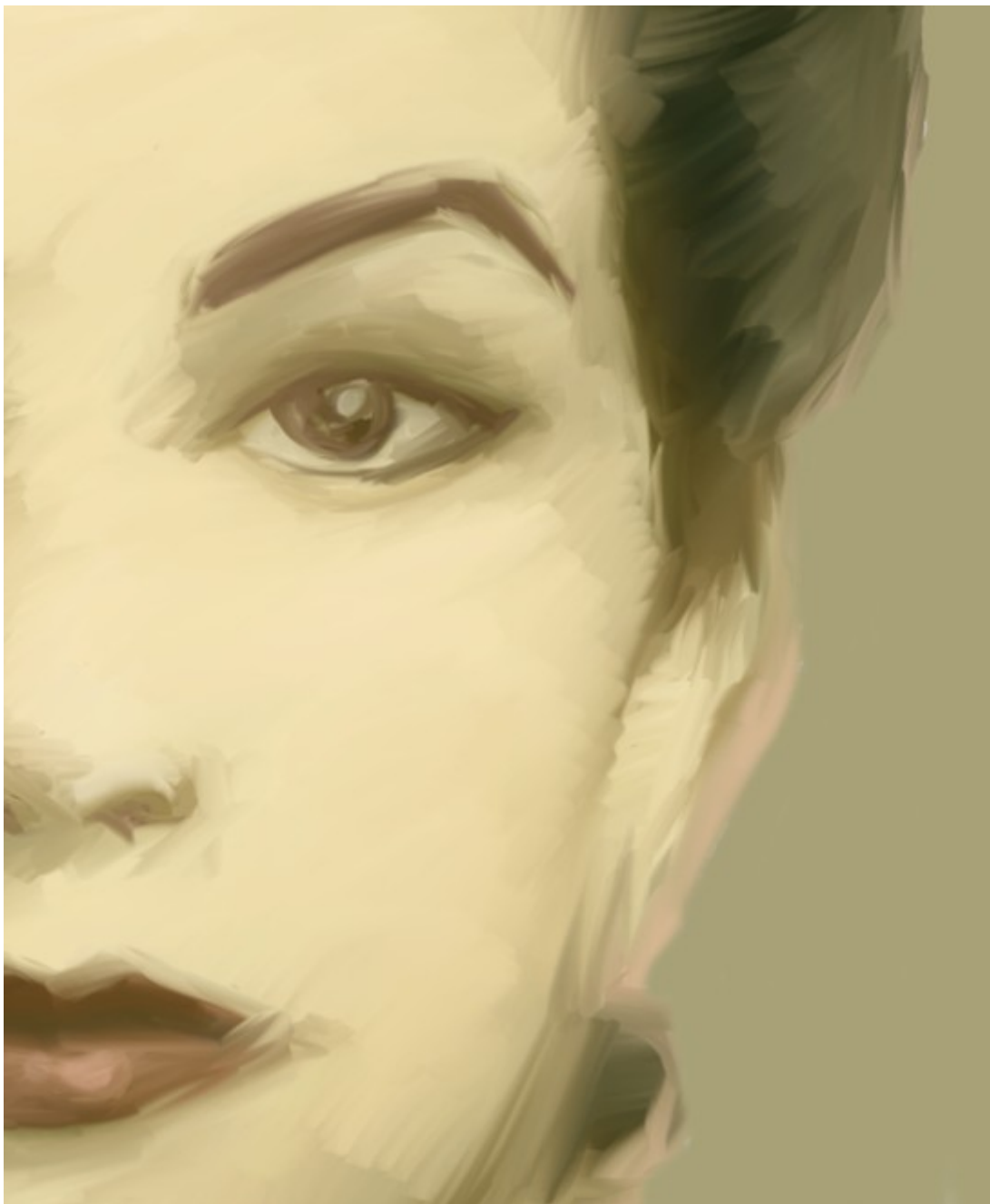
Una alegría desconocida, nueva como la sorpresa de la primera, dominaba su espíritu. Jubilosa como el tan de la campana, húmeda como el aire de la mañana, luminosa como el amanecer. Un impulso de vida, la esperanza de un cariño, la libertad de una opresión, la voluptuosidad del aire, el instinto de renacer, todo estaba en ella. Había pasado la muerte deshabitando un cuerpo y llevándose el oscuro sueño anterior.

Aurora pensó en la escoba, dispuesta a barrer. Abrió todas las ventanas de la casa para que entraran la luz y el sol; acomodó un poco los muebles; arregló prolijamente su peinado; tarareó una canción y se quedó escuchando al fin, con la boca abierta y sonriente, el trinar del pajarillo.

Después miró el cuerpo de Gabriel. No tenía ninguna pena, como si nunca el amor la hubiera poseído, como si no hubiera sido víctima del terror, como si nada de ella estuviera relacionado con el suicida. Se sentó a los pies de la cama y dijo sin dolor:

—Él está muerto y no dormido. Es diferente. Esperaré a que se lo lleven.

FIN



Retrato TEC

Retrato TEC